

EL PRÍNCIPE DE LA NOCHE

LAUREN PALPHREYMAN

EL PRÍNCIPE DE LA NOCHE

LAUREN PALPHREYMAN

Traducción de
Gema Bonnín Sánchez

PLAZA JANÉS

Prólogo

Blake

Sus pasos retumban por el interminable pasillo de la prisión en el que está caminando.

Las sombras se arremolinan en torno a brazos y piernas, casi como si estuvieran vivas. Se enroscan en sus tobillos como lo haría un gato.

Sus fosas nasales se ensanchan ante la llegada de un aroma dulce y familiar.

Ella observa entre los barrotes de la ventana de una de las celdas, de espaldas a él.

Él ladea la cabeza. ¿Este sueño es suyo o de ella? ¿Se habrá limitado a imaginarla y ya está? ¿O se trata de una consecuencia del vínculo que los une?

Su pelirroja cabellera le cae en cascada por la espalda, casi del mismo color que la sangre a la luz. Es como si la hubieran sacado de su cama para soltarla allí. Lleva su camisa, la que le dio a Callum para que ella se la pusiera después de que James le mordiera. Le viene grande. Se posa sobre sus suaves curvas traseras, le acaricia los muslos. Tiene las pantorrillas y los pies al descubierto. Él traga saliva.

Ella se tensa como una presa y él se pregunta si percibe que la está viendo. Después sigue la dirección de su mirada. Un conjunto de sombras retorcidas cae sobre ella. El carcelero de la prisión se aproxima.

Blake se le acerca; ella retrocede. Choca contra su pecho y él le rodea la cintura con un brazo y le tapa la boca con una mano antes de que profiera grito alguno.

Le roza el oído con los labios.

—No deberías estar aquí, pequeña liebre.

Ella se tensa en sus brazos.

Cómo la detesta. Detesta la forma que su fragancia tiene de envolverlo, incluso en este lugar. Huele como el rayo de luz de luna que se colaba por las rejas de las celdas de debajo del palacio. La libertad lo tienta. La promesa rota de algo que no puede tener.

Detesta lo suave y cálida que es, la reacción de su verga ante su cercanía. Detesta que el lobo que mantiene tan a raya ansíe hundir los dientes en ella.

Los pasos se aproximan.

Él se la lleva por una puerta abierta de la celda. Se cierra a sus espaldas. La joven dirige su atención al emblema grabado en la obsidiana que hay debajo de la ventana enrejada: una llave con dos lunas crecientes en la parte superior. Él se pregunta si conocerá su significado. La mayoría de los lobos lo harían, ya que es un remanente de cuando los acólitos se alzaron hace más de un siglo, pero no es un símbolo común en las Tierras del Sur. Allí nadie venera a los dioses oscuros.

Capta lo acelerado de su pulso con tanta claridad que es casi un estruendo en sus oídos. Se le tensa el brazo en torno a su torso.

—Chisss.

La temperatura se desploma. La respiración de Blake se condensa ante sus ojos. Aurora da un respingo, como si estuviera desesperada por obtener un poco de calor, aunque sea de él, que la abraza con más fuerza.

Los pasos se diluyen. Blake deja de contener el aliento. Le quita la mano de la boca. Aún en su abrazo, ella se retuerce para mirarlo. Siente la dulce curvatura de sus pechos contra sus pectorales. Una arruga aparece entre sus cejas.

—¿Qué…?

Devuelve la atención a la puerta.

La figura retrocede. Una oscuridad densa y antinatural se derrama entre los barrotes de la ventana.

—Despierta. Despierta. Despierta. —Murmura ella en voz baja—. Solo es un sueño. Despierta.

No es solo un sueño.

Él cierra los ojos. La tira hacia atrás. No choca con la pared, sino que esta se disuelve. La puerta de la celda se abre de repente frente a ellos, pero ya han caído en una oscuridad infinita.

Aterriza de pie en la celda bajo el palacio. Ahora sabe que es su propio sueño el que están visitando. Un recuerdo. No le gusta este lugar, pero no es tan peligroso como el sitio en el que estaban antes.

Al lado de la pared hay un catre cuyo colchón está manchado de una sangre ya vieja. En una esquina hay un cubo con desechos. Hay varios libros, junto a los que titila una vela, apilados contra la pared. Un aroma a limón se mezcla con el hierro y la peste a fluidos corporales.

Aurora está en el centro, con una postura perfecta: espalda erguida y mentón alzado para observar el entorno con cierta altivez. Lo único que le revela que no es tan dueña de sí misma como parece es lo acelerado de sus pulsaciones y el hecho de que *siente* ese susurro en su interior gracias a su vínculo, como una especie de hilo de luz.

También aborrece eso de ella. Lo mucho que mantiene la compostura, pero sintió la agresividad que crepita bajo su piel la primera vez que le puso los ojos encima. Hace que quiera provocarla.

Cuando era pequeño, algunos niños mayores se dedicaban a lanzarles piedras a los patos del estanque. Él no entendía por qué lo hacían. Incluso a los seis años se le antojaba algo infantil. Pero entonces llegó ella.

Haría lo que fuera con tal de verla agitar las plumas, perder los estribos. Quiere ver lo que pasa cuando se desata.

Quizá la deteste tanto porque sabe que, en el fondo, él es igual. También está muy marcado. No se le ha dado el lujo de poder perder el control. Sabe la clase de oscuros secretos que subyacen en su alma, pero desconoce lo que hay tras la máscara que ella porta. Cree que puede ser algo magnífico.

Ella lo encara y él se acerca un paso. Estudia su rostro, sus pómulos, esos ojos azules que lo observan tras una densa hilera de pestañas. Joder, es preciosa.

—¿De verdad estás aquí? —le pregunta él.

Ella frunce el ceño.

—Claro que estoy aquí. —Su frente le llega por la barbilla y, sin embargo, se las apaña para hablarle como si él fuera más pequeño. Ella frunce el ceño con aspecto de estar desorientada—. ¿Y tú?

Unos pasos se acercan a la puerta de la celda que hay a sus espaldas y él suspira.

—Deberías irte. Preferiría que no vieras esta parte.

Ella vuelve la cabeza. Cuando le devuelve la atención, su maldito subconsciente lo ha ataviado con una camisa empapada en sangre. Tiene los pies descalzos y sucios. Sus pantalones están hechos jirones.

—¿Estás herido? —Hay un timbre de preocupación en su voz, y con eso amplía la lista de cosas que detesta de ella: habla como si de verdad le importara.

—Hora de despertarse, pequeña liebre.

—¿Dónde estamos? —Arruga el entrecejo—. ¿Dónde *estábamos*?

—Si aún recuerdas esto por la mañana, te lo diré.

Él la toma de los brazos y cierra los ojos. Tiene que despertar.

La empuja contra la pared.

Caen en la infinita oscuridad una vez más.

Blake abre los ojos de golpe.

Está en su cama de Lowfell y una luna creciente resplandece al otro lado de la ventana. Se le ha desbocado el corazón. No tiene claro qué es más desconcertante: la ubicación de sus sueños o la participación de Aurora.

Abandona el abrazo de las sábanas, coge sus pantalones y la camisa doblados sobre el reposabrazos del sillón, y se viste. Se pone las botas sin molestarse en abrocharlas y sale de sus aposentos.

Recorre su castillo. La oscuridad es casi tan densa como la que había en la prisión. Pasa por la habitación en la que alojó a Aurora y a Callum, que está hablando en voz baja. Lo asalta un arrebato de pánico. Ella ha despertado tan alterada como él.

Una vez en el exterior, cruza el pequeño patio hacia el terreno ajeno al castillo. El lago que rodea Lowfell es tan negro como el cielo y las montañas a ambos lados están revestidas de sombras.

Con el viento frío sacudiéndole el pelo, se adentra en el bosque y deambula entre los fresnos hasta que llega a una capilla.

Entra. El interior está invadido por la penumbra. Unos fragmentos de cristal crujen bajo sus botas al pasar junto a los bancos carcomidos y recorrer el pasillo. Las vidrieras representaban la historia del triunfo de la Noche sobre la Diosa de la Luna y cómo la atrapó en su prisión.

Se tensa al oír el eco de un aleteo en el lugar, pero no es más que un pájaro que está anidando entre las vigas. Camina hasta el altar. Se recuesta sobre la dura piedra, con las rodillas alzadas, y entrelaza las manos en la parte trasera de su cabeza.

Fija la mirada en el emblema tallado en la piedra del arco que sostiene el techo.

De pronto, la puerta se abre.

—Me ha parecido oírte deambular por ahí. —La voz comedida de Jack se expande por el limitado espacio de la capilla mientras se acerca a él. El segundo al mando de Blake, que se deja caer en uno de los bancos delanteros, estira las piernas y las cruza a la altura de los tobillos—. ¿No puedes dormir?

Blake emite un sonido evasivo y gira la cabeza. Jack lleva las rastas recogidas hacia atrás, lo que deja a la vista un moratón atenuado en torno a uno de sus ojos. Obra de Callum, sin duda. A Jack le tocó la tarea de mantenerlo al margen mientras Blake persuadía a James, el rey de los lobos, de que le pidiera matrimonio a Aurora. Tiene la camisa arremangada, por lo que Blake ve los tatuajes que le envuelven los antebrazos. Sabe bien lo que esconde esa tinta.

—Ella estaba en mi sueño.

Jack suelta una tenue risa.

—No deberías haberlo hecho, ¿sabes?

Blake suspira.

—Probablemente no.

Jack se pasa una mano por la boca.

—Nos llegan informes de que los Acólitos del Dios de la Noche se están reuniendo. Rumores de que el príncipe de la noche está formando un ejército en las Tierras del Norte, un ejército que comandar.

Blake hace una mueca.

—¿El príncipe de la noche? ¿Fenrir, tal vez?

—Aún está en las Tierras Nevadas. Lo último que me llegó fue que mató a un alfa y se casó con su mujer. Ingrid, creo que se llamaba.

—Pues será Alex.

—Es probable. Enviaré a alguien a que vigile la Fortaleza Gris. Podría ponernos las cosas difíciles.

El hilo de luz cedido a Blake por parte de Aurora se enrolla en torno a su alma y late en su interior. Se remueve un poco sobre la piedra, estirando una pierna y arqueando un tanto la espalda.

Jack frunce el ceño.

—¿Qué te pasa?

—La siento.

Jack inspira por la nariz y se ríe por lo bajo.

—Por suerte para ti, no es una mestiza de lobo que esté a punto de sufrir la transición… Ah, espera…

—Que te den, Jack.

—Recuerdo la primera vez que me mordieron. Me quedé en cama una semana.

—Pasándotelo bien con tu mano derecha, ¿no?

Jack suelta una carcajada al tiempo que se pone de pie.

—Y con la izquierda. —Camina hacia Blake y le da una palmada en el hombro. Una sombra de preocupación le cruza el rostro—. Aprende a bloquearlo o te volverás loco.

Blake ahoga un gruñido y Jack se aleja hacia la puerta abierta de la capilla.

—Descansa un poco —le dice antes de salir y que la puerta se cierre a sus espaldas, dejando a Blake al amparo de la oscuridad.

Este se frota la cara con ambas manos. Se imagina una jaula alrededor de su alma, de manera que el hilo luminoso de Aurora no llega hasta las partes más vulnerables. Por fin, las malas sensaciones

se atenúan, aunque todavía tiene la sangre más caliente de lo habitual.

Con una exhalación, se queda mirando el grabado en la piedra que hay sobre su cabeza: la llave con las dos lunas crecientes. El símbolo de la prisión de Noche.

El viento de las Tierras del Norte se cuela por el techo derruido, con lo que agita y expande el olor a sangre vieja. Se pregunta cuántas personas fueron sacrificadas en ese mismo altar. Se sabe que el antiguo alfa de Lowfell veneraba en secreto al Dios de la Noche. El muy idiota creyó que podría entregarle sangre inocente a cambio de poder.

Pero Noche no quiere sangre: quiere almas.

Aunque lo que más ansía es la llave de su prisión para así escapar y desatar su violencia en el mundo.

Quiere el Corazón de la Luna.

Le ofrecería un poder inimaginable a cualquiera que se lo entregara.

1

Me incorporo de un respingo, boqueando en busca de aire.

Estoy enredada en las sábanas. A la camisa que llevo le sobran un par de tallas y está empapada en sudor. Tengo frío. Mucho frío. Es hielo lo que me recorre las venas. Me pregunto si alguna vez volveré a entrar en calor. El mundo está en penumbra. Gris. Como si lo viera a través de una cortina de sombras.

Oigo el crujido de un tablón del suelo. El colchón se hunde bajo mis pies descalzos. Me asalta una oleada de calor que trae consigo un aroma masculino combinado con la fragancia de las montañas.

—Mírame. —Palabras amables pero autoritarias. Una mano, callosa y fuerte pero también tierna, me sostiene la mejilla—. Mírame.

Más exigencia. Es la voz de alguien acostumbrado a que le hagan caso.

Vencida, alzo la vista.

—Eso es. Fija tus ojos en mí. Ahora respira.

Trago aire y dejo que me llene los pulmones, que despeje la oscuridad.

—Buena chica. Venga. Respira conmigo. Dentro… y fuera…

La cacofonía de mis latidos se apaga en mis oídos. Ya hemos hecho esto antes, creo: en las perreras bajo el castillo de Sebastian.

«Sebastian. Diosa. He matado a Sebastian».

Un nuevo asalto de pánico se apodera de mí.

—Princesa. —La palabra suena contundente, autoritaria—. Respira. Dentro… y fuera…

Una vela a medio consumir titila en la mesilla de noche junto a una taza y un montón de libros. Hay una licorera con whisky en la repisa de la chimenea, donde Blake la dejó. Tengo un dolor

palpitante en el costado. James me ha mordido… hace solo unas horas.

La lluvia repiquetea contra la ventana.

—Eso es. Vuelve conmigo, princesa.

La figura a mi lado desprende calor. La opresión en mis pulmones se atenúa, con lo que consigo respirar mejor.

—¿Callum?

—Sí, aquí estoy.

La expresión de Callum es amable, lo cual contrasta con la tensión que se adivina en su cuerpo, en la dureza de sus bíceps contra la camisa ceñida. Su cabello, del color de la arena oscura, está peinado hacia atrás y sus ojos verdes resplandecen de preocupación.

—¿Te duele algo? —Arruga la frente—. ¿Quieres que vaya a buscar a Blake?

—No… Es… Solo ha sido una pesadilla, creo. —Dejo escapar el aliento.

—¿Qué has soñado?

Sacudo la cabeza, intentando recordar.

—Estaba en una prisión y Blake se encontraba allí y algo me perseguía. Y… —Me tenso al recordar la conversación que hemos tenido hace un rato. Me llevo las rodillas al pecho—. Diosa, tengo que contarte algo sobre Blake. Está conspirando contra ti.

Callum frunce el ceño.

—¿Qué?

—Todo lo que ha hecho… El vínculo que ha creado y que liga nuestras vidas… Todo era parte de un plan para hacerse con el Trono Lobuno. Te ayudará a convertirte en el rey de los lobos y luego te desafiará. Sabe que vencerá, porque su vida está ligada a la mía. No lo matarás, porque, si lo haces, también yo moriré.

El cuerpo de Callum se pone rígido.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí.

Callum se me queda mirando un momento. Sus bíceps parecen de acero. Después, una suave risa que calienta el aire helado brota de sus labios.

—¿No te preocupa? —pregunto.

—Sí que me preocupa. Es solo que… no lo entendía. No entendía por qué lo había hecho. Tiró por la borda todo en lo que llevaba años trabajando. Me liberó, se enfrentó a James y, cuando te vio morir… Su cara… —Traga saliva—. Te salvó la vida. Llevo intentando dilucidar una razón desde que llegamos, y no lo conseguía. Empezaba a pensar… —Sacude la cabeza—. No sé lo que pensaba. Pero ahora… Ahora *tiene* sentido. Supongo que resulta reconfortante, a pesar de que complique un poco las cosas.

—Tenemos que cortar la conexión entre Blake y yo.

—Sí, aunque no intentará matarme hasta que me haya apropiado del trono.

Se me acelera el corazón.

—¿Crees que intentará matarte?

—No me cabe duda. Yo cedí ante James y, durante años, la gente se preguntó qué habría pasado si hubiéramos luchado, lo cual debilita sus pretensiones. Blake no permitirá que lo vean débil. —Tomo a Callum por la muñeca, como si temiera que fueran a arrebatármelo. Él sonríe—. No me vencerá. Tenemos tiempo. Hasta entonces, podría sernos útil. Tú descansa un poco más y ya nos ocuparemos de esto más tarde. —Me acaricia la mejilla con el pulgar —. Siento haberte dejado sola. Con todo el caos de la batalla, era el mejor momento para enviar a uno de los mensajeros de Blake al castillo a informar a Fiona y Ryan.

—Lo sé. Lo entiendo.

Mi sangre se torna cálida con su presencia. En esta ocasión no es temor lo que palpita en mis venas. Es algo feroz y salvaje que ansía liberarse.

La expresión de Callum se ensombrece.

—Princesa… —Su voz suena ronca y grave, casi como una advertencia.

Yo busco su rostro con las manos, desesperada por sentirlo más cerca de mí. Siento un latigazo de dolor allí donde James hincó sus dientes, por lo que compongo una mueca y dejo la mano flotando sobre las sábanas.

Callum aprieta la mandíbula con la mirada desviada hacia mi cintura.

—¿Puedo echar un vistazo?

Yo me echo un poco hacia atrás antes de recostarme en las almohadas.

Callum aparta las sábanas. Se mueve para colocar una de mis piernas desnudas sobre su regazo al tiempo que se inclina sobre mí. Hace unas semanas, la mera idea de exponerme de esta manera ante el alfa de Highfell, vestida con la camisa de un hombre y en ropa interior, me habría intimidado. Ahora hace que se me agite la respiración.

Desabrocha el botón justo debajo de mis pechos y desciende con cuidado. Me roza ligeramente la piel con los dedos. Levanta la camisa para dejar mi abdomen al descubierto. A pesar de la caricia del aire helado, estoy ardiendo.

Me doy cuenta de que lo deseo. Lo deseo con urgencia. Con desespero. Quiero sentir sus manos en mi cuerpo, hundir los dedos en sus músculos. Ansío la calidez de su boca. Quiero pegarme a él y reclamarlo como mío. Lo deseo como nunca he deseado nada en mi vida.

No sé qué me pasa. A lo mejor me siento así porque esta noche he estado a punto de morir. Quizá necesite desterrar la fría sombra de la pesadilla que me ha despertado. Quiero sentir calidez. Quiero sentirme *viva*. Quiero erradicar la sensación que me embarga.

Callum se queda quieto. Yo me apoyo en los codos. Justo donde James me clavó los dientes, una larga cicatriz irregular me marca la cintura y el torso. La piel que la rodea es rojiza, pero debe de tener mejor pinta que hace solo unas horas, cuando me desangraba sobre la hierba.

Debería preocuparme y, sin embargo, miro a Callum con fascinación. Tiene un aspecto tan denso, tan impenetrable… Su expresión es pétrea, propia del mismo guerrero que vi por primera vez en la pelea en el castillo de Sebastian.

El lobo reluce en sus pupilas. Por un instante, me pregunto si habrá percibido el cambio en mi interior. Esta… *necesidad*.

Mientras que yo dirijo mi ira hacia Blake, por haberme usado como un peón en sus juegos, Callum parece reservarse la suya en exclusiva para James.

—Lo pagará con su vida.

Suena a promesa, lo que me acalora aún más. No es solo que le preocupe que esté herida, sino que subyace algo más primario todavía. Posesivo. Como si no pudiera soportar que su hermano me hubiera marcado.

Siento que ardo. Soy un incendio.

Diosa, no sé qué diantres me pasa, pero tengo que parar. Es un ansia dolorosa. Con la piel sensible, me giro sobre el colchón. Me asalta la extraña necesidad de morder algo y casi me siento enferma. Se me escapa un suspiro tenue y tembloroso.

Callum endurece todos y cada uno de los músculos de su anatomía.

Su mirada salta a la zona entre mis piernas, que ahora palpita de necesidad, como si fuera consciente de lo que siento. La ropa interior apenas me cubre. Cada vez estoy más caliente y más húmeda. Él se relame el labio inferior. Un leve gruñido brota de su garganta.

Cuando sus ojos se cruzan con los míos, veo que el lobo sigue ahí, oscuro, bello y poderoso. Parpadea un par de veces, como si intentara contenerlo.

—Esta noche he creído que te perdía. —Sus palabras suenan ahogadas.

—Me perdiste durante un momento, pero al final me has encontrado —sonrío—. Ven aquí.

Él inspira profundamente, como si intentara mantener la compostura.

Estoy herida. Sin duda piensa que soy algo frágil que no quiere romper. Pero, Diosa, quiero que me rompa. Quiero que me consuma. Quiero dejar escapar esta bestia enjaulada que merodea y se agita en mi interior. Quiero que todos los horrores de esta noche se esfumen.

—*No* —susurro—. No seas un caballero conmigo.

—Rory…, estás herida.

—¿No quieres cuidar de mí?

Él suelta una carcajada y desvía la mirada hacia el suelo.

—Sí, quiero cuidar de ti, pero me temo que no estaría bien.

—Sí lo estaría.

Con un pulgar, traza círculos frustrantes en mi pierna, que todavía descansa sobre su regazo.

—No quiero hacerte daño.

—No me vas a hacer daño.

Él se reacomoda, de manera que queda de rodillas encima del colchón, entre mis piernas, y me siento triunfante. Su expresión se ensombrece.

—Tienes que dormir un poco —dice.

—¿Y por qué no me ayudas a relajarme para que me sea más fácil?

Él gruñe.

—Qué muchacha más exigente eres, ¿no? Y muy valiente, también, por atreverte a atormentar al alfa de Highfell de esta manera.

—No me da miedo. Estoy cortejando al futuro rey de los lobos, ¿no te has enterado?

Él ríe por lo bajo, una risa suave que llena la pequeña alcoba con calor y una oscura promesa.

—Ah, ¿sí? ¿Lo estás cortejando?

—¿Dirías que no?

—¿Y qué tal es? Apuesto, imagino.

—Muy apuesto. Y fuerte. Y le gusta pensar que es un caballero, cosa que no es cierta. Es un lobo.

—Ah, ¿sí?

Se agacha y me obliga a apartar los muslos para acomodar sus anchos hombros entre ellos.

—Sí —digo gimiendo.

—Creo que hace tiempo que dejamos atrás el cortejo, princesa. —Deposita un beso en la tela húmeda de mi ropa interior—. ¿No te parece?

Arqueo la espalda.

—*Sí.*

El sudor me perla la frente. Quiero pedir más, cosa que no he hecho nunca. Sin embargo, al notar cómo aparta la tela de la ropa interior con el dedo, me tenso. Mi cuerpo se enfría, como si

acabaran de arrojarme a un lago helado. La oscuridad repta por los límites de mi visión y un sonido atemorizado escapa de mis labios. Callum se queda quieto entre mis muslos.

Un gruñido se forma dentro de mí, vibrante, en aumento. Como si algo estuviera atrapado en mi pecho y forcejeara para liberarse de una jaula. Quiere correr hacia una dirección específica, pero no la distingo. Tengo la piel húmeda. Se me ha pegado el pelo a la cara.

—*Callum* —digo jadeando.

—Princesa. —Él se incorpora de inmediato y me sostiene entre sus brazos—. Ghealach, estás ardiendo.

Unos puntitos destellan ante mis ojos. El sudor frío me recubre la piel. Intento aferrarme a la lucidez, pero me veo superada por una ola de oscuridad. La pequeña cama, la chimenea asediada por los libros, las brasas en el hogar, el rostro de Callum… Todo se vuelve gris.

—*¡Blake!*

Callum, que salta de la cama, suena lejano.

Me hundo.

Caigo en la oscuridad.

2

Estoy corriendo por el pasillo oscuro e interminable de una prisión. Soy una estatua que se desmorona, con los brazos y las piernas revestidos de sombrías enredaderas. Ante mis ojos se conjuran celdas húmedas, bisturíes metálicos y corazones que gotean sangre negra.

Me precipito por un bosque de noche. Mi vestido se engancha en las ramas; espinas se clavan en las plantas de mis pies. No sé si corro hacia algo o si huyo de algo, pero, si me detengo, moriré.

El rostro difuminado de Callum aparece frente al mío.

—¿Qué le pasa? ¿Es por el mordisco?

—Es su loba. —La seda negra que es la voz de Blake consigue enfriar mis huesos en combustión—. Aurora, cielo. —Una palma me presiona la frente húmeda, lo que calma a la bestia desatada en mi interior—. Mírame.

Abro los párpados y me echo hacia atrás con brusquedad.

Las pupilas de Blake se dilatan hasta que no son más que oscuros pozos vacíos. Sus labios se curvan en una cruel sonrisa que resulta demasiado grande para su cara. Ríe. Una risa áspera, gélida e interminable.

«Sé lo que eres», grito dentro de mi cabeza.

«¿El qué?».

«Un monstruo».

La oscuridad me asedia de nuevo.

Estoy atrapada en un lugar frío y oscuro, hundida hasta la cintura en un agua tan negra como el abismo. Una gran bestia ha apresado a un conejo entre sus fauces mientras corre por una capilla derruida. Un latigazo me hiende la piel al tiempo que una risa me taladra los oídos. El grito de una mujer restalla en mitad de una tormenta de nieve.

Unos feroces ojos ambarinos se clavan en mí.

—Su cuerpo la está asimilando —dice una voz melosa y envenenada—. Quiere rechazar a la loba.

—Antes estaba bien. —Una voz áspera y preñada de preocupación, densa como las Tierras del Norte—. Un poco alterada, quizá, pero no así.

—Pasará por fases como esta hasta que se transforme por primera vez. Es transitorio.

—¿A ti te pasó?

—Sí. —Una mano me echa la cabeza hacia atrás y acerca un cáliz a mis labios. Está lleno de veneno—. Bebe, pequeña liebre.

«No. No. No».

Hundo la cabeza contra la almohada, impotente. La oscuridad rebosa por mi garganta, se derrama entre mis labios. Él se desvanece entre las sombras, con su voz retumbando en mi mente.

«Mi peón. Mi marioneta. Mía».

Al parpadear me encuentro caminando lentamente en un castillo. El aire fresco me hace cosquillas en las piernas desnudas; mis pies descalzos golpean las baldosas. Me recreo en el frío sobre mi piel caliente. Saboreo las sombras que me rozan las mejillas. Noto las piernas débiles. Está demasiado oscuro como para ver nada, pero estoy atada a una correa, así que la sigo. Aferro con los dedos la empuñadura de una hoja plateada. Un rugido se desata en mi pecho.

«No soy un peón. No soy una marioneta. No soy de nadie».

Entro en la estancia. Él duerme en una cama colocada contra la pared. No sé si estoy despierta o soñando. Todo se muestra borroso; sin embargo, parece más tangible que antes. Su brazo descansa por encima de la cabeza y tiene el cabello oscuro revuelto. Parece tan sereno… *Tan fácil de matar.*

En cuestión de un parpadeo me encuentro a horcajadas sobre su torso y le pongo un cuchillo a la garganta. Le aprieto las caderas con los muslos. Está duro. Caliente. Me aferra las muñecas, con los dedos como si fueran grilletes. Cuando abre los ojos, algo fiero me devuelve la mirada. Parpadea con un movimiento de pestañas que le abanica las mejillas y la bestia desaparece, no sin que algo igual de

peligroso me observe. Huele a sangre y a sombríos cuentos de hadas. A las profundidades del bosque.

—No recuerdo haberte invitado a mi cama, Aurora, cielo.

Carga conmigo. Apoyo la mejilla en la solidez de su pecho desnudo. Soy una muñeca en sus brazos. Un juguete con el que divertirse. Un títere que controlar. Gruño y me resisto, pero él me sujeta más fuerte, lo que impide que me libere. Me entrega a un tercero como si nada. Callum me susurra palabras de consuelo al oído. Estoy acalorada. Alterada. ¿Cuándo acabará?

—¿Dónde la has encontrado? —La somnolienta voz de Callum destila preocupación.

—En mis aposentos. —Percibo lo divertido que le parece—. Creo que su loba quiere matarme.

—La mayoría de los lobos quieren matarte. —Tiene lugar una pausa que puede haber durado tanto una eternidad como un solo latido—. Hablas de su loba como si fuera ajena a ella.

—Lo es.

—Los lobos son parte de nosotros, Blake. Quizá si aceptaras esa parte de ti…

—Callum, si alguna vez necesito tu consejo, te lo pediré. Y, si de verdad llegamos a ese punto, será porque el mundo estará perdido ya. —Las pisadas son como truenos en mis oídos—. Ata en corto a tu mascota.

Las sombras me secuestran una vez más.

Estoy en un carruaje con Sebastian, que tiene un corte en la garganta. Hay unas cuerdas enganchadas a mis muñecas y un ser sin rostro me obliga a bailar en un salón desierto. Blake se acerca a mí con la violencia brillándole en la mirada.

Yo corro. Estoy perdida. Unos pasillos oscuros se disuelven en el olvido. Hay un símbolo. Una llave con dos lunas crecientes en la parte superior.

Alguien chilla.

Alguien canta.

Una luz brillante, cegadora.

Doy un respingo.

Respiro con dificultad. Con el pelo pegado a la piel, me doy cuenta de que estoy atrapada entre las sábanas. Sola.

Una luz grisácea danza en la habitación; la lluvia repiquetea contra la ventana. Un fuego arde con ímpetu en el hogar, por lo que deduzco que alguien ha estado aquí hace poco.

Noto un martilleo en la cabeza y la boca tan seca como el esparto. Me siento débil, como si mis extremidades fueran delgadas ramitas que pudieran partirse en cualquier momento. Un suave gruñido escapa de mi garganta. Es como arena. Hay un tazón en la mesilla a mi lado. Lo cojo. Olfateo el límpido líquido de su interior. No huelo nada. Me lo bebo con avidez y lo dejo donde estaba. Me alivia la garganta lacerante, tan frío que lo noto descender hasta mi estómago.

Creo que he tenido fiebre. No tengo ni idea de cuánto ha durado. Intento orientarme entre los sueños y las alucinaciones. Todo se mezcla entre sí hasta formar un enredo indistinguible que me hiere la mente. Recuerdo la voz de Blake imponiéndose al velo de oscuridad, diciendo que mi cuerpo intentaba asimilar a la loba.

Contengo el arrebato de temor que me asalta. Podría estar equivocado. Podría haber mentido.

Peor: podría haber dicho la verdad. Es posible que esté convirtiéndome en una de las criaturas que, durante veinte años, mi reino me enseñó a repudiar, a temer. La parte de mí que el sacerdote intentó purgar, que mi padre intentó envenenar, que condenó a mi madre a su aciago destino. Podría ser real.

Recuerdo otra cosa: estar sentada a horcajadas sobre Blake mientras estaba en la cama, sosteniendo una daga contra su garganta. Sacudo la cabeza. Yo nunca haría nada semejante. Es un sueño febril, no un recuerdo.

Aquí, el aire está viciado. Huele a enfermedad. Me recuerda a las mañanas que pasé junto a la cama de mi madre y a las semanas que pasé convaleciente, encerrada en mis aposentos después de su muerte. Lo que pasa es que ella no murió a causa de una enfermedad, como creía. La ira crepita bajo mi piel. A mi madre la asesinó mi padre.

Aprieto y relajo los puños, inspiro profundamente un par de veces y neutralizo el sentimiento. Ahora estoy muy lejos de él. Aunque, quizá, algún día, Callum me ayude a hacerle pagar por lo que hizo.

Me froto la cara con ambas manos y deslizo los pies fuera de la cama. Me he despertado con tanta sed que no he reparado en el pergamino que hay junto al tazón de agua ni en el trozo de pan en un pequeño plato acompañado de un cuchillo de untar. Cojo la nota:

> *Princesa, estoy reunido con algunos miembros del clan de Blake. Volveré pronto. Desayuna. Quédate donde estás.*

Estoy famélica, por lo que no me cuesta seguir sus instrucciones. Mi estómago ruge mientras me fuerzo a tragar el trozo de pan reseco. Como no me sienta muy bien, me apresuro a beber más agua y vuelvo a dejar el tazón.

Mi alma entera protesta ante su segunda indicación. No quiero quedarme donde estoy. Tengo la sensación de que se me caen las paredes encima. En lo más profundo de mi mente oigo cómo mi yo adolescente le suplica a una de las doncellas que me deje salir a dar un paseo por los jardines, unirme a mi padre y a mi hermano para cenar en el Gran Salón o montar a caballo por los alrededores, como mi madre solía dejarme hacer.

Ya no puedo ser esa chiquilla. Me juré que sería más que eso.

Me pongo de pie. Me tiemblan un poco las piernas. Siento como si unas cuchillas me rasparan el interior del cráneo. Gruño y me aferro al alféizar de la ventana para mantener el equilibrio. Respiro hondo varias veces. Me encuentro en una estancia que da a un patio en sombras. La lluvia, al amparo de las turbulentas nubes grises que opacan el sol, se estrella contra los adoquines.

En un rincón de la habitación hay un armario. Me dirijo a él con la esperanza de hallar ropa limpia. Solo hay prendas de varón: pantalones, camisas y un *kilt* del mismo tartán rojo que el de Callum. Me pregunto si Fiona u otro miembro de su clan habrá llegado al castillo mientras yo dormía para traerle esto. Espero que sí. Ojalá Fiona haya salido bien parada tras la traición de Callum y Blake.

La camisa que llevo está empapada en sudor. Me la quito y escojo otra. No tengo claro a quién pertenece hasta que, al ponérmela, me llega el aroma a pino oscuro. Se me acelera el pulso a modo de protesta, lo que no impide que me la abroche. No quiero ponerme la ropa de Blake ni oler como él, pero de momento es lo que hay. También me pongo unos pantalones, que ciño con un cinturón para que no se me caigan.

Alguien llama a la puerta. Me paralizo.

Callum habría entrado sin más. Vuelvo el rostro para mirar el cuchillo de untar que descansa junto al plato de pan. Me apresuro para cogerlo y metérmelo en el bolsillo. Después abro la puerta con cautela.

Una muchacha de edad y complexión similares a las mías, de cabello largo, ondulado y oscuro, aguarda en el pasillo. Es impresionante, con esa mandíbula afilada y esos labios carnosos. Lleva un vestido precioso, negro de mangas largas de encaje. Me resulta familiar, aunque no creo que hayamos coincidido antes.

—¿Sí? —Mi voz suena ronca por la falta de uso, así que me aclaro la garganta.

—Blake solicita tu presencia en su cámara del consejo.

Ladeo la cabeza. No me entusiasma que el alfa de Lowfell me mande llamar, pero al menos me ahorra el tener que buscar a Callum en un castillo desconocido.

—¿Formas parte de su clan? —pregunto.

—Correcto.

Sonrío, con la esperanza de hacer una amiga.

—Soy Aurora.

Ella se coloca un mechón de pelo tras la oreja, lo que me permite captar un retazo de una cicatriz o un tatuaje en su muñeca, que se apresura a cubrir con la manga.

—Lo sé.

Espero a que me diga su nombre. Al ver que se limita a suspirar, como si le estuviera haciendo perder el tiempo, retrocedo con el ceño fruncido. Debería haber previsto que la gente del clan de Blake sería igual de insufrible que él.

—Un momento, por favor.

El único calzado con el que cuento son las zapatillas enfangadas y manchadas de sangre que James me proporcionó para entregarme a Sebastian. Me las pongo con una mueca.

La chica no me dirige la palabra durante el trayecto por el laberinto de angostos pasillos. No es un estilo muy distinto al de Madadh-allaidh, el castillo al que me llevaron en primer lugar cuando Callum me trajo a las Tierras del Norte, pero parece algo más claustrofóbico. Tal vez se deba a la falta de tapices y colores de otros clanes, ya que la negrura de las paredes ayuda a que dé la impresión de que están más cerca unas de otras. Unos cáncamos de forja sostienen antorchas que titilan a nuestro paso.

—… no la pondré en riesgo. —El marcado acento de Callum suena casi como un gruñido al acercarnos a la puerta.

—No seas ridículo. —El tono de Blake es suave como la seda—. Estará bien. Podemos encargarnos de…

La chica llama y la estancia enmudece.

Una extraña expectación se conjura en mi pecho. Odio admitir que siento un poco de curiosidad por el lugar al que Blake llama hogar. En una ocasión, Callum me dijo que la gente se preguntaba si Blake —el lobo mestizo de las Tierras del Sur— era legítimamente un alfa. Cualquiera que lo cuestionara tendía a acabar muerto.

Y, sin embargo, aquí estamos, en sus dominios: un auténtico castillo de las Tierras del Norte.

¿Cómo lo consiguió? ¿De verdad es su hogar? ¿Le cae bien a su propia gente?

—Adelante —dice Blake.

3

La cámara del consejo cuenta con tres esbeltos ventanales arqueados en una pared lateral, a través de los cuales son discernibles las montañas teñidas de marrón y naranja. Entre las ventanas brillan unas antorchas sostenidas por unos apliques de hierro negro; en la chimenea de piedra curva arde un tímido fuego. El lugar está presidido por una gran mesa ovalada junto a la que hay cuatro hombres de pie. Al entrar, todas las miradas se posan en mí.

Blake está a la cabeza de la mesa, con las manos planas sobre la superficie. Está inclinado hacia delante. Al tener la camisa blanca arremangada, es fácil ver el inicio de la cicatriz que le marca el codo y que debió de ganarse cuando lo mordieron. No es la primera vez que me asalta la curiosidad respecto a cómo se convirtió en lobo.

La expresión de Callum se suaviza en cuanto nuestras miradas se cruzan.

—Rory, ¿qué haces aquí?

—La he invitado yo —informa Blake, observando la larga camisa que me he puesto pese a ser de su propiedad—. Qué buen aspecto tienes hoy, pequeña liebre.

Le respondo con una tenue sonrisa, porque estoy segura de que lo dice para provocarme.

—Gracias.

Un hombre con rastas y tatuajes que le surcan la piel oscura de los brazos esboza una sonrisa de suficiencia. Jack, me parece que se llama. Lo vi en las mazmorras cuando Blake me secuestró e intentó que me casara con James. Mi aversión aumenta.

El cuarto tipo que hay en la estancia es alguien a quien no he visto nunca. Tiene la misma complexión robusta que Callum, con el pelo corto y oscuro y una barba pulcramente recortada. Sus brazos están cruzados frente al pecho, postura que resalta unos bíceps

gruesos contra la tela de su camisa negra. Lleva un parche en el ojo izquierdo y una serie de pequeñas cicatrices zigzaguean en su garganta. De pronto, siento que me suena, aunque no imagino en qué situación podría haber coincidido con un hombre así.

—Pasa, por favor —dice Blake—. Justo estábamos hablando de ti.

Avanzo hacia la mesa.

—Eso me ha parecido —contesto—. ¿Sobre qué debatíais? No me gusta la idea de que cuatro hombres hablen de mí sin estar yo presente.

—Deberías descansar —susurra Callum con un timbre reprobatorio —. ¿No has leído mi nota? Has pasado tres días con fiebres altas.

«¿Tres días?». Callum está a punto de enzarzarse en una guerra con su hermano y yo he estado en cama tres días. Las incógnitas se agolpan en mi cabeza, ya de por sí víctima de un martilleo. Me pregunto qué me he perdido.

—Ya no soportaba estar recluida en esa habitación más tiempo — replico con calma—. Me encuentro mucho mejor.

—Mmm.

De cerca, aprecio que Callum no parece haber dormido mucho. Una barba incipiente le reviste la mandíbula. Tiene ojeras. Su habitual fragancia de montaña ha quedado eclipsada por un sudor varonil, como si no se hubiera lavado. Le rodeo la cintura con el brazo y aprieto. Además de ocuparse de todo lo sucedido con su hermano, también ha tenido que preocuparse por mí.

La mujer que me ha acompañado hasta aquí resopla en el umbral.

—¿Participas, Elsie? —inquiere Blake.

—No.

Elsie no muestra deferencia alguna hacia el hombre que deduzco que es su alfa. Se dirige al pasillo acompañada del susurro de sus faldas contra las baldosas. Cierra la puerta a sus espaldas.

Tomo aliento con avidez al sentirme presa de una emoción punzante que me oprime el pecho. Proviene de Blake, pero desaparece tan deprisa que bien podría haberlo imaginado. Aún no me he acostumbrado al extraño vínculo que nos une y que Blake tuvo a bien imponerme. Es como si hubiera un hilo de sombras en mi pecho, un hilo enrollado en torno a mi alma. Cuando él siente

alguna cosa, me da la sensación de que se estira y se tensa. Intento discernir la emoción. Anhelo, creo. Me pregunto qué relación guarda con él esa mujer.

El hombre corpulento que me es desconocido contiene una risita.

—¿Qué te hace tanta gracia, Arran? —pregunta Blake con un tono un tanto frío.

—Nada. —La voz de Arran suena un poco áspera, como si no la usara demasiado. No suena sincero. Se acerca más a su alfa, le susurra algo al oído y Blake asiente.

Arran se aleja de la mesa, pasa junto a Callum y junto a mí, y se va a buscar a Elsie. Me lanza un vistazo rápido y, una vez más, me asalta esa sensación de familiaridad. Cierra la puerta.

—Como decía —prosigue Blake—, quiero que Lochlan y algunos miembros de su clan vengan a Lowfell para el Oidhche Fhada.

Callum me sujeta con un poco más de fuerza, un aumento que resulta casi imperceptible.

—Y, como *yo* estaba diciendo, creo que eso no es una buena idea.

—¿Qué es el Oidhche Fhada? —pregunto con dificultad por lo extrañas que son para mí esas palabras.

—Un ritual lobuno que tendrá lugar la semana que viene —contesta Callum—. Creemos que Oidhche, el Dios de la Noche, como lo llamáis en las Tierras del Sur, tiene una prisión en el cielo en la cual retiene a Ghealach, la Diosa de la Luna.

—Lo recuerdo —digo.

—Oidhche la traslada a una celda diferente cada noche, de modo que nunca puede ser hallada por aquellos que la buscan. En las noches de luna llena es cuando está más cerca de nosotros. Sin embargo, una vez cada dos años y medio, se adentra tanto en su prisión que su luz no consigue tocar la tierra. Por un momento, el mundo se sumerge en la oscuridad. Ahí es cuando se celebra el Oidhche Fhada.

Creo que se refiere al eclipse lunar. En las Tierras del Sur tenemos un festival en su honor que consiste en encender hogueras para honrar a la Diosa del Sol y ahuyentar la oscuridad.

—¿Y esta vez no queréis celebrarlo? —pregunto.

—No es el ritual a lo que me opongo, pero aquí el alfa Blake desea tener invitados. Lochlan Christensen es el alfa de Glas-Cladach y no es alguien de quien podamos fiarnos.

Blake señala parte de la línea de costa en el mapa de las Tierras del Norte que hay en la mesa.

—Lochlan cuenta con el segundo mayor ejército de las Tierras del Norte y tenemos un enemigo común.

—¿James? —pregunto.

Blake inclina la cabeza.

—Me gustaría convencerlo para que se una a nuestra causa. Si queremos avanzar de forma efectiva contra James, será mejor que lo hagamos mientras aún esté lamiéndose las heridas de la batalla con Sebastian. Tenemos tres semanas hasta la luna llena. Quiero que nos pongamos en marcha justo después. Necesitaremos un ejército para someter el castillo y el apoyo de, por lo menos, cuatro alfas que se nos unan si tenemos que mantenerlo. Lochlan podría asistirnos con su ejército.

Callum aprieta los dientes.

—¿No te cae bien Lochlan? —inquiero.

—No tengo nada personal en su contra —responde Callum—, pero, si bien es cierto que él y James no congenian, también tiene motivos para no hacerlo conmigo.

—Opina que invitar a Lochlan podría ponerte en peligro —dice Jack—. Sobre todo después de…

Callum emite un sonido grave, como un gruñido, y Jack enmudece.

—¿Por qué iba a ponerme en peligro?

—¿Recuerdas que salí para ayudar a mi hermano mientras aún estábamos en Madadh-allaidh? —dice Callum—. Perdimos la batalla contra Sebastian y a mí me hirieron con acónito.

Un miedo atroz me atenazó el corazón cuando vi a Callum caer de rodillas en sus aposentos, empapado en sudor y sangre, como la que le teñía el brazo por la herida de bala de su hombro. Siento una punzada de vergüenza. Esa mañana le dije a Callum que Blake no era tan malo como parecía. Qué equivocada estaba.

Asiento.

—El fuerte del que se apoderó Sebastian pertenecía al territorio de Lochlan —dice Blake—. El alfa que se hizo cargo era alguien apreciado por Lochlan. Lo más probable es que a estas alturas esté muerto o algo peor.

—Y la única razón por la que Sebastian estaba allí era porque me buscaba a mí —digo yo—. Puede que Lochlan me culpe por lo que ocurrió.

Se me entumece la voz al comprender que es posible que Lochlan sea mi enemigo, a pesar de que ni siquiera me he cruzado con él.

—Sí —afirma Callum—. No podemos fiarnos de su lealtad.

Blake suspira.

—Lochlan estará encantado con Aurora. Confiad en mí. —Yo no me molesto en señalar que no podemos confiar en Blake—. De todos modos, ya lo he invitado. Esta conversación es fútil.

Callum aprieta la mandíbula.

—*¿Cómo?*

—Venga ya, Callum. Tú y yo podemos ocuparnos de él y lo sabes. ¿Por qué no le cuentas a tu mascotita la auténtica razón por la que estás tan sobreprotector?

Un hoyuelo aparece en la mejilla de Blake. Yo me giro rápidamente hacia Callum.

—Blake. —La voz de Callum tiene una nota de advertencia.

Jack sonríe.

—¿Qué pasa? —inquiero yo, severa.

Él se pellizca el puente de la nariz antes de sacar un pergamino del bolsillo de su *kilt*. Lo cojo.

—Ryan y su muchacha, Becky, llegaron ayer —dice Callum. Me invade el alivio. El muchacho de dieciséis años al que perdoné la vida en el recinto de lucha de las Tierras Fronterizas está bien—. James los ha dejado marchar, pero les dio esta misiva.

Las palabras «Callum McKennan» están caligrafiadas con tinta en el dorso. El lacre está roto, así que la abro. Le doy la vuelta al pergamino y lo leo:

Tienes algo que me pertenece. Yo tengo algo que te pertenece a ti. ¿Qué te parecería un intercambio?

Frunzo el ceño.

—¿Qué tiene él que sea tuyo?

—A Fiona —dice Callum carente de emoción, con la mirada perdida en el pergamino que sostengo.

Una mezcla de pánico e ira se agolpa en mis entrañas. Que Callum tenga los ojos inyectados en sangre no es solo a consecuencia de lo preocupado que ha estado por mi fiebre y por el mordisco que me palpita en un costado. James ha hecho prisionera a su amistad más longeva. También es amiga mía, aunque no la conozca tan bien. Fiona fue una de las pocas personas en Madadh-allaidh que se dirigió a mí con amabilidad, y lo hizo sabiendo que pertenecía al reino enemigo.

Mi temor se convierte en determinación. Toco el brazo de Callum. Su bíceps está rígido bajo la camisa.

—La recuperaremos. ¿Él cree que tú tienes algo suyo?

Callum traga saliva.

—En principio, así es.

—Entonces, deberíamos negociar un intercambio.

—Ahí es donde se complica el asunto.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quiere? —Frunzo el ceño—. ¿Qué tienes tú que le pertenezca?

Se pasa una mano por la boca. Su mirada se ensombrece en cuanto la detiene en mi cintura, allá donde los dientes de James marcaron mi piel. Sus ojos rebosan aflicción cuando los clava en los míos.

—A ti.

4

Me aparto de Callum. En mi pecho se libra una batalla entre el dolor y el desconcierto.

—¿Qué quieres decir? Yo no soy de nadie, y mucho menos de James.

Afuera, la lluvia ha arreciado, por lo que su sinfonía contra las ventanas arqueadas nos perfora los oídos. Callum se roza el labio inferior con los dientes.

—Teóricamente, sí, princesa.

—¿De qué estás hablando?

—Es la ley de los lobos. —Los amplios hombros de Callum están caídos, como si cargara con un gran peso. Me pregunto cuántas veces habrá mantenido esta conversación con Blake y los demás mientras yo estaba en cama—. Normalmente, cuando muerden a un lobo mestizo, si este sobrevive, pasa a formar parte del clan del lobo que lo mordió. El alfa de ese clan asume esa responsabilidad. Básicamente pasan a ser de su propiedad. James es de Highfell. Si no hubiera sido rey en el momento en que te mordió, me habrías pertenecido a mí, pero me supera en rango. Tiene derecho a reclamarte. La ley de los lobos indica que, si lo hace, debes acudir a él.

Me tiemblan las piernas… Por la fiebre, por la conmoción; no lo sé. Con la mano, me apoyo en la mesa ovalada para recuperarme. La idea de que el hombre que me atacó, que me ha cambiado la vida para siempre, me vea como su propiedad hace que se me hiele la sangre en las venas. El arrebato de ira que me asalta es tal que me palpita el corazón en los oídos.

Blake está a contraluz, con el fuego ardiendo en la chimenea a sus espaldas. Jack se inclina sobre la mesa. Detesto que sean testigos de esto. Detesto que hayan discutido este asunto sin mí. Trago saliva

para mermar mis emociones y las entierro en lo más profundo de mi ser.

—Eso es absurdo —digo—. Solo porque James diga que algo es de una manera no quiere decir que lo sea. Yo no le pertenezco a nadie.

Blake tamborilea con los dedos sobre el mapa.

—En cualquier caso —dice—, si solicita que te entreguemos y nos negamos, estaremos quebrantando la ley de los lobos, lo que nos pondría en la incómoda situación de tener un futuro rey que no se adhiere a las reglas por las que nos regimos todos los lobos.

A diferencia de la de Callum, su voz carece de emociones. Habla como si la posibilidad de que fuera propiedad de otro hombre no supusiera nada para él. También me percato de las palabras que ha elegido. «Un futuro rey». No quiere quebrantar las normas porque hacerlo podría echar a perder *sus* pretensiones al trono, no las de Callum.

Lo miro sin ambages.

—Entonces ¿planeas entregarme a él?

Callum coloca su mano sobre la mía. El contacto de su palma cálida y callosa me ofrece cierto consuelo.

—No. Nunca —dice él.

—Hay una solución muy simple —apunta Blake—. Que otro alfa te reclame antes de que James solicite tu vuelta de forma oficial.

No se me escapa que Blake no menciona específicamente a Callum como el alfa que debe reclamarme, como si él también fuera una opción. Jack observa a Blake con atención, apretando las comisuras de los labios. Él también debe de haberse dado cuenta, aunque no parece que lo apruebe.

—¿Qué me estás diciendo? —inquiero—. No quiero que nadie me «reclame». No sé ni lo que significa eso.

Blake se encoge de hombros.

—Significa que un alfa te marcaría con un mordisco y te presentaría como miembro de su clan con testigos delante. El reclamo gana más fuerza si se hace durante un evento celestial o en la presencia de una sacerdotisa, aunque eso no siempre es necesario.

Al negar con la cabeza, me asalta un martilleo.

—Ni hablar.

—¿Ni aunque sea la única forma de mantenerte a salvo? —pregunta Callum.

Me estremezco. Está de acuerdo con Blake, así que esta es otra conversación que han tenido sin mí.

—No.

Callum me acaricia los nudillos con el pulgar.

—Si lo que te preocupa es el dolor…

—No.

El rostro de Callum revela que se siente herido y entonces comprendo que piensa que estoy rechazándolo. Tal vez esta sea la forma que tienen los lobos de someterse y reclamar dominio unos sobre otros. Tal vez así sea como lo hacen todos los hombres. Yo le pertenecía a mi padre. Luego me entregaron a Sebastian. Después Callum me llevó consigo. Fui un peón para Blake.

Por primera vez en mi vida he saboreado la libertad de los vientos de las Tierras del Norte. La he sentido en el aroma de los pinares y la he visto en la frondosidad de las montañas y los valles húmedos por la lluvia. También la he sentido en la calidez de los brazos de Callum. Aquí tengo la oportunidad de ser una igual en vez de un premio. No pienso renunciar a eso tan fácilmente.

Suspiro.

—No puedo volver a ser propiedad de nadie. Ni siquiera de ti, Callum.

La expresión de este se suaviza.

—No se trata de pertenecer a alguien en particular, sino de formar parte de un clan. Para mí sería más fácil protegerte de ese modo.

—Pero yo no soy ni tuya ni de tu clan —rebato—. Ya tengo un título. Soy la princesa de las Tierras del Sur. Quizá, después de todo lo que ha pasado, eso no signifique gran cosa, ya que estoy segura de que mi padre me mandaría ejecutar por traición si supiera que mi cautiverio no se dio en contra de mi voluntad, pero, aun así, no puedo renunciar ni a mi posición ni a mi título, y tampoco responder ante un alfa. No lo haré.

El gesto de Callum se agrava.

—No es eso, princesa. Te mantendría a salvo…

—¡No estoy a salvo! En el momento en que Blake y tú atacasteis a James, le declarasteis la guerra. Es evidente que James se ha dado cuenta de que soy importante para ti. Eso no lo detendrá. Vendrá a por mí de todos modos. ¿Vas a dejar que me atrape?

La expresión de Callum se ensombrece.

—*Jamás.*

Inspiro profundamente para recuperar la compostura.

—No importa si dice que le pertenezco o no. Intenta desestabilizarnos. Tenemos que poner a los clanes de nuestra parte para hacernos con el trono deprisa, y hay que recuperar a Fiona antes de que James reaccione.

Alguien llama a la puerta.

—¿Sí? —inquiere Blake.

Un alborotado cabello cobrizo aparece tras la puerta cuando Ryan se anima a asomarse.

Callum deja escapar el aliento.

—¿Qué pasa, Ryan?

La clara exasperación que la interrupción ha despertado en Callum no impide que el rostro pecoso de Ryan se vea iluminado por una sonrisa en cuanto me ve.

—¡Princesa! ¡Estás despierta!

—¡Ryan! —Callum chasquea los dedos para recuperar la atención del chaval de dieciséis años—. ¿Qué es lo que pasa?

—¿Podemos hablar en privado?

—¿Ahora?

—Sí.

Callum recorre la estancia con la mirada y después se detiene en mí.

—¿No puede esperar?

—No.

Callum me da un apretón en el hombro.

—Solo será un momento. Házmelo saber si necesitas algo, ¿vale?

Yo asiento y él sigue a Ryan al pasillo mientras sacude la cabeza.

—Juro por Ghealach, muchacho, que como no sea algo importante… —Sus palabras se pierden tras la puerta que cierran a sus espaldas.

Yo me quedo a solas con dos lobos que conspiran contra Callum y contra mí.

La tensión me atenaza la garganta. Un cosquilleo me recorre los dientes, como si quisiera morder algo. El impulso de, o bien cruzar la habitación y hundir los dientes en Blake, o bien morderme las yemas de los dedos hasta que sangren es tan fuerte que tengo que cerrar las manos.

Al ver que la sensación no se diluye, repaso el trazo irregular de la costa del mapa con los dedos. La manga de Blake me roza la mano. Registro un par de nombres: Altos Picos, Oidhche Craig. Highfell debía de estar por ahí arriba, en alguna parte. Lo encuentro junto a un territorio llamado Glen Ghealach.

Blake susurra algo. Me llegan las fuertes pisadas de Jack, que pasa junto a mí. Me guiña un ojo y desaparece por el pasillo tras cerrar la puerta.

Mis pupilas se alzan despacio hacia Blake.

No puedo evitar pensar en los sueños febriles que he tenido. En sus ojos negros como la noche, en su risa reverberando en mis huesos, en él mezclándose con las sombras y enroscándose a mi alrededor como una serpiente. A la luz del día, no es más que un hombre —un lobo—, y, sin embargo, se me acelera el pulso como si yo fuera una presa.

—Por fin solos, pequeña liebre.

5

El reino de las Tierras del Norte se extiende sobre la mesa ovalada que hay entre Blake y yo. El viento espolea la lluvia contra las ventanas arqueadas y el sonido retumba en la penumbra como tambores de guerra.

«Por fin solos, pequeña liebre».

Al inicio de la vinculación de nuestras vidas sentí sus emociones con la misma intensidad que las mías. Creo que ha dado con la manera de ocultarlas, porque, aunque todavía siento su oscura esencia en mi interior, soy incapaz de identificar sus intenciones.

Cómo detesto a este hombre. Puede que lo deteste incluso más que a James. Percibo mi odio en el paladar, su amargura en la parte trasera de la lengua. Siento un cosquilleo doloroso en los dientes, como si quisiera hundirlos en su carne. Me utilizó. Lo peor es lo mucho que eso me duele.

Nunca he tenido amigos. Como princesa, siempre me mantenía al margen del resto. No se me permitía salir a correr y a jugar a los juegos tontos con los que se entretenían los demás críos. Como adulta, nadie hablaba con libertad cuando yo estaba cerca. Mi hermano, Philip, era cruel. Cada varón que se dignó a dirigirme la palabra lo hizo porque quería obtener algo de mi padre.

Creía que eso me había hecho más dura, que me había dado herramientas para juzgar bien la personalidad de los otros. Ahora me pregunto si no me habrá vuelto incluso más susceptible al engaño. Estaba tan desesperada por establecer alguna conexión con alguien, con quien fuera, que me dejé manipular por una serpiente.

No es que confiara en Blake ciegamente, pero, Diosa, una parte de mí quería hacerlo. Disfrutaba de las conversaciones que mantenía con él, incluso cuando intentaba provocarme. Se dirigía a mí como si

fuera su igual; quizá más de lo que Callum lo hizo jamás. Una parte horrible, débil y patética de mí quería ser su amiga.

Y por ello lo desprecio tanto como a mí misma.

—¿Qué tal te encuentras, pequeña liebre? —Su voz suena deliberadamente aterciopelada, casual, como si esta fuera una charla cualquiera.

Puede que no viera el veneno de Blake hasta que no fue demasiado tarde, pero sé que disfruta con el sufrimiento de los demás. No lo divertiré con el mío. Me obligo a esbozar una sonrisa cordial, la misma con la que recibía a señores desagradables cuya presencia, en realidad, aborrecía.

—Muy bien, gracias.

Él ladea un poco la cabeza. Entonces lo siento. Un cosquilleo fresco bajo la piel; la extraña sensación de que unas enredaderas hechas de sombras reptan por mi alma. Antes, cuando percibí su anhelo, pareció involuntario. Esto es distinto. Es como si estuviera sondeándome para medir mis emociones. Me tenso para mermar la impresión y encapsulo mis sentimientos sin llegar a apartarlos demasiado.

—¿Has descansado? —pregunta.

—Estoy bien.

—Callum ha comentado que has tenido pesadillas. ¿Qué has soñado?

Hay una nota cortante en su tono de voz, como si la respuesta fuera importante para él, aunque no alcanzo a atisbar el porqué.

—No era más que un poco de fiebre —replico, melosa—. Gracias por tu interés.

Lo capto: una ligera punzada de descontento. Mi sonrisa se vuelve un poco menos forzada. Mi amabilidad le resulta irritante. Bien.

Camina hacia mí con unas pisadas sólidas sobre las baldosas. Se detiene lo suficientemente cerca como para que su aroma a bosque oscuro me envuelva y entonces se apoya de espaldas en la mesa, que cruje bajo su peso. Su rostro queda muy cerca del mío. Su muslo casi me roza la cadera.

Quiero retroceder, poner distancia entre los dos, pero me obligo a permanecer donde estoy.

Desde tan cerca, aprecio que él tampoco ha dormido demasiado. Unas sombras descoloridas circundan sus ojos y tiene el cabello oscuro alborotado, como si se hubiera pasado frenéticamente los dedos por él. Un tenue rizo adorna su frente.

En mis sueños febriles, Blake parecía etéreo e intocable: un monstruo hecho de oscuridad y muerte. Lo real que es, su tangibilidad (con esos brazos firmes, la anchura de sus hombros, el pecho rígido y tenso bajo la camisa blanca), lo hace parecer, de algún modo, más peligroso aún.

—Desafiaste a James, le cortaste el cuello a Sebastian con una daga, ¿y lo único que me das es un «gracias por tu interés»? —Su voz es grave, seductora—. Decepcionante.

—Si alguna vez te he hecho pensar que pretendía impresionarte, Blake, te pido disculpas por la confusión.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¿Lo has notado? —pregunto.

—Ahora mismo estás conteniendo tus emociones. Igual que yo.

A pesar de que no estoy dispuesta a pedirle ayuda, no puedo evitar preguntar:

—¿Cómo? ¿Cómo funciona… esto que nos pasa?

Él me mira como si estuviera decidiendo si contestar o no.

—Al salvarte la vida, compartí mi fuerza vital contigo. Como si te hubiera dado el extremo de una cuerda para ayudarte a subir por ella y me sirviera de tu fuerza vital al mismo tiempo. No sé cómo lo sentirás tú, pero para mí es como si un hilo de luz procedente de tu fuerza vital todavía estuviera dentro de mí. Cuando sientes algo especialmente fuerte, se enrosca en torno a mis propias emociones e impulsos, de manera que yo también lo siento.

—¿Y cómo hago para que dejes de sentirme?

—En mi caso me imagino una jaula alrededor de mis sentimientos, como para impedirme tocar tu luz. Podrías probar. —Ladea la cabeza —. ¿Tú lo percibes así también? ¿Como un hilo de luz?

Escudriño mi interior en busca de esa pieza que le pertenece, ese extremo del hilo, y me asalta un temblor.

—No. Para mí es como una oscuridad.

—¿Y bien? ¿Estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estarlo? —Procuro mantener un tono comedido, pero no termino de disimular el rencor—. Me salvaste la vida.

«Y vinculaste nuestras vidas sin mi consentimiento como parte de tu plan para hacerte con el trono y matar a Callum».

—¿Amigos, entonces?

Mi alma protesta y, por cómo centellean sus ojos, él lo sabe. No somos amigos. Ni siquiera tengo claro que Blake sepa hacer amistades, aunque con Jack y Arran parece tener una relación bastante amigable; pero Blake debe de haberlos manipulado de alguna manera. Tal vez lo teman, igual que los lobos del castillo de Madadh-allaidh.

Fuerzo una sonrisa.

—Una vez trabé amistad con un hombre en las Tierras del Sur. Mi padre creyó que conspiraba contra él y me ordenó que le concediera un baile, me sentara a su lado y le llenara la copa. Era un tipo retorcido y cruel. Creo que en una ocasión le hizo daño a una de mis damas de compañía, pero aun así me hice su amiga. Descubrí que planeaba apoderarse de un territorio y volver al ejército contra mi padre. Le podría haber costado el trono.

—¿Qué le pasó?

Recuerdo esa noche, cuando mi padre me hizo salir. Oí los gritos en el salón del trono cuando intentó escapar. Se oían incluso desde mi alcoba.

—Murió.

—Desde luego, todo apunta a que ser tu amigo es peligroso. —La luz de las antorchas danza en las pupilas de Blake—. Dime, ¿sigues buscando la aprobación de tu padre incluso ahora, cuando ya sabes lo que le hizo a tu madre?

La ira se desata en mi interior como una tempestad. Me invade un desprecio que, en esta ocasión, dirijo contra mí. No sé por qué le he contado esa historia. ¿Pretendía amedrentarlo? ¿Impresionarlo? Trato de recobrar la compostura. No quiero que sepa que ha echado sal en una herida. Pero, incluso aunque no percibiera mis emociones, sé que sería capaz de notar mi cambio de humor solo por su faceta de lobo.

Doy un paso atrás y asiento con cortesía.

—Callum estará esperándome fuera.

Me dirijo a la puerta.

—Lamento no haber podido darte lo que querías la otra noche. —Hay algo sugerente en su tono, aunque no sé muy bien qué sugerencia es esa. Sé que intenta provocarme. Sé que debería seguir caminando.

«No piques. No piques. No…».

Me doy la vuelta.

—¿A qué te refieres?

—Cuando fuiste a verme a mis aposentos.

Frunzo el ceño. Se me tensan todos y cada uno de los músculos del cuerpo. Unas imágenes candentes destellan bajo mis párpados: el rostro de Blake apaciguado por el sueño, con el pelo desparramado por la almohada, mi hoja contra su garganta. Las sábanas estaban arrugadas bajo mis muslos y el lobo resplandeció en su mirada cuando me cogió de la muñeca.

Pensaba que era un sueño. Una pesadilla. Un producto de la fiebre. ¿Fue… fue real?

Parece que la vergüenza es una emoción más difícil de contener que la ira. Anida en mi interior hasta que me arden las mejillas y mi pulso se acelera. Ojalá la tierra se partiera en dos, me tragara y me llevara lejos de esta repugnante serpiente que tengo delante.

Despacio, los labios de Blake se curvan en una sonrisa de satisfacción.

Alzo el mentón, aunque soy consciente de que debo de tener la cara más roja que mi pelo.

—No tengo ni idea de lo que hablas. —Me dirijo a la puerta de nuevo. Estoy temblando. Me arde la piel. Voy a *morirme de vergüenza*—. Que tengas un buen día, Blake.

—Igualmente, pequeña liebre. —Percibo la fría brisa de su diversión. Él vuelve a centrarse en estudiar el mapa.

Abro la puerta y salgo de la cámara del consejo antes de cerrar con, quizá, un poco de fuerza de más.

Al otro lado del pasillo, Callum y Ryan alzan la vista de golpe. Ambos parecen molestos. Ryan está ruborizado y Callum tiene los

brazos cruzados frente al pecho y la mandíbula tensa. Se le arruga el entrecejo a causa de la preocupación, con una pregunta en sus ojos. Yo asiento. «Estoy bien». Él me regala una sonrisa comedida antes de volverse hacia Ryan.

—No —dice Callum—. Y no hay más que hablar.

—Pero…

—¿Todo bien, roja? —De entre las sombras brota una voz profunda que ahoga la protesta de Ryan. Yo doy un respingo. Jack está apoyado en la pared, cruzado de brazos.

Yo frunzo el ceño al recordarlo conspirando con Blake en ese calabozo en el que me metieron antes de llevarme ante James. «Apesta al alfa de Highfell», dijo tras sugerirle a Blake que me diera un baño.

—Qué original eres, ¿no? —digo yo—. Por llamarme roja por mi pelo.

—¿Por tu pelo? —repite Jack—. No, lo decía por tu cara, *roja*. ¿Por qué estás tan ruborizada? —Su sonrisa crece y deja al descubierto unos dientes blancos, gesto que hace que me sonroje todavía más.

—¿Y tú qué haces aquí? —inquiero yo para aparentar serenidad—. ¿Nunca te han dicho que es de mala educación escuchar a escondidas?

—Puede que mi madre lo mencionara alguna vez. —Se encoge de hombros y señala con la cabeza la puerta de la cámara del consejo —. Blake ha dispuesto un alojamiento más cómodo para ti. Os llevaré ahora que has despertado.

Se oye un gruñido disconforme cuando Callum se despide de Ryan. El joven lobo resopla y se aleja a zancadas. Callum masculla algo por lo bajo sobre cachorros insolentes y cruza el espacio que nos separa antes de entrelazar sus dedos con los míos. Sus hombros se libran un poco de la tensión.

—¿Listos? —dice Jack.

—Sí.

Lo seguimos por un laberinto de pasillos.

—¿De qué iba eso? —pregunto en voz baja mientras nuestras pisadas retumban contra la piedra.

—Ryan quiere volver a Madadh-allaidh. —Callum suspira y, como tantas otras veces, parece que carga con un peso tremendo sobre los hombros—. El muchacho ha trazado un gran plan para rescatar a Fiona. Cree que puede jugársela a James.

—Ah —murmuro—. No suena sensato.

—No. No lo es. Como no me haga caso, conseguirá que lo maten. Y tiene un buen historial de no hacerme caso.

—¿Tiene una relación muy estrecha con Fiona?

—Al formar parte del mismo clan… somos familia. Ella le enseñó a montar a caballo, y Fi, James y yo solíamos dejar que se nos uniera cuando salíamos a cazar. —Sacude la cabeza—. Creo que estaba algo prendado de ella antes de Becky.

Le aprieto la mano.

—La recuperaremos.

—Sí. Y haré que James pague por todo: por hacerte daño, por reclamarte, por retener a Fi. Estaría bien no tener que sumar una preocupación por Ryan a todo eso.

Jack nos va señalando cosas a medida que pasamos por delante de ellas: las puertas del Gran Salón de Blake, una sala de estar, un pasillo que conduce a la enfermería. Igual que antes, me percato de la ausencia de estandartes y tapices de cualquier clase. También del silencio. Nos cruzamos con algunas personas por los pasillos: dos mujeres con vestidos marrones enzarzadas en una conversación acalorada y un anciano con un *kilt* negro y gris que carga con una caja de pescado en dirección a las cocinas. Un niño pequeño, de unos cuatro años, con una mata de rizos negros, baja corriendo por las escaleras junto a nosotros, lo que hace que Jack lo anime a correr más deprisa si quiere escapar de su madre. O el clan de Blake no es muy multitudinario o reside fuera del castillo.

Jack señala la escalera de caracol que conduce a la biblioteca de la torre y yo tomo nota de ello para visitarla más adelante. Quiero averiguar la forma en que Blake vinculó nuestras vidas para así poder deshacerlo yo misma. La biblioteca parece un buen punto de partida.

Finalmente, nos detenemos delante de una puerta de la segunda planta del castillo. Jack la abre.

La estancia es mucho más amplia de lo que esperaba. Una inmensa cama con dosel preside el lugar, cubierta de pieles. Dos sillones descansan sobre una alfombra aborregada frente a la chimenea. En la esquina hay un vestidor y un robusto armario de roble parcialmente ocultos por un tabique de madera. A pesar de la falta de decoración, hay un rectángulo de piedra más clara sobre la repisa de la chimenea que sugiere que en algún momento hubo un cuadro colgado ahí.

—Blake ha pensado que sería más adecuada que la habitación en la que estabais hasta ahora —dice Jack—. El anterior alfa de Lowfell vivía aquí.

—¿Estos eran los aposentos de Bruce? —pregunta Callum con un tono de voz sombrío mientras mira en derredor.

—¿Lo conocías? —se interesa Jack.

—Así es. ¿Tú?

Jack se acerca a la ventana, que da a una vasta extensión de agua, y se apoya en el alféizar.

—Fue un encuentro muy breve. —Sus ojos brillan bajo la luz grisácea—. A Blake le inspiraba bastante aversión. Por eso rechazó la habitación. No quería dormir en la cama de Bruce.

Callum se apoya en la puerta en una imitación de la postura casual de Jack.

—¿Fue aquí donde lo mató? —pregunta como si se estuviera interesando por algo tan nimio como el tiempo.

—No. Lo hizo en la enfermería.

Me asalta un brote de rechazo frente al recordatorio de que Blake es un asesino que disfruta infligiendo dolor físico tanto como tormento emocional.

Callum aprieta las comisuras de los labios, como si tampoco él lo aprobara.

—Ya veo.

Una sonrisa se abre paso por los labios de Jack. Cualquiera diría que la aversión que nos genera su alfa lo divierte. Se endereza y señala el armario.

—Ahí dentro tienes algo de ropa que debería ser de tu talla, Aurora, y también te hemos preparado un baño en caso de que

quieras asearte.

—Gracias. —Me impongo un tono educado pese a la antipatía que me inspira este tipo. Lo más seguro es que nos beneficie tener al clan de Blake de nuestra parte si queremos derrotarlo.

La sonrisa de Jack aumenta de tamaño y asiente.

—Mantengo lo dicho en caso de que quieras entrenar más tarde, Callum.

—Quizá podrías practicar con Ryan —contesta él—. Que el muchacho no se meta en líos.

Algo parece sacudirse entre los dos: una especie de desafío que no comprendo. Jack se marcha y cierra la puerta a sus espaldas. En cuanto nos quedamos solos, Callum se deja caer visiblemente contra la pared. Aun así, me mira a los ojos con un destello de calor en su mirada. Su expresión se suaviza y me llama con el dedo.

—Ven aquí —dice.

6

Cruzo la estancia y me detengo a unos centímetros de Callum.

Mientras permanece reclinado contra la pared, yo le toco el pecho y me deleito en la reconfortante firmeza que percibo más allá de la camisa. Suspira. Es como si el contacto conmigo fuera tan reconfortante para él como para mí. Sin avisar, pone las manos tras mis muslos y me levanta antes de que yo le rodee la cintura con las piernas.

Me lleva hasta la cama, se pone encima y me recuesta en ella. Mi cabeza se hunde en una almohada mullida y rellena de plumas. Él se coloca sobre mí y se apoya en sus antebrazos, con los que me enmarca el rostro. Presiona su frente contra la mía. Tiene la piel caliente, casi parece que tenga fiebre.

—Estaba muy preocupado —dice con una voz rugosa como la arena.

Le tomo el rostro entre las manos.

—¿Te encuentras bien?

—No.

Alzo las cejas, sorprendida por su confesión. Es evidente que todo lo sucedido en los últimos días ha hecho mella en él, pero no esperaba que lo admitiera tan abiertamente. Cada vez que veía a mi padre padecer por el peso que conlleva gobernar un reino, lo que hacía era pagarlo con quien estuviera más cerca.

Y, cuando era mi hermano el que estaba alicaído, recurría a la bebida.

Una vez más, me veo sorprendida por el hecho de que este hombre (este lobo) sea tan poderoso como para atreverse a mostrar sus emociones sin temor a que vayan a ser usadas en su contra.

Le acaricio la mandíbula con el pulgar, en cuya yema siento el contacto áspero de su barba incipiente.

—Cuéntame.

—Estabas sufriendo y no había nada que yo pudiera hacer para impedirlo. James está intentando reclamarte como suya. Fiona está cautiva. Y Blake… —Sacude la cabeza y suelta una débil risa—. De entre todas las personas, me veo obligado a aliarme con Blake y a fingir que no quiero cargármelo, a él y a quienes trabajan para él. La única buena noticia que he recibido estos días es que James no dispone del Corazón de la Luna. Blake tiene un espía en Madadh-allaidh, nos mandó un mensaje ayer.

A pesar de que los lobos se transformaron la noche que James me entregó a Sebastian, eso no me sorprende. El Corazón de la Luna es una antigua reliquia lobuna que, se dice, fue arrancada del pecho de la Diosa de la Luna. Otorgaría a los lobos el poder de transformarse a voluntad, lo cual supondría una gran ventaja en la guerra contra los humanos.

—Nunca creí que Sebastian fuera a renunciar a algo tan importante a cambio de recuperarme —digo.

—Un necio —dice Callum.

—Aun así, se me hizo raro que os transformarais. En aquel momento pensé…

Callum frunce el ceño.

—¿Qué?

—Le recé a la Diosa de la Luna —digo, sintiéndome tonta—. Creí que quizá había respondido a mis plegarias.

Callum esboza una tenue sonrisa.

—Quizá. Se dice que a veces se involucra en el destino de algún que otro lobo. —Me acaricia la mejilla, gesto que acompaña de un suspiro.

—¿Qué pasa? —inquiero.

—Creí que me sentiría mejor una vez que despertara, pero me encuentro… inquieto.

La tensión que domina su cuerpo no me pasa inadvertida, como tampoco la rigidez que me presiona el muslo a través de su *kilt*. Con la sangre ardiente, le acaricio la mejilla. Estar así con un hombre sigue siendo muy novedoso para mí; sin embargo, no puedo negar que yo también estoy inquieta.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Él atrapa mi boca con la suya. Un sonido grave reverbera en su garganta al tiempo que el beso se vuelve más profundo. Me acaricia la lengua con la suya, caliente y dominante. Un ardor se acumula en mi entrepierna. Doblo las piernas en torno a su cintura para pegarme más a él. Gimo, presa de una oleada de placer que me recorre el cuerpo.

Él se aparta, temblando ligeramente, y cierra los ojos.

—No. Me da miedo provocarte fiebre otra vez. Llevo tres días sintiéndome culpable por ello.

—¿Qué quieres decir?

Él abre los ojos y parpadea para ahuyentar al lobo.

—Como lobos, cuando nos… excitamos… tiende a salir nuestra faceta más animal. Al poner mi lengua entre tus muslos —se me encienden las mejillas, pero Callum no parece ni remotamente avergonzado—, provoqué a tu loba. Te pasaste los siguientes tres días tratando de reprimirla. Si te hiciera lo que quiero hacerte… —Sacude la cabeza—. Prefiero no pensar en la cantidad de tiempo que pasarías inconsciente. No volveré a hacerte eso.

—¿Crees que me darás tanto placer que me pasaré con fiebre los próximos días?

Su expresión encierra tanto remordimiento que me veo obligada a contener una sonrisa.

—Correcto.

—Desde luego, te tienes en muy alta estima, ¿no crees?

Una tímida risa escapa de entre sus labios. Se le arruga el contorno externo de los ojos al tiempo que se le iluminan. Sus iris son del color de las copas de los árboles a la luz del sol. Por un momento, parece más joven, no un alfa con el peso de todo su clan sobre los hombros ni alguien que está a punto de retar a su hermano, sino un joven lleno de vitalidad y ganas de divertirse.

—No recuerdo que te quejaras las otras veces que te probé ni cuando te metí los dedos hasta hacerte gritar mi nombre. —Al verme luchar contra el rubor que amenaza con someterme, él amplía su sonrisa—. ¿No crees que me he ganado con creces esa alta estima?

Me muerdo el labio inferior.

—No me acuerdo. Quizá deberías refrescarme la memoria.

Él gruñe antes de mordisquearme la oreja.

—Qué criatura más exigente. Ve a darte un baño y luego saldremos a pasear. Llevo días encerrado, igual que tú. El aire fresco te sentará bien. —Me da un besito en la nariz seguido de uno en la frente. Después, su expresión se tensa de nuevo—. Y, por el amor de Ghealach, quítate la ropa de Blake, ¿quieres? Estoy haciendo acopio de toda mi disciplina para no arrancártela.

—No te lo impediría.

Él gruñe y se aparta de mí.

—Al baño. Ahora.

—Me encantará salir de este sitio. —La mano de Callum sostiene la mía con firmeza mientras me guía por el recibidor de Lowfell en dirección a las puertas de roble. Es una zona pequeña, sin decoración y con una escalera que conduce a otra planta—. Aquí estamos rodeados de enemigos. He mandado un mensaje a Highfell, pero me imagino que mis hombres no llegarán hasta pasada la luna llena. Por eso esperaremos hasta entonces para mover ficha.

—¿Cuentas con un buen ejército?

La puerta cruje cuando Callum la empuja para abrirla y el viento vierte unas cuantas gotas de lluvia en mi rostro.

—Es lo bastante grande como para proteger Highfell, pero no como para mantenerlo todo bajo control una vez que lleguemos a Madadh-allaidh —explica Callum.

Nos adentramos en un patio exterior de dimensiones más bien moderadas. Los muros que lo cercan por ambos lados están tan cerca entre sí que resulta agobiante.

—Por eso necesitamos a Lochlan —apunto yo.

Callum asiente y me lleva por un túnel que hay en los muros del castillo y que nos ofrece un refugio temporal ante la lluvia. Al fondo hay unas considerables puertas de acero, que cruzo con los labios separados para, a continuación, volverme para mirar.

Estamos rodeados de agua. A ambos lados del oscuro lago se alzan unas montañas teñidas de naranja bruñido, marrón y un

amarillo áureo. A nuestras espaldas, el castillo se yergue hacia el cielo encapotado. Es más pequeño que Madadh-allaidh, pero con un diseño igual de austero, con muros angulares de piedra, ventanas oscuras y una torre rectangular.

El aguacero repiquetea sobre la superficie del lago y el aire trae consigo un aroma a humedad y hojas mojadas. Nuestras botas chapotean sobre la hierba. Callum echa la cabeza atrás y suspira mientras nos detenemos bajo una arboleda que hay en la orilla del agua. La lluvia resbala por su rostro y por sus labios. Parece tan fascinado como yo por la belleza que nos rodea.

—¿Alguna vez habías estado en Lowfell? —indago.

Blake formó parte de la alianza lobuna de su padre, así que tendría sentido que Callum hubiera venido alguna vez.

—No. Sabía que era una especie de fortaleza. Hasta que no lo vi la otra noche no fui consciente de lo inexpugnable que es en realidad. —Me tira de la mano e iniciamos una caminata por la orilla del lago. El agua tiene el color del óxido y sus olas lamen las piedras bajo nuestros pies—. Hay un paso que lo conecta con el resto de las Tierras del Norte por la parte de atrás, pero solo se aprecia cuando está baja la marea. La única otra forma de llegar es por el agua.

—Estamos cerca de las Tierras Fronterizas, ¿no? —pregunto, recordando el mapa de la cámara del consejo de Blake.

—Así es. Lowfell solía hacer muchas incursiones en las aldeas de las Tierras Fronterizas, aparte de en otros territorios de lobos, pero nunca han podido asediarlo. Esa es la razón por la que mi padre accedió a aliarse con el anterior alfa durante un tiempo.

—¿Con Bruce?

—Era un tipo de lo más desagradable. James procuraba llevarme de caza cada vez que… —Callum enmudece, con la mirada ensombrecida por la mención de su hermano—. Un día, mi padre cortó la relación con él de forma definitiva. Casi entran en guerra.

—¿Qué ocurrió?

—Creo que Bruce se le insinuó a mi madre. —Callum tiene la vista fija en el bosque—. Mi padre era muy celoso y esa clase de afrentas no le sentaban bien. Todos creían que Bruce lo desafiaría por el

trono…, pero entonces recibimos la noticia de que lo habían asesinado y un nuevo alfa ocupaba su lugar en Lowfell.

—Blake.

—Sí. —Callum suelta una risilla sombría—. No sé cómo ese mierdecilla consiguió hacer algo así. Este castillo es casi impenetrable y Bruce tenía un clan especialmente sanguinario. Por lo que he visto hoy, todo apunta a que Blake se quedó también con él.

Asiento.

—Es un lugar tranquilo. No parece que haya mucha gente viviendo en el castillo.

—No.

—Y eso te perturba. —Los fresnos se mecen a nuestro alrededor una vez que nos adentramos en el bosque. Cuando casi me resbalo con la alfombra de hojas caídas que reviste el suelo, Callum me sujeta por el brazo y yo compongo una mueca al sentir el dolor de la mordedura del costado. Él tensa la mandíbula, pero yo me aparto y reanudo mis andares antes de que diga nada—. ¿Te preocupa que su clan no sea útil a la hora de enfrentarnos a tu hermano?

El aliento de Callum, que camina hasta mí, se condesa ante su semblante.

—Siempre hubo preguntas acerca de si Blake es un alfa de verdad, pero hizo que la gente creyera que en su hogar lo respaldaban sin ambages. ¿Es así? ¿La gente que hay ahora mismo en Lowfell es todo su clan o habrá más escondidos por ahí?

—En cualquier caso, se le da bien ocultar cosas —digo yo.

—Así es. —El rostro de Callum se oscurece. Cada vez hay menos distancia entre los árboles, cuyas sombras se ciernen sobre nosotros —. Eso es lo que me preocupa.

A medida que nos adentramos percibimos con más claridad el olor a hojas mojadas y a musgo. Entonces, un edificio aparece en la espesura. Es una discreta iglesia con un único pináculo. Al acercarnos resulta evidente que necesita algunas restauraciones: las paredes se están derrumbando y las vidrieras sobre la puerta están rotas.

Callum arruga el entrecejo.

—Interesante.

—¿Es para venerar a la Diosa de la Luna? —pregunto, consciente de que los lobos no rezan a la Diosa del Sol, como sí hacemos en las Tierras del Sur.

—No. —Callum se acerca a la puerta y la abre—. A Ghealach la veneramos en el exterior, donde la luz de la luna pueda tocarnos. Lo verás en el ritual de la semana que viene. Esto es otra cosa. Ven.

Él entra; yo me detengo en el umbral. El interior apenas está amueblado, pues solo cuenta con unos pocos bancos y un altar de piedra a los pies de otra ventana reventada en el otro extremo. Los cristales rotos crujen con cada paso de Callum hacia allí.

Los músculos se me ponen rígidos. Nunca me han gustado los edificios religiosos. Que esta iglesia esté lejos de ser tan extravagante como los templos del sur no impide que los recuerdos del sumo sacerdote restallen en mi memoria.

—Sí, es lo que pensaba. —Callum observa la ventana circular que hay sobre el altar—. Es una de las capillas del Dios de la Noche.

—¿El dios que mantiene prisionera a la Diosa de la Luna? —pregunto.

—Sí.

Asaltada por un arrebato de curiosidad, inspiro hondo y entro.

—¿Por qué iba ningún lobo a venerarlo? ¿No es él uno de los antagonistas en vuestra leyenda sobre el Lobo Primigenio?

Camino hacia el altar entre los bancos acompañada por el eco de mis pasos. Me detengo junto a Callum, que ya está allí. Recuerdo la historia que me contó sobre el origen de los lobos. El primero, el Lobo Primigenio, se enamoró de Luna, que le dio el poder de transformarse para que se enfrentara así a las criaturas oscuras que pertenecían al Dios de la Noche. Hasta que Sol se puso celosa y sentenció a Luna a la prisión del Cielo Nocturno. Su cautiverio era lo que impedía que los lobos pudieran transformarse a voluntad.

—Antes de los primeros hombres y del Lobo Primigenio, los monstruos del Dios de la Noche poblaban la tierra: devoradores de almas, bestias aladas, serpientes marinas. —Se gira para apoyarse en el altar, con las manos aferradas al canto de la mesa—. Cuando encerraron a Ghealach en su prisión, ella lo engañó para que encarcelara a todas sus oscuras criaturas. Él también acabó

encarcelado en aquel proceso. Antes de eso no eran pocos los lobos que rezaban al Dios de la Noche para pedirle que los librara de su tormento.

—Le rezaban porque lo temían, no porque lo amaran —deduzco.

—Correcto. Algunos lobos siguen venerándolo incluso después de que hiciera prisionera a Ghealach. Los llamamos Acólitos del Dios de la Noche. En tiempos de mi abuelo, se alzaron contra nosotros… No solo aquí, sino también en otros territorios de lobos, como las Tierras Nevadas.

Ante la mención de la tierra de mi madre no puedo sino abrir mucho los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué querían?

—Estaban decididos a liberar a su dios oscuro de su prisión.

—¿Y eso es posible?

—Creen que el Corazón de la Luna es la llave. Por eso dar con la reliquia podría ser tanto una bendición como una maldición. Significaría libertad para mi pueblo y nos ayudaría a ganar la guerra contra el sur, pero…

—Podría iniciar una guerra totalmente distinta contra quienes opten por venerarlo.

—Exacto. —Sacude la cabeza—. Por qué un lobo querría darle la espalda a su diosa es algo que me supera. Sus ritos son mucho más oscuros que los nuestros.

Con un movimiento de su mentón, me señala el suelo bajo nuestros pies. La piedra está manchada de marrón oscuro.

Se me retuerce el estómago.

—¿Eso es sangre?

—Sacrificaban gente con la esperanza de que los bendijera con sus oscuros poderes.

Contemplo la capilla a través del aliento que se condensa ante mi rostro: los símbolos tallados en la piedra de las paredes son tan pequeños que no logro distinguirlos desde aquí. Parte del techo se ha derrumbado en el extremo más alejado, por lo que algunas ramas consiguen penetrar en el edificio. Es como las ruinas de lo que fue antaño, pero aun así este lugar conserva una extraña sensación: fría, oscura y espeluznante.

—¿Debería preocuparnos que esta iglesia esté en los dominios de Blake? —pregunto.

—Blake será muchas cosas, pero nunca lo he visto como alguien especialmente religioso. Es una construcción vieja, no parece que nadie siga usándola. De hecho, da la impresión de que reventaron las ventanas a propósito. Como he dicho, Bruce era un tipo muy desagradable, como su padre. Esta capilla seguramente fuera suya.

Dirijo la atención al símbolo tallado en el arco de piedra que hay sobre el altar. Es la imagen de una llave cuyo arco encierra dos lunas crecientes que se miran entre sí. Me resulta familiar, aunque no consigo ubicarla.

—Venga, vámonos de este sitio tan lúgubre —insta Callum—. Apesta a sangre y desesperación.

No necesito que me lo diga dos veces. Me toma de la mano y nos adentramos en el bosque de nuevo. Algo se relaja en mi interior en cuanto la frescura del aire me recibe y el aroma de la lluvia y los pinos me inunda los pulmones. Nuestros pasos al alejarnos de la iglesia resultan algo menos distendidos que antes.

7

Callum parece inquieto en los días que preceden al Oidhche Fhada. Creo que quiere salir a montar y visitar algunos clanes cercanos, pero se muestra reticente a dejarme después de mi convalecencia. Imagino que tanta sobreprotección será cosa de lobos.

Dedicamos el tiempo a explorar los pasillos oscuros de Lowfell y los terrenos colindantes. El castillo está sumido en el silencio. La gente parece ir y venir según le place; algunos traen carne y grano de la aldea más cercana y vuelven a casa antes de que anochezca. Vemos a Blake en contadas ocasiones. Me da miedo pensar en qué estará tramando.

Arran y Elsie suelen pasar tiempo juntos en las cocinas. Mientras Arran cocina, Elsie mima al chiquillo llamado Alfie, aquel que pasó corriendo por nuestro lado en la escalera el primer día. Debe de ser su madre. Una noche, cenamos con ellos. No hablan mucho con nosotros, pero conversan entre ellos sobre trivialidades como el tiempo, el inminente ritual o el hecho de que el alfa Lochlan llegará pronto. Cuando se marchan, Callum frunce el ceño sin apartar la vista de Alfie. Después me comenta que el chaval le resulta familiar.

Llegado el día del Oidhche Fhada, mientras paseamos por el bosque, Callum sonríe al ver a Jack entrenando con Ryan más allá de la muralla de piedra del castillo. Recuerdo que Callum les sugirió hacerlo.

—¿Quieres que Ryan entrene con Jack? —pregunto.

—En algún momento entraremos en guerra con Lowfell —me dice Callum por lo bajo—. Arran tiene mi constitución y es norteño. Sé cómo peleará. Jack es otra cosa. Quiero tomarle la medida y ver a qué está acostumbrado sin necesidad de que él me la tome a mí.

—¿Así que lo mejor es hacer que pelee con Ryan? —Arqueo una ceja con escepticismo.

Ryan es más menudo y joven que Jack; difícilmente supondrá un reto para él.

Callum se cruza de brazos y asiente, con la mirada puesta en los dos. Ryan está más que a la altura de su rival, pese a ser este más fuerte. Como si sintiera que es el blanco de nuestras atenciones, y queriendo impresionarnos, ejecuta una maniobra que hace que la espada de madera de Jack salga volando de su agarre. Este ríe entre dientes mientras Ryan presiona la suya contra su garganta.

—Puede que Ryan no sea muy corpulento, pero su manejo de la espada es excelente. —Callum me dedica una gran sonrisa juvenil. Sus ojos verdes rielan bajo la débil luz del sol—. Le enseñé yo.

Curvo los labios.

—Imagino que esperas que esté impresionada.

—¿Lo estás?

Yo le doy un apretón en el bíceps y pongo los ojos en blanco.

—Eres muy impresionante, Callum.

Su carcajada hace que un par de pájaros alcen el vuelo de entre los árboles y que Jack dirija su mirada hacia nosotros con una sonrisa.

Más tarde, el cielo se oscurece al otro lado de la ventana de nuestra alcoba y a mí me asalta la impaciencia por la ceremonia.

Me acomodo en uno de los sillones junto al fuego con las piernas dobladas bajo mi peso y hojeo uno de los libros de Blake. Lo he cogido de la biblioteca: una polvorienta habitación en la que Callum ha estado acompañándome cada mañana hasta que el aburrimiento lo impele a quejarse.

Experimentos: Tomo 2 está escrito a mano en el lomo. Encontré un libro como este en mis aposentos de Madadh-allaidh. De forma similar a aquel, este es un registro de torturas aplicadas a lobos que presupongo que ha redactado Blake. No quiero leer nada acerca de los terribles tormentos que habrá tenido que infligir, pero hay algunos fragmentos que tienen que ver con la luna llena.

Leo sobre la forma en que los huesos de un lobo se rompen y transforman, las maneras en las que distintos estímulos provocan a

la bestia interior del sujeto en cuestión, el modo en que la razón y la lógica quedan reemplazados por instintos primarios cuando el lobo sale a la superficie. El eclipse lunar tendrá lugar esta noche y faltan dos semanas para la luna llena. Si Blake y Callum están en lo cierto respecto a mí, entonces todo esto serán cosas que me pasarán a mí también. La tensión me oprime el pecho. Me mordisqueo los dedos y me arranco el borde de una uña, lo que me ayuda a relajarme.

La butaca de cuero al otro lado de la chimenea cruje en cuanto Callum se pone en pie. Se desabotona la camisa. Yo bajo el libro, absorta en él, y observo cómo deja al descubierto su pecho firme y robusto y los relieves de su torso. La tela resbala por sus hombros hasta que la deja caer al suelo.

—¿Qué estás haciendo? —susurro.

Él vuelve a sentarse en el sillón con las piernas ligeramente separadas.

—Ven aquí.

—No —replico, porque estoy nerviosa y quiero ver qué está dispuesto a hacer.

—Sí. Ahora.

Se me curva la comisura del labio al tiempo que se me aceleran los latidos del corazón. La sombría expresión de hambre de su semblante me obliga a obedecer. Saco los pies y camino hacia él sobre el entablado del suelo.

Él se da un par de toques en el regazo.

—Siéntate.

Alzo una ceja e intento fingir indiferencia ante el poder que se adivina en sus hombros y la masa de músculos que tengo delante.

—Qué mandón estás esta tarde.

—Soy un alfa. Ahora haz lo que te digo. —El brillo de sus ojos revela que solo está provocándome.

Me encaramo a su regazo y presiono sus muslos con los míos a cada lado. Él inspira profundamente, con las manos en mi cintura. El calor se propaga por la lana de mi vestido al sentirlo apretar.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto.

Él curva la comisura de sus labios. Despacio, hunde el rostro en mi cuello y me acaricia la piel, sensible en esa zona, con la punta de la

nariz. Aspira profundamente y yo dejo escapar el aliento.

—¿Me estás… oliendo?

—Mmm… —musita él.

Yo le rodeo el cuello con los brazos.

—¿Por alguna razón en particular? —Él abre la boca y su respiración me roza la oreja—. Y no digas que es cosa de lobos.

Él vuelve a mirarme a la cara y sonríe. Sus ojos verdes resplandecen a la luz del fuego.

—Pero es que *sí* es cosa de lobos. —Desliza una de sus grandes manos por mi espalda y me mordisquea el lóbulo de la oreja. Noto calor en el vientre—. Ha pasado demasiado tiempo desde que estuve dentro de ti. Quiero comprobar si todavía hueles a mí.

Se me escapa una risa.

—Vaya, sí que es cosa de lobos.

Pasa la lengua a lo largo de mi garganta y yo arqueo la espalda mientras un jadeo brota de mis labios. Los lobos son extrañas criaturas.

—Quiero que Lochlan sepa exactamente con quién estará lidiando en caso de que intente algo. —Su voz grave y áspera despierta algo en mi interior.

—¿Y? ¿A qué huelo?

—Mmm… Hueles a nieve recién caída, a luz de luna y a miel. Hueles deliciosa. —Me roza la piel con los dientes, arrancándome así un débil gemido—. Pero no lo suficiente para mi gusto.

Me envuelve entre sus brazos y me atrae hacia él. Mi rostro cae sobre su hombro y mi pecho se pega al suyo. Su aroma y el calor que desprende me abruman. Es una fragancia de montaña, de atardecer…, de Callum. Mis pezones erectos le rozan la piel a través de la tela de mi vestido sin que él deje de acariciarme la espalda de arriba abajo. Le beso la clavícula y sus músculos se ponen rígidos.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunto.

Él me acaricia el cuello.

—Lo que estoy haciendo ahora.

—Puedes hacerlo mejor, ¿no crees?

Él alza la mirada, despacio. Veo al lobo en sus ojos. Yo bajo los labios hasta los suyos. Se inclina hacia delante y los reclama. Es un

beso candente y profundo en el que se encuentran nuestras lenguas. Un sonido gutural que me hace temblar escapa de entre sus labios. De pronto, estoy ardiendo.

Lo deseo. Lo necesito. Por cómo su erección me presiona el vientre a través del *kilt*, sé que él también. Dubitativa, me muevo contra él.

Gruñe y detiene las manos en mis caderas.

—Se me había olvidado lo que me gusta sentir tu cuerpo contra el mío —murmura.

Me mueve contra él a un ritmo tan lento que resulta una tortura. La deliciosa fricción alimenta la excitación que se ha adueñado de mi entrepierna. Es como si hubiera algo hirviendo en mi interior, algo que necesita ser liberado. Le atrapo el labio con los dientes y su gemido me vuelve loca.

—Ahora hueles incluso mejor —musita.

—¿Porque huelo a ti?

—Porque hueles a que me deseas.

Y así es. Ansío sus dedos. Ansío su boca. Lo ansío todo. Quiero que se pierda en mí tan profundamente que lo único que perciba yo en el mundo sea su cuerpo. Me muevo más deprisa contra él y él hunde sus labios en mi cuello para succionar mi piel. Noto la presión de sus dientes, lo afilados que están sus caninos. Jadeo. Él gruñe contra mi cuerpo y entonces, de pronto, se aparta. Se me congela la sangre en las venas al ver cómo su cabeza golpea la parte trasera del asiento. El lobo destella en sus ojos una fracción de segundo antes de que los cierre con fuerza.

—Joder.

—Callum —balbuceo—, ¿qué pasa?

Tiene las mejillas sonrojadas, los labios hinchados y el pecho presa de frenéticos movimientos. Sus manos me sostienen con firmeza. Casi parece que estuviera sintiendo dolor.

—Mi lobo. —Aprieta la mandíbula—. Casi te muerdo. No… no tengo el control.

A mí me falta el aliento; se me han disparado las pulsaciones.

—Abre los ojos. —Él obedece y yo me quedo sin habla ante la belleza de esos iris de lobo. Le acaricio la mejilla con las yemas de

los dedos—. No me asustas.

—Pero me asusto a mí mismo cuando estoy contigo. Siempre siento que voy a sobrepasar los límites que me impongo. No quiero hacerte daño. No quiero que vuelvas a pasarte varios días en cama con fiebre.

—Yo confío en ti.

—No lo harías… si supieras lo mucho que me hierve la sangre cada vez que estás cerca.

—Entonces ¿qué? ¿No vas a tocarme nunca más?

La comisura de sus labios se curva y un brillo travieso aparece en sus ojos.

—No he dicho eso. —Inspira profundamente para atemperar sus emociones. Después asiente con determinación, como si acabara de tomar una decisión—. Quiero esperar hasta después de la luna llena. Aguardaré hasta que te hayas transformado por primera vez y sepa que puedes conmigo. —Levanta una mano hasta mi mejilla y su expresión se ensombrece—. Voy a esperar hasta que tus sentidos se hayan desarrollado: tacto, olfato, gusto… —Me pasa el pulgar por el labio inferior, con lo que se me entrecorta la respiración—. Y después me tomaré mi tiempo para explorar cada centímetro de ti. —Acerca la boca a mi oreja—. Y soltaré al lobo que llevo dentro.

Yo ahogo una exclamación. El deseo se arremolina en mis entrañas, palpita entre mis piernas. Vuelvo el rostro y me inclino hacia él en busca de un beso, pero me detiene con las manos. Por un momento, me sostiene, como para enseñarme quién manda. Después deposita un suave y casto beso en mis labios.

La tensión se rompe por el sonido de unas voces lejanas acompañadas de unas pisadas más allá de nuestra alcoba. Callum parpadea y su lobo se esfuma.

—Suena a gente yendo a alguna parte —dice—. Vamos. Lochlan y los suyos están al caer. Deberíamos ir.

Me invade la frustración. Aún lo siento duro entre mis piernas, por lo que sé que comparte mi sensación. Qué lobo más terco.

—No me mires así. —Sonríe con cara de cordero degollado y vuelve a besarme—. Lo siento, solo quería abrazarte y besarte. No pretendía llevarlo tan lejos.

—Eres un lobo insufrible, Callum McKennan. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Él se encoge de hombros.

—Puede que me lo hayan mencionado en alguna ocasión. Si te sirve de consuelo, yo también estoy sufriendo.

Pongo los ojos en blanco y me quito de encima.

—Sufrimiento que tú mismo has provocado. —Le doy la espalda y me aliso el vestido—. Si no fueras tan cabezota, te habría dejado tomar de mí tanto placer como quisieras y de la manera que quisieras. —Sonrío al ver que se tensa, maldiciendo por lo bajo. Cojo la capa que estaba a los pies de la cama y camino hacia la puerta. Giro la cabeza—. ¿Vienes o qué?

Él se levanta, se pone la camisa y se hace con una chaqueta negra del armario. Se me acerca con una expresión sombría en su mirada, pero se convierte en amistosa nada más rodearme la cintura con el brazo y mordisquearme la oreja.

—Qué palabras tan atrevidas, princesa. Ya veremos si las mantienes después de la luna llena.

A pesar de que la mención de la luna llena despierta cierta tensión en mí, mantengo la sonrisa.

—¿A qué huelo ahora?

—A que eres mía —me dice al oído.

Hay unos treinta lobos reunidos en el pequeño patio al que llegamos. La noche vibra con charlas bastante animadas. Todos llevan capas o chaquetas oscuras, lo cual, según me dijo Callum, forma parte de la tradición de esta velada. Este entrelaza sus dedos con los míos y me conduce entre la multitud hacia Blake.

El alfa de Lowfell, que charla con Jack, está apoyado en uno de los muros del castillo. En cuanto el viento frío me sacude el cabello y la capa, las fosas nasales de Blake aumentan de tamaño. Cruza su rostro una expresión de desagrado que no tarda en ocultar. Me alegra que el frío disimule mi rubor. Está claro que Blake sabe exactamente lo que estábamos haciendo. Por cómo sonríe Jack, diría que él también.

—Perfecto, ya estáis aquí —dice Blake, cuyo aliento se convierte en niebla ante su rostro mientras se frota ambas manos—. ¿Preparados?

—Sí —dice Callum—. ¿Cuándo se supone que llega Lochlan con su clan?

No muy lejos, Alfie golpea a un imperturbable Arran con sus diminutos puños, lo cual parece exasperar bastante a Elsie, que lo aleja tirándole del cuello.

—Nos reunimos en lo alto de Roca del Alba —contesta Blake.

Mi mirada salta hasta Callum.

—¿La ceremonia no se celebra en Lowfell?

—No —responde él—. Subiremos a lo alto de una montaña próxima para estar más cerca de Ghealach.

Una discreta emoción se enciende bajo mi piel. Llevo sintiendo claustrofobia desde que llegamos aquí y me muero de ganas de explorar más lugares de las Tierras del Norte. Eso no me impide preguntar:

—¿Es seguro que nos vayamos?

No parece que Callum se fíe demasiado del alfa que va a venir esta noche. Él me aprieta la mano, consciente de mi preocupación.

—Cualquier derramamiento de sangre está prohibido la noche del Oidhche Fhada. Es una ley de los lobos. Inquebrantable. Estás a salvo, princesa. —Acerca su boca a mi oído—. Además, hueles a mí, ¿recuerdas?

Blake se separa del muro.

—Hora de irse. —Alza el brazo para indicárselo a los demás lobos antes de encaminarse hacia el túnel que lleva a las inmediaciones.

Más charlas flotan en el aire mientras lo seguimos por el patio hasta los exteriores de la muralla. La hierba salvaje me hace cosquillas en las manos y el barro chapotea bajo mis botas. El grupo atraviesa el intacto territorio hacia las montañas cercanas. Tan solo el tenue resplandor de la media luna ilumina nuestro camino.

No puedo evitar sonreír mientras nos dirigimos a Roca del Alba, donde tendrá lugar el ritual del Oidhche Fhada.

8

No estoy acostumbrada a hacer senderismo, y menos por la noche.

Sin dejar de padecer dolor en los muslos, me tropiezo con rocas y salientes irregulares. No tardo en quedarme sin aliento. El frescor del aire no impide que el sudor me perle la piel. Voy en la retaguardia del grupo mientras Callum, que está justo delante de mí, comparte bromas con Ryan y Becky. Con sus músculos y fuerza lobuna, estoy segura de que ni se le ha pasado por la cabeza la posibilidad de que esta subida pueda ser una tortura para una princesa humana que se ha pasado media vida bordando en interiores, acicalándose frente a un espejo o tocando el piano.

La sombra de una sonrisa se adueña de mis labios. El aire resulta tan fresco que puedo saborearlo. Con el viento me llega el aroma a hierba mojada, a tierra húmeda y al ocasional olor de los excrementos de los animales. Mi pecho hierve con una emoción casi infantil cuando diviso una oveja pastando en la ladera de la montaña.

Al echar la vista atrás, el castillo de Lowfell no es más que un punto en la lejanía, rodeado de agua ondulante, en la que se refleja la luz de la luna. Me quedo sin aliento; la libertad me inunda los pulmones. A pesar de todo lo que ocurrido —que James me atacara, que Blake vinculara nuestras vidas, su conjura contra Callum—, me alegra estar aquí en vez de en las Tierras del Sur.

La risa forzada de Blake rasga la oscuridad y hace que me rechinen los dientes. Está a la vanguardia del grupo, hablando con Arran, Jack y un hombre de avanzada edad con un *kilt* negro y gris. El chiquillo, Alfie, corretea en círculos a su alrededor. Tenso las comisuras de los labios.

—Deduzco que no te cae bien Blake, ¿no? —Una voz suave y masculina en la que se distingue muy bien el acento de las Tierras del Norte me sobresalta. Un miembro alto del clan de Blake se coloca a mi lado. La capucha de su capa le oculta el rostro—. Suele tener ese efecto en la gente.

—¿Lo tiene en ti? —pregunto, curiosa por lo que los miembros del clan de Blake pensarán realmente de él.

—Me parece… intrigante.

—¿Y eso?

—Le gusta coleccionar pajarillos desvalidos. ¿No lo has notado? El bastardo tuerto, la mujer maltratada, el lobo mestizo de los muelles de Ciudad del Rey… —La atención que me presta hace que se me pongan rígidos los músculos—. La princesa de las Tierras del Sur. Llevo tiempo preguntándome qué pretende hacer con ellos, si curarlos o desplumarlos. Enjaularlos o dejarles alzar el vuelo. Quizá simplemente lo diviertan.

Frunzo el ceño mientras repaso lo que sé de sus «pajarillos». Arran, con esa cicatriz en el cuello y el parche en el ojo, debe de haber sido el primero que ha mencionado; por el acento sureño de Jack diría que es él el que proviene de los muelles de Ciudad del Rey. Sin embargo, no sé quién es la mujer maltratada. Tampoco me hace gracia que me haya metido a mí en ese saco de gente desvalida, aunque quizá sea cierto.

—¿Y tú eres otro parajillo desvalido? —le pregunto.

El viento trae consigo la sinfonía de las gaitas a medida que nos acercamos a la cima de la montaña. El clan de Lochlan ya debe de haber llegado.

—Todos estamos un poco desvalidos, ¿no crees? —De su voz se desprende una sonrisa.

—¿Y tú en qué sentido lo estás?

Él agita una mano bajo su capa.

—No es nada interesante, te lo aseguro. Problemas paternofiliales, un amor perdido… —Señala a Callum—. He oído que te secuestró.

—Decidí venir con él.

Tropiezo con una roca puntiaguda y el hombre me coge del codo para que no me caiga. Hay fuerza en su agarre. Murmuro un

«gracias» y me sacudo el polvo.

—¿Por qué iba una princesa sureña a querer ir al reino enemigo? —pregunta él.

—Se esperaba que contrajera matrimonio con un hombre espantoso. Quería ser libre.

—Ah, ya veo. Callum no habría podido resistirse.

—¿A qué te refieres?

—Tengo entendido que le gustan las doncellas en apuros.

Me asalta la extraña sensación de que este tipo intenta crearme conflicto. No debería sorprenderme que el clan de Blake sea tan provocador como su alfa.

—No soy ninguna doncella.

—¿No? Y aun así permitiste que te salvara de la peligrosa situación en la que estabas en las Tierras Fronterizas en lugar de ser tú misma la que lo hiciera.

La verdad que encierran sus palabras me aguijonea los sentidos.

—Supongo que eso es parte de la historia. También pretendía obtener información sobre los lobos. —Me encojo de hombros—. Creí que, si se la daba a mi padre, podría negociar mi libertad. Reubiqué mis lealtades al conocer mejor a Callum. La cosa solo se acrecentó en cuanto supe más acerca de mi padre y del hombre con el que debía casarme.

—¿Qué descubriste?

—Que los poderosos tergiversan la historia para favorecer sus propios intereses. Que los lobos no son los villanos que mi pueblo cree. Al menos, no todos.

Oigo a Blake llamar a Elsie para que mantenga controlado a su pequeño monstruo.

El ascenso se vuelve más pronunciado. En cierto momento, me veo obligada a apoyarme en las manos para avanzar entre las rocas. Nunca había tenido que hacer algo semejante. Una sonrisa se abre paso por mi rostro al sentir las manos mojadas y sucias. Callum echa la vista atrás en cuanto llegamos al tramo menos complicado del camino y sonríe antes de empujar a Ryan al borde de la montaña con aire travieso. Este lo insulta y se pone rojo, lo que arranca una carcajada de Callum. Me tomo un momento para recobrar el aliento

mientras niego con la cabeza ante el infantilismo del alfa con el que estoy liada.

El tipo encapuchado se pone a mi lado una vez más y suelta una risita por lo bajo. Debe de ser tan alto como Callum. No es tan fornido, pero su capa oscura tapa unos hombros bastante anchos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto entre jadeos.

Él señala con la cabeza hacia la empinada cuesta que tenemos por delante, bajo un manto de estrellas.

—Venga. —Reanuda la marcha—. Ya casi estamos en la cima.

Llegamos a la cumbre cubierta de hierba y nos detenemos al límite de un círculo de piedras. Deben de ser unas veinte personas las que esperaban nuestra llegada mientras apuran petacas, reunidas alrededor de varios barriles de whisky. Una mujer toca la gaita, que emite un sonido estridente pero alegre. Todos llevan prendas de tartán amarillo bajo sus capas. Este debe de ser el clan de Lochlan.

Las distintas charlas resuenan en el aire fresco con aroma a tierra húmeda. Una suave sonrisa escapa de mis labios, de manera que se me condensa la respiración frente al rostro. Por primera vez en veinte años de vida, he subido a lo alto de una montaña.

—Tienes un cabello impresionante, por cierto —dice el hombre—. Muchos lobos de las Tierras Nevadas tienen ese color de pelo también.

Giro la cabeza para mirarlo, movida por la mención de la tierra de mi madre, pero él está observando a la multitud.

Más adelante, Ryan empuja a Becky contra uno de los barriles de whisky mientras Callum les grita que se comporten. Jack se acerca a una mujer rubia con un vestido blanco que hay en medio del jolgorio. Es la única que no viste de negro.

—¿Es esa la Sacerdotisa de la Luna? —le pregunto al lobo encapuchado.

Él asiente.

—Sí. Presidirá la ceremonia después.

Arran le alborota el pelo a Alfie y se lo lleva en dirección contraria mientras, por lo que parece, Elsie intercambia unas rápidas palabras con Blake antes de ir tras ellos.

—¿Ha llegado Lochlan? —El viento me trae la voz grave de Callum —. No lo veo.

—Imagino que lo sabríamos de ser así —dice Blake—. Le gusta entrar por la puerta grande.

—Caballeros —dice el individuo a mi lado, que se baja la capucha.

Callum y Blake se giran. El primero aprieta un puño mientras que los labios del segundo dibujan una lenta sonrisa.

—Ah, Lochlan, ahí estás —dice Blake.

Me da un vuelco el corazón. Lochlan tiene el pelo tan rojo como yo. Se lo ha rapado a los lados, igual que Callum, aunque, en su caso, la parte de arriba está mucho más crecida, lo que le permite llevarla trenzada y atada. Le llega hasta la parte baja de la espalda. Hay un resplandor de inteligencia en sus ojos, delineados con kohl negro. Por su expresión es evidente que se lo está pasando en grande.

Lochlan me guiña un ojo antes de caminar hasta Blake y darle una palmada en el hombro.

—Tienes un aspecto tan formidable como de costumbre, Blake. —En sus ojos se aprecia una especie de fuego.

Un hoyuelo irrumpe en la mejilla de Blake.

—Lo mismo digo, Lochlan.

Callum atraviesa el espacio que nos separa y me pasa un brazo por los hombros. Del gesto se desprende cierta territorialidad, lo que provoca una risita en Lochlan.

—Tranquilo, Callum. No tengo ningún problema contigo. Ya he tenido la oportunidad de conocer a tu princesa. —Me sonríe—. Me cae bien.

La tensión que apresaba a Callum se diluye un tanto, aunque no renuncia a la cautela al estrecharle la mano a Lochlan.

—Gracias por venir. Esperaba que pudiéramos hablar.

Lochlan le quita hierro al asunto con un ademán y retrocede.

—Sé de qué quieres hablar, pero tendremos tiempo para la política más adelante. Blake me ha invitado a pasar unas cuantas noches, así que disfrutemos de la celebración de esta velada y mañana ya hablaremos de tu hermano y de lo que quiero a cambio de apoyaros. No sé al resto, pero el ascenso me ha dejado muerto de sed. Mis

hombres han traído un barril del mejor whisky de Glas-Cladach. ¿Me permitís que os tiente con él?

—Por descontado —dice Blake.

La sonrisa de Lochlan se vuelve casi lobuna.

—Excelente. ¿Callum?

Este se queda inmóvil un momento y después se relaja.

—Sí. He oído que lo conserváis en cuevas bendecidas por Ghealach.

—Mi clan afirma eso porque hace que el lobo salga a la superficie más que ningún otro whisky de las Tierras del Norte. —Lochlan me dedica una sonrisa y baja la voz a un tono conspiratorio—. En realidad, solo se trata de un alcohol muy fuerte. —Guiña el ojo—. ¿Quieres probar?

Yo parpadeo, sorprendida de que me lo haya ofrecido.

—Por favor.

Se aleja y Blake se sitúa a su lado.

—Te acompaño. Hay otro asunto que quisiera discutir.

Lochlan ladea la cabeza.

—He hecho que uno de mis hombres te traiga todo un surtido de flores de luna, por cierto.

—Estupendo. Me estaba quedando sin reservas…

Sus voces se apagan a medida que se alejan hacia la multitud reunida en torno a un barril que hay en mitad del círculo de piedra. Callum frunce el ceño.

—Trama algo —dice, sombrío.

—¿Lochlan o Blake?

—Blake. Que saque a relucir sus encantos es motivo de preocupación. —Sus ojos se oscurecen—. Ni siquiera sabía que fueran amigos.

Le toco el brazo.

—Al menos lo más seguro es que pueda convencer a Lochlan de que te apoye.

Callum suspira y su aliento se convierte en una nube de niebla frente a su rostro compungido.

—Probablemente mediante promesas sobre qué podrá esperar Lochlan una vez que Blake se haga con el trono.

Le apretujo los músculos.

—Entonces, solo tienes que ofrecerle algo mejor, ¿o no?

—¿Alguna vez te he comentado lo taimada que puedes llegar a ser, princesa? —Yo me encojo de hombros y esbozo una sonrisa coqueta, pero Callum frunce el ceño—. ¿Te encuentras bien? —pregunta con suavidad mientras me pone una mano en la mejilla—. ¿Tienes fiebre?

—¿Qué dices?

—Estás un poco sudorosa. Quizá deberías sentarte. —Me asalta una ola de indignación y lo aparto. Entre esto y tratar de mover una roca no debe de haber mucha diferencia. Él alza una ceja, con la comisura del labio ligeramente elevada—. ¿Qué?

—¿Cómo le dices a una mujer que está sudorosa? —Vuelvo a empujarlo. Él ni se inmuta—. Estoy sudorosa porque he escalado una endemoniada montaña.

Él suelta una sonora carcajada.

—Deberías haberme dicho algo. Habría cargado contigo.

—¡No necesito que carguen conmigo! ¡No soy una muñeca de porcelana, Callum!

Parece que está a punto de decir algo, algo posiblemente odioso, a juzgar por el resplandor de su mirada, pero en vez de eso arruga el entrecejo. Al mismo tiempo, ese hilo de energía vital que me une a Blake se ciñe alrededor de mi alma. Yo me tenso al sentir cómo estalla, cómo el hielo se apodera de mis venas.

Blake está junto a Lochlan y Arran, al lado del barril de whisky. El viento se cuela por entre su cabello oscuro y agita su abrigo negro. Tiene una expresión comedida, casual, pero su mirada se muestra fría.

Al otro lado del círculo, la sacerdotisa rubia del vestido blanco tiene la mano curvada alrededor del brazo del chaval, Alfie. A juzgar por el temblor de su labio inferior y por cómo le brillan las lágrimas en esos ojazos, diría que está regañándolo. El viento transporta su voz hasta mí mientras Elsie, la madre, atraviesa el círculo a toda velocidad, abriéndose camino a codazos contra un hombre mayor en su afán por llegar hasta él.

—… una abominación. A tu madre debería darle vergüenza haberte traído. Estás tan contaminado de oscuridad como ella, y no tienes nada que…

Mis tímpanos captan un rugido que eclipsa lo que sea que haya dicho a continuación. No sé por qué se ceba así con el pequeño, pero no pienso tolerarlo. Tengo muy poca paciencia con los zelotes religiosos tras haber pasado la infancia recibiendo latigazos por mis pecados contra la Diosa del Sol. Quiero ser respetuosa con la cultura lobuna, pero no puedo cruzarme de brazos y limitarme a ver cómo alguien que clama ser conocedora de la voluntad de su diosa lo hace sentir pequeño.

Me apresuro hacia ellos.

—Deja al niño tranquilo —le digo.

Los ojos de la Sacerdotisa de la Luna se fijan en mí. Unos mechones de pelo rubio se sacuden contra su rostro. Debe de haber algo en mi expresión que no le inspira simpatía, porque suelta el brazo del chico.

—Eres la princesa de las Tierras del Sur, ¿no? Ignoras nuestras costumbres, pero…

—Cuidado. —Callum me pone la mano en el hombro, como para hacerme saber que cuento con su respaldo. Noto el calor que emanaba de su cuerpo en la espalda, pero apenas afecta al hielo que me recorre las venas. No tengo claro si el enfado que hace que me tiemble todo el cuerpo es mío o de Blake.

La sacerdotisa señala a Alfie.

—Su madre está contaminada, consagrada al Dios de la Noche…

—No es más que un chiquillo inocente —apunto yo—. Debería darte vergüenza. —Le ofrezco mi mano a él—. No pasa nada, Alfie.

Este me toma de los dedos con su manita, con el pelo negro alborotado y las mejillas encendidas y húmedas. Lo atraigo hacia Callum y yo justo cuando Elsie se detiene con brusquedad a nuestro lado. El lobo resplandece en su mirada cuando apunta a la sacerdotisa con un dedo.

—Mantente lejos de mi hijo.

—No puedo llevar a cabo una ceremonia para honrar a nuestra diosa con una seguidora del Dios de la Noche entre los asistentes…

—Elsie no es más acólita que cualquiera de los que estamos aquí. —La voz de Blake al aproximarse es como una daga.

A su lado está Arran. Noto el roce de su enorme brazo contra mí cuando se dispone a coger del cuello a Alfie, del que tira una vez agarrado. Las lágrimas rielan en sus ojos hasta que Arran lo alza en volandas y lo sienta sobre sus amplios hombros.

—Venga, enano —le dice—, vamos a contar las piedras del círculo.

Al verlo alejarse, me pregunto si no querrá evitar que el niño presencie lo que sea que Blake tenga planeado.

—Discúlpate —dice este con su tono sedoso.

La noche se ha apaciguado a nuestro alrededor, como si la presencia de Blake hubiera alertado a ambos clanes de que algo sucedía. A Elsie se le ponen rojas las mejillas.

—No pasa nada, Blake —dice ella—. Ni se te ocurra montar un numerito. Esta noche no. Lo echarás todo a perder. De todos modos, preferiría estar en la cama con un buen libro que escuchar la cantinela de esta zorra toda la noche.

Blake mantiene la mirada fija en la sacerdotisa.

—Discúlpate —repite.

La aludida le devuelve la mirada.

—Está prohibido derramar sangre esta noche.

—¿Quién ha dicho nada de derramar sangre? —La comisura de sus labios se curva. Callum se tensa a mis espaldas—. En mi enfermería hay un alucinógeno que hace que los lobos crean que se les está desprendiendo la piel de los huesos. También tengo un paralizador que hace que uno ansíe la muerte. ¿Sabes qué sonido hace un lobo cuando se lo priva de aire una y otra y otra vez? Yo sí.

Un escalofrío que no tiene nada que ver ni con mi enfado ni con el aire helado de las Tierras del Norte me recorre la piel.

—Ya basta, Blake —interrumpe Callum con suavidad—. Sigue siendo una sacerdotisa.

—Pero tiene razón. —Las palabras se me escapan con comedimiento, como si ni siquiera yo me creyera capaz de pronunciarlas. Todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo están inmóviles, rígidos—. Debería disculparse.

La sacerdotisa alterna la mirada entre Blake y yo. Alza las cejas casi imperceptiblemente, como si hubiera caído en la cuenta de algo. Agacha la cabeza.

—Pido disculpas. —Se gira sobre los talones y se aleja hacia el centro del círculo.

Elsie resopla con fuerza por la nariz. Su cabello oscuro le azota el rostro cuando se gira para mirar a Blake.

—Te he dicho que no te metieras. —Sacude la cabeza—. Me vuelvo.

Blake la retiene por la muñeca.

—Tienes todo el derecho del mundo a estar aquí.

Los ojos de ella relampaguean.

—Déjalo. Y más vale que siga viva por la mañana. —Al ver que él no responde, Elsie le da en el brazo—. Blake.

Su boca se tensa en las comisuras.

—Vale —dice él, que se lleva las manos a los bolsillos.

Ella se aleja de todos nosotros y le lanza una mirada a Alfie, todavía a hombros de Arran, antes de desaparecer entre las piedras y desandar el camino montaña abajo.

—¿De qué iba todo eso? —La arruga en el entrecejo de Callum se acentúa—. ¿Venera al Dios de la Noche?

—No —contesta Blake—. Está marcada por las decisiones de su padre, nada más.

No es la primera vez que me pregunto qué papel ocupa ella en la vida de Blake. Antes de que ninguno de nosotros indague más, Lochlan se nos acerca con cuatro tragos de whisky en las manos. Blake oculta sus emociones a la misma velocidad que yo.

—¿Todo bien? —se interesa Lochlan.

—Todo bien —concluye Blake sin apartar los ojos de la sacerdotisa, que está hablando con un grupo de mujeres envueltas en tartán amarillo bajo sus ropas de abrigo.

Lochlan nos ofrece una bebida a cada uno.

—Bueno… Por las viejas amistades, las nuevas alianzas y por que los pajarillos desvalidos escapen de sus jaulas.

El malestar de lo que acaba de suceder no es impedimento para que choquemos nuestras copas en un brindis y bebamos. El ardor

que la humeante sustancia propaga por mi garganta no consigue disipar las malas sensaciones.

—Esta noche es para pasarlo bien —dice Lochlan.

9

Tras la partida de Elsie, la tensión tarda un rato en disiparse. Sin embargo, a medida que se consume el whisky de Lochlan, las charlas se vuelven más festivas y el aroma a alcohol inunda el aire. Incluso veo a Blake reírse junto a miembros de su clan a los que, sorprendentemente, parece caerles bien.

La ceremonia transcurre con más serenidad de la que esperaba, aunque son muchas las cosas que me han asombrado acerca de los lobos desde que llegué a las Tierras del Norte. Hay cierta brutalidad en la belleza de este reino: en sus cumbres salvajes, en sus vientos huracanados y en sus poderosos alfas, que pueden ser tan amables como mortíferos.

Sentados contra las piedras del círculo, Callum me retiene acurrucada a su lado. Sostenemos unas velas apagadas mientras la sacerdotisa narra la historia sobre el Lobo Primigenio, cuando la oscuridad se hizo con las Tierras del Norte y los monstruos poblaban la tierra. La luz de su vela, que sí está encendida, danza en el relieve de su rostro.

—Cuando fue condenada por Sol a la prisión del Cielo Nocturno, antes de que le arrebataran el corazón y se lo enviaran al Lobo Primigenio, Ghealach fue condenada a permanecer recluida tan solo un siglo. Sin embargo, viajó hasta las profundidades de su prisión para hacer un trato con él —dice la sacerdotisa—. Y así experimentamos la primera Noche Oscura.

»En dicha noche, ella juró que permanecería junto a Noche, en su prisión, por toda la eternidad a cambio de que él encerrase a todos los monstruos poseedores de su oscuro poder y que lo ostentaran en lo más profundo de su esencia. Él, que codiciaba su alma más que ninguna otra, aceptó sus condiciones a sabiendas de que era la única forma que tenía de poder conservarla para siempre. El

juramento quedó sellado con su poder y los monstruos desaparecieron de nuestro mundo. Lo que, movido por el ansia, el Dios de la Noche pasó por alto fue el engaño que entrañaba la condición, ya que él también era un monstruo de oscuros poderes y, por tanto, debía acabar encerrado en su prisión.

»En las noches como esta, que tienen lugar cada dos años y medio, cuando la luz de Ghealach desaparece del cielo, sabemos que se encuentra, una vez más, en las profundidades más recónditas de su prisión. En las noches como esta, conmemoramos su sacrificio y encendemos nuestra luz para que sepa que lo recordamos.

La sacerdotisa camina alrededor del círculo y nosotros alzamos nuestras velas apagadas para que ella las encienda. Nos ponemos en pie y tomamos aire con fuerza al tiempo que una sombra engulle la luna y la oscuridad asedia la tierra. Los lobos cantan en una lengua que no conozco, una lengua de palabras ásperas y suaves al mismo tiempo. Alzan las velas al firmamento. A pesar de que no estoy familiarizada con la canción, mi corazón, de algún modo, la reconoce.

Alzo mi vela. La sonrisa de Callum al detener sus ojos en los míos es amplia y relajada. Es como si le alegrara poder compartir este momento tan sagrado conmigo. Una calidez me inunda el pecho.

Le devuelvo la sonrisa, con nuestras pequeñas luces arremetiendo contra la oscuridad, desterrando las sombras.

Tras la ceremonia, Jack hace rodar hasta el centro un barril de whisky que estaba escondido tras una de las rocas. Nos informa de que es cortesía de Lowfell y los vítores restallan en el aire. La cincuentena de lobos que hay reunidos se agolpan a su alrededor. La gaitera retoma su melódica sinfonía y el ambiente se llena de música y risas. Callum me sostiene contra su pecho, me mordisquea la oreja y luego me dice que va a por un par de bebidas para los dos.

Yo me arrebujo en mi capa mientras Callum intercambia cálidos saludos con un par de lobos cuyos *kilts* son de tartán amarillo. Prorrumpen en carcajadas por algo que ha dicho al tiempo que le da una sólida palmada en el hombro a uno de ellos. Se le da bien la

gente y creo que, en la batalla contra James, eso puede ser tan útil como su fuerza bruta.

Suelo pensar que buena parte de los poderes de Callum provienen de que muestre su lado más amable. Mi padre lo vería como una debilidad, pero yo estoy empezando a darme cuenta de que la crueldad de mi padre no era más que una máscara tras la que ocultaba su miedo.

Callum está recorriendo el camino de vuelta cuando se detiene en el centro del círculo. Su cuerpo se pone rígido y el buen humor desaparece de su rostro. Su expresión resulta inescrutable, como siempre que se siente amenazado, por lo que no puedo evitar que se me hielen las entrañas. Las charlas en el círculo se van atenuando a medida que más gente detiene la mirada en la oscuridad que acecha entre las rocas. Sus sentidos de lobo captan algo que a mí se me escapa. Algo que va mal.

Un intenso crujido parte la noche. Yo siento que el corazón se me sale del pecho. Unos cuantos lobos se echan cuerpo a tierra. Una grieta surca la superficie de una de las piedras más esbeltas como resultado de una bala que la ha alcanzado. Frenética, escruto las inmediaciones. La música se interrumpe con brusquedad.

Unos hombres armados con mosquetes emergen de entre las sombras que se forman junto a las piedras. La adrenalina se apodera de mi cuerpo. James camina con ellos. El lobo que me atacó, que me entregó a Sebastian, el que me hirió con un mordisco que casi me mata.

James, tan alto y musculoso como Callum, avanza hasta el centro del círculo. El viento sacude su cabello castaño, de manera que las puntas le lamen esos hombros anchos que tiene. Luce una sencilla corona hecha de ramas curvadas, la cual no llevaba la última vez que lo vi. Es un mensaje para quienes están reunidos aquí.

Es el rey de los lobos.

—Hola, hermano —dice mientras la gente se aleja para dejar espacio a los dos lobos.

Sus guardias se quedan en el límite del círculo de piedra, convirtiéndolo así en nuestra prisión.

—James. —Callum aprieta los puños—. Espero que no pretendas derramar sangre en esta noche sagrada. —Su voz destila oscuridad y suena como si lo contrario fuera cierto, como si deseara que James le diera una excusa para desatar la agresividad que se fragua en su interior.

James esboza una sonrisa que no se ve reflejada en sus ojos.

—Como rey, es mi deber procurar el cumplimiento de la ley de los lobos, no romperla. —Se arremanga la camisa para dejar al descubierto sus fibrosos antebrazos, uno de los cuales está tatuado —. Aunque, si tú fueras a quebrantar las normas de Ghealach, hermano, entonces no me quedaría más remedio que reaccionar, independientemente de la noche que sea. —Su mirada viaja hasta mí y yo me obligo a soportarla—. Tienes algo que me pertenece. Entrégamelo y no se derramará sangre alguna.

El gruñido que Callum emite por toda respuesta reverbera en el círculo.

—Rory no te pertenece.

Se me acelera la respiración. Tengo la boca seca. No puedo pertenecer a otro hombre; sin embargo, no se me ocurre de qué manera podríamos salir indemnes de esta. Quizá debería haber dejado que Callum me mordiera, y, no obstante, tengo la sensación de que James habría dado con una excusa para llevarme con él de todos modos.

—La mordí y sobrevivió —señala James—. La ley de los lobos indica que es mía. Tiene mi marca. A no ser que puedas decir lo mismo, no tienes nada que argumentar en contra. Entrégamela o correrá la sangre. —Sus hombres alzan los mosquetes—. Me pregunto si los lobos aquí reunidos esta noche estarán dispuestos a morir por un alfa encoñado y la hija del rey enemigo.

Unos cuantos miembros del clan de Lochlan comparten susurros por lo bajo. Yo me tenso en cuanto el rey de los lobos me devuelve la atención.

—¿Quieres ser la causante de otra guerra, Aurora? —pregunta James—. ¿Quieres que perezcan innumerables lobos? ¿Para eso viniste a las Tierras del Norte? ¿Para causar problemas entre mi hermano y yo como servicio a tu padre?

Más murmullos inundan el ambiente cargado de whisky. Me pregunto si no habremos subestimado a James. Ha venido aquí para hacer que el clan de Lochlan se vuelva contra Callum y contra mí, para que se replanteen la posibilidad de unirse a él.

—Tú eres el que inició una guerra entre nosotros, *hermano* —masculla Callum—, al atacar con tanta fiereza a la mujer que amo.

Se me entrecorta la respiración al oír la palabra «amo», al sentir su estela en mi pecho. Nunca antes me ha dicho eso. No me da tiempo a asimilarlo. Alfie, el chiquillo, se oculta entre temblores tras la figura corpulenta de Arran y una decisión se forja en mi interior. Nos superan en número. Estamos desarmados y, si Callum derrama sangre, sus pretensiones al trono quedarán frustradas por haber quebrantado la ley de los lobos. No quiero irme con James, pero tampoco quiero que esta gente pierda la vida por mi culpa.

Pase lo que pase, Callum me recuperará.

—Por el amor de la Diosa. —El tono exasperado de Blake proviene de atrás. Me envuelve la cintura con un brazo y me presiona contra su pecho. Acerca su boca a mi oído y yo me quedo sin aliento—. Aurora, cielo, perdona por esto.

Hunde los dientes en mi hombro. El tiempo se ralentiza. Inspiro con brusquedad y doy un respingo contra su cuerpo, presa del mordisco que me inflige a través de la capa. Arqueo la espalda, completamente asediada por el dolor que sus caninos provocan al penetrar en mi carne. Ahogo una exclamación.

Callum se da media vuelta. La conmoción que se aprecia en sus ojos no tarda en quedar desplazada por la aparición de su lobo.

Las sombras me engullen. El rumor de un goteo resuena en mis oídos y un sabor a pino y pergamino inunda mi paladar. Se me eriza el vello de la nuca al captar el chirrido de un bisturí contra el metal. Un hambre inmisericorde y dolorosa me consume. A lo lejos, alguien grita.

Blake me suelta y a mí casi se me doblan las rodillas.

Pasa junto a mí limpiándose los restos de mi sangre con el dorso de la mano.

—En esta noche sagrada, yo, Blake, alfa de Lowfell, reclamo a Aurora como miembro de mi clan. —Su tono rezuma sarcasmo—.

Consolido dicho reclamo marcándola con mi propia mordedura. A partir de esta noche, y hasta que Ghealach lo considere oportuno, Aurora forma parte de Lowfell y yo soy su alfa. Cuestionar este reclamo significa quebrantar la ley de los lobos.

10

Estoy aturdida. Una gélida agitación se desata en mi interior. Todos están mirándome, pero sus rostros se vuelven borrosos. Mi hombro, caliente y húmedo, palpita al compás de los desbocados latidos de mi corazón. Necesito un momento para procesar lo que acababa de pasar, lo que sigue pasando.

James está en el centro del círculo de piedra. Sus hombres nos apuntan con los mosquetes.

Blake acaba de reclamarme como suya. Tiene los labios teñidos del rojo de mi sangre.

El lobo relampaguea en la mirada de Callum.

Todo su cuerpo grita violencia. El viento aúlla a su alrededor, sacudiendo el *kilt* contra sus muslos. Su pecho se mueve a un ritmo pronunciado, pero su expresión permanece pétrea. Es como si estuviera enfrentándose a la bestia enloquecida que lleva dentro. O, tal vez, esté indeciso sobre contra quién liberarla. Le da la espalda a James; toda su atención está ahora puesta en Blake.

Aquel esboza una pérfida sonrisa.

—Imagino, entonces, que esto zanja la cuestión de a qué alfa pertenece Aurora. —Hace un gesto para que sus hombres bajen las armas—. Respetaremos la ley de los lobos y nos retiraremos pacíficamente. No se derramará sangre alguna esta noche.

Hay cierta diversión en el tono de voz de James. No parece que le preocupe demasiado tener que irse sin mí. Me asalta el desasosiego, pues me pregunto si era esto lo que esperaba que pasase. Callum y Blake conforman una alianza poderosa pero frágil. Por mucho que Callum me haya dicho que aborrece su faceta dominante de alfa, lo cierto es que es muy protector conmigo. Que Blake me haya mordido, herido y reclamado como parte de su clan puede bastar para echar a perder su alianza.

James se aleja. Sus lentas pisadas transmiten despreocupación, como si supiera que no tiene nada que temer por nuestra parte. Tanta arrogancia espolea la tormenta que se ha desatado en mí y entonces comprendo que estoy temblando de rabia, no de conmoción. Rabia hacia James, rabia hacia Blake, rabia hacia los dos individuos que han osado morderme sin permiso y que han creído tener una especie de control sobre mí debido a ello.

Al otro lado del círculo, Lochlan está apoyado contra una de las rocas dentadas, con los brazos cruzados frente al pecho y los ojos relucientes por la intriga. A juzgar por su expresión, el alfa de Glas-Cladach bien podría estar atendiendo a una obra de teatro. James inclina la cabeza al pasar junto a él.

—Me sorprende verte aquí, Lochlan —dice James—. Tu padre se revolvería en su tumba.

Lochlan sonríe.

—Teniendo en cuenta que fui yo el que lo puso ahí, no es que eso me afecte demasiado.

James suelta una risita comedida. Asiente en dirección a otro varón con tartán amarillo y cabellos rubios.

—Ian, ¿no? ¿Has sabido de tu hermano últimamente? Lo capturaron en el ataque al Fuerte Dubh-Clach, ¿me equivoco?

El rostro de Ian se endurece.

—¿Qué sabes de eso?

James se encoge de hombros.

—He oído que está en las mazmorras de las Tierras Fronterizas como prisionero de su nuevo señor. ¿Sabías que se ha ofrecido a entregarnos a cualquiera de los lobos que tiene prisioneros a cambio de Aurora?

Se me hiela la sangre en las venas. La tez de Ian palidece y pone su atención en mí.

—Yo no soy el enemigo —prosigue James, que se une a sus hombres en el contorno del círculo antes de girarse—. Arrodíllate ante mí, hermano. Discúlpate. Perdonaré tu traición y te desterraré a Highfell. Aurora desempeñará el papel que yo considere en esta guerra contra el sur, pero tienes mi palabra de que no se le hará daño. —Su mirada recala en Blake, que sonríe a mis espaldas—.

Blake será ejecutado, por supuesto, algo que, no puedes negarlo, será de tu agrado. Hazlo y podremos dejar todo esto atrás. Oponte y sabrás lo que es tenerme como enemigo.

Callum se queda de pie, sorprendentemente quieto. Sus hombros están rígidos bajo su abrigo. Aprieta los puños con fuerza a cada lado.

—Nos vemos pronto, hermano. —Poco le falta a su voz para ser un gruñido.

James traga saliva y se aleja. Sus hombres van tras él. El silencio cae cuan pesado es sobre los presentes, de manera que parece que todos estamos conteniendo la respiración, hasta que los intrusos desaparecen de nuestra vista.

Dejo escapar un largo suspiro. El alivio por su marcha dura poco. Siento la mirada de Blake sobre mí y entonces una rebeldía se prende en mi pecho.

Yo no soy de nadie.

Soy la princesa Aurora de las Tierras del Sur.

Blake no tenía ningún derecho.

Me doy la vuelta. La exasperación que crepita en mis entrañas trasluce en su rostro. Le doy una bofetada. Él echa la cabeza a un lado. El sonido del impacto retumba entre las piedras. Un murmullo recorre el círculo, como si su clan no pudiera creerse que acabo de pegarle. Jack, junto al barril de whisky, convierte su risa ahogada en un ataque de tos, mientras que Arran niega con la cabeza.

Callum atraviesa el claro a zancadas. Coge a Blake por el cuello de su camisa con fuerza y lo estampa contra la roca más cercana. Después le envuelve la garganta con la mano y presiona.

De pronto, el aire escapa de mis pulmones. Trastabillo hacia atrás, con las manos en busca de esos dedos invisibles en torno a mi cuello.

—*Callum* —balbuceo—. *Callum, para*.

Este inspira de golpe, como si acabara de recordar la conexión. La presión se desvanece en cuanto él ceja. Respira a toda prisa. Un músculo se tensa en su sien. Aprieta la mandíbula y acerca la boca al oído de Blake.

—Cuando llegue la hora, voy a disfrutar mucho de matarte.

Blake se limita a pasarse los dientes por el labio inferior. Mi sangre los mancha como si fuera vino tinto. Compone una expresión de hastío a pesar de tener las mejillas encendidas y el cabello oscuro alborotado.

Callum, tras soltarlo de un empujón, camina hacia mí y me coge en volandas. Sin dar un último vistazo, atraviesa el círculo para alejarse de la amalgama de lobos. Una acalorada conversación se eleva en la oscuridad.

—Soy bastante capaz de caminar sola —bufo con las mejillas ardientes.

No sé qué pensarán los lobos de mí, pero que me muerdan y luego me lleven en volandas no son cosas que figuren en mi ideal de una buena primera impresión.

—Ahora mismo no puedo dejarte. No me lo pidas, por favor.

Callum empieza a descender hacia el castillo de Lowfell, cuya angulosa silueta se me antoja pequeña desde tanta altura.

—Al menos nos queda claro que James no tiene el Corazón de la Luna —dice la voz aterciopelada de Blake a nuestras espaldas; suena como si no le afectara en lo más mínimo nada de lo que acaba de pasar.

—Desde luego —dice Lochlan—. ¿Por qué recurrir a los mosquetes si puedes usar los dientes?

Sus voces se pierden en la noche. Callum vuelve a sumirse en el silencio mientras carga conmigo montaña abajo hasta el patio custodiado por las antorchas y, finalmente, al interior del castillo de Lowfell. Me lleva directa a nuestros aposentos. El fuego casi se ha extinguido en la chimenea de ascuas rutilantes. Me baja frente a uno de los sillones. Apenas pasa un segundo hasta que vuelve a ponerme las manos encima, acariciándome los brazos de arriba abajo antes de sostenerme el rostro. Su mirada se desata en cuanto la posa en mi hombro.

—¿Te duele? —pregunta con una voz tan áspera como la grava.

Sacudo la cabeza.

—Solo es un mordisco.

Aunque ambos sabemos que no. Supone un asalto a mi libertad, un insulto a un alfa territorial que considera que soy suya.

Deja escapar una exclamación grave.

—No debería haber hecho eso.

—No. —Aprieto la mandíbula—. No debería.

Me toca la garganta.

—¿Y yo? ¿Te he hecho daño?

—Estoy bien.

—¿Puedo ver? —solicita.

Asiento. Me desabrocha la capa y la deja caer al suelo. Yo me doy la vuelta y me retiro el pelo para que le resulte más fácil desabrocharme el vestido. Me estremezco, consciente de que puede ver las cicatrices que me surcan la espalda, pero, cuando me vuelvo para mirarlo, sus ojos están fijos en la tela manchada de sangre de mi hombro.

Con cuidado, me baja las mangas por los brazos hasta que el vestido desciende hasta mi cintura. El aire fresco me acaricia la piel desnuda. Me siento expuesta, pero él no está mirándome los senos.

La sangre me reviste el hombro, fluye desde las marcas de dientes dibujadas en mi piel. La herida resplandece bajo la luz tenue. La sangre hace que parezca más aparatoso de lo que es. Debería curar rápido, pero Callum traga saliva. Con fuerza. Cierra los ojos y apoya su frente contra la mía.

—Joder. Quiero matarlo.

—No puedes. Aún no. —Le toco el pecho y le aferro la camisa—. Estoy bien.

—Te ha reclamado…

—No me importa lo que diga la gente. —Mi tono no admite réplica —. No soy de nadie. Y mucho menos de Blake.

Su pecho es una roca bajo mis nudillos; sus músculos están tensos. Empieza a alejarse en dirección al área de baño. Es como si no soportara mirarme.

—Callum.

Noto el aire frío contra mi pecho desnudo, por lo que trato de cubrirme con los brazos. Me siento vulnerable. Más incluso que cuando Blake me ha mordido. Se me eriza la piel. Estoy empezando a ponerme el vestido de nuevo cuando un crujido del suelo me detiene.

Dejo escapar un suspiro sin soltar la tela. Callum sostiene un paño y una pequeña palangana con agua. No me ha abandonado, como temía. Toma mis brazos por la parte superior y me acomoda en uno de los sillones junto al fuego. Se arrodilla ante mí antes de colocar la palangana entre mis piernas.

Tras humedecer el paño, lo deposita en mi hombro. Con delicadeza, limpia la sangre. Percibo la calidez de su mano a través del tejido.

La expresión de su rostro… Siento que debo consolarlo, reconfortarlo, a pesar de que es a mí a quien han mordido. Una vez que ha desaparecido la sangre, la marca circular es apenas visible en mi piel.

—No es profunda —observo—. Curará pronto.

Callum escurre el paño en la palangana y mi sangre danza sobre el agua.

—Hay cierto poder en la mordedura de un alfa. Si Ghealach acepta el reclamo, te dejará cicatriz. Podría marcar tu piel de por vida.

Se me acelera el pulso.

—¿Cómo? —Por primera vez desde que hemos vuelto, la fiebre amenaza con asediarme de nuevo. El sudor me perla la frente y me da la impresión de que me arden las entrañas. Intento reprimirlo todo, enjaular mis emociones, pero no puedo dejar de pensar en lo mucho que me apetece clavarle los dientes a Blake y hacerlo pedazos, desmembrarlo entero—. ¿Me ha mordido sabiendo que yo no quería? ¿Sabiendo que me marcaría para siempre?

—Así es.

Blake ha visto las cicatrices que me surcan la espalda, regalo del sacerdote en su intento de suprimir al lobo en mi interior. Estaba presente cuando los dientes de James me rasgaron la carne hasta casi matarme, lo que me dañó tanto la cintura como el torso. Siendo conocedor de todo esto, ha decidido marcarme también.

En mitad de la ira surge algo primitivo. Se me petrifica el estómago; me duelen los dientes. El rostro de Callum está cerca del mío, así que permito que esas facciones duras y esos ojos brillantes destierren cualquier pensamiento respecto a Blake y lo que me gustaría hacerle.

Ahora, el eclipse lunar ha tocado a su fin y la media luna brilla al otro lado de la ventana, derramando su luz sobre su rostro. La palma de su mano recubre parte de mi cuello con una mezcla de firmeza y ternura. Apoya su frente contra la mía. Le arde la piel.

—Joder. No puedo… No puedo con esto, Rory. Dije que esperaría hasta la luna llena. Me dije que esperaría, pero te necesito.

Yo también lo necesito. Necesito que no tenga ningún tipo de consideración conmigo, que sea fuerte. Necesito que purgue mi alma perturbada y me dé algo en lo que centrar mi ira. Necesito liberar esta tormenta que se fragua dentro de mí antes de que vuelva a subir a la cima en busca de Blake y estrangule a ese maldito bastardo. Necesito que destierre cualquier pensamiento que tenga que ver con los ojos brillantes y retorcidos de esa serpiente, con el recuerdo de su boca en mi garganta y de mi sangre en sus dientes.

Le pongo una mano en la mejilla.

—Pues tómame.

Un gruñido grave reverbera en su garganta. Atrapa mi boca con la suya y me besa con vehemencia y devoción. Yo lo atraigo hacia mí y envuelvo su cintura con las piernas.

—Esta noche no tengo mucho autocontrol. Mi lobo se revuelve contra mi piel como si tú fueras la luna, y no le gusta que otro macho te haya mordido. Temo dejarme llevar y morderte también.

—No lo harás.

—No lo sabes. —Traga saliva—. Esta noche, o lo hacemos a mi manera, o no lo hacemos. ¿Puedes aceptar eso por mí?

—Pero puedo lidiar con todo eso. Y contigo.

—Rory, por favor. —Su voz suena contenida. Le acaricio la mejilla y asiento.

Desliza sus manos bajo mis muslos y me levanta. Atraviesa la estancia, me coloca con cuidado en el colchón y después se quita la ropa. Se sitúa sobre mí, hasta que su rostro queda a la altura del mío y la calidez de su aliento me roza los labios.

—Si te asalta la fiebre, si quieres que pare…

—No querré.

Su mirada se ensombrece.

—Me lo tienes que decir.

Asiento y me muerdo el labio inferior. El calor se apodera de mi rostro.

—Si te preocupa perder el control, siempre podría… Bueno, siempre podría estar yo al mando…

La comisura de sus labios se curva y parte de la oscuridad de su semblante se disipa.

—Por mucho que me tiente la idea de tenerte montada en mi polla, princesa, esta noche tengo que ser yo quien esté al mando. —Parpadea, casi con culpabilidad—. Cosas de lobos.

Hay una pregunta atrapada en su mirada. No creo que fuera capaz de negarle nada ahora mismo. Ladeo la cabeza. Él desciende sobre mi cuerpo y deposita un beso entre mis pechos antes de hacer lo mismo en la suave piel de mi abdomen. Yo inspiro con fuerza, presa de las llamas que se desatan en mi interior. Arrodillado, me baja el vestido parcialmente retirado por las piernas, de manera que sus nudillos me acarician los muslos, y, al fin, deja caer la tela al suelo. Le tiemblan un poco las manos mientras me desabrocha las botas y las tira a un lado.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Intentando contenerme. —Me dedica una sonrisa tímida—. Estaré bien en un momento.

Me quita la ropa interior, lo cual me deja expuesta ante él. Suelta un suspiro tembloroso. Inclina la cabeza y, sin previo aviso, desliza la lengua por mí. Yo suelto un gemido más bien vergonzoso y aferro las sábanas. Su jadeo grave y ahogado retumba en la alcoba.

—Joder. Por como sabes, diría que ya estás lista para mí, princesa.

—Lo… lo estoy.

Sitúa su cuerpo sobre el mío y apoya un antebrazo en la almohada junto a mi cabeza antes de separarme los muslos con la rodilla. Con la respiración agitada, el semblante tenso y los labios húmedos y carnosos, se coloca en mi apertura. La penetración le arranca un jadeo. Yo arqueo la espalda al tiempo que un débil gemido escapa de mis labios, producto de este delicioso placer, de la punzada de dolor. Una vez que está tan dentro de mí como lo permite nuestra anatomía, cierra los ojos y apoya su frente en la mía para que me dé

tiempo a ajustarme a él. Me embiste profunda y lentamente. Un grave gruñido reverbera en su garganta.

El sudor me perla el rostro; su olor inunda mis fosas nasales. Clavo los dedos en la dureza de los músculos de su espalda y le beso el cuello. Necesito sentirlo con más fuerza. Más deprisa. Cruzo los tobillos sobre su espalda y presiono mis caderas contra él.

Él me roza el cuello con los dientes para, a continuación, detener su boca junto a mi oído.

—A mi modo, ¿recuerdas, princesa?

La lentitud con la que se mueve roza la tortura; cada embestida me roba un gemido débil de entre mis labios. Está temblando y yo sé que se debe a lo mucho que tiene que contenerse. Intento respetar sus deseos, intenso ser considerada, pero mis caderas se mueven a su albedrío y las uñas de mis dedos se hunden en su espalda. Lo que noto en los dientes solo puede calificarse de *dolor*. Hay algo salvaje en mi interior que me impele a querer rasgar su carne.

«Muerde. Muerde. Muerde».

Me doy miedo. Me preocupa que, si no me da lo que anhelo, cederé a este extraño y primario impulso que se está apoderando de mí. Una pátina de sudor me cubre el ceño, ahora arrugado por la represión, y la fiebre empieza a hacer acto de presencia.

—*Por favor* —digo jadeando—. *Por favor.*

Él gime, como si mi plegaria hubiera despertado algo en su interior. Me embiste con más fuerza, más profundamente, hasta alcanzar ese punto en mis entrañas que necesito que toque.

En cuanto su boca cae sobre mi hombro, sus dientes presionan contra mi piel y sus hombros se sacuden bajo mis manos, me sobreviene la sensación de que la pulsión de morder también se ha apoderado de él. Pero, en lugar de abandonarse a ella, se aparta y reclama mi boca.

Me pierdo en él, en el repetitivo crujido del colchón, en sus gruñidos ahogados y en el dominante empuje de su lengua.

La noche se diluye. Ya no estoy amenazada por el rey, ni he sido mordida por Blake ni vuelvo a ser un peón en un juego entre hombres. Soy libre. Soy poderosa. Estoy aquí, con Callum,

disfrutando del placer de su poderoso cuerpo mientras él se esfuerza por conservar el control.

—Córrete para mí, princesa —farfulla.

Mi espalda traza un arco y se separa del colchón mientras yo culmino por completo, en plenitud. Desatada. El miedo, la oscuridad y el dolor que me ha traído esta noche quedan purgados. Su ritmo aumenta hasta lo febril y entonces, bajo la yema de mis dedos, los espasmos se adueñan de los músculos de su espalda, acompañados, también, de sus propios gemidos de placer. Entierra el rostro en el hueco de mi cuello.

—Eres mía —murmura en mi oreja. Su corazón late contra mi pecho—. Eres mía.

Sin embargo, con mi orgasmo desvaneciéndose y mis dedos acariciándole la nuca, me resulta imposible ignorar la protesta de mi alma. Un susurro se eleva por encima del éxtasis.

Y lo que dice es que yo no soy de nadie.

11

Oscuridad.

Unos tentáculos de sombras se enredan en mis piernas y trepan por mis brazos.

No puedo respirar. No veo nada. No puedo…

Ajusto la vista. El aire rancio y frío me llena los pulmones. Un pasillo flanqueado por varias puertas se pierde en la lejanía. Me acerco a una de ellas y toco el símbolo tallado en la pulida piedra que hay sobre la cerradura. Es una llave con dos lunas crecientes en el arco. Se me eriza el vello de la nuca. Es la misma marca que vi en el templo.

Algo se mueve al otro lado de la puerta, lo que me hace retroceder de un respingo.

La aproximación de unas pisadas distantes me hace girar la cabeza. Alguien silba. Es una melodía familiar, pero está desafinada, por lo que me resulta imposible ubicarla. El miedo se adueña de mi corazón. Todos y cada uno de mis instintos me dicen que huya.

Me alejo del sonido.

Echo a correr.

Debo de estar soñando, pero no consigo librarme de la sensación de que, si me pillan, habrá consecuencias.

—¿Adónde vas, alma sin tino? —Una voz masculina reverbera a mi alrededor y se me hiela la sangre en las venas. Hay algo gélido y poderoso en su cadencia, algo inhumano—. Me has encontrado, a diferencia de muchos incapaces de hacerlo, y, sin embargo, huyes.

Me giro hacia la puerta más cercana e intento abrirla, pero no se mueve. Empujo con mi hombro con tanta fuerza que seguro que me saldrá un moratón. Ahogo un grito de frustración mientras el eco de una carcajada se propaga por cada rincón. Reprimo el pánico glacial que amenaza con mermarme.

—*Por favor* —susurro—. Por favor, abrid.

Me envuelve una fragancia a pino oscuro justo cuando alguien más se lanza contra la puerta a la vez que yo. Se abre de golpe.

Un brazo me rodea la cintura y nos sumergimos en la oscuridad.

Me revuelvo en mi propio cuerpo… Solo que dicho cuerpo está hecho de piedra. No me puedo mover. Soy una estatua en los jardines de palacio. Ya he estado aquí antes. Estoy soñando. Intento gritar, pero mis pulmones son de piedra, mis labios están rígidos y en el paladar está atrapado el regusto a cementerio antiguo.

Los cortesanos deambulan a la luz de la luna. Comentan lo bien podados que están los arbustos y lo delicioso que huelen las rosas. Algunos de ellos detienen su mirada en mí.

—Casi parece que esté viva —asevera una mujer antes de alejarse en compañía de su amiga.

Lentamente, aparece Blake con las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Fascinante —dice.

«¡Sal de aquí! —quiero gritar—. ¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!».

Estoy paralizada, presa de la impotencia, atrapada en esta jaula pétrea.

Sus ojos resplandecen a la luz de la luna.

—¿Cuándo vas a luchar? —pregunta.

Me levanto en plena madrugada.

Siento una extraña atracción hacia el pasillo, como si afuera de mis aposentos aguardara algo que necesito. Escapo del abrazo de Callum, me pongo una bata y me abro camino entre las sombras. Abro un poco la puerta. Inspiro con brusquedad. Blake está junto a la pared, fundido con las sombras. Tiene el cabello algo revuelto y su camisa está a medio abotonar. También tiene los cordones de las botas sin atar. Se lleva un dedo a los labios.

Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y saca un pequeño tarro.

—Ponte esto en la herida.

Las palabras FLOR DE LUNA están escritas con elegante caligrafía en la etiqueta.

—¿Mi herida? ¿Te refieres al mordisco que me has dado?

Él se encoge de hombros.

—Con un poco de suerte disimulará la cicatriz.

No me pasa desapercibido que ese «disimulará» no es un «desaparecerá por completo».

Cojo el tarro de mala gana, me giro y cierro la puerta a mis espaldas.

Por la mañana nos despertamos temprano y Callum muestra un humor más distendido. Aún en la cama, me observa de frente. Tiene una marca de la almohada en la mejilla y me acaricia el brazo con los nudillos. Cuando me informa de que pretende cabalgar a un territorio cercano, el cielo al otro lado de la ventana aún está oscuro. Un amigo suyo acaba de hacerse cargo de un clan y él cree que puede persuadirlo de que se una a nuestra causa.

—¿Voy contigo? —ofrezco.

Él me roza la frente con los labios.

—No. Quédate aquí. Duerme un poco más y después lee tus libros, a ver si puedes encontrar algo acerca de tu vínculo con Blake. Eso será más útil.

—Vale. En la biblioteca hay una sección entera acerca de… —Me quedo quieta y frunzo el ceño. Hay algo en el timbre de Callum, algo que se suma al tenue brillo de sus ojos, que me recuerda a las ocasiones en las que le ha dado a Ryan alguna tarea de la que ocuparse para que el muchacho se sienta importante cuando, en realidad, lo que pretendía era quitárselo de encima—. No quieres que vaya, ¿no?

Entrecierra los ojos.

—No, no quiero. No tras la visita de James de anoche. No quiero pasarme todo el día preocupado por ti. Quiero que te quedes en Lowfell, que estés a salvo.

Suspiro.

—De todas formas, es probable que eso sea más útil, *sí*. No falta mucho para la luna llena. Quiero averiguar cómo romper este vínculo antes de ir a Madadh-allaidh, para que Blake no pueda usarlo en tu contra una vez que venzas a James.

Callum me da un beso en los labios.

—Buena chica.

Se despereza y sale de la cama. Desnudo, se dirige al sillón para coger su *kilt* y su camisa y vestirse. Mientras se ata las botas, yo dejo atrás las sábanas y cojo un vestido del armario. Me giro para que me lo abroche por la espalda.

—Se supone que soy un alfa temible, no tu dama de compañía —comenta.

—Pobrecito. ¿Qué pensarán los otros alfas?

—Se reirán de mí y a mí me dará igual. —Percibo la sonrisa en su voz—. Aunque debo admitir que prefiero quitarte la ropa que ponértela.

Me envuelve el torso con el brazo y me sienta en su regazo antes de mordisquearme la oreja y emitir un sonido grave y juguetón. Yo le acaricio la mejilla.

—Serás mejor rey que James —le digo.

—Eso espero. Llevamos demasiado tiempo en guerra con las Tierras del Sur y James está obsesionado con la venganza. No puedo perdonar a los sureños por lo que le han hecho a mi pueblo; sin embargo, también me pregunto si algún día conoceremos la paz. Tú eres la princesa de las Tierras del Sur y yo sería el rey de las Tierras del Norte. Me pregunto si juntos podríamos traer la paz. —La solemnidad y la sinceridad del tono de su voz no impiden que el pánico burbujee en mis entrañas.

No lo ha dicho en voz alta, pero no necesito que lo haga para saber que lo que está sugiriendo es una alianza matrimonial. Es la clase de unión con la que nunca me habría atrevido a soñar antes de venir a las Tierras del Norte. No porque fuera con un lobo, aunque desde luego no lo habría imaginado, sino porque se trata de alguien por el que de verdad siento algo. Siempre supe que me casaría por razones políticas más que sentimentales; es, en parte, la razón por

la que bloqueé mis emociones durante tantos años. La idea de tener ambas cosas me habría vuelto loca.

Pero ya no me siento así. Para que nuestros reinos estén unidos, Callum tendría que llegar a un acuerdo con mi padre, el hombre que hizo que el sumo sacerdote me moliera a palos, el hombre que mató a mi madre.

Callum debe de haber oído lo acelerado de mi corazón, porque el buen humor desaparece de su rostro.

—Tal vez sea una fantasía. —Me aparta y se pone en pie antes de cogerme el rostro con ambas manos—. Escúchame, princesa, porque esto es importante. Nos guste o no, ahora Blake es tu alfa…

—No seas bobo. No lo es.

—No depende ni de ti ni de mí. Depende de Ghealach y de si acepta o no la proclama de Blake… —Se muerde el labio inferior—. Un alfa puede disponer del poder de su lobo a voluntad. Tal dominio fuerza a los lobos de su clan a someterse, a obedecer los designios del alfa.

Abro mucho los ojos.

—Eso es espantoso.

—Sí, lo es. Dicho mandato se llama Àithne. No es una práctica muy común. Si el alfa recurre a ella y alguien de su clan se resiste, se plantea la pregunta de quién es el lobo más fuerte, lo que puede desembocar en un desafío. Si Blake es aceptado como tu alfa…

Tenso los músculos.

—Podría hacérmelo a mí. ¿Cómo sabré con seguridad que Blake es mi alfa?

Desliza el pulgar por mi hombro, allá donde la mordedura me desgarró la piel. Sigue dolorida incluso tras haber aplicado el ungüento de Blake.

—Estoy casi convencido de que lo es. Como lobos, nos curamos más rápido y con más eficacia que los humanos, pero, si nuestra diosa acepta alguna de nuestras proclamas, la mordedura no sana. Lo sabremos si la marca permanece. O eso o Blake usará el Àithne y te verás obligada a someterte a él. No creo que caiga tan bajo hasta que lleguemos a Madadh-allaidh. Necesita tenernos de su parte si

quiere que su plan prospere, pero tampoco me extrañaría que lo hiciera.

—Tendré cuidado.

—Buena chica. —Callum me ofrece una sonrisa que no termina de reflejarse en sus ojos. Me roza la frente con los labios y abandona nuestra alcoba, dejándome sola en el castillo de Lowfell.

Estoy decidida a obtener algunas respuestas mientras esté fuera. Necesito averiguar cómo romper el vínculo que nos une a Blake y a mí. Nuestras vidas están conectadas… Me mordió, proclama ser mi alfa e incluso estoy soñando con él.

Tengo que cortar toda vinculación con Blake antes de que me consuma por completo.

12

He subido por las escaleras en espiral que conducen a la biblioteca de la torre.

Es un lugar acogedor, con una chimenea cuyo fuego crepitante proyecta un trémulo resplandor sobre las estanterías que revisten las paredes. La estancia es más pequeña de lo que esperaba para un alfa al que le gustan los libros, probablemente porque hay ejemplares y tomos sueltos por todo el castillo. Los he vislumbrado apilados en las alcobas y salas de estar, y todo apunta a que también hay más en los aposentos de Blake. Aun así, aquí hay cientos de ellos, de los que ya he curioseado unos cuantos.

Deambulo por el lugar, acariciando un lomo aquí y otro allá, mientras mis pisadas arrancan crujidos del suelo entarimado. Hay muchos libros de carácter médico, lo cual no es de extrañar, tratándose de la biblioteca de un sanador, pero también los hay de historia, religión e incluso ficción. Con aire distraído, me mordisqueo las uñas en mi afán por decidirme por un punto de partida. Me arranco un padrastro sin querer, lo que me hace bufar por lo bajo. Después, selecciono al azar algunos de los volúmenes más grandes y encuadernados en piel.

Es en el banco de ventana repleto de cojines que da al lago y a las montañas tostadas de más allá donde dejo mi selección.

Afuera, el agua está recubierta por la neblina de la mañana. La violencia que he presenciado desde que llegué a las Tierras del Norte no consigue disipar la sensación de paz que me transmite.

Estoy a punto de acomodarme cuando una risita irrumpe en la estancia. Doy un respingo. Una pequeña mata de pelo oscuro aparece tras la puerta y yo sonrío.

—Hola, Alfie.

Él esboza una sonrisa.

—Vengo a coger un libro —informa—. Sobre flores, barcos o monstruos.

Elsie hace su aparición unos instantes después, ataviada con un elegante vestido gris de manga larga. Su cabello oscuro está recogido en un moño que acentúa tanto sus pómulos como el fulgor de sus ojos.

Le da una palmadita a Alfie en el hombro.

—Pues ve, adelante.

El muchacho suelta un gritito de entusiasmo, entra corriendo en la biblioteca y empieza a sacar ejemplares de las estanterías. No creo que a Blake vaya a hacerle gracia este desorden. El aire, denso, resulta un tanto opresivo, así que trato de compartir una sonrisa alentadora con Elsie, con la esperanza de que se tranquilice, pero no reacciona. Me pregunto si anoche, al apartar al niño de la sacerdotisa, pequé de entrometida.

Tensa, me siento y cojo uno de los libros.

Ella suspira y camina hacia mí.

—Gracias por preocuparte por él anoche —me dice.

Relajo los hombros.

—No estuvo bien la forma que tuvo la sacerdotisa de trataros.

—No, no estuvo bien.

Con la mirada, evalúa la estantería que hay junto al banco de ventana. Me da la impresión de que quiere decir algo más.

—¿Por qué os trató así la Sacerdotisa de la Luna? —pregunto—. Si no es indiscreción.

Se gira hacia mí y se arremanga. Tiene un tatuaje en la muñeca. Es una llave con dos lunas crecientes en su arco. Se me acelera el corazón. Es la marca de la capilla que volvió a conjurarse en el sueño que tuve anoche.

—He visto esto antes.

Ella vuelve a cubrirse la piel con la manga.

—Es la marca de Oidhche.

—El Dios de la Noche.

—Sí. —Su expresión es desafiante—. Es el símbolo de su prisión.

Se me hielan las entrañas al recordar lo que Callum dijo acerca de los Acólitos del Dios de la Noche. Ayer, en la ceremonia, Blake comentó que Elsie no formaba parte de ellos. La pregunta brota de mis labios sin que pueda evitarlo.

—¿Por qué tienes eso?

Ella se cruza de brazos.

—Mi padre veneraba al Dios de la Noche, si tanto te interesa. —El contorno de su mandíbula es tan afilado como una daga. La he ofendido—. Pretendía entregarme a él como sacrificio, de ahí la marca.

—Vaya, lo siento. —Me muerdo el labio inferior—. Yo tampoco tengo un padre al que le importe demasiado. Hacía que me golpearan en uno de los templos en nombre de la Diosa del Sol.

De inmediato me asalta la sensación de haberme expuesto demasiado. No entiendo por qué tengo esta necesidad tan acuciante de congeniar con esta loba.

—Entonces, seguro que sabes exactamente cómo me siento —replica con sarcasmo, y yo me ruborizo.

—¿Dónde está tu padre ahora? —inquiero.

—La víspera de mi sacrificio, recé a los dioses. Me enviaron a mi hermano. —Curva los labios en una sonrisa. Hay algo en su semblante que me resulta estremecedor.

—¿Él lo mató?

—Así es. —Me mira de arriba abajo—. No se le da muy bien expresarlo, pero le inspiras simpatía, ¿sabes?

Me inclino hacia delante sobre mi asiento mullido, con mis cejas a punto de tocarse entre sí.

—¿A quién?

—A mi hermano.

—¿Tu hermano está aquí?

—Eh…, correcto. —Frunce aún más el ceño, sin dejar de mirarme como si hubiera perdido el juicio—. Blake.

—*¿Blake es tu hermano?*

No tengo claro el porqué de mi sorpresa. Reparo en el cabello oscuro, en la mandíbula pronunciada, esa boca sensual, esa actitud incorregible. Casi lo veo. También explica su falta de deferencia

hacia él, al igual que el interés que he percibido entre ellos cuando los he visto interactuar. Me pregunto si la suya será una relación complicada.

—Hermanastro. Somos del mismo padre. —Arruga la nariz con desagrado—. Bruce. Era el alfa de este lugar antes de que Blake se deshiciera de él. ¿No te lo ha contado?

—No. —Conecto ese dato con lo que ya sabía. Blake me comentó en una ocasión que mató a su padre y Jack nos dijo que Blake sentía especial antipatía hacia el alfa de Lowfell. Sacudo la cabeza al reparar en una de las cosas que Elsie ha dicho—. A Blake no le caigo bien.

—Va a ir a la guerra por ti, ¿no?

—Va a ir a la guerra por él.

Ella se encoge de hombros.

—Si tú lo dices… —Saca un libro del estante—. La noche que llegó a Lowfell y me encontró en la ermita, amordazada y apaleada, con la marca del Dios de la Noche en mi muñeca… Nunca he visto nada igual. Era como presenciar la ira de un dios oscuro en persona. Mi hermano es peligroso, no te confundas, pero no siempre es malo tener a alguien como él de tu parte. —Me entrega el libro que estaba sosteniendo y yo lo acepto con el ceño fruncido—. Si te gustan las historias, deberías leer esta. —Me parece captar un destello travieso en su, por lo general, serio semblante—. Léelo. Es muy esclarecedor.

Con sus faldas lamiendo la tarima, se dirige a la salida.

—Vamos, Alfie. Hora de irnos.

El muchacho coge un libro, se abre paso entre el desorden que ha montado y sale disparado junto a ella en dirección a las escaleras. Elsie se detiene y me mira de arriba abajo.

—Mmm… —murmura.

—¿Qué?

—Blake celebra un festín mañana por la noche para que a Callum y a él les resulte más sencillo persuadir a Lochlan de que se una a su causa. ¿Qué vas a ponerte?

—Eh… Yo qué sé.

Ella asiente con solemnidad, como si estuviera tomando una decisión.

—Si te apetece, podemos vernos fuera después de desayunar. Alfie y yo vamos a la aldea. Allí podrías conseguir algo.

—Ah, pues… vale.

Sus pasos se pierden en las escaleras. Dejo escapar una media carcajada. Quizá sí nos hagamos amigas, después de todo.

Invadida por la curiosidad, echo un vistazo al pequeño libro que me ha dado. Se ha leído en múltiples ocasiones, tal y como sugiere su lomo partido. La cubierta reza *El alfa y la doncella de cocina* escrito con tinta negra. ¿Una historia, tal vez?

Un aroma a pescado cocido se infiltra en la biblioteca, lo que provoca que me ruja el estómago. El clan de Blake no suele seguir horarios convencionales con relación a las comidas, pero la llegada del clan de Lochlan debe de haber hecho que Blake disponga un desayuno. Dejo el tomo encima de la pila de libros, cargo con ella y me dirijo a las escaleras.

Llevo días enteros leyendo sin ton ni son y no he dado con respuesta alguna. Sé que Callum quiere que me mantenga alejada de Blake, pero a mí se me ocurre algo mejor.

Además, Blake no nos ha informado ni a él ni a mí acerca de su intención de agasajar a Lochlan esta mañana. Uno de los dos debería estar presente para vigilarlo.

13

Me llegan voces masculinas desde el pasillo que hay delante, por lo que me oculto en un hueco que hay de camino al Gran Salón, sin dejar de sostener la pila de libros contra el pecho. Como en total llevo cinco y ninguno comparte tamaño, uno está a punto de caérseme.

—Pero ¿está controlado, Blake? —Una voz baja, suave. Jack—. Tienes un aspecto de mierda.

Me asomo. Sujeta a Blake del brazo y ambos están de pie cerca de las puertas de roble que dan al salón. Por mucha aversión que sienta hacia el alfa, tampoco diría que tiene mal aspecto. Su cabello se muestra más desordenado de lo habitual y su tez está algo pálida, pero sigue siendo insufriblemente apuesto.

—Muy amable por tu parte. —Blake pone los ojos en blanco—. No he dormido bien.

—Me pregunto por qué. —El tono de Jack está preñado de sarcasmo—. ¿Has hablado con Arran?

—Casi a diario, curiosamente.

—No seas capullo. Me refería a…

—Sé a lo que te referías.

—Quizá pueda ayudarte a gestionar las cosas.

Blake suspira y yo percibo una oleada de un hartazgo que casi raya en la melancolía.

—Por favor. Arran apenas está gestionando nada.

—Quizá tengas razón. —Jack deja escapar un suspiro—. Estoy preocupado por ti. Anoche no debiste haber…

Blake se pone rígido. Yo me pegó más a la pared. Entonces lo siento, esa sombra dentro de mí que estira sus tentáculos. Trato de repelerla, de encapsular mis emociones para que él no pueda percibirlas.

Blake susurra algo que no logro discernir. Se oye el golpeteo de unas pisadas y entonces desaparecen al otro lado de las puertas del Gran Salón. Suelto el aliento. No puedo evitar preguntarme qué ha querido decir Jack. ¿Habrá estado a punto de reprender a Blake por haberme mordido? ¿O acaso tenía algo que ver con cómo amenazó a la Sacerdotisa de la Luna?

Aguardo un par de minutos, porque no quiero cruzarme con ninguno de los dos. Después, con los libros bien sujetos, abandono mi rincón y me adentro en el Gran Salón.

En él han dispuesto tres largas mesas en las que han servido el desayuno y que forman un rectángulo abierto. Unos veinte lobos ataviados con el tartán amarillo están sentados a ellas, comiendo y hablando entre sí. Camino hacia la mesa de Lowfell, en cuyo banco hay más espacio, y escojo un lugar al final desde el que echarle un vistazo a Blake.

Está hablando con Lochlan en la mesa del fondo; el fuego crepitante de la chimenea proyecta una luz anaranjada sobre su rostro. Jack está sentado a su lado. Me llama la atención que se le permita sentarse a una mesa que daba por hecho que estaba reservada a los alfas. Lochlan, con una cordial sonrisa en los labios, inclina la cabeza en mi dirección y yo le devuelvo el gesto.

Me sirvo el pescado azul que hay en una de las fuentes y doy un sorbo de agua. Al otro lado del salón, Ian, el rubio al que James señaló anoche, me observa con el tenedor a medio camino de su boca.

Se me acelera un poco el corazón. James dijo que el hermano de Ian había caído prisionero en las Tierras Fronterizas. Es evidente que Ian me ve como al enemigo, por lo que tendré que cuidarme de él. Le ofrezco una educada sonrisa y después escojo uno de los libros de entre mi montón.

Luchando contra todos mis instintos para mantener a Blake al margen, me imagino el vínculo que nos une como algo tangible para permitir que lo sienta. En el caso de que esté leyendo algo que me acerque a la verdad, digo yo que reaccionará de algún modo.

Ojeo un relato sobre la batalla de Glen Marb, el valle por el que me llevó Callum cuando me sacó de las Tierras Fronterizas. Lo único

que siento mientras Blake hinca los dientes en una manzana es aburrimiento. Dejo el tomo a un lado.

El siguiente volumen se titula *Experimentos: Tomo 3*. Es otro de esos ejemplares espantosos que creo que redactó Blake. Aparto la mirada de un macabro relato que versa acerca del globo ocular derretido de un lobo que, además, fue separado también del cráneo. Diosa. ¿Blake le hizo esto a alguien?

Aunque el susodicho es la viva imagen de la calma, la oscuridad se extiende bajo mi piel. Se reclina en su asiento, con un brazo colgando de la silla mientras charla con Jack. Sin embargo, lo percibo. Está inquieto. No le gusta que ojee este libro. No tengo claro si es porque revela secretos acerca de nuestro vínculo o si se trata de otra cosa.

Acerco más su oscuridad y trato de descifrar sus emociones. El frío vacío que desprende me recuerda a cómo me sentía yo después de que el sumo sacerdote me azotara. Se parece a la vergüenza. Creo que se siente culpable por haber torturado a sus congéneres.

Dejo el libro a un lado para estudiarlo a fondo más tarde. Suelto un suspiro y es en este preciso instante en el que me doy cuenta de hasta qué punto la tensión de Blake se ha apoderado de mí, apretando como una serpiente asesina.

A continuación, me hago con el libro que me ha dado Elsie. Lo abro y curioseo entre sus páginas.

Es una historia de amor, por lo que parece. Un romance entre una mujer que trabaja en las cocinas de un gran castillo y el alfa gruñón que está a cargo de él. Me sonrojo al reparar en una descripción más bien íntima de los dos personajes en una misma cama. El calor se propaga por mi vientre. Al otro lado del salón, Blake carraspea. Alzo la mirada en su dirección. Todavía está hablando con Jack y Lochlan, pero, con una mano, sostiene el borde de la mesa.

Regreso al relato, girando las páginas para leerlo como toca, desde el principio. Tal vez Elsie estuviera burlándose de mí al decir que era muy esclarecedor. Llego a la parte en la que el alfa baja a las cocinas para decirle a la doncella que tiene tan buena pinta que podría comérsela.

Una sombra se cierne sobre la página.

—¿Acaso no estás satisfecha con Callum, cielo?

Se me tensan todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo. Blake se inclina hacia delante y me quita el libro de las manos. Lo hojea y se detiene en una página cualquiera. Percibo lo mucho que esto lo divierte.

—«El alfa introduce su palpitante miembro entre sus pliegues húmedos…». Aurora, cielo, ¿de dónde has sacado esto? No te pega nada.

Se me encienden las mejillas. Aprieto los dientes y me trago una réplica. Sé que intenta provocarme, pero no pienso darle ese gusto.

—«La pone boca abajo y embiste con sus caderas…».

Yo me levanto y me doy en la parte trasera de las rodillas con el banco. Unos cuantos lobos miran en nuestra dirección. Me hago con mi montón de libros, abandono la mesa y camino hacia la salida del Gran Salón. Blake se guarda el libro de romance en un bolsillo y me sigue.

—No estarás enfadada aún por lo de anoche, ¿no? —pregunta, y, por alguna razón, que haya tenido la desfachatez de hacerme esa pregunta (por la indolencia de su tono, como si no tuviera razones para enfadarme por el hecho de que me mordiera y me reclamara) me enfurece más que nada de lo que haya hecho hasta ahora.

La ira se desata en mi pecho con más fuerza que los vientos huracanados que azotan las Tierras del Norte. Me duelen los dientes, un dolor que me impele a querer morder algo, a morderlo a *él*. Se me ponen los nudillos blancos al aferrar el montón de libros.

Ansía una reacción por mi parte. No pienso dársela.

Me trago mis emociones.

Salgo decidida del Gran Salón.

Noto el peso de sus ojos en mí.

14

Decido aceptar el ofrecimiento de Elsie de visitar la aldea, por lo que, tras dejar mis libros en la alcoba, me dirijo a la salida del castillo. Me preguntó si habrá algo que me pueda contar acerca de Blake que nos sea útil a Callum y a mí.

Más que nada, lo que me gustaría es respirar un poco de aire fresco, alejarme de Lowfell. Elsie, pese a lo horrible que es su hermano, tiene aspecto de ser más agradable de lo que di por hecho en la primera impresión.

Cuando abro la puerta me la encuentro esperándome en el patio. Está apoyada en la muralla mientras Alfie persigue un pájaro sobre los adoquines.

—No estaba segura de que fueras a venir —me dice.

Me tiembla la sonrisa.

—Admito que, tras lo de anoche, he tenido que pararme a pensar en si era sensato. James parece muy dispuesto a capturarme.

—No te pasará nada. —Abre su abrigo y le da unos toquecitos a una daga que lleva al cinto—. Puedo ocuparme de cualquiera que se atreva a intentar algo. Es un trayecto de media hora y no vamos a salir de los dominios de Blake. Además, me parece que, en cualquier caso, ese grandullón se ocupará de proteger a estas damas desvalidas.

Pone los ojos en blanco, aunque sus mejillas se sonrojan ligeramente. Yo giro la cabeza, casi a la espera de encontrarme con Callum, pero es Arran el que aparece por las puertas del castillo, con una camisa negra y un *kilt* de tartán negro y gris.

—Creí que no querías venir —apunta Elsie mientras él se acerca.

—He cambiado de idea. —Su voz suena áspera, como si no estuviera acostumbrado a hablar. Tiene las comisuras de la boca curvadas. Sus palabras no resultan convincentes.

—Más bien te han hecho cambiar de idea. —Elsie arquea una ceja. Alfie tropieza con una piedra y trastabilla hasta caer de rodillas, lo que hace que la mujer chasquee la lengua—. ¡Tú, ven aquí! —Camina hacia él, lo levanta del suelo y le sacude los pequeños pantalones.

Yo miro a Arran y digo:

—Blake te ha dicho que no me quites ojo, ¿no?

—¿Se supone que es una chanza? —pregunta. Yo frunzo el ceño, a lo que él se señala el parche—. Por el hecho de que solo tengo uno, digo.

Se me encienden las mejillas.

—¡Ay, Diosa! Yo nunca… —Enmudezco.

Arran sonríe y Elsie, cargada con Alfie, niega con la cabeza. Le da un golpe en el voluminoso brazo.

—No seas malo.

—Así que bromeabas. —Me muerdo la mejilla—. Entonces ¿tienes sentido del humor? He estado preguntándomelo.

Arran deja escapar una ronca carcajada y, de nuevo, me asalta una sensación de familiaridad.

—Sí, Blake me ha dicho que te vigile. Algo acerca de proteger sus bienes.

Yo resoplo y el aliento se convierte en una nube ante mis ojos.

—Por supuesto que ha dicho eso.

Le alborota el cabello a Alfie, ya de por sí revuelto, con una de sus manazas.

—Venga, acabemos con esto. Odio ir de compras.

Con Alfie parloteando acerca de conseguir un vaso de zumo de manzana de «la señora de las manadas» cuando lleguemos, los cuatro cruzamos el túnel de la muralla y atravesamos el campo.

Debo admitir que, al haber pasado la mayor parte de mi vida entre los muros de un castillo, siento curiosidad por ver cómo es una aldea aquí, en el Reino de los lobos.

Y más curiosidad me suscita aún el saber qué opina de Blake la gente que lo considera su alfa.

Una lluvia fina cae sobre nosotros al dejar Lowfell atrás.

Abandonamos el camino que enfila la montaña por la que ascendimos anoche, por lo que no tardamos en dar con una senda envuelta en matojos que cruza el valle. Alfie se apresura a la vanguardia, provocando que algunas de las ovejas que pastan tranquilamente en la ladera de la montaña se dispersen, movidas por el temor que les infunde el pequeño alborotador que se cierne sobre ellas. Elsie vocifera que vuelva y después se ve obligada a correr tras él.

Arran permanece callado mientras nuestras botas se arrastran por el barro. Sin embargo, el silencio que nos envuelve no es del todo desagradable. Mi acompañante es alguien que transmite cierta tranquilidad, cierta seguridad. Callum cree que tendrá que enfrentarse a él en algún momento. No es una idea que me entusiasme.

Tiene una complexión similar a la de Callum: alto, corpulento y todo músculo, pero creo que es un poco mayor. Por la pulcritud de su cabello oscuro y de su barba, así como por las finas cicatrices que aprecio en sus manos y en su robusto cuello cuando la luz del sol escapa del abrazo de las nubes, me da la impresión de que podría haber sido soldado.

También me resulta extrañamente familiar.

Arran me dirige una mirada inquisitiva que me impele a luchar contra el rojo de mis mejillas.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunto.

—Trabajé para tu padre. —Yo me pongo tensa; él curva la comisura de los labios—. Ya no, evidentemente. Estaba en su ejército.

—Pero eres un lobo.

—Soy medio lobo. Aún no me habían mordido cuando me mudé a Ciudad del Rey. No fue difícil pasar desapercibido.

—Blake estaba en la Guardia del Rey, ¿verdad? ¿Es ahí donde lo conociste?

Él ladea la cabeza.

—Algo así.

—¿Y viniste con él aquí, al norte?

—Sí.

—¿Por qué?

Arran suelta una tenue risa.

—Eres muy directa, ¿eh? —Se encoge de hombros, pero una sombra cruza su rostro—. Le debo la vida. Lo seguiría adonde fuera.

Más allá, Elsie finge ser un monstruo cuya dieta, para disfrute de Alfie, consiste en «cachorritos» que alteran la paz del ganado. El fantasma de una sonrisa acecha en los labios de Arran cuando retoma la palabra.

—Fui a la ciudad el verano en que murió tu madre —cuenta—. Mi tío me llevó al funeral. Nunca antes había visto a tantas personas reunidas en un mismo sitio. La gente copaba las calles, lanzando flores y recitando plegarias para la Diosa del Sol.

Se me pone un nudo en la garganta al recordar ese día: el sol abrasador, el aroma a incienso, seguir el féretro hasta la abovedada iglesia de la Luz y del Sol. Todo el mundo estaba mirando, y lo único que yo quería hacer era gritar. Sin embargo, me tragué ese grito y caminé tras mi padre hacia la bancada frontal.

Mi hermano, Philip, llegó tarde. Trastabilló en el altar apestando a alcohol. No obstante, mi padre le dio la espalda y se giró para chistarme a mí y que recobrara la compostura, pues una lágrima me surcaba la mejilla.

—Debió de ser muy querida —comenta Arran.

Su pueblo no la conocía. No de veras. No sabían que olía a lavanda y a caballos ni que le salían unas arruguitas junto a los ojos cada vez que sonreía. Nunca escucharon sus historias acerca de princesas valientes que peleaban con monstruos.

Aunque, quizá, si era una loba, tampoco yo la conocía.

—Sí que lo era —afirmo en voz baja.

Aún no es mediodía cuando llegamos a la aldea y la lluvia cesa por fin.

Las casas de piedra están distribuidas a lo largo y ancho del irregular paisaje, muchas de las cuales tienen humo saliendo de sus chimeneas. Las calles están a rebosar de gente que camina en la misma dirección que nosotros, hacia el mercado que hay junto al lago. Las mujeres lucen vestidos sencillos bajo sus abrigos y la

mayoría de los hombres llevan el mismo tartán negro y gris del *kilt* de Arran. Los colores de Blake.

—No todos llevan el tartán de Lowfell —observo al ver que un hombre de avanzada edad que pasa por nuestro lado viste un *kilt* verde y azul, una combinación que no había visto hasta ahora.

—En las viejas generaciones los hay que todavía llevan el tartán de Bruce. —Elsie aprieta los labios—. Blake lo cambió cuando lo mató, pero no todo el mundo asimiló dicho cambio.

—¿No reconocen a Blake como su alfa? —pregunto.

Ella se encoge de hombros.

—A la mayoría le cae bastante bien. Nuestro padre causó mucha disrupción. Siempre aspiraba a acumular más poder, invadiendo aldeas, haciéndose con territorios cercanos. Fueron localidades como esta las que se llevaron la peor parte cuando los otros alfas decidieron presentar batalla. Blake les ha dado algo parecido a la paz y la mayoría lo respeta por ello, a pesar de que sea un forastero.

—¿La mayoría?

—Mató a muchos lobos que se encontraban en el castillo de Lowfell la noche que llegamos —explica Arran en voz baja—. Muchos de ellos tenían familia en aldeas como esta.

Elsie señala un edificio apartado de los demás cuyos muros de piedra negra parecen haber sufrido un incendio.

—Además, prohibió la adoración al Dios de la Noche, medida que no gozó de demasiada popularidad entre los más vetustos. Se las ha arreglado para ahogar toda chispa de rebelión en los últimos años, pero algunos recurren al viejo tartán para recordarle que a quien apoyaban era a su padre, no a él.

Ahora, al pasar junto a los mercaderes que venden huevos, fruta y grano en sus carretas, Elsie mantiene más cerca a Alfie. Algunos la saludan y otros inclinan la cabeza en un gesto de deferencia hacia Arran, que claramente reconocen como confidente cercano de Blake.

Pasamos por delante de un edificio construido junto a la orilla del lago sobre cuyas puertas hay un cartel que dice TABERNA DE LA ESTRELLA. Un tenue aroma a cerveza procedente del interior se suma

al olor a pescado y humo de leña que desprenden los puestos del mercado. Elsie se tensa.

—Lo llevaré a por su zumo de manzana —dice Arran, colocando una mano sobre el hombro de Alfie—. No tengo ningunas ganas de ir a mirar vestidos.

Elsie toma a Arran del bíceps, con la mirada puesta de nuevo en la taberna.

—Zumo de manzana y nada más, ¿de acuerdo?

Él se pone rígido, de manera que un músculo le sobresale en la mandíbula. Yo me tenso por lo imponente que resulta. No parece que tenga mal carácter, como mi padre, pero es difícil discernirlo realmente. Se lleva a Alfie entre el gentío. Cuando llegan a una carreta repleta de manzanas que está frente a la taberna, Elsie suspira y reanuda sus andares.

—No quiero meterme, pero… ¿A qué ha venido eso? —Mi voz apenas se eleva por encima del sonido de una mujer que grita acerca de lo baratos que tiene sus mejillones frescos. El agua se ondula en el lago a sus espaldas.

—Probablemente no debería decir nada, pero tiene un ligero problema con el alcohol. Desde que…, bueno, desde que pasó una época un tanto oscura, antes de su llegada a Lowfell. —Me ofrece una límpida sonrisa—. Ahora lo lleva bien, pero… en los sitios como este puede haber tentaciones.

El chillido de Alfie es inconfundible entre la multitud. Detrás de nosotras, Arran tiene al chiquillo atrapado en una llave que le engancha la cabeza mientras charla con un par de hombres junto a la carreta.

—Parece un buen padre —digo.

Una oscura carcajada brota de sus labios al tiempo que se detiene junto a un puesto de quesos.

—Ojalá fuera el padre. —Sacude la cabeza—. Alfie tampoco es mío. Al menos no biológicamente. Su madre era una amiga muy querida. Blake… La noche que mató a nuestro padre, me asustó. Abandoné Lowfell y me fui a una aldea cerca de Madadh-allaidh. La madre de Alfie me acogió. —Se muerde el labio inferior—. Su esposo era un maltratador de mierda. Vi cómo sucedía; cómo, poco a poco,

terminó por matarla. No quiso dejarlo, por mucho que se lo rogué. Al final fue demasiado tarde. La asesinó y por poco no se lleva por delante al chiquillo también. Lo saqué de allí y me lo traje.

—Lo siento mucho.

Ella se encoge de hombros, como si no le afectara, pero la rigidez de su mandíbula la delata.

—El muy desgraciado nunca pagó por lo que hizo. —Palpa la daga una vez más—. Algún día me cobraré esa deuda.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En el castillo Madadh-allaidh. Puede que te lo cruzaras cuando estuviste allí. Se llama Magnus.

La sangre se convierte en hielo en mis venas al recordar a ese lobo de rostro cetrino y oscuro cabello grasiento. Estaba prisionero en el castillo de las Tierras Fronterizas cuando conocí a Callum. Esa noche me amenazó, cosa que ha hecho en repetidas ocasiones desde entonces. Lo último que supe de él es que Blake lo había envenenado y dejado en su enfermería.

—Tuve la desventura de conocerlo, sí —contesto—. ¿Blake está al tanto de algo de eso?

—Así es, lo sabe. Le pedí que no lo matara. Quiero poder mirarlo a los ojos cuando muera, aunque Blake ha estado torturando al muy bastardo los últimos años. —Sacude la cabeza—. Magnus sabe que Alfie está aquí. Cree que es un rehén de Blake. Es la razón por la que Blake lo tiene a su merced.

—Y no lo apruebas —observo.

—No tengo ningún problema con que torture a ese cabrón, pero preferiría que no recurriera al niño para ello.

Como tengo la impresión de que he tocado una fibra sensible, pregunto:

—¿Arran y tú estáis juntos?

Ella suelta una carcajada un poco demasiado estridente como para que sea genuina.

—¿Nosotros? ¿Juntos? —Hace un ademán como para descartar la idea—. No. Claro que no. —No debo de ocultar muy bien mi escepticismo, a juzgar por cómo suspira y rehúye mi mirada—. Es un buen hombre. Se ha portado muy bien con nosotros dos. Lo ha

intentado conmigo varias veces a lo largo de los años, pero…, bueno… —Se muerde el labio y parte del brillo de sus ojos se ve mermado. Menea la cabeza—. La diosa tiene otros planes, desafortunadamente.

Arrugo el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Ah, nada. Solo que… su alma pertenece a otra persona.

—¿Siente algo por alguien más?

—Podría decirse así. Ha vuelto a Ciudad del Rey, creo. —Elsie se encoge de hombros—. A veces la echa de menos. Cree que no lo sé, pero sí. —Vuelve a morderse el labio inferior—. Ojalá pudiera ignorarlo. Después de todo lo que he pasado… Me gustaría estar con alguien que fuera solo mío, en corazón, cuerpo y alma. Creo que me lo merezco.

—Te lo mereces.

Ella esboza una sonrisa y, de pronto, su rostro se ilumina.

—¿Ya has empezado el libro que te di?

—Sí, pero tu hermano me lo quitó.

—Ah, ¿sí? Te conseguiré otro. —Señala un puesto que hay junto al lago y en el que hay dispuestas telas de distintos colores. Acelera el paso—. Vamos, busquemos un vestido que te sirva para el banquete. Yo compro todos los míos aquí.

No puedo negar que estoy un poco entusiasmada cuando la sigo hasta el comerciante. Con todo lo que ha pasado últimamente, resulta agradable obtener un poco de normalidad y vida cotidiana. Noto un cosquilleo en los dedos por las ganas que tengo de hacerme con algo capaz de dejar a Callum sin habla, como la última vez que me puse un vestido bonito.

Alrededor de una hora más tarde, estoy de vuelta en Lowfell con tres vestidos doblados bajo mi brazo y que Elsie ha tenido la amabilidad de comprarme. Arran no está de muy buen humor. Me pregunto si habrá bebido alguna cosa. Elsie ensancha las fosas nasales en un par de ocasiones, como si tratara de discernir lo mismo. Como me da la impresión de que quizá necesiten un

momento a solas, me adelanto y me sitúo junto a Alfie, que me ofrece una manzana y empieza a ponerles nombre a las ovejas cercanas.

—¿Va todo bien? —El viento me trae la voz comedida de Elsie.

—No estoy seguro —responde Arran—. Al parecer, han visto a gente entrando en el templo de la orilla. Tengo la incómoda sensación de que es posible que los Acólitos del Dios de la Noche se alcen una vez más. Hay rumores de que el príncipe de la noche está listo para liberar a su amo. Podría ponernos las cosas muy difíciles.

—Sí —replica ella con suavidad—. Quizá.

15

Callum vuelve a Lowfell por la tarde. Para cuando se reúne conmigo en nuestros aposentos, el sol ya se está hundiendo en el horizonte del lago. Una vez que se ha puesto cómodo en uno de los sillones que hay frente al hogar, me cuenta cómo le ha ido el día. Afuera llovizna, por lo que la húmeda camisa se le pega a la musculatura de los hombros y del torso.

Está muy animado a pesar del mal tiempo. Flynn, el alfa al que ha ido a visitar, se ha comprometido a apoyarlo cuando se enfrente cara a cara con James.

—Sabía que podía contar con él —dice Callum—. Lo conozco desde hace años. Fue el primer amigo que hice cuando fui al sur.

No me molesto en señalar que Madadh-allaidh tiene poco de sur. Sé que, para él, todo lo que esté más allá de Highfell es sureño. Yo también le cuento cómo me ha ido el día y él frunce el ceño en cuanto comento lo que he oído acerca del templo.

Por la noche, Callum me hace el amor despacio, con delicadeza, antes de quedarnos dormidos el uno en brazos del otro. A la mañana siguiente, me despierto acosada por la inquietud.

El sol todavía no despunta, pero no consigo volver a dormir. He tenido sueños convulsos. Estaba caminando por unos pasillos largos e interminables, pasando por delante de celdas con barrotes envueltas en la oscuridad con la terrible sensación de que algo peligroso iba tras mis pasos.

Aquí, en las Tierras del Norte, he saboreado la libertad, pero mis sueños hacen que me pregunte si, en el fondo, seguiré sintiéndome atrapada, prisionera en un juego entre alfas sobre el que no tengo control alguno. El hecho de que el nuevo señor de las Tierras Fronterizas parezca haber reanudado mi búsqueda me hace sentir aún peor.

Me pregunto si, cuando le rebané el cuello a Sebastian, se plantó en mi interior la semilla de la venganza. Anhela que la rieguen, que la alimenten para crecer y extender sus crueles espinas. Ojalá pudiera rodear a James y a mi padre con mis enredaderas de odio. Quiero tener a Blake de rodillas, vencido y jadeante a mis pies.

Miro a Callum. Está tumbado boca abajo, con las sábanas retiradas hasta la cintura, como si hubiera pasado calor por la noche a pesar del frescor del ambiente. Así transmite ternura, con su revuelto cabello del color de la arena oscura y sus labios carnosos y suaves. Su cuerpo asciende y desciende con cada respiración. Sin embargo, cuando James me amenazó, esos mismos músculos relajados adoptaron la rigidez propia de una fuerza dura nacida de la ira. Cuando Blake me mordió, creí que lo mataría.

Sé que no dejará que me ponga a mí misma en peligro. Hará lo que sea para protegerme, aunque yo pretenda protegerme sola.

Una parte infantil de mí ansía despertar la furia de Callum, la totalidad de su fuerza, con una intensidad probablemente reservada a sus enemigos. Quiero ver cómo se le tensa ese bíceps enorme, cómo se le endurece la mandíbula y cómo reverbera en su pecho ese gruñido grave consecuencia de haberlo enfadado. Quiero que sus ojos destellen con la imagen del lobo enfurecido y encararlo con mi propia fiereza, la misma que siempre contengo.

Quiero que tome de mí todo el placer que pueda darle y que lo haga sin consideración, como si no tuviera miedo de que fuera a romperme, a quebrarme.

Si lo hiciera, me demostraría que me considera su igual. Alguien que no teme las facetas que esconde. Alguien capaz de cuidar de sí misma. Me muerdo el contorno de una uña sin pensar y el sabor de la sangre me impregna la lengua.

Lochlan dijo que a Callum le gustan las damiselas. Yo no quiero ser ninguna damisela.

Ayer me percaté de que Ian y algunos de los miembros del clan de Lochlan se muestran hostiles. Quiero asegurarme de que soy capaz de protegerme a mí misma.

Salgo de la cama. Callum se estira a mi lado con un leve gruñido que le raspa la garganta, pero no se despierta. Noto el suelo helado

bajo mis pies descalzos, así que me apresuro hasta el armario y lo abro con cuidado para ponerme unos pantalones y una túnica. Me calzo las botas y abandono la habitación.

Recorro los pasillos del castillo de Lowfell, que está sumido en una oscuridad serena. Al pasar junto a las cocinas veo a un par de sirvientes trajinando con ollas. Deben de haberlos traído de la aldea para acomodar al clan de Lochlan. Doblo la esquina de un largo corredor y me apresuro por las escaleras que conducen a la enfermería.

Agudizo el oído para asegurarme de que Blake no está dentro y abro la puerta.

Esta estancia subterránea es más pequeña que la enfermería del castillo de Madadh-allaidh. Solo hay espacio para una camilla en el centro, una mesa de trabajo y una silla en una esquina. Da la impresión de que las paredes están muy cerca unas de otras, en parte debido a la cantidad de tarros y viales que abarrotan los estantes. La humedad carga el aire con su aroma, al que, además, acompaña cierto matiz sangriento. Se me revuelve el estómago al recordar que Blake mató a Bruce, el antiguo alfa de Lowfell, en este lugar.

La pila de leña que hay en la chimenea de piedra todavía no se ha prendido, por lo que me veo obligada a frotarme los brazos mientras el frío se cuela a través de las mangas.

Me dirijo a uno de los estantes, donde reviso las etiquetas de los frascos de cristal: FLOR DE LUNA, LECHE DE AMAPOLA, MENTA, MILENRAMA. Están dispuestos por orden alfabético. Voy al otro extremo de la estancia y sonrío al ver AGRIPALMA, AMAPOLA BLANCA y, finalmente, en el extremo, ACÓNITO.

Como el recipiente con el veneno está fuera de mi alcance, no me queda otra que arrastrar la silla de madera de la esquina y subirme a ella para cogerlo del estante.

Al bajar al suelo, tras estar a punto de tirar sin querer un frasco de la estantería inferior, reviso el tarro. No contiene la hierba tal cual, sino una versión líquida y transparente del veneno. Ya se ha usado

por lo menos la mitad. Me pregunto a quién habrá estado envenenado Blake.

En la mesa de trabajo hay unos cuantos viales vacíos. Tomo uno y descorcho el recipiente. El penetrante aroma de la hierba me trae malos recuerdos de los aposentos de mi madre. Se me pone un nudo en la garganta. Mi padre la envenenó con esto. Después hizo lo mismo conmigo durante años, pequeñas dosis cada día para intentar adormecer al lobo que sospechaba que habitaba en mi interior.

Vierto un poco del líquido en el vial vacío, lo cierro y me lo meto en el bolsillo. Cojo otro vial que hay al lado y lo relleno.

—Eso no será para mí, ¿verdad? —dice la voz de Blake a mis espaldas.

El acónito me salpica la mano y yo maldigo por lo bajo antes de darme la vuelta. Blake está apoyado en la pared contraria, con los brazos cruzados frente al pecho y una expresión de diversión en el rostro. Lo oscuro de su cabello y de su atuendo hace que parezca que ha surgido de entre las sombras de la enfermería.

Detiene la mirada en mi mano mojada. Me meto el segundo vial en el bolsillo. No pienso legitimar su pregunta con una respuesta.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—Si pretendes asesinar a alguien…

Alzo el mentón y paso junto a él, que me toma de la muñeca con unos dedos que parecen unas tenazas en torno al hueso. Me giro y detengo mi cara cerca de la suya.

—Quítame las manos de encima —mascullo.

Su fragancia me envuelve.

—¿No quieres saber por qué lo hice?

—Sé por qué me reclamaste. Fue para provocar a Callum.

—No tengo ningún interés en provocar a tu amo, pequeña liebre.

Entorno los ojos.

—Pues para provocarme a mí.

—No todo gira a tu alrededor.

Endurezco el semblante.

—No. Eso es algo que has dejado claro. No soy más que un peón en tu jueguecito de reyes, un peón al que mueves como consideras

más oportuno.

—Podrías haber sido la reina. Te di esa opción. Aún podrías.

—Si alguna vez me convierto en reina, será sin tu ayuda. —Me libero con brusquedad de su agarre—. *Me mordiste.*

—Controlé la situación. —Da un paso al frente, invadiendo mi espacio personal—. Aún no estamos listos para enfrentarnos a James; *Callum* no está listo para enfrentarse a James. Y tú estabas a punto de irte con él. Lo sentí.

Me veo obligada a alzar la vista.

—Ni se te ocurra echarme la culpa. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Tenías muy pocas opciones, igual que yo. Si te hubieras ido con él, Callum habría reaccionado sin mesura. Tuve que hacer de malo para evitar que tú te hicieras la heroína.

—¿Te has planteado que a lo mejor hiciste justo lo que James quería? ¿Que James vino a propósito para sembrar la discordia entre Callum y tú?

—Evidentemente —bufa—. ¿Por qué crees que te di la flor de luna? No quiero que ese patán irracional pierda los estribos y actúe sin pensar. Tampoco deseo que los demás piensen que eres mía.

—Bien, porque no soy tuya.

—¿Crees que *quiero* que formes parte de mi clan? Eres… —dice, observándome de arriba abajo de un modo que hace que sienta el peso de su mirada en el cuerpo— un incordio.

Tenso los músculos para contener las emociones. No puedo creer que tenga la desfachatez de llamarme incordio mientras está conspirando contra nosotros.

—Y tú eres una miserable víbora manipuladora.

—Al menos no soy una niñata malcriada.

Me arden las mejillas, igual que la sangre.

—¿Una *niñata*?

—Sí. Una niñata. —En sus ojos se aprecia un resplandor que sugiere que estaba buscando cierta reacción que se alegra de haber encontrado—. Te estás comportando al contrario de como deberías, teniendo en cuenta que he vuelto a salvarte el pellejo.

—Dime, por favor, cómo debería comportarme después de que me hayas clavado los dientes como un bruto sediento de sangre.

¿Debería arrodillarme y darte las gracias? —Él acentúa su sonrisa y yo tengo que hacer un esfuerzo por no gruñir—. Te encantaría, ¿no? No esperaba menos de un sádico. ¿Es así como te gustan las mujeres, Blake? ¿Suplicantes y sumisas?

Él alza una ceja.

—¿Es así como te gustan a ti los hombres? —Hay un timbre mordaz en su tono, como si fuera eso lo que piensa de Callum. Cierro las manos y las uñas se me clavan en las palmas. Su voz se convierte ahora en una oscura caricia—. Apuesto a que es muy delicado contigo, ¿verdad? Le da miedo que te rompas.

Hay un incendio en mis venas; me arde la piel. Noto otra oleada de fiebre cerniéndose sobre mí, una que no soy capaz de repeler.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo?

Tengo los sentidos disparados. Los aromas de la enfermería a hierbas, a sangre y a Blake me abruman. Veo cada una de sus pestañas acariciando sus pómulos, cada mota dorada en sus iris. Emana un calor que me rodea inmisericorde y compite con el mío propio con la fuerza de un tambor de guerra que restalla ahora en mis oídos.

Una lenta y peligrosa sonrisa se abre paso por el rostro de Blake. Me sostiene por la barbilla.

—Ah, ahí estás, pequeña loba —dice.

Invadida por una ola de pánico, me pregunto si mis ojos han cambiado.

Lo cojo de la muñeca y, aunque él no me suelta, su respiración se vuelve superficial. Un siseo llena el aire y entonces me acuerdo del acónito que he derramado en mi piel. Pese a lo rápido que me late el corazón, pese a la inquietud que aletea en mi pecho, ansiosa por liberarse, sonrío.

—¿Y yo soy el sádico? —susurra.

Estoy a punto de replicar cuando caigo en la cuenta de que, aunque se le está quemando la piel, yo no lo siento. Frunzo el ceño y él ladea la cabeza, como si quisiera descifrar lo que sea que siento en este momento.

Le pateo la espinilla. Con fuerza. Grito al sentir cómo ese dolor me brota en el mismo lugar; ahora también tengo la impresión de que

me arde la muñeca. Blake, que emite un sonido gutural y sobresaltado, me suelta.

Ambos retrocedemos un paso. Mis sentidos vuelven a la normalidad. Me pican los ojos.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta.

—¿Necesito un motivo? —Me cruzo de brazos—. Te odio.

No quiero que se entere de lo que he descubierto. Todo su plan se basa en el principio de que Callum no le hará daño porque no quiere hacérmelo a mí, pero debe de haber percibido mi arrebato de triunfo, porque suelta una carcajada.

—No te vengas arriba. Si no has sentido mi dolor ha sido porque así lo he decidido yo. —Deja de dolerme la espinilla y en la muñeca me asalta una sensación como de agua fría—. ¿Lo ves? Y puedo revertirlo. Así que ojo con lo que haces.

—¿Por qué has impedido que lo sintiera?

Se encoge de hombros.

—Para ver si podía hacerlo.

—¿Y cómo?

—He encapsulado mi dolor. —Me mira la mano y distingo un brillo de curiosidad en sus ojos—. La pregunta que de verdad importa es por qué el acónito no te quema. A mí me irritaba la piel incluso antes de que me mordieran.

—Fueron suministrándome pequeñas dosis cuando era pequeña. Tal vez sea inmune.

—Yo también me suministro dosis y aun así no puedo paliar sus efectos por completo. —Me enseña la muñeca: la piel está enrojecida y en relieve, como si le hubiera picado una ortiga—. Quizá podrías dejarme hacer algún que otro experimento contigo…

Me coge la muñeca y yo me echo hacia atrás.

—¡Ni de broma! —No haría nada que pudiera complacerlo ni aunque no hubiera visto sus espantosos libros, llenos de registros de las cosas horribles que les hacía a otros lobos para saciar su curiosidad—. Aléjate de mí.

Intento apartarme de él, pero sus dedos son firmes. La diversión en sus ojos se disipa y ese hilo oscuro en torno a mi alma la rodea entre palpitaciones. Se me encienden las mejillas. Tengo las uñas

rotas y hay marcas de sangre allá donde me he arrancado la piel con los dientes. Es un hábito que antes no tenía, lo que pasa es que, últimamente, he tenido mucha ansiedad.

—¡Suéltame! —exijo, sacudiendo el brazo.

Su expresión vuelve a adoptar un cariz despreocupado. Casi podría creer que me he imaginado su reacción. Ladea la cabeza.

—¿Tienes miedo?

Yo alzo el mentón.

—¿De ti? No. —Probablemente debería, teniendo en cuenta quién es y lo que ha hecho.

Su mirada desciende hasta mi bolsillo, donde, a través de la tela, noto el frescor del vial contra el muslo.

—Yo que tú llevaría eso al banquete de esta noche. No me gusta la forma en que te miran algunos miembros del clan de Lochlan.

«¿A qué crees que he bajado, maldita víbora paternalista?», quiero decirle.

Con el corazón desbocado, me doy la vuelta y me pierdo escaleras arriba.

Al ver a Callum doblar una esquina al fondo del pasillo, se disipa parte de mi tensión.

—Te estaba buscando… —Sus ojos se ensombrecen al ver a Blake salir detrás de mí. No han hablado desde que me mordió. Ambos frenan en seco. Blake está solo a unos centímetros de mí, por lo que percibo su calor en mi espalda—. Blake. —La voz de Callum, grave y gutural, es casi un gruñido.

Blake mantiene una expresión indescifrable.

—Callum.

Las facciones del susodicho son como las de una estatua.

—Sé que no contaste con un padre que te enseñara estas cosas, pero morder a una mujer sin su consentimiento no es propio de hombres hechos y derechos.

Blake se queda completamente quieto. El control que tiene sobre sus sentimientos encapsulados se debilita, de manera que, por cómo me invaden sus emociones, mi visión se oscurece un momento. Está molesto. La pulla de Callum ha dado en el blanco. Recuerdo lo que

me contó en una ocasión acerca de cómo su padre forzaba a su madre.

—Ah, ¿no? —dice Blake. Su voz es como una sombra—. Hablando de mordiscos, ¿te has parado a mirar cómo tiene las uñas tu mascota?

Ahora es el turno de Callum de quedarse paralizado. Con la mandíbula tensa, fija la mirada en mi mano. Acalorada, las cierro. Él traga saliva. No sé por qué, pero el golpe de Blake parece haber sido igual de letal.

Este me adelanta y después pasa junto a Callum. Se gira:

—Si quieres tener una mascota en mi castillo, Callum, debes cuidar de ella. —Desaparece tras doblar la esquina.

Callum inspira profundamente y después acorta la distancia que nos separa. Me coge la mano y examina los padrastros de mis cutículas. Intento zafarme, pero él entrelaza los dedos con los míos y me conduce al final del pasillo.

—¿De qué iba eso? —pregunto.

—Vamos —urge él con suavidad.

Me lleva de vuelta a nuestros aposentos.

Una vez ha cerrado la puerta, Callum se pasa una mano por la boca y suspira.

—Hay un par de cosas que tengo que explicarte sobre los lobos.

16

Los lobos tienen algo así como una fijación oral. —La voz de Callum es áspera como la arena.

—¿Una… qué?

El fuego acaba de prenderse. Proyecta su resplandor en el perfil del rostro de Callum y convierte su tez en bronce.

—Es un problema cuando somos cachorros y se vuelve peor en la adolescencia. De adultos se convierte más en algo sexual. —Se me encienden las mejillas. Callum me acaricia con los nudillos una de ellas. Acerca los labios a mi oído, de manera que la calidez de su aliento me acaricia la piel—. A los lobos nos gusta morder.

El calor de mi rostro trasciende al resto de mi cuerpo. Desciende. No entiendo por qué dicha idea despierta esta reacción en mí. Me coge de las manos.

—Cuando tuviste fiebre, Blake me dijo que, antes de las primeras transformaciones, los cambios por los que pasa un lobo mestizo son equivalentes a los de un lobo de pura cepa en la adolescencia. —Su expresión se torna sombría—. Tus cutículas… Has estado mordisqueándote tu propia piel. Debería haber cuidado de ti. Debería haberte ofrecido un vicio alternativo a ese. Lo siento, princesa, me había olvidado de lo que es eso.

Arrugo la frente en un intento por dotar de sentido a sus palabras.

—Yo… Callum…, ¡yo no quiero *morderte*!

—¿No? —Afuera, el viento ruge contra las ventanas. Su suave y arrullador cántico se propaga por las montañas—. Yo creo que sí, princesa.

Me pasa la yema del pulgar por los labios. Con delicadeza, fuerza la entrada en mi boca y el sabor de la sal y el calor inunda mi paladar mientras él presiona contra mi lengua.

Un ardor despierta entre mis piernas. Lo que se está fraguando en mi interior es tan intenso que me da la impresión de que voy a entrar en erupción. Se me escapa un gemido ahogado, como si algo salvaje dentro de mí ansiara escapar.

«Muerde».

El lobo reluce en la mirada de Callum, que no deja de observarme. Lo único que puedo hacer con la extraña reacción que me provoca es tratar de reprimirla. Él se acerca más y desliza el pulgar más al fondo. Debería apartarlo de un empujón. O yo debería quitarme. No debería verme en esta situación, en la que peleo con todas mis fuerzas contra la necesidad de hincarle los dientes.

Se me acelera la respiración. El sudor me perla la frente. El calor palpita entre mis muslos y Callum ensancha las fosas nasales.

—¿No? Muy bien. —Con un gruñido apagado, retira el pulgar—. No he estado tan atento como debería —dice con la voz ronca—. Es un acto primario. Me preocupa no saber controlarme. La fiebre… —dice, sacudiendo la cabeza— me quita el sueño, pero, si me necesitas, ven. —Me toma la barbilla con el pulgar y el índice—. Basta de morderte a ti misma, ¿vale?

Entrada ya la tarde, el aguacero golpea los muros del castillo. A la luz de las antorchas titilantes, Callum y yo nos dirigimos al banquete. Yo llevo mi vestido nuevo. Es azul con mangas largas. Pillo a Callum intentando no mirarme el escote.

Al llegar a las puertas del Gran Salón percibimos el alboroto al otro lado: voces estridentes, el tintineo de la vajilla y música. Nos detenemos junto a un gaitero que casi me deja sorda con su instrumento.

El lugar está abarrotado. Ni siquiera logro atisbar la mesa de los alfas al fondo. Blake debe de haber invitado a los aldeanos, porque muchos lucen el tartán negro y gris de Lowfell. Creo que también hay más gente de Glas-Cladach que debe de haber viajado hasta aquí para las celebraciones. Sus vestidos y *kilts* están mojados por la lluvia; el ambiente resulta cálido y húmedo.

—¿Lista? —pregunta Callum, entrelazando sus dedos con los míos.

Yo asiento. Me golpeo los hombros contra los brazos de los invitados al pasar entre la multitud. Callum saluda a otros lobos con una voz potente y acogedora. Un chillido nos obliga a ponernos rígidos a los dos, pero no tardamos en romper en una carcajada, en cuanto nos percatamos de que el origen del ruido no es otro que el pequeño Alfie, al que un claramente disgustado Arran le confisca una copa de vino. Elsie, a su lado, se la arrebata a él de inmediato y después repara en mí con una sonrisa.

—Qué encantadora estás esta noche, Aurora —dice Lochlan en cuanto llegamos a la mesa de los alfas. Al reclinarse en su asiento, se le mueve el cuello de la camisa y la luz de una vela danza sobre el comienzo de un tatuaje que tiene en la clavícula.

Yo le devuelvo la sonrisa.

—Gracias.

Blake está al otro lado de Lochlan, charlando con Jack, pero desvía la mirada. Callum se tensa a mi lado. Nos acomodamos junto a Lochlan.

La tensión entre Blake y Callum es más que palpable. Ninguno de los dos ha reconocido abiertamente la presencia del otro, pero Callum tiene los bíceps hinchados contra la camisa y Blake crispa los dedos junto al cuchillo de la mantequilla.

Ambos se relajan en cuanto llega la comida: enormes platos repletos de salmón que deben de haber pescado en el lago, patatas al vapor y verduras. Los cálices están a rebosar de delicioso vino tinto. Lochlan mantiene una charla casual acerca de su clan. El ambiente vibra con la música, las risas y las desatadas conversaciones a las que me he acostumbrado aquí en las Tierras del Norte. Todo el mundo está de buen humor.

—Bueno, Lochlan —empieza Callum, dejando a un lado el tenedor. Blake vuelve la cabeza en nuestra dirección con la copa de vino a medio camino de los labios—. ¿En algún momento vamos a hablar de la verdadera razón por la que estás aquí? Imagino que querrás algo a cambio de tu apoyo cuando desafíe a James por el trono, ¿no?

Una lenta sonrisa se conjura en el rostro de Lochlan.

—Pongo tres condiciones para prestar mi apoyo.

Callum se reclina en su asiento.

—Vale.

—Quiero Fuerte Dubh-Clach, el territorio que tomó Sebastian cuando buscaba a Aurora. Era mío antes de que Kai, mi beta, se alzara contra mí y lo reclamara como suyo. Dudo que siga vivo. —Sus ojos delineados con kohl brillan a la luz de las velas. Esboza una sonrisa—. Si algún miembro de su clan sobrevivió, se someterá a mí. En el pasado me pertenecieron. Será un traslado pacífico.

Callum inclina la cabeza.

—No tengo problema alguno con eso, aunque tendremos que luchar por ello cuando sea rey. El fuerte estará bajo el poder de quien sea que se haya adueñado ahora de las Tierras Fronterizas. —Callum me lanza una mirada—. ¿Se te ocurre quién podría ser el nuevo señor?

Sacudo la cabeza.

—Sebastian no tenía familia. Puede que uno de los señores de los castillos colindantes haya…

—Se llama Alexander —corta Blake.

Se me congelan las entrañas al oír ese nombre. Me asalta el recuerdo de un hombre fornido, con un aliento que apestaba a vino y una mano en mi muslo.

—Si te refieres al hermano bastardo de Sebastian…, murió hace un tiempo. Debe de tratarse de otra persona.

Blake me observa con curiosidad.

—Te aseguro que está vivo y ha reclamado las Tierras Fronterizas en ausencia de su hermano. Así me lo ha transmitido mi espía.

Sacudo la cabeza. Es un error. Tiene que serlo. Me inclino hacia delante para verlo mejor, más allá de la silueta corpulenta de Callum.

—Mi padre nunca lo aceptaría como lord.

—Tal vez sí, si lo persuade de la forma adecuada. —Blake me mira con una ceja arqueada y yo doy un trago de vino para tener las manos ocupadas en algo.

—Entonces, es por eso por lo que te busca, Rory —apunta Callum. Se pasa una mano por la mandíbula—. Vale. Hecho. Te entregaré su cabeza personalmente, ya de paso. ¿Qué más?

—Quiero saber si Kai o algún miembro de su clan ha sobrevivido.

—Kai está muerto —informa Blake con un tono de voz comedido, pero el hilo de sombras que me une a él se tensa. Está mintiendo. Repasa el contorno del cuchillo de untar con un dedo—. Todos están muertos. Mi espía también me ha informado al respecto.

Lochlan frunce el ceño.

—Eso no es lo que James parecía creer. Si Alexander tiene a Kai, y la encantadora Aurora está aquí con nosotros…

Callum se endereza en su silla. Sostiene el cuchillo con fuerza. De pronto, su apariencia es la de ese rey temible en el que aspira a convertirse.

—Ten mucho cuidado con lo que vayas a sugerir a continuación.

Lochlan suelta una risita.

—No estoy diciendo que intercambiemos a Aurora por los prisioneros, Callum, pero, si hay hombres, mujeres y niños de mi clan que siguen vivos, podríamos utilizarla para engañar a Alexander y hacerle creer otra cosa.

Trago saliva.

—¿Crees que tiene a niños prisioneros?

—Sí. —Se inclina sobre la mesa para mirarme a los ojos—. ¿Me ayudarás a recuperarlos, Aurora?

—No. —El tono de Callum no admite réplica—. No convertiremos a Rory en un cebo con el que tentarlo. Cuando sea rey, su muerte será mi prioridad, y, en el caso de que haya prisioneros que rescatar, los sacaremos. Pero tenemos que librarnos de James antes que nada.

No puedo evitar torcer el gesto. No es que vaya a proponer meterme en una situación peligrosa así, por las buenas, pero, si hay niños cuya vida corre peligro y hay algo que yo pueda hacer para ayudar, vale la pena discutirlo. Le toco la muñeca.

—Callum, quizá se pueda…

—No. —Noto la flexión de uno de sus músculos bajo las yemas de mis dedos—. Y no hay más que hablar.

Entorno los ojos ante lo tajante de su tono, de su postura.

—Yo no soy miembro de tu clan, Callum —digo en voz baja.

—No, pero pretendo cuidar de ti de todos modos —espeta.

—Se lo haré saber a mi espía —interviene Blake antes de que yo conteste—. Lo primero es averiguar si Kai está vivo. Quizá haya algo

que podamos hacer antes de tomar medidas drásticas. ¿Jack?

—Saldré esta noche —dice este.

Blake asiente.

—Mientras tanto, eres más que bienvenido en mi castillo, Lochlan, pero tanto Callum como yo sentimos cierta debilidad por nuestra pequeña mascota sureña. Te mataremos juntos si se te ocurre negociar un intercambio por tu cuenta y a nuestras espaldas. A Callum le gusta recurrir a la fuerza para resolver las cosas, pero a mí… —La comisura de sus labios se eleva mientras la yema de su índice repasa el filo de su cuchillo de untar—. A mí me gusta jugar.

Lochlan ríe.

—Qué bonito es ver que por fin os lleváis bien, sobre todo después de la otra noche.

Callum emite un gruñido gutural.

—Yo no diría tanto, pero está en lo cierto.

Lochlan decide ignorar a ambos alfas y su territorialidad.

—Estás a salvo conmigo, Aurora. Lo juro.

Infiero sinceridad en la expresión de su semblante, así que le creo. Sin embargo, no puedo pasar por alto las miradas fulminantes que me han dedicado algunos de los miembros de su clan a lo largo de la tarde.

—¿Y la tercera condición? —inquiero.

—Ah, es muy simple —dice Lochlan—. Tan solo quiero una audiencia contigo, Aurora. En privado. Mañana. Solos tú y yo. Lo que quiero decirte no es de la incumbencia de nadie más.

Siento un arrebato de curiosidad, pero Callum frunce el ceño.

—Lo que sea que tengas que decirle… —Una mujer cruza la entrada del Gran Salón, lo que hace que una arruga surque su frente. Se gira hacia Blake—. No me has dicho que habías invitado a Claire —señala en voz baja.

Blake acaricia el borde de su copa de vino.

—No la he invitado. —Percibo la intriga que siente en mi propia piel.

Con el ceño fruncido, observo a la mujer acercarse a nosotros. Tiene el cabello oscuro, a medio recoger en la espalda, de modo que algunos mechones le cubren los hombros. Viste pantalones y una

camisa holgada debajo de una chaqueta de tartán azul y verde. Una espada descansa en su cinto. Tiene la mayor parte de la piel tapada gracias al atuendo, que envuelve su figura con forma de reloj de arena. Camina con confianza, como si supiera que muchos de los lobos que han detenido sus conversaciones lo han hecho para mirarla a ella. Unos ojos resplandecientes presiden su indescifrable expresión.

Su nombre me suena de algo.

—Claire —digo en voz baja. Recuerdo la vez que Blake me dijo que a James le gustaban las mujeres atrevidas—. ¿No es…?

—La antigua amante de James —dice Callum con un tono de voz que rezuma oscuridad mientras se yergue—. Sí.

La tensión se apodera de mi garganta, porque es posible que haya venido de parte de nuestro enemigo.

No se disipa cuando Lochlan se reclina en su asiento y dice:

—Tengo entendido que tú también intentaste encamarte con ella en determinado momento, Callum.

17

Ya basta, Lochlan —masculla Callum por lo bajo mientras se levanta para saludar a Claire.

Lo tajante de sus palabras confirma la veracidad de la acusación, como también lo hace la sonrisa burlona que Lochlan intercambia con Blake y la suave risa que se le escapa a Jack. Trato de ser razonable, de contener la oscura sombra de celos que se extiende en mis adentros.

Ya tenía asumido que Callum había estado con otras mujeres antes de mí. Es fuerte, amable y atractivo. Y, además, es un alfa y un lobo. Sé que las reglas por las que se rigen los nobles en las Tierras del Sur acerca de esperar al matrimonio antes de compartir intimidad física no se aplican aquí. Aunque la forma que tenía mi hermano de escaparse a las tabernas de los muelles me inspira cierto escepticismo respecto a que los nobles sureños respeten dichas normas.

La idea de que Callum quisiera acostarse con la mujer que ahora camina confiada hacia nosotros sigue helándome la sangre.

Es perfecta y hay algo en su ser que grita dominancia; la firmeza de su temple, quizá. Callum me dijo en una ocasión que le gustaría estar con una mujer que fuera su igual, y en ella veo cumplida esa condición.

Destierro mis pensamientos negativos. Hay cosas más acuciantes de las que preocuparse. Como, por ejemplo, la razón por la que está aquí, cuando es probable que su lealtad siga estando con James. También me asalta una leve punzada de irritación. No puedo evitar preguntarme cuándo tuvo lugar el intento de Callum de acostarse con ella.

¿Ocurrió mientras ella estaba con James? De ser así, explicaría por qué fue tan fácil convencer a James de que pidiera mi mano en

matrimonio. Pero, aunque creo que Callum es más honorable que eso, no puedo evitar preguntarme si parte del desprecio que se profesan los dos hermanos provendrá de esta fémina que se ha detenido frente a la mesa. ¿Acaso soy la segunda mujer por la que se pelean?

—Claire. —En el tono amable de Callum subyace una nota de cautela—. No esperaba verte aquí. He oído que te has convertido en una alfa. Enhorabuena.

Alzo las cejas. No sabía que pudiera haber alfas femeninas.

Claire inclina la cabeza.

—Y yo he oído que intentas convertirte en rey.

Callum la mira circunspecto, como si aún no hubiera decidido si es una amenaza o no.

—¿Es James quien te envía?

—James no tiene ninguna autoridad para enviarme a ningún sitio. No es mi rey. —Esboza una sonrisa que no termina de llegar a los ojos—. Iba de camino a Madadh-allaidh para ver si podía negociar una alianza con él.

Callum arruga el entrecejo.

—¿Una alianza? Tu clan siempre ha ido por libre. ¿Por qué ahora?

—Están sucediendo ciertas… cosas en el norte. —Una sombra cruza su semblante—. Quiero trasladar a mi gente al sur.

Callum tuerce el gesto.

—¿Y por qué te has parado aquí?

Ella se encoge de hombros con una tímida sonrisa.

—No me pareció mal pararme a ver si tienes algo que decirme al respecto.

—¿Cómo sé que no estás aquí para informar a James después?

—No me gustan los jueguecitos, Callum.

—Ah, ¿no? —Él suelta una tétrica y lacónica carcajada—. No sé yo si eso es verdad.

Los ojos castaños de la joven refulgen a la luz de las velas.

—Fue hace mucho tiempo.

Claire destila precaución al fijar su atención en el alfa de cabello negro de Lowfell.

Dos hoyuelos han aparecido en las mejillas de Blake, pero sus ojos permanecen fríos.

—Bienvenida a Lowfell. Por favor, únete a nosotros.

Su mirada se detiene en mí. Tiene pinta de estar evaluándome, midiendo mis capacidades, y yo hago lo mismo. Finalmente, el fantasma de una sonrisa asoma a sus labios.

—Es agradable ver a otra mujer aquí sentada. Aunque seas *sureña*. —Se vuelve hacia Callum—. Tenemos que hablar. A solas.

Él inclina la cabeza.

—Sí. Luego.

Ella toma asiento junto a Jack, que sonríe y empieza una conversación con ella. Callum se deja caer en su asiento y la música reanuda su sinfonía. Me da un apretón en el muslo por debajo de la mesa, como si fuera consciente de cuáles son las preguntas que se amontonan en mi mirada.

—*Luego* —repite en voz baja.

Una vez agotados los manjares, la melodía de las gaitas gana fuerza y desenfreno, de manera que los lobos bailan descontrolados en el centro del salón. Sus violentos movimientos al girar unos sobre otros son el fiel reflejo de la tormenta que se desata en mi pecho cuando veo a Callum y Claire abandonar la estancia para hablar en privado.

Quiero que mi sangre deje de recorrerme las venas con tanta vertiginosidad y quiero que mi mente se apacigüe. Me pregunto si es la loba que habita en mi interior la responsable de que me sienta así. No me gusta que estén juntos y a solas. La parte humana de mí se siente incómoda y disgustada al verse apartada una vez más mientras se discuten cosas importantes.

Trago saliva para reprimir las emociones. Debo mantener la calma. Es crucial que Callum averigüe qué está haciendo Claire aquí.

—¿Te gustaría bailar? —Una voz masculina de las Tierras del Norte me sobresalta.

Lochlan está delante de la mesa, con la mano extendida en una pose elegante. Sus ojos brillan divertidos. No tengo muy claro qué pensar de él. En parte, porque parece simpatizar más con Blake que con Callum.

Me levanto.

—Por supuesto, aunque tendrás que enseñarme los pasos.

—¿Tu gente no te enseñó nada de las danzas lobunas? —pregunta Lochlan con un deje que me permite percibir un ligero desafío, la pulla de que este no es mi lugar.

—Hay muchas cosas que mi gente desconoce de los lobos —admito con cuidado mientras rodeo la mesa para unirme a él—. Al fin y al cabo, estamos en guerra, pero he aprendido mucho desde que llegué aquí.

—No estamos en guerra con tu gente —puntualiza Lochlan al tiempo que le doy la mano. Frunzo el ceño y me dejo guiar a la pista de baile—. Lo estuvimos en el pasado, cierto. Hace muchos siglos, cuando invadieron Glas-Cladach con sus grandes navíos y arrasaron nuestras aldeas. Una vez alcanzada la paz, no fueron pocos los que se quedaron a vivir con nosotros. —Esboza una sonrisa en respuesta a mi perplejidad—. Ah, crees que estoy hablando de los sureños. No, no, me refiero a tu *auténtica* gente: los lobos de las Tierras Nevadas. —Se me acelera el corazón ante la mención de la tierra natal de mi madre—. A numerosos miembros de mi clan les entristeció la noticia de su muerte.

Los lobos a mi alrededor se convierten en pinceladas difuminadas que forman dos líneas, mirándose unos a otros, preparados para el próximo baile.

—¿La conocían?

—La juventud olvida la sangre de las Tierras Nevadas que les corre por las venas. Los mayores rezaron por su seguridad cuando tu padre la desposó.

Las charlas casuales, el tintineo de las copas, el crepitar del hogar…, todo se desvanece en mis oídos.

—¿De verdad era una loba?

—No eran muchos los que estaban al tanto de su verdadera identidad, por supuesto, ni siquiera aquí, en las Tierras del Norte. En Glas-Cladach lo sospechábamos. Muchos tenían la esperanza de que derrocara a tu padre algún día e iniciara una nueva era para los lobos. Al final, no fue así. —Clava sus ojos en mí—. Aunque, quizá, no sea un caso del todo perdido.

Mi mente ha entrado en espiral al recibir toda esta información, una espiral que se ve interrumpida por la música, tan estridente que apenas oigo mis propios pensamientos.

—Mañana por la mañana, reúnete conmigo en el lago. De momento… —Lochlan, sonriente, se acerca más a mí—, bailemos.

No tardo en cogerle el truco a la danza gracias a la orientación de Lochlan.

Es un baile animado que requiere de muchos giros de brazos con el lobo más cercano antes de hacerlo recorrer toda la pista. Empiezo a prescindir de mis inhibiciones y pronto se apodera de mí la risa. En las Tierras del Sur, siempre me sentía coartada al bailar en palacio, como una marioneta que tuviera que ejecutar cada paso a la perfección. Esta danza da alas a una actitud más indómita, como si su fin fuera disfrutar en vez de realizarla correctamente.

De vez en cuando, noto el peso de la mirada de Blake en mi piel. Procuro ignorarla.

Lochlan me cuenta cosas acerca de su territorio cada vez que entrelazamos los brazos: se encuentra junto al mar y cuenta con el segundo mayor ejército de las Tierras del Norte. Muchos lobos realizan peregrinaciones hasta sus acantilados. Al parecer, se dice que Ghealach fue de visita en una ocasión, por lo que ahora hay una vasta cosecha de flor de luna que crece en el lugar para ofrecer pequeños atisbos de su poder a quienes se animen a dejarse embriagar por su fragancia.

Cuando la pieza toca a su fin y el gaitero junto a las puertas solicita peticiones, Lochlan me ofrece su mano. Blake se coloca a su lado.

Se me acelera el pulso; el cuerpo se me tensa por instinto. Contengo mis emociones y las meto en una jaula que hay en mi pecho, ansiosa por protegerlas de él, que mantiene una postura erguida bajo su túnica oscura. Tiene una expresión deliberadamente impasible. Al cruzar su mirada con la mía, la comisura de sus labios se curva un poco.

—¿Os importa si tomo el relevo? —pregunta.

18

El sentido del deber que me inculcaron y que apela a la cortesía que se nos presupone a las damas impide que rechace a Blake en el acto y que le dé una bofetada, igual que hice hace dos noches. Está tan arraigado en mí que resulta casi instintivo. Mi cuerpo se bloquea y mi sonrisa permanece intacta. Para cuando mi mente toma las riendas, Lochlan ya se está haciendo a un lado.

Observa a Blake con atención y en sus ojos creo atisbar una esquirla de calor antes de dedicarme una sonrisa.

—¿Quién soy yo para interponerme entre un alfa y el miembro más reciente de su clan?

Lochlan inclina la cabeza y se abre camino entre los lobos que copan la pista de baile en dirección a una de las mesas. Blake se acerca más. Ahora, envuelta por su fragancia a pino nocturno, me asalta un arrebato de adrenalina que hace que los rostros que hay a mi alrededor se difuminen.

—No pienso bailar contigo —le digo.

—Por lo menos ahora me hablas.

Un sonido feroz aflora en mi garganta, pero me lo trago. Me doy la vuelta. Él me coge del brazo para obligarme a mirarlo. Su rostro está tan cerca del mío que se mezclan nuestras respiraciones.

—¿Qué quieres de mí? —pregunto—. Me traicionaste. Vinculaste nuestras vidas. Me mordiste. Pretendes matar a Callum. ¿No puedes dejarme en paz y punto?

—No. —Arrastra los dientes por su labio inferior—. Soy tu alfa. Queda mal que me rechaces.

—Bien. —No me molesto en señalar que él no es mi alfa. No le daré esa satisfacción.

—¿No quieres saber nada más sobre el vínculo?

Sé que pretende tentarme. Provocarme. Siento el hilo oscuro de su alma en mi interior, envolviendo mis emociones, hostigándome para que reaccione.

«No piques, no piques, no pi…».

—¿Como qué?

—Quieres romperlo, ¿no?

Esboza una lenta sonrisa que conjura unos irritantes hoyuelos en sus mejillas. Me tiene y lo sabe. Extiende la mano en un gesto que tiene un claro significado: «Baila conmigo y averígualo».

Entorno los ojos. Debe de sentir mi fría punzada de ira. Ni siquiera sé si la dirijo contra él o contra mí misma por estar planteándomelo. Doblo los dedos a cada lado de mi cuerpo. Siento el momento en el que cree haber ganado, ya que un brote de triunfo se apodera de mi pecho. No lo soporto. Aprieto el puño y me encamino hacia la mesa de los alfas.

—Podría obligarte a bailar conmigo, ¿sabes? —Su voz atraviesa el alboroto de los demás con la certeza de una daga. Yo me detengo—. Ah, así que Callum te ha hablado del Àithne.

—Eso solo funcionaría si fueras mi alfa, y no lo eres. —Me obligo a relajar el cuerpo antes de mirarlo. A nuestro alrededor, los lobos se están colocando a ambos lados de la pista, preparados para el próximo baile—. Aun así, no lo usarías conmigo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

Me encojo de hombros, aunque, al decir lo siguiente, comprendo que es verdad.

—Vives en un aburrimiento perpetuo, Blake. Juegas con la gente para entretenerte. No hallarías diversión alguna en obligar a alguien a que hiciera algo que no quiere hacer.

—¿Y si ponemos a prueba tu teoría?

El desafío danza en sus ojos, relucientes a la luz de las velas. Alzo el mentón.

—Pues adelante. Usa tu mandato sobre mí. Ordéname que baile contigo, porque ese es el único modo de que lo haga.

Él ladea ligeramente la cabeza. Tal vez esté jugándomela. Me intriga saber si surtirá efecto. Es posible que esto sea algo que use contra Callum en algún momento, así que ya puedo mentalizarme.

Una lenta y peligrosa sonrisa se abre paso por su rostro. Mantiene la mano extendida.

—Baila conmigo.

Yo espero a ver si siento algo, lo que sea, ante su orden. Contengo las ganas de poner los ojos en blanco. Sabía que no tendría ningún poder sobre mí, porque *no* es mi alfa.

Él suelta una risita.

—Qué pagada de ti misma, pequeña liebre. Mírame. —Se le dilatan las pupilas y sus iris se tiñen de ámbar. Se me corta la respiración. Blake no suele sacar su lobo a la superficie. Este, al asomarse a sus pupilas, transforma su rostro, como si afilara su mandíbula y acentuara sus pómulos. Ante mí tengo algo salvaje, hermoso y letal—. *Dame la mano.*

En esta ocasión lo siento por todas partes. Su esencia me embriaga: su aroma, su calor, una oscura e incontestable dominancia de la que no era consciente hasta ahora. Siempre me ha parecido peligroso, pero esto…, este *poder*… El lobo de sus ojos resplandece, bello, y yo no puedo sino dejarme atrapar por él. La vehemencia de mi pulso acompaña mi lucha contra esta sensación, pero en lo único en lo que puedo pensar es en el sueño febril que tuve, en el que un conejo estaba atrapado en las fauces de un gran lobo.

Creo que me hizo algo a través del vínculo, pero se me antoja diferente. Como si su orden se hubiera colado por debajo de mi piel como una sombra susurrante que se deshace en persuasivas promesas. Y, cuando alcanza esa pulsión feroz en mi interior, dicha ferocidad se frota contra ello.

Qué fácil sería acceder. Qué fácil sería hacer lo que me dice. Quiero complacerlo. Haría lo que fuera por él. Es mi alfa y quiero…

Cojo esos dedos sombríos que me aferran el alma y los echo a un lado. El Gran Salón se materializa a mi alrededor, igual que el crepitar del fuego en la chimenea y el aroma a salmón bañado en mantequilla y a vino tinto. La música de gaita da comienzo. La sensación se disipa en un suspiro y mi primer instinto es enseñar los dientes y gruñirle. El segundo es regodearme.

Finjo estar mareada y pongo mi mano en la suya. Quiero que piense que tiene poder sobre mí para usarlo en su contra más tarde.

Blake me envuelve las manos con los dedos.

Me vibra la piel allá donde me toca. El hilo que nos une parece recibir el eco de esa misma vibración. Intento disimular mi respiración entrecortada, mi pulso acelerado. Su reacción es casi invisible, pero su pecho asciende y desciende con más profusión de lo habitual. Su expresión está demasiado sometida a la cautela, tanto que resulta impasible. Se esconde, igual que yo. Él también lo nota.

Sus ojos recobran la apariencia normal, aunque brillan como si fueran los de un gato que acabara de dar con un ratón con el que jugar.

—Vaya, qué *interesante* —dice, y no estoy segura de si se refiere a su capacidad para usar el Àithne conmigo o a lo tirante e incómoda que sentimos nuestra conexión.

Me sostiene la mano como si reclamara un premio y me conduce a la hilera de lobos que hay en la pista de baile. Nos colocamos en un extremo, junto a Ryan y Becky. La sonrisa de aquel se descompone en cuanto ve con quién estoy a punto de bailar.

La danza es prácticamente como la anterior, con la diferencia de que se ejecuta más despacio. Exige cambios de pareja que la mujer realiza avanzando por la hilera, pero, cada vez que estoy a punto de tomar la mano de otro lobo, Blake ocupa su puesto. Hasta que, cerca del final de la fila, pone fin a la farsa con la que fingimos que participamos en esto igual que el resto y me atrae hacia él antes de darme una vuelta.

Procuro recordar que me está manipulando. Va a arrebatarme todo lo que tengo, Callum incluido. Debo detenerlo. Debo romper este vínculo.

Los movimientos con los que me traslada por la pista son firmes y gráciles y, no por primera vez, me asalta el pensamiento de que es un buen bailarín. Me dijo que nació en una aldea como un lobo mestizo que más tarde pasó a formar parte de la Guardia del Rey. No hay motivo que justifique su habilidad.

—¿Por qué bailas tan bien? —pregunto.

—¿Te digo que tengo información sobre el vínculo y eso es lo que me preguntas?

—Sí.

Él me inclina en un ángulo pronunciado que hace que se me corte la respiración mientras le rodeo el cuello con el brazo.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque soy la princesa. Mientras que los hombres en palacio se entrenaban para luchar, yo lo hacía para bailar.

Vuelve a enderezarme y su aliento se mezcla con el mío.

—Lo dices como si fuera algo malo. ¿No te gusta bailar?

—Eso da lo mismo.

—Un reino no lo ganan los guerreros. —Él me hace girar y mis faldas revolotean en torno a mis piernas—. Lo ganan hombres bailando y manipulando a otros de puertas adentro.

—Yo no soy un hombre.

—No, pero estoy seguro de que podrías poner a un reino entero de rodillas.

—Eso es a lo que aspiras tú, no yo.

Él se limita a sonreír. Me pregunto si será mentira y quizá *sí* haya algo dentro de mí que desee destruir y conquistar. Arrebatarle algo a mi padre. Las ascuas de un sentir que no sé identificar arden en las profundidades de mi alma desde que me enteré de lo que mi padre le hizo a mi madre.

—Estás eludiendo la pregunta —señalo—. ¿Cómo aprendiste a bailar?

—¿Qué hay de tus secretos, pequeña liebre? También te siento. Llevo percibiendo algo en tu interior desde antes de que nuestras vidas se ligaran de esta manera.

Que esté diciendo tonterías no es impedimento para que se me acelere la respiración.

—Háblame del vínculo.

—Oblígame.

Se me desata el pulso bajo la agitación de una bestia salvaje enjaulada en mi pecho. Ha dado a entender que, si bailaba con él, me daría esa información. Tendría que haber sabido que era mentira.

—Afirmas que eres mi alfa. Eso me da derecho a desafiarte, ¿no? Podría hacerlo aquí mismo, delante de toda esta gente.

—Por favor, hazlo, pequeña liebre. —Su voz es suave y oscura como una sombra.

—¿No crees que pueda ganar? No puedes herirme sin herirte a ti mismo. Parecerías un idiota.

Me avasalla de nuevo, como para demostrar que tiene el poder y que yo tengo las de perder.

—He soportado mucho dolor en mi vida. Y también lo he causado.

—¿Crees que yo no?

Traslada su mano hasta la parte baja de mi espalda. Sus dedos rozan la zona en la que una de las cicatrices surca mi piel. Me pongo rígida y él me endereza.

—No lo dudo, pero estoy seguro de que tengo bastante más experiencia que tú en materia de tortura.

Se me hiela la sangre al pensar en los manuscritos de carácter médico que ha elaborado él mismo.

—Adelante —susurra con una nota de urgencia—. Rétame. Enséñame cuán afiladas pueden ser esas garras tuyas.

La criatura salvaje de mi pecho asoma la cabeza. Los ojos de Blake rielan como si lo sintiera y agradeciera su presencia. Respiro hondo. Sé cómo vencer, y no será dándole lo que quiere. Desea jugar conmigo. No lo consentiré.

Aparto mi brazo de su cuello y retrocedo. Hago una rápida reverencia.

—Gracias por el baile, Blake.

Él suspira.

—Puedes formular tres preguntas acerca del vínculo —dice—. Y yo responderé con sinceridad si sí o si no.

Yo me vuelvo, ocultando una sonrisa. Le agarro de la mano una vez más y me dejo envolver por el aroma que desprende su cuerpo. Reanudamos la danza por el salón y, en primer lugar, le hago la pregunta más importante de todas:

—¿Sabes cómo romperlo?

Algo inidentificable le cruza el rostro. Es como si estuviera decidiendo cómo contestar. Por fin, habla:

—Sí.

Al oírlo hablar con Callum me pareció que dijo que había leído acerca de la vinculación en un libro. Necesito obtener la misma información que tiene él si pretendo dar con la solución.

—El libro en el que leíste acerca de la vinculación… ¿está aquí, en Lowfell?

—No —responde.

De nuevo, me parece que dice la verdad. He perdido mucho tiempo en la biblioteca. Mantengo un semblante inescrutable.

—Estuviste viviendo en Madadh-allaidh un tiempo. El libro está ahí. —Él abre la boca para contestar, pero yo lo freno. Quiero saber exactamente dónde se encuentra ese tomo para hacerme con él de inmediato en cuanto tomemos el castillo—. Todo tu plan depende del vínculo, así que no lo habrás dejado a la vista. —Estudio la profundidad de sus ojos e intento leer los secretos que subyacen entre las motas doradas. Había todo un muro de libros junto a su cama—. ¿El libro se encuentra en tus aposentos de Madadh-allaidh?

—Sí.

El triunfo que amenaza con apoderarse de mis labios perece antes de hacerlo. No tengo posibilidad alguna de hacerme con él antes de que Callum derroque a James. Y, aún peor, Blake lo traicionó, por lo que no es descabellado pensar que James habrá arrasado con todas las posesiones de Blake, cuya sonrisa me indica lo consciente que es de ello. A pesar de haber averiguado dónde hallar respuestas, el vencedor de esta partida es él.

La intensidad del enfado que siento es tal que me sorprende hasta a mí. Se me tensa la garganta; me cosquillean los dientes. Estoy hasta las narices de que hombres como Blake crean que pueden manipularme. Cree que es el único capaz de jugar a estos jueguecitos. Llevo jugando con lores insufribles toda mi vida. No sé por qué Blake habría de ser distinto.

—Tengo otra pregunta que hacerte, Blake. —Aumento la fuerza con la que le rodeo la nuca. Sé que siente el desafío que emano, del mismo modo en que yo siento su intriga.

—Vale. Juguemos —dice—. Una más.

Bajo mi guardia por completo. Permito que su oscuridad me embargue para buscar en ella algo que pueda usar en su contra. Él inspira profundamente, como si notara lo que estoy haciendo.

Capto el aroma a pino, a pergamino, a aire viciado. Oigo el goteo de un pozo, a alguien gritando. Vislumbro una celda oscura y también el destello de un bisturí metálico. Percibo su esencia: la diversión, el peligro y algo feroz que acecha más allá. Es como una víbora que se enrosca con vehemencia, capaz de atacar cualquier día.

También capto el susurro de otra cosa. Algo caliente. Hambriento. Más peligroso. Me arde la sangre al sostenerlo. Me acuerdo de cuando estuve encadenada en la celda. Sus ojos se detuvieron en mis labios solo un instante antes de retroceder sin la agilidad acostumbrada, disgustado.

Su mirada está ahora puesta en mi rostro.

—¿Crees que soy hermosa, Blake?

Él traga saliva y yo siento un brote de poder. Por primera vez, creo que lo he pillado desprevenido.

Pero entonces sonríe. Se acerca más, de manera que su calor corporal y el aroma a pino me asedian por completo, oscuros, implacables. Pega la boca a mi oído.

—Ten cuidado, pequeña liebre. —La calidez de su aliento me acaricia la piel—. Ese no es un juego que desees jugar conmigo.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal al tiempo que la pieza musical toca a su fin. Blake se aparta y el aire me llena los pulmones de nuevo. Inclina la cabeza en un gesto cortés, con una expresión tan casual como de costumbre. Su mirada resulta mortífera a la luz de las antorchas.

Blake se pierde entre los lobos que se dirigen a las mesas para rellenar las bebidas y abandona el Gran Salón mientras el gaitero entona una nueva melodía.

Jack, junto a la salida, lo observa marchar con una expresión seria muy impropia de él. Parece preocupado por su alfa. Va tras sus pasos.

Yo necesito unos segundos para que mi pulso se apacigüe y mi respiración se vuelva normal. Aquí estoy, entreteniéndome en

jueguecitos con el lobo más peligroso del reino y cuyas palabras destilaban amenaza.

No sé si voy perdiendo o ganando.

Pero creo que he conseguido descolocarlo.

Sonrío.

19

Hace demasiado calor en el Gran Salón. El olor a comida, vino y sudor carga el ambiente, y mi baile con Blake me ha dejado la piel tensa. Como no encuentro a Callum, decido salir a tomar el aire.

Recorro los pasillos en sombras, atravieso la entrada del vestíbulo, salgo del castillo y desemboco directamente en el pequeño patio. Hace frío y mi aliento se condensa ante mi rostro. Me froto los brazos, que llevo envueltos en las mangas largas de mi vestido.

Me quedo aquí unos minutos y, entonces, la gran puerta arqueada se abre a mis espaldas. Claire sale al exterior. Sujeta una copa de vino tinto, con su cabello oscuro acariciándole el rostro azulado por el viento.

—Aurora. Pensé que no habría nadie.

Me dirige un vistazo evaluador, como si quisiera determinar si soy una amenaza o no. No sé si se debe a que soy la hija del rey enemigo o a mi relación con Callum. Yo le sostengo la mirada con la misma cautela.

—Callum te está buscando —dice—. Aunque ahora andaba preocupado por Ryan, así que es posible que pase un rato antes de que dé contigo. —Se apoya en el muro junto a la puerta y da un sorbo de vino—. El muchacho cree que puede asaltar Madadh-allaidh él solo.

—Ay, madre. —Un extraño silencio se instala entre nosotras—. Me gusta tu abrigo.

—Gracias. —Señala con la cabeza mi vestido azul marino—. Bonito vestido.

Seguimos sin quitarnos la vista de encima.

—¿Estás de nuestra parte? —inquiero.

—Yo podría preguntarte lo mismo.

—Yo estoy de parte de Callum. No siento ningún aprecio por mi padre, si es eso lo que te preguntas.

Asiente.

—Si lo que quieres es saber si he escogido entre James y Callum, la respuesta es que no.

—Ibas de camino a Madadh-allaidh antes de parar aquí.

—Mi clan tiene base en el norte, cerca de Highfell, donde la noche es cada vez más oscura. Todo apunta a que un viejo peligro se cierne sobre nosotros de nuevo. —Su semblante se oscurece—. Algo se aproxima. Lo notamos, y quiero trasladar a mi gente lo más al sur posible antes de que llegue. —Vuelve a beber—. Presentaré mis respetos a quienquiera que se imponga en el desafío. James o Callum, me da lo mismo.

—He oído que tuviste una… historia con James.

Ella aprieta la mandíbula.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó entre vosotros?

Se muerde la mejilla.

—En aquel entonces, mi tío era un alfa, y el padre de James y Callum era rey. Nos invitaron a Madadh-allaidh para formar una alianza y se acordó que James y yo nos casáramos.

Alzo una ceja.

—¿Fue una relación de conveniencia? ¿Te desposó?

Ella suelta una carcajada.

—No. Nunca llegamos a tanto. Cuando me enteré de que me estaban ofreciendo como si fuera un trozo de tarta, me cabreé. Irrumpí en los aposentos de James, lo estampé contra la pared y le puse una daga en las pelotas. Le dije que se las cortaría a menos que le pusiera fin a todo aquello. —Un velo distante cae sobre sus pupilas, perdidas en la marea de su memoria—. Resultó que él no sabía nada del tema. Trató de impedirlo, pero su padre era un capullo. Empezamos a pelearnos públicamente entre nosotros a la mínima ocasión. Fingíamos odiarnos para que todos vieran lo difícil que resultaría una alianza entre nosotros. —Una sonrisa tímida se dibuja en sus labios—. Pero, en secreto, empezamos a flirtear. —Se

encoge de hombros—. Nuestra gran muestra de rebeldía final, supongo. Hasta que comprendimos que… es complicado.

Me muerdo el labio inferior. Quiero indagar acerca de Callum, pero sé que no me dejaría en buen lugar. No quiero que piense que me siento amenazada por ella. Frunce el ceño, intentando descifrar mis emociones.

—Adelante —dice—. Suéltalo. ¿Qué quieres saber?

Exhalo.

—Lochlan dice que también tuviste un lío con Callum.

—Lochlan es un mierda de mucho cuidado. —Sacude la cabeza—. Supongo que, en cierto modo, así fue. Ocurrió hace unos cinco años, pero no es lo que crees. Callum no sabía del cortejo entre James y yo, lo ocultamos bien. Al igual que el resto, él pensaba que nos aborrecíamos y que el futuro que me esperaba era espantoso. Se daba cuenta de que su padre no cedería. —Encoge un único hombro —. Se ofreció a ocupar el lugar de James.

Tengo la impresión de que me han tirado una jarra de agua fría encima. Creí que intentó acostarse con Claire, pero esto es mucho más difícil de digerir.

—¿Quería ser tu marido?

Claire pone los ojos en blanco.

—No como piensas. Callum… es un tipo muy honorable con una acusada debilidad por las doncellas en apuros.

Sus palabras no hacen que me sienta mejor. Son un eco de las de Lochlan. Callum me rescató en una ocasión. ¿Es por eso por lo que estamos juntos?

Ella sacude la cabeza con una expresión solemne en el rostro.

—Creía que me estaba salvando de un destino miserable. No se daba cuenta de que yo no me rebelaba en contra de estar con su hermano, sino en contra de que mi futuro lo decidieran otros. Quería rescatarme, no casarse conmigo.

La miro y reparo en sus curvas, en el brillo de sus ojos y en sus delicadas facciones.

—Seguro que no.

—Tú misma estuviste prometida en cierto momento, ¿no?

—Sebastian no era tan atractivo como tú.

Ella ríe y pasa a mirarme con curiosidad.

—Se rumorea que James lo mató en la batalla. Callum dice que miente. Que fuiste *tú* la que lo mató.

La adrenalina asciende en espiral por mi pecho, como un remolino de viento. Aprieto los puños para evitar que me tiemblen las manos mientras me asalta el recuerdo de cómo le corté el cuello a mi prometido.

—Sí.

Debe de oír lo rápido que me late el corazón.

—Yo tuve que matar para convertirme en alfa. Nunca es fácil y siempre deja una marca en el alma, pero no deberías arrepentirte.

—No me arrepiento.

—Bien —dice—. Me alegro de que mataras a ese bastardo. Perpetró muchas atrocidades contra mi gente. Aunque he oído que el lord que lo ha sustituido es igual de malo.

«Es peor», quiero decirle.

Apura la copa de vino, la deja en el alféizar de una ventana cercana y camina sobre los adoquines en dirección a las puertas.

—Ha estado bien hablar contigo en privado. Tal vez, dentro de no mucho, seamos aliadas, si Callum se impone en el desafío.

—¿Y si no lo hace? —Ella me dedica una educada sonrisa—. Ahora vas a ver a James, ¿no?

—Como he dicho, necesito establecer ciertas alianzas, pero respetaré al vencedor del desafío.

Desaparece por el túnel.

Yo me dejo caer contra los muros del castillo y coloco las palmas de las manos sobre la piedra fría. Callum le pidió a otra mujer que se casara con él. No es la idea de que visualizara un futuro con Claire lo que me molesta, sino la razón por la que lo hizo. ¿Acaso solo me ve como a una damisela a la que tiene que proteger?

Respiro profundamente un par de veces y saboreo el humo de leña que transporta la brisa nocturna. Me enderezo y aliso mi vestido antes de recolocarme un par de mechones de pelo erráticos tras las orejas. Tengo que recuperar el dominio de mí misma. Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que me permití sentir algo que temo que las emociones vayan a apoderarse de mí.

Podría tratarse del lobo que se agita en mi interior y me lleva a ser territorial con Callum. Podría tratarse de la princesa que nunca ha cortejado a nadie, que ni siquiera ha tenido amigos de verdad, que teme perder a la única persona a la que le ha importado genuinamente desde que era una niña.

Callum nunca me ha dado motivos para dudar de él. Vuelvo a entrar para hablar con él. La puerta al otro lado de la entrada se abre en el mismo momento. Ian sale por ella. Tiene el cabello rubio alborotado y los ojos un poco inyectados en sangre. Hay una mancha de vino tinto en su *kilt* amarillo.

Sonríe al verme.

—Buenas noches, princesa.

Mi cuerpo se tensa a medida que se acerca. No sé si lo que me pone en guardia es su sonrisa forzada o la peste a alcohol que irradia.

Tal vez sea que James le dijo que Alexander estaría dispuesto a intercambiarme por su hermano.

Con disimulo, me saco el acónito que tenía oculto entre los pechos.

—Buenas noches.

Se detiene delante de mí y yo sostengo con más fuerza el vial de cristal.

—¿Todo bien, Ian? —Callum aparece en el pasillo detrás de él.

Ian se tensa y luego sonríe. Callum le saca una cabeza y debe de ser el doble de ancho. Se cruza de brazos en un gesto que enfatiza el poder de sus bíceps.

Ian traga saliva.

—Solo quería hacerle saber a la princesa que somos afortunados por tenerla con nosotros.

—Sí que lo somos. —Callum no sonríe. Observa al joven de arriba abajo. Ian advierte su mirada—. Venga, vuelve al banquete.

Ian inclina la cabeza. Como Callum no se hace a un lado, no le queda más remedio que escurrirse por un extremo antes de perderse a lo lejos.

Yo dejo escapar el aliento y Callum pone su atención en mí.

Parece inquieto, a pesar de que ya no me amenaza nada. El contorno de su mandíbula dibuja una línea firme. Su expresión es pétrea. Mi pulso se ha atenuado en cuanto lo he visto llegar, pero ahora vuelve a acelerarse. Da la impresión de que está molesto conmigo.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Vayamos a algún sitio más discreto.

Me pongo a su lado y él entrelaza su mano con la mía para, a continuación, conducirme a un lugar más allá del Gran Salón, al que se accede subiendo por una de las escaleras.

—Tendré que hablar con Lochlan sobre Ian —dice—. No me gusta nada cómo te miraba.

Abre la puerta de nuestra alcoba y entramos. El fuego, que arde discreto en el hogar, proyecta un fulgor tenue sobre los sillones y la cama con dosel.

Me adelanto para acomodarme en uno de los sillones, el que está de espaldas a la ventana, para no tener que ver la media luna que brilla sobre el lago. Callum cierra la puerta y se detiene a los pies de la cama. Hay algo… raro en él.

—¿Qué quería decirte Claire? —me intereso.

—Ha habido unas cuantas muertes misteriosas en algunas aldeas de su territorio y han visto a gente entrando en uno de los templos del Dios de la Noche, no muy lejos de Highfell. Cree que los Acólitos del Dios de la Noche se están alzando de nuevo. Hablan de alguien llamado el príncipe de la noche. Ahora mismo ya tenemos bastante con Lochlan y James como para preocuparnos por más.

—¿Y qué más? ¿Pasa algo?

Él se muerde la mejilla y se apoya en uno de los postes de la cama.

—Dímelo tú.

—¿A qué te refieres?

—A… —Se pasa una mano por la cara—. No sé. A nada, probablemente.

El silencio reina en la estancia a excepción del crepitar del fuego y el sonido distante de las gaitas en el Gran Salón.

—Callum, ¿crees que soy una damisela?

Él frunce el ceño.

—¿Qué?

—Una damisela en apuros. Una chica débil que necesita que la salven.

—¿Solo porque voy a hablar con Lochlan respecto a un lobo de su clan que no pretende nada bueno?

—No. —Sé que sueno petulante, pero…—. ¿Crees que soy tu igual?

Arruga el entrecejo.

—Sí. ¿Por qué?

—En una ocasión dijiste que querías estar con una mujer que fuera tu igual.

—Y así es. —Ladea la cabeza.

—Sin embargo, sientes la necesidad de protegerme constantemente.

—Eres muy menuda. —Al ver que no le devuelvo la sonrisa, exhala un suspiro—. Me dijiste que no querías que me reprimiera ni que reprimiera mis instintos de lobo cuando estuviera cerca de ti. Soy un alfa y tú eres mi mujer, y sí, quiero protegerte. ¿Cuál es el problema?

—Podría ayudar a Lochlan con Alexander, ¿sabes?

—No te pondré en peligro.

Me giro hacia las llamas que se sacuden en la chimenea.

—Claire es una alfa. Si estuvierais juntos, no tendrías que protegerla, ¿verdad? —Me arrepiento de haberlo dicho nada más las palabras salen de mi boca. Sueno débil. Tonta.

El silencio se propaga entre nosotros. Ojalá él lo rompiera. Necesito que diga algo. Lo que sea. Se oye un golpe seco y el crujido de unos pasos en el suelo entarimado. Callum se agacha frente a mi asiento y me separa las rodillas para ocupar el hueco que dejan. No tengo claro qué es lo que espero al volverme hacia él. Irritación, tal vez, o incluso confusión. Desde luego, no la amplia sonrisa que resplandece en su rostro. Cómo odio lo cerca que está de contagiármela.

—¿Y esa sonrisa? —pregunto.

—Así que de eso va la cosa.

—¿De qué?

Desliza las manos por mis piernas, retirando las faldas de mi vestido. Me mordisquea la cara interior del muslo.

—Joder, cómo me gusta que estés celosa.

Se me entrecorta la respiración.

—No estoy celosa.

Me besa la pierna y su barba incipiente me roza la piel sensible.

—Ya lo creo que sí. —Sus manos suben y bajan por mis pantorrillas, lo que deja una estela de calor a su paso—. A lo mejor no soy el único lobo territorial que hay por aquí.

—Le pediste que se casara contigo.

Él me mira.

—No fue así.

Le tomo el rostro entre las manos para impedir que siga distrayéndome.

—¿Y cómo fue?

—Tenía dieciocho años. Mi madre acababa de desaparecer. Mi padre estaba dolido. Mi hermano se mostraba distante y distraído. Y yo estaba lejos de casa. —Sacude la cabeza—. Supongo que buscaba un propósito. Claire y James no parecían contentos con el arreglo y yo me ofrecí a ocupar el lugar de él. Quería demostrarle a mi padre que podía hacer algo de valor. Demostrárselo a mi pueblo. No era romántico.

—Al parecer, Claire piensa que lo hiciste para ahorrarle un futuro de desdicha.

—Supongo que influyó en mi decisión, correcto. ¿Me convierte eso en un monstruo?

—No —digo con un resoplido—. Te convierte en un buen hombre, un buen lobo. Alguien capaz de salvar a cualquier mujer que lo necesite sin importar de quién se trate. Como me salvaste a mí.

Frunce el ceño.

—¿No querías que te rescatara?

—Claro que sí. Y me alegra que me trajeras aquí.

—Ah, entonces, lo que te molesta no es que te proteja *a ti* —señala—, sino que proteja a otras. ¿Es eso?

—No. Tampoco es eso.

Suspiro. No lo entiende. ¿Cómo iba a entenderlo? Callum es como una montaña: sólido y fuerte.

—¿Entonces? —Su mirada trata de comprender, como si quisiera resolver un rompecabezas.

Me muerdo el labio inferior. No estoy acostumbrada a hablar de mis sentimientos. No tengo muy claro cómo explicarle que, de algún modo, a veces, me hace sentir débil. No como mi padre, debido a su control, a su condescendencia y a su desprecio si se me ocurría mostrar alguna emoción, sino por lo cuidadoso que es conmigo.

En ocasiones me pregunto si es esa debilidad lo que lo atrajo de mí en primer lugar, porque ya no quiero seguir siendo débil. Quiero ser igual a los lobos de este reino. Quiero ser *su* igual.

—Tienes mucha… consideración conmigo —digo finalmente.

—No entiendo. —Tuerce más el gesto—. ¿Preferirías que fuera duro? ¿Cruel?

—No, por supuesto que no. —Le acaricio la mejilla con el pulgar—. Toda mi vida me han educado para que suprima mis emociones y opiniones. Y toda mi vida he sentido que un grito se estaba fraguando en mi pecho, uno que no podría soltar jamás. A veces me preocupa que te contengas mucho cuando estás conmigo porque no crees que sea capaz de lidiar con tu verdadero ser.

Él se aparta un poco, lo que hace que me alarme de inmediato, por si lo he ofendido.

—Mi padre no suprimía sus emociones. Era duro y cruel y trataba a mi madre de pena. Así que a veces me reprimo porque no quiero convertirme en lo que era él. Y, correcto, soy considerado contigo porque eres muy valiosa para mí. ¿Tan malo es?

—Supongo que no. No lo sé. Todo esto es nuevo.

—Para mí también.

—¿Sí?

—Lo creas o no, nunca antes había cortejado a una bella princesita de las Tierras del Sur con fuego en el alma que hace que me desespere día sí y día también.

Entorno los ojos.

—¿Pero has cortejado a otras?

Esboza una sonrisa tenue en la que no hay arrepentimiento.

—Así es.

Los celos se apoderan de mí. Tienen espinas que me rasgan por dentro. Me duelen los caninos y me asalta el impulso de morder algo, a Callum. El gruñido grave que emite revela que lo siente.

—Joder —masculla, hundiendo sus labios en mi pierna una vez más—. Esos celos tuyos hacen que te quiera hacer cosas muy malas.

A pesar de mi mal humor, mis labios se curvan hacia arriba.

—Pues hazlas.

La calidez de su aliento me roza allí donde me gustaría que lo hiciera su boca.

—Mi lobo está muy cerca de la superficie ahora mismo. ¿Quieres que deje de contenerme contigo? Mejor esperamos a que haya pasado la luna llena y te hayas transformado por primera vez.

Mis celos mutan en irritación y, finalmente, en miedo. No quiero pensar en mi cuerpo quebrándose y transformándose ni en mi mente dejando de pertenecerme. Necesito una distracción.

«Apuesto a que es muy delicado contigo. Le da miedo que te rompas.».

Acabo pensando en lo que haría Blake con tal de satisfacer sus deseos.

—Quizá tengas razón. Quizá, aunque haya pasado la luna llena, no deberíamos… dejarnos guiar por nuestros impulsos.

—¿Cómo? —La palabra me hace cosquillas en la cara interior del muslo.

Apoyo el codo en el reposabrazos y me llevo la mano a los labios para ahogar una sonrisa.

—¿Sabes? Como princesa de las Tierras del Sur, se supone que no debo acostarme con nadie antes del matrimonio. Quizá debería tomarme eso en serio de ahora en adelante. —Veo un destello del lobo en su mirada—. Tal vez no debería volver a acostarme con nadie hasta que esté casada.

—¿Sin sexo antes del matrimonio? ¿Eso es lo que hacéis en el sur? —Pone una cara que casi me arranca una carcajada.

—Sí. ¿Qué te pensabas?

Me muerdo la mejilla, segura de que está a punto de abalanzarse sobre mí, convencida de que he ganado esta partida. Noto su aliento

cálido contra mi piel. Al erguirse, sus hombros me rozan los muslos.

—Vale —dice—. Pues casémonos.

20

Me quedo boquiabierta.

—¿Casarnos? Callum, no estaba… Yo no… Solo… —Soy incapaz de sacar una frase adelante—. No es que fuera broma como tal, pero…

—Sé lo que pretendes, princesa. —El débil resplandor del fuego danza en el contorno firme de su mandíbula—. Intentabas manipularme. Deberías haber sabido que no iba a funcionar. Si deseas hablar en serio de esto, hablemos. —Deposita un beso en mi pierna—. Cásate conmigo.

—No hablas en serio.

—Sí hablo en serio.

—¿De qué va este juego?

Deja escapar una risa.

—Yo no juego a nada, princesa.

—Me estás… ¿Me estás pidiendo matrimonio?

Él recorre mi pantorrilla con la mano. Hay un matiz travieso en el rictus de sus labios.

—Estoy de rodillas, ¿o no?

—No es asunto de broma, Callum.

—Lo sé. Quiero casarme contigo.

—¿Por sexo?

Sonríe.

—Es una de las razones, correcto.

Una oscuridad se propaga por mis venas.

—¿Buscas una alianza política? ¿Con mi padre?

—No. —Me mordisquea el muslo—. De hecho, creo que no le haría ninguna gracia saber que un lobo salvaje como yo desea desposar a su hija.

—¿Pretendes enviar un mensaje a las Tierras del Sur al casarte con su princesa?

—No. —Vuelve a sonreír—. Quiero que seas mi esposa.

Le tomo el rostro entre las manos. Tiene la piel caliente y su barba incipiente me pica en las palmas. Lo dice de verdad. Hace unos meses, la idea de casarme con alguien como Callum me habría parecido una locura propia de mis sueños más atrevidos. Aún lo es. Sin embargo, siento que algo… no es como debería ser. Estoy… dudosa.

—¿Tu esposa?

—Sí.

—Quieres que sea tuya.

Una sombra cruza su rostro.

—Sí.

Los músculos se me ponen rígidos. Es una cuestión de propiedad. Los troncos se convierten en ceniza en el interior de la chimenea ardiente. Me pregunto si en eso consiste el amor una vez que lo desnudas: en personas que ansían poseer a las demás.

Él traga saliva, como si adivinara la deriva de mis pensamientos. Me coge el mentón.

—Soy un lobo, un alfa, y hay ciertas cosas con las que tengo que lidiar en este momento. No quiero sentirme así, pero mi hermano te ha marcado. Blake… —Se le acentúa un músculo en la mandíbula—. Blake se ha vinculado a ti y te reclama como parte de su clan. Así que sí, quiero que seas mi esposa. Mía.

—Callum…

—Pero hay más. Yo también quiero ser tuyo. Quiero ser tu esposo. Tu igual. Quiero que estés a mi lado, retándome, apoyándome. Quiero una familia contigo y proveerte de lo que necesites. —Me toma la mano y me pasa los labios por los nudillos—. No tienes que acceder. Puedes casarte conmigo mañana; cabalgaremos hacia Roca del Alba y le pediremos a la sacerdotisa que lo oficie. O podemos casarnos dentro de diez años. Podemos no casarnos, así, en general, si no quieres. Aun así, yo seguiré ahí, a tu lado, esforzándome por impresionarte hasta que mi alma se vaya a dormir con Ghealach y las estrellas. Piénsatelo, ¿vale?

Tengo la boca seca, los ojos húmedos. Asiento y le aprieto la mano.

—Lo pensaré.

Él esboza una amplia e inequívoca sonrisa. Después se roza el labio inferior con los dientes. Ladea la cabeza, como si estuviera tomando una decisión. Un brillo travieso se enciende en sus pupilas. Conozco esta expresión. Alzo la comisura de los labios.

—¿Y esa cara? —inquiero.

—A lo mejor podría darte un adelanto de tu vida de casada, para ayudarte a decidirte. —En un ágil movimiento, me coge por los muslos y coloca mis rodillas sobre sus hombros—. Solo un poco…

Yo ahogo una exclamación mientras él tira de mi cuerpo sobre el sillón.

—¡Callum!

Él aparta mi ropa interior.

—¿Qué?

—Creía que era imposible manipularte. —Mi voz, entrecortada, no suena como si fuera mía—. Pero parece que estás haciendo precisamente lo que quiero que hagas.

Despacio, rozando la tortura, arrastra la lengua por mi apertura. Mis manos recalan en su pelo y mis dedos se enredan en él para atraerlo hacia mí.

—¿Quién dice que no soy *yo* el que te está manipulando *a ti*? —Sus labios relucen a la luz del fuego.

Yo echo la cabeza hacia atrás mientras él se da un festín conmigo, como si fuera su plato favorito. Sorbe, acaricia y lame como si fuera una bestia desatada. Invoca ruidos en mi garganta que nunca antes había hecho. Aprieto los muslos alrededor de su cabeza y cabalgo en su cara, sacudiendo mis caderas hasta que no soy más que líquido caliente y viento que aúlla en las montañas.

En algún lugar entre los valles silvestres y los arroyos impetuosos que pasan por debajo de mí, veo lo que ha querido decir. Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidiera. Si ser de su propiedad implica más de esto, entonces podría darle todo lo que soy.

Todos y cada uno de mis pensamientos me abandonan para dejarme a solas con una única sensación, este placer que me inunda

y me sumerge en un gozo interminable. Apenas oigo esa vocecilla en lo más profundo de mi ser, oscura, primitiva y un poco irritada.

Ojos salvajes. Ambarinos.

Un gruñido grave.

«No eres propiedad de nadie».

Parpadeo. Me encuentro en el palacio de mi padre, en la sala de baile. Estoy sentada en una de las muchas mesas que hay dispuestas en la pista, oculta tras una de las columnas de piedra que soportan el techo abovedado. La gente, ataviada con sus mejores galas, baila sobre las baldosas cuadriculadas bajo una luna creciente que brilla a través de la ventana con forma de sol sobre el trono de mi padre. Mi hermano Philip está junto a uno de los ventanales arqueados, rodeado de hombres que le doran la píldora y mujeres que hacen lo mismo. Echa la cabeza hacia atrás entre risas. Se le derrama un poco de vino de la copa.

La inquietud repta por mis huesos como si fuera una serpiente. Las notas del cuarteto de cuerda están algo desafinadas. Los movimientos de la multitud carecen de sincronía. El aroma a licor y sudor impregna el ambiente. Resulta asfixiante.

Hay un hombre sentado a mi lado. Se inclina hacia mí. Demasiado. La suya es una complexión musculosa y tiene el cabello negro rapado. Está borracho. Muy borracho. Su aliento amargo asedia mi mejilla y, mientras parlotea acerca de la gloria con que pretende colmar al reino, me pone una mano en el muslo. Yo me tenso. Conozco esta historia. Sé que, la última vez que visitó el palacio, vieron a una de mis damas de compañía llorando a la mañana siguiente.

Que me tocara cualquier otra noche le valdría una ejecución. Pero la bebida, o quizá el hecho de estar envueltos en sombras, lo ha vuelto osado. Mi padre quiere que hable con él, que lo ablande. Así que, aunque soy presa de un escalofrío, relajo mi postura y me inclino para coger la jarra y rellenar su cáliz con más vino.

—Estás siendo demasiado audaz, Alexander. —Mis palabras son atrevidas, pero fuerzo una sonrisa tímida en mis labios.

—Creo que te gusta, tesoro —murmura con ese acento de las Tierras Fronterizas que tiene—. Necesitas a alguien audaz. Un poco salvaje. No como esos sureños estirados, con sus ropas opulentas y sedosas.

Hago un gesto con la cabeza en dirección a su abrigo negro brocado con anclas y motivos florales.

—Dices eso y, sin embargo, tu abrigo es uno de los mejores que he visto.

—Se luciría todavía más en el suelo de tus aposentos, apilado junto al resto de tu ropa.

—Se supone que solo mi esposo debería decirme cosas así.

—Juega bien tus cartas y ese podría ser yo.

—Mi padre nunca accedería. —Finjo tristeza—. Hará que me case con un lord o un príncipe. Alguien que fortalezca el reino.

Él le da un sorbo a la bebida antes de acercarme los labios a la oreja.

—Que le den a tu padre. —Se me acelera el corazón—. ¿Eso te pone nerviosa? Joder, qué bien hueles.

Me obligo a no apartarme, aunque aprovecho mi estremecimiento para alejarme un poco.

—¿No te cae bien mi padre?

—¿Y a quién sí? Menudo mamonazo miserable. —Cuando vuelve a dar un trago, derrama un poco de vino sobre la mesa—. Deberías hacer lo que digo yo, no él. En cuanto le arrebate las Tierras Fronterizas al imbécil de mi hermano, dirigiré al ejército fronterizo al sur, clavaré la cabeza de tu padre en una pica y te tomaré yo mismo. ¿Qué te parece?

«Me parece que acabas de firmar tu sentencia de muerte, Alexander».

Me obligo a sonreír.

—Un plan la mar de interesante.

Algo se rebela en mis entrañas cuando veo que se inclina aún más hacia mí. Me duelen los dedos. Temo que de ellos broten garras con las que arrancarle los ojos. Abre la boca con las pupilas brillando, hambrientas. Yo inspiro con brusquedad. Una daga surge de su

garganta. La retiran y él se desploma hacia delante, sobre la mesa. La jarra de vino se vuelca, derramando su contenido por el suelo.

Blake está detrás de él. Los músculos de su antebrazo se flexionan al envainar la daga. La luz de la luna se refleja en el fulgor de sus ojos e ilumina el hoyuelo de su mejilla. Tiene el pelo negro alborotado y lleva una camisa oscura bastante holgada cuyos botones solo están abrochados hasta la mitad, como si hubiera estado tumbado en la cama.

Esto no puede estar pasando. No está pasando. No ha pasado.

La música enmudece. La gente se disuelve en las sombras. Una nube opaca la luna creciente que resplandece sobre el trono.

Mi miedo y mi inquietud se disipan. Esto no es real. No soy una chica de catorce años acosada por un hombre que casi le dobla la edad. Es un sueño. Un recuerdo. Nada más.

Aprieto los labios. No es algo de lo que Blake debería tener constancia.

Me enderezo en mi asiento.

—Hola, pequeña liebre. —Blake curva los labios en una sonrisa maliciosa—. Has estado guardando algún que otro secreto, ¿no?

21

Una vez trabé amistad con un hombre en las Tierras del Sur» —dice Blake, repitiendo la historia que le conté en una ocasión. Empuja a Alexander de la silla para hacerlo caer al suelo. Se vuelve y se inclina sobre la mesa a mi lado, de manera que su muslo queda muy cerca de mi mano cerrada—. «Mi padre creyó que conspiraba contra él y me ordenó que le concediera un baile, me sentara a su lado y le llenara la copa. Era un tipo retorcido y cruel…». —Una comedida sonrisa se abre paso por el rostro de Blake —. No me extraña que te alarmaras tanto al enterarte de que Alexander no estaba muerto.

Me cruzo de brazos.

—Muy bien. Ya has descubierto mi secreto.

Blake ríe.

—Y yo pensando que querría casarse contigo y consagrar así su posición en las Tierras Fronterizas, pero parece que tiene razones personales para querer vengarse de ti también.

—No me siento mal por lo que hice. Deberían haberlo ejecutado.

—Imagino que él no comparte ese sentir.

Exhalo un suspiro.

—Búrlate todo lo que quieras, Blake, pero uniste nuestras vidas. Lo que me pase a mí te pasará a ti.

Se encoge de hombros.

—No dejaré que te haga daño.

—¿Puedes detenerlo?

Blake baja la vista al cuerpo que yace en el suelo y alza una ceja. Yo pongo los ojos en blanco.

—No tengo claro que el auténtico Alexander sea tan fácil de matar como en los rincones de tu imaginación. Contaba con mucho apoyo

en las Tierras Fronterizas antes de que…, bueno, de que le pasara lo que fuera que le pasase.

Pienso en los alaridos que se oyeron por todo el palacio después de que hubiera compartido sus intenciones con mi padre. Creí que lo habían ejecutado… Mi padre nunca volvió a hablar de él.

—Lowfell es más o menos seguro —apunta Blake.

—¿Más o menos?

Un crujido se desprende de la mesa cuando él se reacomoda en una posición en la que mantiene los muslos algo más separados.

—No me gusta la forma de mirarte que tienen algunos de los miembros del clan de Lochlan. Empiezo a preguntarme cómo de conveniente sería que una misteriosa enfermedad se propagara entre los lobos de bajo rango de su manada. Nada mortal, por supuesto. Solo lo bastante problemático como para debilitarlos.

—Ah, sí, vayamos a Madadh-allaidh con un ejército moribundo lleno de enfermos. James se morirá de miedo. —Le dirijo una mirada severa—. No hagas nada.

Blake sonríe, una sonrisa auténtica, casi encantadora. Qué molestos me resultan esos malditos hoyuelos de sus mejillas.

—Vale. Pues nada, entonces. ¿Tienes algún otro amiguito del que debería saber algo?

—Nadie que merezca la pena.

—Un alivio. ¿Callum está al tanto de esto?

—No. No importa que Alexander tenga ganas de perpetrar una venganza personal contra mí. El resultado es el mismo. —Al ver cómo Blake arquea las cejas, yo suspiro y desvío la mirada—. Se preocupará, y ya tiene bastante con lo que lidiar. No quiero que me trate como a una muñeca de porcelana.

—Eso. Tú ven con papá cuando quieras hablar de estas cosas —me dice, guiñándome un ojo.

Sacudo la cabeza, pero, muy a mi pesar, tengo que morderme la mejilla para no reírme.

—Eres repugnante.

—Quizá deberías evitar hacer nuevos «amigos» hasta que nos hayamos ocupado de este, ¿te parece?

Se me crispa la comisura del labio.

—Tú eres el único «amigo» que he hecho últimamente.

—Me alegra saberlo. Mantén cerca el acónito que te di cuando te reúnas con Lochlan por la mañana.

—No me lo diste tú, lo cogí yo.

—Claro que sí, cielo. —Su voz empieza a diluirse en consonancia con el salón en el que nos encontramos, que también se disipa. Las sombras giran a mi alrededor como señal de que el sueño está a punto de tocar a su fin—. Házmelo saber si Lochlan te cuenta algo interesante, ¿de acuerdo?

A la mañana siguiente, arrebujada en mi capa, camino por la hierba en dirección a las aguas pardas y anaranjadas del lago. Lochlan ya está allí esperándome, apoyado en la rama de un fresno. Su cabello rojo contrasta vistosamente frente al gris apagado de la corteza; su *kilt* amarillo se ondula al viento.

Me sonríe en cuanto ve que me acerco y después mira más allá de mi hombro. Yo sigo su mirada: Callum, de brazos cruzados, está reclinado en el muro exterior de Lowfell. Alza una mano para saludar a Lochlan en un gesto que resulta casual, pero cuyo significado está claro: nos vigila.

—Lo siento —digo con un encogimiento de hombros—. He intentado que esperara en el castillo, pero es terco como una mula cuando quiere.

La sonrisa de Lochlan se acentúa.

—Sin problema. Es el otro el que me preocupa.

—¿Blake? ¿Por qué?

—Ya llegaremos a eso. —Me ofrece el brazo—. Demos un paseo.

Contemplo al lobo que tengo delante: fuerte, ágil; un guerrero. Me alegra llevar el frasco de acónito en el bolsillo. Engancho mi brazo al suyo y me guía hacia el bosque.

—¿De qué querías hablarme? —pregunto.

—De Sebastian.

El frío brota en mi interior ante la mención de mi antiguo prometido. El recuerdo de estar sentada a horcajadas en su regazo dentro del carruaje relampaguea tras mis párpados. «¿Qué tal si me

enseñas qué más has aprendido mientras eras la puta de esa bestia de Highfell?». El sudor me perla la frente. Trato de contener el arrebato de fiebre que amenaza con vencerme.

También echo a un lado la decepción. Esperaba que quisiera hablarme sobre mi madre.

—¿Qué pasa con él?

—Vino a Glas-Cladach con un grupo de soldados hace cosa de seis meses.

—¿Qué quería?

—Estaba buscando el Corazón de la Luna.

Alzo las cejas.

—¿Creía que lo tenías tú?

La hojarasca cruje bajo nuestras botas y los árboles que nos rodean, cada vez más altos, se alzan hacia el cielo grisáceo con sus nudosos dedos. El ruido acompañado de un aroma a montaña me indica que Callum nos sigue de no muy lejos.

—Creía que estuvo en las Tierras Nevadas en algún momento, pero que lo trasladaron a las Tierras del Norte. Como Glas-Cladach es la localización más próxima a las Tierras Nevadas, pensó que quizá lo custodiábamos nosotros.

—¿Y es así?

—No, pero llevamos un registro de todos los navíos que entran en nuestro territorio. Así que, cuando descubrió que hubo una tormenta el día que tu madre dejó sus tierras para casarse con tu padre y que su barco se desvió hacia Glas-Cladach, se interesó mucho en el asunto, lo cual se agravó en cuanto reparó en la cosecha de flor de luna que crece en nuestros acantilados, que, según cuentan, solo crece después de que Ghealach haya tocado la tierra con su poder.

Lochlan me sostiene con fuerza, evitando así que caiga tras haber tropezado con una rama.

—¿Y qué es lo que insinúas?

—¿Alguna vez te dio algún abalorio? Algo que tuviera una piedra preciosa… Un colgante o tal vez un anillo. ¿Es posible?

—¿Crees que mi madre tenía el Corazón de la Luna? —Dejo escapar una media carcajada carente de alegría—. Me dejó todas sus joyas, la mayoría de las cuales están adornadas con piedras

preciosas. Algunas están en las Tierras Fronterizas y otras en el castillo de mi padre. —Sacudo la cabeza—. Ninguna tenía especial importancia para ella. Si hubiera tenido una reliquia tan valiosa en su poder, la habría mantenido cerca, seguro. Ella no lo tenía, Lochlan.

—Mmm, puede ser. Me pareció que valía la pena preguntarlo.

—¿Qué habrías hecho si la tuviera?

Aunque se encoge de hombros, un matiz violento se conjura en el brillo de sus ojos.

—Es un objeto muy preciado.

—En ese caso, me alegra que Callum nos esté siguiendo.

Lochlan esboza una sonrisa. Le suelto el brazo al detenernos junto a una ermita en ruinas.

—No querías que Blake oyera esta conversación. ¿Por qué?

—Todos los alfas quieren hacerse con el Corazón de la Luna, no solo yo. Quien lo tenga se convierte en el lobo más poderoso de las Tierras del Norte. Probablemente sería el rey. Creí que tanto Callum como tú apreciaríais que no compartiera esta información con él.

—¿No quieres que Blake se haga con el trono? Pues es un alivio saberlo, al menos. Pero ¿por qué? Parece que congeniáis.

—Ya te lo dije: me intriga. —Alza la comisura de los labios, lo que no evita que perciba cierta tristeza en él. Se frota la nuca con la mano, con lo que se aparta el cuello de la camisa, permitiéndome así captar un retazo más de sus tatuajes—. El problema es que la clase de hombres que me intrigan suele ser problemática.

—¿Kai? —inquiero con cuidado.

Él suelta una triste carcajada.

—Lo quería, maté a mi padre por él. Me traicionó y se llevó parte de mi clan. —Sacude la cabeza—. Aun así, parece que voy a intentar rescatarlo. Jack ha vuelto de las Tierras Fronterizas esta mañana. Uno de mis hombres lo oyó hablar con Blake. Dos días después de la luna llena, Alexander pretende trasladar al grupo de prisioneros, Kai incluido, del castillo de las Tierras Fronterizas al que tiene en la costa.

—La Fortaleza Gris —digo.

Alexander se jactó de tener un castillo con vistas al mar durante el baile en el que descubrí su traición. Leí al respecto unos días

después. Se encuentra cerca de la frontera, sobre unos acantilados. Las rocas que hay debajo son demasiado dentadas y peligrosas como para que los barcos se aproximen.

Lochlan asiente.

—Estoy seguro de que Blake me mentirá y me dirá que está muerto, pero tú puedes informar a Callum de que, si quiere mi ejército, debemos rescatar a Kai primero. —Alza la voz por encima del susurro de las hojas, porque sabe que Callum tiene puesto el oído—. Hay un peñasco entre ambos castillos que es perfecto para una emboscada. Cuando Kai esté a salvo, Callum podrá disponer de mi ejército y le haremos una visita a su hermano.

Sonrío.

—Se lo haré saber.

Sus ojos refulgen y se encoge de hombros.

—Total, que tiendo a sentirme atraído por individuos que albergan cierta oscuridad. Y hay oscuridad de sobra en Blake. —Sus ojos recorren las ruinas del templo que se yergue en la espesura—. Temo lo que podría pasar con las Tierras del Norte si gobernara él.

No lo contradigo.

El vínculo es como un hilo que se tensa más y más a medida que se acerca la luna llena. Cuando escapé de Sebastian, me dije a mí misma que sería más abierta con relación a mis sentimientos, pero ahora los aturdo para salvaguardarlos de Blake.

Pasan los días, en los que Callum trabaja con Lochlan en preparar la emboscada, y una parte de mí se pregunta si no estaré usando a Blake como una excusa. Me pregunto si no sentir nada es más fácil que sentir algo. No quiero verme superada por el miedo que me pueda inspirar la luna llena. Mi padre mató a mi madre y eso, a veces, despierta tanta ira en mí que siento que voy a entrar en combustión. Callum sigue siendo muy considerado conmigo, lo cual a veces hace que quiera gritar. Y mi madre… Mi madre me ocultó que yo era una loba. Permitió que la envenenaran. ¿Por qué haría tal cosa?

No. No quiero sentir nada de eso.

Dedico mi tiempo a hojear varios libros con la intención de encontrar algo con que romper el vínculo entre Blake y yo… O quizá solo estoy intentando distraerme, intentado impedir asomarme por las ventanas cada noche y quedarme absorta con el resplandor de la luna, cada vez más brillante.

Una mañana, mientras exploro las estanterías de la biblioteca, yendo de acá para allá y mordiéndome las uñas, Elsie me da un toque en el hombro antes de darme un libro. *El secreto del alfa*, reza la cubierta. Al ojearlo, esbozo una sonrisa.

—Otra historia de amor —digo.

—Los escribía la antigua cocinera que teníamos aquí, en Lowfell. Como a mí no me estaba permitido salir, porque, en fin, mi padre era como era, pues me entretenía con ellos. Este es particularmente bueno. Deberías leerlo.

Hay un ligero resplandor en sus ojos y, por un momento, me alarma lo similar que es a su hermano. Seguro que se debe a los detalles íntimos y románticos que se describen en el libro. Le doy las gracias y me lo meto en el bolsillo para leerlo más tarde, en privado. Reanudo mi frenética búsqueda.

No es hasta un día antes de la luna llena, mientras estoy dando cuenta del desayuno, cuando hago un descubrimiento. Enfrascada en un texto que dice que el poder de todos los lobos proviene de la luna, me veo obligada a suspirar con brusquedad al sentir la oscuridad de Blake apoderándose de mí.

Esta mañana, la calma reina en el salón. Lochlan y su clan planean una salida a Roca del Alba más tarde como parte de un ritual de Glas-Cladach, por lo que se los ha llevado al exterior. Ryan y Becky parecen estar discutiendo junto a la entrada; Callum está agachado en mitad del suelo, como si tratara de sacar adelante un truco de magia para Alfie, y Elsie y Arran acompañan el desayuno con una discreta conversación.

Blake está sentado en su silla, erguido, con la mano cerrada sobre la mesa. A su lado, Jack lo mira con preocupación.

La luna llena tendrá lugar mañana. El mes pasado me topé con Blake, sin camisa, con los músculos rígidos y empapado en sudor.

Intentaba no transformarse. Sé que no le gusta ser un lobo. Tal vez esté sintiendo su propia ansiedad, que eclipsa la mía.

Una idea germina en mi mente. La luna brillaba con bastante fuerza la noche que Blake forjó nuestra vinculación. Si recurrió al poder de la luna para crear el vínculo, entonces tal vez yo pueda recurrir al mismo poder para romperlo.

Eso hace que me retrotraiga a la conversación que tuve con Lochlan con relación a mi madre, la flor de luna y Glas-Cladach.

¿Y si el Corazón de la Luna pudiera usarse para romper el vínculo?

22

Es la víspera de la luna llena y yo estoy mirando por la ventana.

Fuera hay una figura solitaria. Su cabello cobrizo se sacude al viento mientras, con la cabeza gacha, tira piedras al lago. Ryan parece estar pasándolo igual de mal que yo. Supongo que su mal humor se debe a la discusión que ha tenido con Becky.

Toda mi vida me he tragado mis emociones, conteniéndolas tras una muralla de piedra. Si alguna vez se resquebrajara, me acusarían de histérica. Siempre se me ha antojado injusto. Mi padre mandaba ejecutar a cualquiera que se interpusiera en su camino, y mi hermano se dejaba ver por las tabernas de Ciudad del Rey cubierto de sangre y de moratones la mayoría de las noches. Sin embargo, era a mí a quien consideraban sentimental.

Ahora, mis emociones se agitan como las aguas del lago que rodea Lowfell. Aúllan con las ráfagas de viento que descienden de las montañas. Procuro asentar mi máscara y actuar con tanta impasibilidad como se espera de mí.

Noto el peso de la mirada de Callum en mi espalda. Percibo las sombras de la noche cerniéndose sobre mí. Es asfixiante. Reprimo un gemido. No puedo hacer esto.

Oigo el rumor de la tela y el quejido del sillón que hay junto al fuego. Los pasos de Callum se aproximan y no tardo en verme envuelta por su aroma a montaña. Curva uno de sus grandes brazos alrededor de mi torso.

—No tengas miedo. —Sus palabras suenan cálidas.

—No tengo miedo.

Él desliza la palma de su mano por encima de mi vestido, hacia mi pecho, dejando una estela de calor tras de sí. Se detiene justo por debajo de un seno. Con dos dedos, inicia una secuencia de ligeros

toques en mis costillas. Es un ritmo rápido, como el vuelo frenético de un pájaro, al compás de los latidos de mi propio corazón.

—Mentirosa. —Me pasa los labios por el cuello, lo que enciende un punto de calor en medio de la fría oscuridad—. Date la vuelta. Dime, princesa, ¿yo tengo miedo?

Me gira para que lo mire a la cara. No necesito que me coja de la mano, con esas palmas callosas y, no obstante, gentiles, y me la ponga en su pecho para contestar. Como tampoco necesito notar el latido firme de su corazón. ¿Por qué iba él a tener miedo? ¿Qué podría asustar a un hombre así?

La camisa que lleva está estirada sobre sus hombros. Arremangada como está, deja al descubierto las gruesas venas de sus antebrazos. Tiene el pelo rapado a los lados: el corte de un guerrero. Ha nacido para liderar ejércitos, para gobernar *reinos*. Incluso Blake parece reconocer que necesita a Callum con el fin de derrocar a James y obtener lo que quiere.

Me pone un dedo bajo el mentón.

—Estaré contigo, a tu lado. No tienes nada que temer, te lo juro. —Presiona su frente contra la mía—. ¿Qué puedo hacer, princesa? Dímelo y lo haré. —Su voz transmite casi tanto desespero como el que siento yo—. ¿Cómo puedo hacer que te sientas mejor? Compártelo conmigo.

Ojalá su firmeza, la dureza de su pecho y la constancia de su respiración fueran suficientes.

—Estoy bien.

—Lo mataré por ti. —Su tono de voz es grave, casi gutural, y la calidez de su aliento me roza los labios. Sé que se refiere a James—. Me haré con su reino por ti y pagará por lo que hizo. En un par de días tendremos un ejército.

Le ofrezco una débil sonrisa. Sé que intenta hacer que me sienta mejor, pero que se haga justicia no borrará lo que ha pasado. Tendré que lidiar el resto de mi vida con las consecuencias del mordisco de James y no puedo evitar sentirme atemorizada al respecto.

Un tenue golpe en la puerta hace que ambos nos sobresaltemos.

—Adelante —dice Callum.

Muy despacio, la puerta se abre. Una alborotada mata de cabello oscuro aparece al otro lado seguida de un rostro pequeño y alborozado.

La sonrisa que adopta Callum es amplia y honesta. Atenúa parte de la ansiedad que me carcome por dentro. Salta a la vista que le gustan los niños. Creo que sería un buen padre.

—Hola, Alfie —saluda—. ¿Qué pasa?

Este se pone rojo y pasa el peso de su cuerpo de un pie a otro. Es evidente que le pone nervioso tener que dirigirse al gran y temible alfa de Highfell.

—Mi madre solicita la ayuda de la princesa en las cocinas.

—Ah, ¿sí? —Los ojos verdes de Callum centellean a la luz del crepúsculo—. Está claro que no ha probado la comida de la princesa.

El manotazo que le doy en el brazo no hace sino arrancarle una risa bastante sonora.

—¡No está tan mal! —protesto, aunque la cocinera de Madadh-allaidh, la señora McDonald, a la que se me ordenó asistir cuando Callum me trajo a las Tierras del Norte, no estaría de acuerdo—. Enseguida bajo, Alfie.

Él se sonroja aún más antes de hacer una profunda reverencia que parece divertir a Callum. Se gira y desaparece a todo correr por el pasillo.

—Qué chaval tan simpático, ¿no crees? —comenta él.

—Sí que lo es. —Le echo un vistazo a la mesita de noche, donde descansa *El secreto del alfa*, el nuevo romance que me ha prestado Elsie. Sonrío—. Me pregunto qué querrá Elsie.

—Los lobos ayunamos el día de la luna llena, así que normalmente nos ponemos las botas la noche anterior. No espero que Blake organice nada. Quizá Elsie haya querido ocuparse de ello. Deberías ir. Ayudará a que te distraigas. Mientras tanto, yo iré a hablar con Ryan. —Cabecea hacia la silueta del exterior, que acaba de lanzar otra piedra al lago—. El muchacho está hundido en la miseria.

—Y tanto que lo está, ¿verdad? Lo he visto discutir con Becky hace un rato. Creo que la pobre está harta de que no deje de hablar de Fiona.

—Eso es lo que pasa con los lobos. Somos muy territoriales. Y nos podemos obsesionar con obtener lo que deseamos. —Me acaricia la frente con los labios. Yo me pongo de puntillas y le doy un beso en la boca. El lobo destella en su mirada y sonríe antes de darme una palmadita en el trasero—. Venga, ve, antes de que se me ocurra otra forma de pasar nuestro tiempo.

Al llegar a las cocinas de Lowfell, lo último que espero ver es a Elsie persiguiendo una langosta por el suelo embaldosado de la pequeña habitación en penumbra mientras Alfie corre entre gritos.

Su tez, enmarcada por algunos mechones oscuros que se han escapado de su trenza, ahora pegados a sus mejillas, ha adoptado una tonalidad roja y brillante. Salto a un lado para esquivarla cuando se lanza sobre la criatura, con la que forcejea antes de encestarla en un enorme canasto de mimbre justo cuando otro crustáceo emerge al otro lado de la habitación y trepa hasta la encimera.

—¡Ay, coño! —se lamenta.

—¡Coño! —ruge Alfie, que se echa hacia atrás de un salto y se estrella contra la mesa, de manera que tira sin querer un cuenco lleno de patatas.

—¡Cierra el pico y no digas palabrotas!

Ella atrapa la langosta a la fuga, la mete en el canasto y le ordena a Alfie que recoja las patatas que se han caído. Yo me agacho, cojo una y se la paso. La atrapa con un gemido. Me levanto y me sacudo las manos, ahora sucias, en mi falda marrón.

—¿Qué diantres es esto? —pregunto.

—Gracias a Ghealach que estás aquí. —Elsie se apoya en la encimera y, con un resoplido, se aparta un mechón de pelo de la cara. A pesar del calor que hace debido a la inmensa chimenea de piedra y el enorme caldero que cuelga en ella lleno de agua hirviendo, Elsie viste un vestido gris de manga larga que oculta los tatuajes del Dios de la Noche que adornan su muñeca—. Blake quería organizar un banquete para esta noche. No sé de quién fue la brillante idea de traer seis langostas vivas del mercado. De Arran, seguramente. Es un cachondo. Aun así, quedarán deliciosas cuando

las prepare. —Elsie arruga el entrecejo al ver mi sonrisa flaquear—. ¿Qué pasa? No me digas que no te gusta la langosta.

Me muerdo la mejilla y me acerco a la chimenea para echarle un vistazo al contenido de la olla.

—Una vez… Es solo que… Bueno, en una ocasión mi hermano me contó cómo se cocinan.

Tenía diez años y estaba sentada a la mesa del comedor familiar de palacio, con mi madre y mi padre en sendos extremos. Ella cumplía años (una de las últimas veces que lo haría) y, aunque unas sombras oscuras cercaban sus ojos, se esforzaba por reunir el ánimo suficiente como para actuar alegre. Mi padre no se molestó en abrir conversación, por lo que no pasó mucho tiempo hasta que el silencio quedó quebrado únicamente por el chasquido y el crujido que se oyeron cuando arrancó las pinzas de la criatura que tenía en su plato y golpeó su caparazón con un martillito.

Yo misma disfruté de despiezar la langosta. Lo hice con ayuda de un cascanueces con el que le arranqué las patas y de un pequeño tenedor con el que extraje la carne tierna. Preferí eso a dejar que el personal de la cocina lo dispusiera todo, como era costumbre. Hasta que mi hermano, Philip, se inclinó hacia mí con esa ácida peste a vino en su aliento.

—Me dijo que habían tenido que meterlas en una olla de agua fría mientras aún estaban vivas y después calentar el agua poco a poco. Para cuando se dieron cuenta de que hervía, ya era demasiado tarde. Me dijo que subían unas encima de otras para intentar escapar, pero que no lo conseguían por mucho que lo intentaran. Me lo contó para disgustarme; no soportaba que disfrutara de nada, pero la historia se me quedó grabada. —Se me hace un nudo en la garganta—. He pensado mucho en ello desde que llegué a las Tierras del Norte. En esas langostas. En lo ignorantes que permanecían mientras les arrebataban la vida, tan despacio que ni siquiera se daban cuenta de que estaban atrapadas. No luchaban hasta que ya era demasiado tarde. Se dejaban matar.

Me giro. Elsie me mira fijamente. Me arden las mejillas y de inmediato me arrepiento de haber abierto la boca. Vuelvo la mirada

hacia una ventana estrecha y, en el exterior, atisbo un frondoso jardín amurallado.

—Tú saliste, Aurora —señala ella con suavidad—. Escapaste.

—Mi madre no. —Miro a Alfie, que está sentado a la mesa, jugando con un par de patatas—. Tu amiga tampoco. A veces me pregunto si yo escaparé de verdad. —Pienso en James, en el mordisco y en el hecho de que, un día, Blake tratará de matar a Callum para convertirse en rey—. Otras veces me pregunto si, cuando salí de esa olla, acabé cayendo directamente al fuego.

Elsie exhala. Con fuerza. Chasquea la lengua y golpea la encimera con la mano.

—¡Coño!

—¡Coño! —imita Alfie.

Abro mucho los ojos.

—¿Qué pasa?

—Ya no podemos comernos a los bichos estos, ¿verdad? —Elsie coge el enorme canasto, empujando una serie de pinzas que sobresalen por el borde, y se dirige a la puerta a paso firme—. Andando.

—¿Adónde vas?

—¡A liberar a las langostas!

—¿Qué dices?

—Las llevaremos al lago. ¡Vamos!

No puedo evitar soltar una tenue carcajada mientras Alfie chilla entusiasmado y se apresura tras ella.

—¡A liberar a las langostas! —vocifera.

—No podemos hacer eso —replico yo.

—Claro que podemos.

—¿Y qué haremos de cena?

Ella pone cara de circunstancias y después mira las patatas embarradas esparcidas sobre la mesa.

—¿Patatas? Yo qué sé. Ya se nos ocurrirá algo. Vamos. Deprisa. ¡Antes de que los hombres nos descubran!

Sale por la puerta con Alfie pisándole los talones. Yo, sin poder reprimir una sonrisa, me apresuro tras ella.

23

Elsie, querida, ¿qué ha pasado con las langostas por las que he pagado? —Blake, sentado a un extremo de la mesa de los alfas, estudia el puré de patatas aguado de su cuchara. Su camisa negra está desabrochada a la altura del cuello y la luz de las velas que titilan en el centro de la mesa se proyecta en su afilada mandíbula.

El fuego, que ruge en la curva chimenea de piedra que hay al fondo de la habitación, hace poco por disipar las sombras. Arran, Jack y Ryan están sentados a un mismo lado de la mesa, mientras que Elsie, Alfie y yo nos sentamos al otro. El clan de Lochlan tiene su propia forma de celebrar la víspera de la luna llena, por lo que han ido a Roca del Alba a reunirse con la sacerdotisa.

Callum, sentado al otro extremo, observa su cuenco con una mueca.

Elsie alza la barbilla.

—Se han escapado.

Blake ladea la cabeza, como si intentara verles el sentido a las palabras de su hermana.

—¿Cómo que se han escapado?

—¡Yo qué sé! —replica ella—. ¡Se han ido! ¡Son libres!

—¿Cómo? ¿Adónde han ido exactamente? —indaga Blake—. ¿Siguen aquí? ¿Voy a toparme con unas langostas deambulando por mi castillo?

Callum convierte su risa en un carraspeo y Elsie lo fulmina con la mirada. Alfie se ríe por lo bajo.

Blake se dirige al chiquillo.

—¿Tú sabes dónde están las langostas, Alfie?

—¡Nadando! —responde.

—¿Nadando? —Mira a Elsie con una ceja arqueada—. La cosa se pone interesante.

—Están en el lago, ¿de acuerdo? —Alza las manos—. ¿Qué quieres que te diga?

Se oye un crujido procedente de la silla de Jack, en la que acaba de reclinarse, mientras las comisuras de los labios de Arran se curvan hacia arriba. Un hoyuelo aparece en la mejilla de Blake.

—¿Y por qué, si puede saberse, están en el lago?

Elsie me señala con un ademán con el que casi tumba su copa de vino.

—¡Ha sido culpa suya! —dice con un brillo divertido en sus ojos.

Yo me llevo las manos al pecho.

—¡Fue idea tuya!

—Solo porque me contaste esa historia tan triste de la langosta —dice Elsie—, que ni siquiera era consciente de que el agua estaba hirviendo hasta que fue demasiado tarde.

Noto el peso de la mirada de Callum en mis ardientes mejillas. Su expresión se suaviza. Parte del buen humor desaparece de las pupilas de Blake.

—Bueno, esto tiene una pinta estupenda —dice Callum mientras hunde la cuchara en el cuenco—. ¿Qué es?

—Sopa de patata. —Elsie alza la cabeza—. ¿Qué va a ser?

Callum engulle una cucharada.

—Mmm. Deliciosa. —Apenas puede contener esa estúpida sonrisa que tiene. Blake está a punto de sonreír también al ver lo mucho que le cuesta tragar—. Te llega el sabor a tierra y todo.

Ahora le toca a Blake reprimir una carcajada fingiendo que se está aclarando la garganta. Yo, por mi parte, le doy un manotazo a Callum en el brazo.

—No he visto que ninguno de vosotros, caballeros, se ofreciera para cocinar —señalo.

—Lo digo en serio —dice Callum con una expresión que no respalda en absoluto sus palabras—. Me gusta. Crujen de esa forma arenosa que tanto disfruto siempre que como patatas.

—¡Venga ya! —espeta Elsie—. Uno de vosotros podría ponerse frente a los fogones la próxima vez.

—Yo haría una langosta a la barbacoa la mar de rica —dice Jack con gesto soñador—. Con su carne ahumada, dulce, cocinada al fuego. Deliciosa.

—Pero entonces nos habríamos visto privados de este manjar —dice Callum, lo que hace sonreír a Jack.

—Las langostas se emparejan de por vida, ¿lo sabíais? —murmura Ryan de repente, encorvado sobre su plato.

La diversión se disipa por completo. Elsie se tensa y Arran baja la mirada. Callum frunce el ceño. Jack carraspea. Blake se queda quieto y yo percibo cómo ese hilo que lo une a mí se endurece, como si quisiera impedirme sentir la emoción que lo embarga.

—Como los lobos —aporta Alfie.

Necesito unos segundos para comprender la incomodidad que ha caído sobre nosotros, pero entonces recuerdo lo que Callum me contó una vez acerca de que los lobos tienen parejas que son elegidas por la Diosa de la Luna. Dijo que era una conexión más poderosa que el amor. ¿Acaso Elsie no dijo que Ghealach tenía otros planes para Arran, que albergaba sentimientos por otra? ¿Se refería a que ya estaba emparejado?

—Correcto —dice Arran en voz baja—. Así es, chaval.

El ambiente se ha enrarecido demasiado. Quiero decir algo que contribuya a relajar las sensaciones, pero no se me ocurre nada.

—Da gusto cenar contigo esta noche, Ryan —dice Blake, y todos parecen reanudar la respiración.

—Becky ha cortado con él —dice Callum.

—¡Eh! ¡Eso es privado! —masculla Ryan con las mejillas sonrojadas.

Callum alza una ceja.

—¿Te costaría mucho dirigirte a mí, tu alfa, con la deferencia correspondiente de vez en cuando?

—Lo haría si no fueras por ahí aireando mis intimidades.

Yo toco la muñeca de Callum y le doy un apretón con la esperanza de que deje de torturar al chico. Él me mira con los ojos en blanco, una reacción algo infantil que contrasta mucho con su imponente físico.

—Ay, el amor de juventud —dice un sonriente Jack, pasando el brazo por el respaldo de la silla, lo que hace que Ryan le dedique otro gruñido—. Ven conmigo mañana. Entrenaremos un poco para mantener tu mente distraída.

—Pero si estoy mejor que tú —dice Ryan.

—Eso es una provocación en toda regla —dice Jack—. Supongo que ya lo veremos. Aunque sí es cierto que *se te da bien* la espada. —Ryan se endereza un poco más en su asiento, con el pecho ligeramente hinchado—. ¿Callum te enseñó?

—Sí —responde Ryan.

Aquel esboza una sonrisa y sacude la cabeza antes de volver a su sopa. Jack intentó que Callum peleara con él hace unas semanas para saber cómo se desenvuelve luchando. Supongo que su conclusión es que, si puede vencer a Ryan, podría vencer a Callum. Pero no parece que este se sienta intimidado por el abierto desafío.

—Oye, ¿las langostas no son animales de agua salada? —dice Arran de pronto, con la cuchara a medio camino de su boca.

—¿Qué? ¡No! ¡Qué va! —dice Elsie, que me mira alarmada—. Esas eran langostas de agua dulce. Estarán bien.

—Estoy convencido de que tendrán una larga y próspera vida —dice Blake, y da un sorbo de vino—. Y, dentro de no mucho, Lowfell estará repleto de langostas. Habrá marisco por toda la isla y seré conocido como ese alfa excéntrico que vive en un castillo rodeado de crustáceos.

Alfie ríe y aplaude, mientras que Jack, al otro lado de la mesa, finge tener pinzas de langosta en vez de manos. Una sonrisa se abre paso por mi rostro en cuanto oigo las carcajadas de Callum a mi lado. Si no fuera porque sé que es imposible, pensaría que empieza a disfrutar de su estancia en Lowfell, así como de la compañía de quienes lo habitan.

Es raro, pero a mí también me pasa. Pienso en las palabras de Lochlan acerca de que a Blake le gusta recolectar pajarillos desvalidos. Están Elsie, abusada por su padre, y el pequeño Alfie, que a duras penas escapó del suyo. Arran acompaña su comida de un vaso de agua, mientras que los demás lo hacemos de vino.

Y está Jack, cuya historia desconozco, pero que tiene esa mirada en la que, en alguna que otra ocasión, se aprecia una sombra.

Aquí hay una paz que no hallé en Madadh-allaidh y que, desde luego, nunca tuve en casa. Puede que Blake sea un alfa, pero no parece que se tome su papel muy en serio cuando no hay otros alfas mirando.

Sin embargo, con las risas extendiéndose a lo largo de la mesa y Elsie pellizcando a Alfie en el costado con sus falsas pinzas de langosta, no puedo evitar tener la sensación de que esta es la calma que precede a la tormenta. Mañana por la noche habrá luna llena. Después, si conseguimos derrocar a James, volveremos a ser enemigos.

Los ojos de Blake se encuentran con los míos a través de la mesa, como si fuera consciente de mis pensamientos.

Yo desvío la mirada y me meto una cucharada de sopa en la boca.

Tuerzo la comisura de los labios. Callum tiene razón.

Sabe horrible.

24

A la mañana siguiente, cuando el sol se hunde tras las montañas, Callum y yo nos alejamos de los muros del castillo. Tengo los dedos entrelazados con los suyos.

El ambiente en Lowfell lleva cargado todo el día. La tensión ha ido acumulándose en mi interior con el transcurso inevitable de las horas. No es solo el miedo lo que crepita en mi piel. Tengo la sensación de que algo está despertando dentro de mí. Algo que anhela liberarse.

Muy a mi pesar, Callum se ha ausentado durante varias horas, por lo que me he pasado toda la tarde a solas con mis pensamientos. He sido incapaz de concentrarme y de hacer nada más que deambular de acá para allá en nuestros aposentos, resistiendo la tentación de recorrer Lowfell en busca de bronca con quien fuera, aunque sería preferible que se tratara de Blake. O de Callum, porque no me hace gracia que me haya dejado sola.

Ahora contengo tanto mis emociones como mi nerviosismo y procuro alzar la cabeza al pasar junto a los otros lobos reunidos en la orilla del lago. Alguien toca una gaita y Ryan está sentado en la orilla junto a Jack, con quien comparte una petaca. Un par de lobos ataviados con tartán amarillo preparan una hoguera asistidos por Arran. Para ellos, esta es una noche de celebración.

Espero que el rugir del viento frío enmascare lo acelerado de mi pulso, el olor de mi miedo. Aprieto la mano de Callum con más fuerza de la necesaria y él me acaricia los nudillos con el pulgar mientras caminamos al compás de nuestras botas contra la hierba mojada.

Lochlan nos hace señas para que nos acerquemos, pero Callum se limita a saludarlo con la mano y a arrastrarme hacia el bosque.

Caminamos en silencio un rato e incluso pasamos por la ermita en ruinas. Finalmente me conduce a un claro. Freno en seco.

La débil carcajada que brota de mis labios se condensa en el aire frente a mi rostro. Por mi cuerpo se propaga una calidez que disipa parte de la tensión que siento.

—¿Esto es lo que has estado haciendo hoy?

Él se coloca a mi lado, me pasa un brazo por la cintura y apoya su cabeza en la mía.

—¿Te gusta?

Hay velas de distintos tamaños cercando los límites de la explanada, unas cincuenta en total, protegidas del viento gracias a los esbeltos árboles. Una pequeña hoguera ilumina el centro, junto a la cual hay una serie de alfombras y pieles. El aroma a humo de leña contiene un matiz asilvestrado.

Esbozo una sonrisa.

—Me gusta mucho. Gracias.

Camino hacia el centro del claro con Callum tras de mí. Alzo la mirada. Hay un hueco en las frondosas copas de los árboles que nos rodean a través del cual se aprecia un firmamento cada vez más oscuro. Se me acelera el corazón y dejo escapar un suspiro tembloroso. No falta mucho.

—Me ha llevado un rato encontrar y encender las velas —comenta Callum, sonriente—. Ryan me ha echado una mano. Ha lloriqueado por Becky todo el tiempo, lo que ha hecho que la cosa se alargara aún más.

Callum me hace caer con él sobre las alfombras. Se coloca detrás de mí, con las rodillas elevadas a mis flancos, y tira de mi espalda para que la apoye en su pecho, envolviéndome en un abrazo protector. Me derrito contra su cuerpo.

Finalmente, reúno el valor necesario para hacer una pregunta.

—¿Duele?

—Es una buena sensación. Como de liberación. Lo juro.

Me muerdo el labio inferior. Mi cuerpo entero va a romperse y a cambiar, así que no termino de creer que sea cierto. Una parte de mí se cuestiona si no debería habérselo preguntado a Blake, porque sé que él no me mentiría para proteger mis sentimientos.

Callum me coloca el pelo detrás del hombro y hunde su boca en mi nuca. Me estremezco al notar cómo usa sus dientes para repasar la piel sensible de esa zona.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—¿Cómo…?

Él me acaricia la cara interior del muslo con los nudillos y la inquietud que ha estado acosándome todo el día se dispara. Despacio, de forma deliberada, me levanta las faldas y desliza la mano por mi piel desnuda.

Detiene sus labios junto a mi oído.

—¿Quieres que te lo enseñe? —vuelve a preguntar en voz más baja, más grave.

Mi respiración se entrecorta.

—*Sí.* —Él pasa los nudillos sobre mi ropa interior y yo ahogo un suspiro—. No creo que sea esto lo que se siente.

—Aún no he acabado —susurra él con un timbre de diversión.

—Enséñamelo.

Cuela la mano dentro de mi ropa interior y, lentamente, la arrastra por mi entrepierna. Yo jadeo y arqueo la espalda. Un gruñido grave vibra contra mi espalda: su reacción ante la humedad que encuentra en esa parte de mi cuerpo. La esparce entre mis pliegues y frota con vehemencia la pequeña protuberancia circular en la que se concentra toda mi sensibilidad.

—¿Qué tal esto? —murmura.

Cualquier pensamiento sensato que haya podido tener me abandona, igual que el miedo racional. Ahora no soy más que necesidad, deseo y el ardor que crece con cada experta caricia de sus dedos.

—Bien… Muy bien —digo jadeando.

Lo cojo por la muñeca y sacudo mis caderas. Quiero que se mueva más deprisa. Con más fuerza. Que me llene con sus dedos y alivie esta quemazón desesperante y acuciante. Él mantiene un ritmo insoportablemente lento y considerado. Un gemido salvaje escapa de mis labios. El cosquilleo que recorre mis dientes me pide que los hinque en algo.

Su oscura risita inunda mis tímpanos.

—¿Qué tal ahora? ¿Cómo es ahora, princesa?

—Frustrante —mascullo.

Él coloca la otra mano en uno de mis pechos, por encima de la tela de mi vestido, y presiona con el pulgar sobre mi pezón erecto, liberando así un nuevo arrebato de placer y de frustración que se adueñan de mí. Él inclina la cabeza y lame una zona sensible detrás de mi oreja.

—¿Y ahora?

—Por favor. —Es todo cuanto logro articular.

—Así es ser un lobo. —Desliza un dedo por mi humedad y, con delicadeza, empieza a trazar círculos en torno a mi abertura. Me muero de vergüenza con el gemido que amenaza con estallar en mi garganta—. Que algo se fragüe dentro de ti. —Me mete un dedo y yo jadeo al notar cómo se abre paso en mi interior—. Sentirse salvaje. Feroz. Animal. —Lo saca y lo vuelve a meter. Una capa de sudor me recubre la espalda—. Estar siempre al límite de algo. —Arqueo la espalda entre gemidos—. Sin poder liberarte nunca.

—Por favor —susurro.

—Hasta la noche de luna llena. —Me acaricia el lóbulo con los dientes—. Ábrete de piernas.

Yo separo los muslos. Él me mete un dedo y después otro, dilatándome e imponiéndome una deliciosa presión. Mi gemido resuena a lo largo y ancho del claro, mientras que en su garganta reverbera un débil sonido de satisfacción. Por fin me da lo que quiero. Mueve la mano más deprisa; mi cabeza cae contra su hombro y yo agito las caderas contra él.

—Joder, eres preciosa. —Lleva su otra mano hasta mi cuello para hacerme alzar la cabeza de manera que no me quede más remedio que mirarlo. Apenas percibo al lobo en sus ojos, o el rubor de sus mejillas o la rigidez que noto contra la parte baja de mi espalda a través de su *kilt*—. Y esto es lo que se siente con la transformación.

Dobla el dedo contra mi pared interior, presionando en una zona profunda que me lleva al límite y más allá. La explosión que arrasa conmigo es más fuerte que nunca. Me retuerzo contra él mientras la oleada termina de diluirse. Al acabar, entre gemidos, jadeos y sudor, permanezco en sus brazos.

Parpadeo y la nitidez regresa a mis sentidos: el claro, el crepitar de la hoguera, el vaivén de los árboles que se alzan hacia el cielo teñido de sombras. Callum. Sus ojos verdes resplandecen en la penumbra.

Reprimo una carcajada.

—No te creo. No puede ser así.

Él sonríe aún más.

—Tal vez no sea exactamente igual, pero sí que es una liberación. Una buena sensación.

Me saca los dedos y yo me acomodo contra su cuerpo e inclino la cabeza hacia atrás, contra su pecho, para mirarlo a la cara. En cuanto levanta la mano, detiene la mirada en el brillo de sus dedos a la luz del fuego. Su semblante se ensombrece y a mí se me encienden las mejillas. Sin previo aviso, se lleva los dedos a la boca y chupa, cerrando los ojos un momento para recrearse en el alivio que parece invadirlo.

—¡Callum!

Él abre los ojos, se saca los dedos y sonríe.

—¿Qué? Cosas de lobos. Ya te dije que tenemos una fijación oral. Joder. No puedo esperar a mañana por la mañana. Te voy a devorar entera.

Me dijo que me iba a dar todo de él y permitir que el lobo tomara las riendas después de mi transformación. Ahora que mi orgasmo empieza a quedar lejano, la tensión se acumula de nuevo en mis entrañas. El cielo se oscurece más allá de las copas de los árboles.

—¿Cuánto falta para que ocurra?

—No mucho. ¿Lo notas?

—Sí. —Percibo un crepitar en mi piel. Una vibración. Algo se agita en mi pecho—. Sí que lo noto. Siento… —Ahogo una exclamación y frunzo el ceño. Siento que algo tira de mi corazón, de mi alma. Un dolor me recorre el cuerpo. El pánico se adueña de mí. Unos puntos negros bailan ante mis ojos y la oscuridad acecha en los márgenes de mi visión. Unas gotas de sudor se conjuran en mi frente—. Ay, diosa.

—Princesa… —Apenas soy consciente de lo mucho que aprieta la mandíbula. Está lejos. Lo que dice queda ahogado por un rugido en

mis oídos—. Joder. Lo siento. La fiebre. Otra vez no. Ahora no.

«No es cosa tuya», quiero decirle, pero no puedo hablar. Algo despierta dentro de mí y, enfurecida, trato de contenerlo. No puedo dejar que salga a la superficie. No puedo permitir que me consuma. Sin embargo, es el latido de otro corazón el que compite con el mío. Mi alma está desgarrada, desmoronada. Él murmura no sé qué acerca de no querer hacer algo.

Me coge en brazos y carga conmigo a través del claro.

—Aguanta, princesa. —Me atrae contra su pecho mientras murmura para sí mismo—: ¿Dónde coño está Blake?

25

Los árboles se mecen al viento. Las ramas se parten bajo las botas. Las sombras danzan en la mandíbula de Callum. Un fuego crepita junto al lago y la risa inunda el ambiente. Una risa que se diluye hasta extinguirse.

Para cuando llegamos a los muros del castillo, yo ya estoy empapada en sudor. Quiero cambiarme la ropa. Quiero cambiarme la piel. Me retuerzo en brazos de Callum.

—Quieta —ordena mientras cruza el patio.

Yo gruño y él me devuelve el gruñido, como si estuviera teniendo que esforzarse tanto como yo.

Después nos encontramos en el interior del castillo de Lowfell. Los angostos pasillos se ciernen sobre nosotros. Las puertas que conducen a salas de estar y los rincones rebosantes de libros se convierten en prisiones y cámaras de tortura. Abre una puerta de una patada para irrumpir en la habitación en cuestión y me deja sobre algo sedoso y suave. Se me antoja fresco contra el ardor de mi piel. Me envuelve un aroma a pino nocturno. Se me nubla la vista.

—Necesito tu ayuda —dice Callum, frenético.

—No te tortures tanto, no puedes ser *tan* malo en la cama —responde Blake arrastrando ligeramente la voz.

—No hace gracia —espeta Callum—. Ayúdala.

Blake deja su copa sobre la historiada chimenea de color negro y se pone en marcha. Avanza casi a zancadas hasta nosotros. Cerca está de tropezar.

—¿Estás borracho? —indaga Callum.

El aire abandona mis pulmones cuando Blake se acerca. *Blake.* El lobo al que aborrezco más incluso que a James. El lobo que ha ligado mi vida a la suya y me utiliza como si fuera un peón en sus

partidas. Callum le está diciendo algo, reprendiéndolo, creo, pero lo único que oigo es el latido de mi corazón.

A Blake se le dilatan las pupilas. Las sombras se pliegan a su alrededor.

«Monstruo».

Un gruñido grave y tenue lucha por escapar de entre mis labios. Me *duelen* los caninos y es ahí donde él detiene la mirada, en mi boca. Nuestra conexión ha dejado de ser una sombra latente en mi pecho. El vínculo es una amenaza que vibra entre nosotros como si fuera una criatura viviente. Las venas de su cuello palpitan. Sus facciones cambian, se endurecen.

—Saca a tu mascota de aquí. No la quiero en mi cama —dice con una voz fría como el hielo.

—¿Qué…?

—*Ahora,* Callum.

—¡Esto no es normal!

—Sí para un lobo mestizo. Sácala de…

Yo me separo de golpe de la cama y cargo contra él. Retrocedemos a toda velocidad hasta estamparnos contra la silla de madera que hay junto a su escritorio, sobre la que caemos con tanta fuerza que se parte y se astilla. Él tiene el cuerpo caliente, rígido, y mi cara se hunde sin querer en el hueco de su cuello. Un sabor a sal y pino negro me inunda el paladar.

Voy a rajarle la puta garganta.

Él me coge por el pelo, obligándome así a apartar la cara y a echarla hacia atrás. Me arde el cuero cabelludo. Gruño y él echa la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados, exponiendo así su cuello.

—Callum, quítamela de encima. —Hay un deje de pánico en su voz. Lo siento. Lo *saboreo*. Es delicioso.

Me precipito hacia él, pero un brazo me rodea la cintura para apartarme. Mis pies se despegan del suelo un instante cuando Callum me atrae hacia sí y me rodea con los brazos para inmovilizarme y aprisionarme. Yo me revuelvo contra él.

—*Para* —masculla en mi oído. No es un tono que haya utilizado antes conmigo; exigente y dominante. Su voz de alfa—. ¿Qué le pasa? —La cosa que está desatada en mi pecho se atenúa sin

apaciguarse del todo. Un gruñido reverbera en mi garganta. La respiración de Callum es rápida, profunda. Cada músculo de su cuerpo está en tensión—. ¿*Qué* te pasa?

Blake no se ha levantado: se ha arrastrado hasta la pared bajo la ventana. Tiene una de las rodillas levantadas y las palmas de las manos contra el suelo, una postura que resalta los músculos de sus antebrazos. Su cabello oscuro está alborotado y su ancho pecho asciende y desciende frenéticamente.

El lobo centellea en sus ojos.

Menuda estampa, ahí en el suelo, acobardado a mis pies, con una capa de sudor en la piel a la que el fuego del hogar arranca destellos de bronce. Un par de mechones oscuros le cubren la frente.

Blake ladea la cabeza y entonces me devuelve la sonrisa. Es un gesto peligroso y perverso que hace que mi corazón palpite aún más deprisa que los otros latidos que me taladran los oídos.

—Blake. —El timbre de Callum es severo, una advertencia…, aunque su voz suena algo estrangulada. Noto la tensión de sus brazos en torno a mi estómago. Su respiración también es rápida.

—¿Crees que te tengo miedo *a ti*, pequeña liebre? —inquiere Blake en un frío susurro—. ¿Es eso lo que piensas? La luna llena se aproxima. Soy yo mismo a quien temo. Lo que pueda hacer. Ambos olemos lo que deseas en el ambiente. Así que dilo, ¿es a mí a quien quieres follarte o a Callum? ¿O a los dos a la vez?

—Blake, basta —corta Callum.

Me lanzo contra él, pero Callum me retiene. Blake alza la cabeza hacia el alfa de Highfell.

—Pues sácala de aquí de una vez, joder.

—No puedo.

—¿Cómo que no puedes?

—¡Hay luna llena, Blake! —señala con un gruñido frustrado—. Si me muevo, te voy a arrancar la puta cabeza de cuajo.

El poder que flota entre ambos me presiona y me atrae en dos direcciones distintas. El pino y las sombras chocan contra las montañas al amanecer. Paz y guerra. Amor y odio. Un jadeo brota de mis labios por lo intenso del sentimiento que me embarga. Mis sentidos se disparan. Percibo el sabor a agua salada en mi lengua y

a ron en la parte trasera de la garganta; las espinas de una rosa me perforan la piel, el acero de la batalla retumba en mis oídos y los helechos silvestres crujen bajo mis pies. No puedo respirar. Una mezcla de voces y susurros se agolpa en mi oído. Unos dedos me arañan el cuerpo. Tiran de mí. Me provocan. Intentan arrebatarme cosas mías, como han hecho todos.

Un sonido débil vibra en la garganta de Blake, que echa la cabeza hacia atrás. Cada músculo de su cuerpo se queda inmóvil.

—Joder, la siento.

Los brazos de Callum me sujetan con más firmeza al ver que Blake se pone de pie.

—Quédate donde estás —advierte Callum. Blake se cruje el cuello. Sus facciones se tornan frías y duras, cinceladas en hielo. El lobo que asoma a sus ojos es fiero—. No lo hagas. —Callum me empuja hacia la puerta—. Ni te atrevas, joder.

Suena lejano. Tengo los nervios a flor de piel. Mi alma se está despedazando en un millar de piezas quebradas que rasgan mi interior como si fueran cristal roto. Apenas me doy cuenta de que Blake se acerca a nosotros, lo que hace que Callum me sitúe tras él y me proteja con su cuerpo antes de que ambos choquen entre sí. Yo estallo. Un alarido espeluznante me taladra los oídos; creo que proviene de mí. Alguien me coge. Hay un golpe ensordecedor. Se me doblan las rodillas.

Una luz brillante, cegadora.

Negro.

26

La luz de la luna inunda la habitación.

Un gruñido grave. Primario. Animal.

Dientes al descubierto. Ojos relucientes.

El susurro de un pelaje. Dos bestias. Una negra, la otra parda. Ambas inmensas. Un choque. Los libros caen al suelo. Un escritorio se parte en dos. Me parece que se están peleando.

Los aullidos recorren el castillo de un muro a otro.

En mitad de todo eso, conjuro un solo pensamiento:

«No me he transformado».

Me están haciendo pedazos.

Tengo la mejilla pegada al suelo entarimado. Con un gemido, consigo ponerme de rodillas. Un gruñido me hace alzar la cabeza.

Callum y Blake se han transformado. Ambos son inmensos, del tamaño de un oso, aunque Callum es ligeramente más grande. La luz de la luna se derrama sobre sus sedosos pelajes. Los restos del escritorio se dispersan a su alrededor. Esquirlas de cristal que antes fueron una de las botellas de Blake destellan en el suelo frente al fuego del hogar.

Callum, con la nuca de Blake entre sus fauces, muerde con más fuerza, infligiendo así un dolor que despunta en mi propio cuello.

—¡Para! —bramo.

Callum mueve la cabeza hacia mí de golpe. Su gruñido se extingue en cuanto detiene sus ojos verdes en mí. Lo siento, lo percibo… Su aroma me inunda los pulmones y, con él, llega también la calma. Sigue ahí dentro. Sigue siendo Callum.

Se me desorbitan los ojos. Blake arremete contra Callum. El lobo pardo cruza la habitación de un salto hasta estrellarse contra la

pared que flanquea la puerta. Deja escapar un gimoteo en cuanto cae al suelo. El montón de libros apilados contra la pared se derrumban sobre él.

—¡Callum!

Me giro hacia él, pero entonces oigo un golpe que me avisa de que Blake se cierne sobre mí. Tiene unas garras inmensas que ha clavado en la tarima. Intento alejarme a gatas, pero él clava los dientes en la parte trasera de mi vestido y me arrastra por el suelo. Caigo de espaldas a los pies de la cama.

—¡Blake, para!

Mis intentos por levantarme se ven frustrados por un gran peso que me aplasta el estómago con tanto ímpetu que me deja sin respiración. El cuerpo de Blake, que tiene las orejas hacia atrás, está rígido. Callum ya se ha puesto en marcha y ambos cruzan una mirada antes de proferir un gruñido.

Noto que Callum sigue siendo él mismo, pero el caso de Blake es distinto. Parece más fiero. Más peligroso. Sus sombras, las mismas que habitan dentro de mí, se mueven y expanden en todas direcciones, de manera que soy incapaz de dotarlas de sentido. Entierro los dedos en la suavidad de su pelaje para empujarlo.

—*Blake*, quítate.

Se me nubla la vista mientras Callum va de un lado a otro. Cada vez que logra acercarse, el gruñido de Blake vibra a través de mí y Callum retrocede.

Me asalta otro arrebato de dolor. Es como si mi alma estuviera carbonizada, como si la estuvieran deshilachando. Con el cuerpo rígido, suelto un quejido. El peso nada desdeñable de Blake me presiona el estómago y me deja sin aire.

La oscuridad me acoge en su dulce abrazo.

Tengo la cara apoyada en algo caliente y duro. Un aroma masculino a bosque inunda mis pulmones. Noto una vibración en la piel, pero ya no tengo la impresión de que me desgranan el alma. Un leve suspiro se abre paso por mis labios. Alzo los párpados. Se me para el corazón.

Mi rostro está pegado al pecho desnudo de Blake. Nuestros cuerpos están enrasados y yo tengo una mano en su cintura, como si lo hubiera aferrado en sueños. Los dedos de Blake me acarician la nuca.

La adrenalina se desata en mi cuerpo. Reprimo el gruñido que se forma en mi interior y que trae consigo un cosquilleo en los dientes. Un susurro: «Muerde. Muerde. Muerde». Algo en mí no va bien. El pánico se arremolina en mi pecho, mi respiración se acelera. Voy a… No puedo evitar… Abro la boca.

Blake se retuerce. Inclina el mentón con un atisbo de pánico en sus ojos.

Lo arrebatan de mi lado de repente. Se oye un ruido seco de pies descalzos, el sonido arrastrado de Blake al intentar mantener el equilibrio seguido de un portazo y un traqueteo.

Me obligo a ponerme de rodillas. Callum sostiene a Blake contra la pared que hay junto a la chimenea ya fría. Abro mucho los ojos. Los dos están desnudos. Sus prendas de vestir están hechas jirones en el suelo, entre madera astillada, libros sueltos y pergaminos. La débil aurora se cuela por la ventana e ilumina los músculos trémulos de la espalda de Callum.

—¿Qué coño…? —masculla.

El pelo de Blake es un desastre y, aunque consigue componer su característica expresión de hastío, tiene las mejillas encendidas. Posa sus ojos en mí.

—No la mires. —Callum lo coge por la barbilla—. Mírame a mí.

—Tu polla me está tocando la pierna.

Callum emite un sonido de frustración. Suelta a Blake sin retroceder.

—¿Qué cojones estabas haciendo anoche? La velabas. ¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

—No quieras saber lo que creo.

Blake exhala.

—Tiene parte de mi fuerza vital en su interior. Es evidente que voy a velarla.

—Claro, esa es la razón, ¿no?

Aparto su discusión de mi mente y me siento con la espalda apoyada en el lado de la cama, del que cuelga una piel que envuelve mi espalda en su suavidad. Echo la cabeza hacia atrás para sentir la calidez del sol de las Tierras del Norte en mi piel. Afuera, el viento agita los árboles y remueve la superficie del lago. La niebla abraza las cumbres.

Parte de la ansiedad que ha estado fraguándose en mí durante semanas se desata. Todavía tengo muchas preguntas acerca de lo que pasó anoche, acerca de lo que me sucede.

Pero una lenta sonrisa se adueña de mi rostro.

No me he transformado.

—Por favor, no tengo ningún interés en tu mascota —replica Blake —. No deberías haberla traído aquí en una noche de luna llena. ¿Qué esperabas?

—Esperaba que tuvieras un poco de autocontrol…

—A la próxima procuraré encarnar ese ejemplo de compostura y saber estar que fuiste tú anoche, Callum…

Mientras prosiguen con su discusión, yo contemplo los aposentos de Blake. Anoche no pude prestarles la debida atención. La alcoba es más pequeña que la nuestra y está amueblada con sencillez a pesar de pertenecer al alfa de este castillo, quien tiene el privilegio de escoger cualquier estancia que le plazca.

La cama en la que me apoyo, colocada contra la pared, apenas es lo suficientemente grande como para acomodar a dos personas. Este desastre es el resultado de la pelea de anoche entre Blake y Callum. El desorden, sin embargo…, debe de ser anterior a la refriega. Hay libros tirados por el suelo, entre los restos del escritorio partido, pero también están apilados contra las paredes de piedra, amontonados en cada rincón.

Aprovechando que está distraído con Callum, cojo uno, intrigada por saber qué clase de lecturas elige Blake. Está lleno de bosquejos de monstruos: bestias aladas, figuras humanoides medio muertas, una criatura acuática con miembros que salen de su cuerpo como si fueran tentáculos. Detengo la mirada en los diseños de un ser similar a una serpiente que, a juzgar por los borrones de su cuerpo

escamoso, parece vestir las sombras como si fueran una segunda piel.

Tiene una marca en la cola. Es el mismo símbolo que luce Elsie en su muñeca. Al girar la hoja, me encuentro con que dicha marca ha sido dibujada con mucho más detalle al final de un hierro candente. Son los prisioneros de Noche, anclados ahora a su prisión en el cielo. Me pregunto si Blake se estará tomando en serio los rumores acerca de los Acólitos de Noche y el príncipe de la noche. Dejo el libro.

No son pocas las botellas de licor que coronan la repisa de la chimenea. Una de ellas rueda por el suelo, cerca de los pies de Callum, que no ha dejado de reprender a Blake.

Un aroma a lavanda golpea mis sentidos, acompañado de otra fragancia floral que no identifico. Hay flores secas de color lila y blanco esparcidas por el suelo, junto a trozos de pergamino. La lavanda me inspira un dolor profundo, así que cojo uno de los tallos y lo retuerzo entre mis dedos. Mi madre solía coserla en pequeñas bolsas y dejarla bajo mi almohada antes de dormir. Decía que me ayudaba a conciliar el sueño, a alejar las pesadillas. Me pregunto si Blake la usa con un propósito similar.

La suelto y cae sobre el boceto de un laberinto con un centro hexagonal.

—¿Podéis poneros algo de ropa, por favor? —pregunto.

Blake y Callum enmudecen de inmediato. Este levanta la mirada de golpe y su expresión se suaviza. Suelta a Blake, cruza la estancia y se agacha a mi lado.

Aún sin ropa.

Ya debería estar acostumbrada, a estas alturas, pero no puedo evitar sonrojarme.

—¿Te encuentras bien? —pregunta al tiempo que me acuna el rostro con esa mano tan grande que tiene.

Procuro mantener mi mirada anclada a la suya mientras Blake acude a su armario. Cuando lo abre para sacar unos pantalones y una camisa, mi determinación flaquea y miro. Unos surcos blancos zigzaguean sobre los músculos de su espalda. En su momento oí que le contaba a Callum que había recibido latigazos por ser medio lobo.

—No me he transformado —digo.

Una lenta sonrisa se conjura en los labios de Callum.

—No, no te has transformado. No eres una loba, después de todo.

Percibo el sentimiento de Blake. El hilo entre nosotros se estremece, como si estuviera guardándose algo.

—Suenas casi tan aliviado como yo —le digo—. ¿No querías que fuera una loba?

Él me frota la mejilla con el pulgar.

—Sé que no es lo que querías, eso es todo. —Frunzo el ceño, porque no estoy segura de que eso sea del todo verdad—. Ven aquí. —Me toma entre sus brazos y en un acto reflejo entrelazo mis manos en torno a su cuello. Sin dirigirle una sola mirada más a Blake, me saca de la habitación.

—Espero que vayas a ponerte algo de ropa —le digo mientras carga conmigo por el pasillo.

—No necesito ropa. —Abre de una patada la puerta de nuestra alcoba—. No para lo que tengo planeado.

Me deja caer en la cama, con lo que se me escapa un pequeño grito.

—¡Callum!

—¿Qué? —pregunta mientras se coloca sobre mí para acto seguido acariciarme el cuello con los dientes—. ¿Sabes? Estaría bien por una vez amanecer tras una luna llena *sin* que apestaras a mi peor enemigo. —Cambia la postura para plantar una hilera de besos en mi clavícula, después en el torso y finalmente entre mis piernas a través de la tela de mi vestido. Se me corta la respiración—. La última vez no hubo mucho que pudiera hacer al respecto, pero en esta ocasión pretendo corregir del todo la situación.

—Ah, ¿sí?

Se arrodilla en el colchón. Sus ojos resplandecen al fijarse en los míos. Rezuman travesura.

—Te prometo que te resultará muy placentero.

¿Quién soy yo para oponerme?

Callum cumple su promesa.

Nos pasamos la mañana entera en la cama, una mañana que dedica a provocarme gemidos hasta que no soy más que líquido entre sus brazos. Y después vuelve a empezar. Aunque sigue siendo cuidadoso. Considerado. Su promesa de dejarse llevar del todo conmigo después de la luna llena no tiene validez. No me he transformado.

A mediodía, después de conseguir algo de comida de las cocinas, acude a reunirse con Lochlan y Jack para planificar la emboscada de mañana. Yo dedico el resto de la tarde a leer en el sillón junto al fuego, con las piernas dobladas bajo mi cuerpo.

A medida que el cielo se oscurece, lo hacen también mis emociones. Me daba miedo transformarme, sí, pero ser una loba constituía una explicación para la muerte de mi madre, una conexión con ella. También me conectaba con Callum. Estoy segura de que el buen humor del que ha hecho gala esta mañana responde a mi incapacidad para transformarme. Creo que se alegra de que siga siendo humana. «De que sigas siendo débil», susurra mi yo más rebelde.

Dejo el libro que estoy leyendo en la silla. Me acerco a la ventana. El cielo encapotado se presenta gris oscuro; las sombras acarician la cima de las montañas, el agua se estremece al verse rozada por el viento.

No tiene sentido. Hay algo dentro de mí, algo que empuja contra mi piel. Lo he sentido desde que James me mordió. Sigo siendo presa de fuertes fiebres. Lochlan cree que mi madre era una loba, y mi padre debió de pensar que yo era como ella, porque mandó que me azotaran para contener esa naturaleza. Anoche quise morder a Blake. He querido morderlo esta mañana. Casi lo hago.

No puedo aceptar que algo así proceda de mi faceta humana.

Un movimiento atrapa mi mirada. Una figura oscura recorre la orilla del agua con las manos en los bolsillos de su largo abrigo. Deja que su mirada se pierda en el lago, con el viento alborotando su cabello oscuro.

Esta mañana he sentido algo en Blake. Sabe algo sobre mí que me está ocultando.

—Quédate donde estás —susurro, aunque sé que no puede oírme.

Me apresuro al armario para coger un buen abrigo y unas botas. Voy a averiguar qué es lo que sabe Blake.

27

Una suave llovizna se precipita desde el cielo.

La noto caer sobre mí en cuanto atravieso el túnel que une el patio del castillo con el terreno colindante de Lowfell. Está oscuro. Las ventanas del castillo a mis espaldas resplandecen con una tenue luz anaranjada. A pesar de la lluvia, el aire límpido trae consigo el olor a lodo y leña. Me arrebujo en mi abrigo y, sin que me importe que mis botas se hundan en la tierra mojada, me aproximo a la silueta que contempla el lago.

Si está avergonzado por lo que sucedió anoche o por cómo hemos amanecido hoy, no lo demuestra.

—Hoy estás diferente. —Mi voz apenas se impone al rumor de las ramas agitadas por el viento y las gotas de lluvia al romper contra el estanque.

A Blake se le pega la camisa al pecho y al abdomen por debajo del abrigo abierto. Tiene un par de mechones adheridos a la frente.

—Siempre me siento mejor cuando ya ha pasado. Más liviano.

—¿Es la transformación lo que te disgusta? ¿O es el hecho de ser un lobo?

—Ambas. No puedo controlarlo. Y a mí me gusta tener el control.

—Lo he notado —respondo. Capto uno de sus hoyuelos—. Callum no cree que sea una loba.

—¿Y tú qué crees?

Es la última persona a la que querría acudir en busca de ayuda. Y aun así…

—¿Soy una loba?

Él, con la mirada perdida en las montañas, se roza el labio inferior con los dientes.

—Sí.

—¿Por qué no has dicho nada? Has dejado que Callum y yo creyéramos lo que no es.

Se encoge de hombros.

—Callum no estaba muy contento conmigo esta mañana. En cuanto a ti, te lo estoy diciendo ahora, ¿no?

Exhalo un suspiro que se condensa ante mi rostro.

—¿Cómo estás tan seguro de que soy una loba?

—No habría podido compartir mi fuerza vital contigo si fueras humana. —Se vuelve para mirarme. La lluvia baña sus mejillas y humedece sus labios—. Te vi. Te vi la noche en que compartí mi fuerza vital contigo. Capté retazos de tus sueños, de tus recuerdos, de tus pensamientos. ¿No fue igual para ti?

Medito acerca de las imágenes febriles y los sonidos que me asediaron entonces…, gritos, bisturíes, oscuridad.

—Sí.

Sus facciones adoptan un cariz reflexivo.

—Te encontré. Vi tu forma lobuna. Es del color de la luna.

Algo se tensa en mi interior. Me siento desnuda, expuesta, como si Blake hubiera visto cosas de mí que no están al alcance de nadie. No hay derecho. Una parte de mí quiere alejarse de él, correr de vuelta al castillo en busca de Callum, pero mis piernas no se mueven. Ni siquiera cuando vuelve a meter las manos en los bolsillos y se gira en dirección al lago.

Pienso en todos los experimentos realizados por Blake a otros lobos.

—¿Alguna vez te has topado con un lobo que no se transformara con la luna llena?

—No. Nunca.

—¿Por qué no me transformé?

Su curiosidad palpita en mi interior.

—Es una buena pregunta, ¿verdad, pequeña liebre? —Ambos contemplamos las montañas, cuyos picos están ya envueltos en sombras—. Y tenemos otro problema —añade.

—¿Cuál?

—Mi contacto en Madadh-allaidh nos manda malas noticias.

Se me acelera el corazón.

—¿Fiona está bien?

—Que yo sepa, sí. Se trata de Claire. Al parecer, ha sido capturada por los hombres de Alexander cuando se dirigía a Madadh-allaidh. —Aprieta la mandíbula—. Claire y James… Claire es importante para James. Querrá hacerse contigo lo antes posible para intercambiaros.

Asiento.

—Mañana ya deberíamos estar preparados, ¿no? Después de la emboscada.

—Tendremos un ejército si todo va bien. Aun así, la idea de que James pueda estar de los nervios me incomoda. Creo que hará lo que sea con tal de recuperar a Claire. Puede que mueva ficha por su cuenta contra nosotros. —Se pasa una mano por la mandíbula—. Lo cierto es que es muy raro que no te transformaras. Quizá, si me dejaras hacer un par de experimentos…

Doy un paso atrás y casi tropiezo con el fango. La idea no me repele tanto como la última vez que la sugirió, pero no puedo olvidar que está conspirando contra nosotros.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—¿Crees que voy a hacerte daño, pequeña liebre?

—No lo sé. ¿Vas a hacerme daño?

Él se encoge de hombros y devuelve su atención a las montañas en un gesto que pone fin a la conversación.

—Avísame si cambias de idea.

A la mañana siguiente, la niebla matinal parece amortajar el lago cuando Callum parte al galope en dirección sur con un pequeño destacamento para emboscar a Alexander y a sus hombres. Yo quería ir con ellos, pero el secuestro de Claire ha sido tan alarmante para Callum como para Blake. Ambos alfas piensan que es muy posible que James esté esperando a que abandone Lowfell.

Los observo desde la ventana apuntada que hay en la escalera que conduce a la biblioteca, arrebujada en un abrigo ceñido que me protege del frío. Los cascos de los caballos restallan contra la tierra salvaje. Apenas vislumbro el tartán amarillo de Lochlan o el atuendo oscuro de Jack antes de que las montañas se los traguen. Me froto

las manos con la intención de infundir calor en ellas y me resguardo en la biblioteca.

Con el transcurso de la mañana, el tiempo cambia. El cielo se preña de nubarrones grises y el aire se vuelve pesado y húmedo, sofocante. Una suerte de electricidad estática crepita en mi piel. En el estómago siento el peso del cúmulo de nervios que se está formando en él y al que acompaña una punzada de ansiedad. Me parece que se avecina una tormenta.

Sentada en el banco de ventana, reviso con minuciosidad distintos textos, hasta que el cansancio me agota la vista y merma mi concentración.

Sé que Callum puede cuidar de sí mismo, pero estoy preocupada. Alexander es un tipo temible, y ahora comprendo lo que mi gente les hace a los lobos. Me acuerdo del abrigo de piel que colgaba en el armario que tenía en las Tierras Fronterizas, hecho a partir de un lobo en una noche de luna llena.

—¿Alguna lectura interesante últimamente, pequeña liebre? —Blake está apoyado en el marco de la puerta.

Yo paso la página y regreso al relato que estaba leyendo sobre un alfa de las Tierras Nevadas llamado el lobo Sombrío. Por lo visto, era un devoto de Noche dispuesto a dar con el Corazón de la Luna para liberarlo de su prisión.

—¿Sabes qué, Blake? Tengo la impresión de que se avecina una tormenta.

Él avanza y sus pasos despiden un sonido seco contra el suelo entarimado. Su sombra se cierne sobre mí en cuanto se deja caer contra la pared de piedra junto al banco de ventana a mis pies. Su aroma a tinta y a bosque bañado por la noche me asedia por completo.

—Me da que tienes razón.

—¿Saben los lobos de tu clan que no eres más que un llorica al que le asustan los truenos?

—Obviamente no.

Paso otra página.

—Esperemos que no se enteren.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—Desde luego.

Cuando Blake se mueve para tomar uno de los libros apilados a mis pies, el suelo cruje.

—Este no es muy bueno. —Lo deja en la estantería que tiene al lado y examina los demás—. Este tampoco. Este es un aburrimiento. Y *este*… Si lo que te interesa es ahondar en la batalla de Sombra y Nieve, Erikson es una mejor elección. —Yo aprieto los dientes al ver lo mucho que aumenta el montón de libros descartados—. Ah, este… *Este* sí es interesante.

Cometo el error de alzar la vista. Está abriendo el libro que me dio Elsie. *El secreto del alfa.* Un débil quejido avergonzado escapa de mi garganta al precipitarme sobre él para quitárselo.

—¡Dame eso! —Me reacomodo sobre los cojines del banco de ventana.

—Puedo hablar con Callum si quieres, pequeña liebre, darle un par de consejos en caso de que no esté rindiendo como a ti te gustaría.

Trato de reprimir el ardor de mis mejillas.

—¿No tienes nada mejor que hacer que intentar tocarme las narices?

—¿Intentar? Yo nunca *intento* nada. Siempre consigo lo que me propongo.

—Vale. Bien hecho. Premio al sujeto más insufrible con el que me he topado nunca. Ahora vete a recrearte en tu triunfo a otra parte.

—Este es mi castillo. Te invito a marcharte si mi presencia te resulta tan insoportable.

Pongo los ojos en blanco y regreso a mi ejemplar sobre las Tierras Nevadas.

—Tengo una teoría sobre el vínculo, por cierto.

—Ah, ¿sí? Soy todo oídos, pequeña liebre.

Esbozo una sonrisa al percibir cómo se pone en guardia. Está enjaulando sus emociones para que no lleguen hasta mí. Saco los pies de entre los cojines del banco de ventana y me giro para estar cara a cara con él. Evalúo sus facciones: sus claros ojos castaños, enmarcados por unas pestañas oscuras; su mandíbula cincelada, su mano en reposo sobre la estantería. Quiero ser capaz de detectar hasta el más mínimo cambio en su compostura.

Él se inclina hacia delante y coloca las manos a ambos lados de mis muslos, con los dedos hundidos en el delgado jergón. Su rostro está cerca del mío y sus ojos resplandecen, como si supiera lo que pretendo hacer y quisiera mostrarme lo poco que le importa. Bastardo arrogante.

Yo me acerco incluso más, de manera que nuestros alientos se mezclan entre sí.

—Creo que el Corazón de la Luna puede romperlo —declaro.

Él separa los labios, al otro lado de los cuales percibo un débil suspiro ahogado. La victoria me invade hasta que me doy cuenta de que se está burlando de mí. Un quejido de frustración me raspa la garganta y alzo la rodilla para golpearlo en la entrepierna.

Él, sin embargo, atrapa mi pantorrilla, rodeándome el músculo con los dedos. Tengo la falda levantada, de forma que el calor de su mano contagia mi piel desnuda. Se pone rígido de pronto. A mí se me acelera la respiración.

—¡Maldita víbora traicionera! —digo al tiempo que me aparto y él me suelta.

Esboza una sonrisa, una estúpida y genuina sonrisa, y se endereza. Un crujido se desprende de la estantería en cuanto se apoya en ella.

—Interesante teoría, pero el Corazón de la Luna lleva siglos en paradero desconocido.

—También tengo una teoría sobre eso, para que lo sepas. —Vuelvo a esconder mis piernas entre los cojines del banco.

—Ah, conque esa es la razón por la que estás leyendo sobre las Tierras Nevadas. Has estado hablando con Lochlan acerca del viaje de tu madre desde las Tierras Nevadas y sobre la flor de luna de Glas-Cladach, imagino, ¿no?

Giro la cabeza de golpe hacia él.

—¿Y tú cómo sabes eso?

Su ceño se frunce aún más. Percibo su diversión en cada una de las pulsaciones de mi corazón.

—Fui yo el que les dijo a los lobos que buscaran el Corazón de la Luna en las Tierras Fronterizas, ¿recuerdas?

—Sabías que Sebastian había estado allí…

—Pues claro que sí, pequeña liebre. Tengo ojos en todas partes.

Vuelvo a coger mi libro.

—Que sí, que eres muy listo. ¿Por qué no te vas por ahí a molestar a otro?

—Prefiero molestarte a ti.

Yo señalo con la cabeza las nubes plomizas que cubren las montañas al otro lado de la ventana, opacando los naranjas y verdes del paisaje natural.

—¿No deberías empezar a envenenarte a ti mismo como preparación para la tormenta? Como hiciste la última vez.

Él suspira.

—Es posible. Creo que por fin he dado con las medidas exactas para un tónico de sueño que funcione en lobos.

—Bien por ti. Espero que no se te vaya la mano e ingieras más acónito de la cuenta.

Emite una risa tenue.

—Más te valdría. Si yo muero, tú mueres conmigo, pequeña liebre. —Se separa de la estantería para dirigirse a la salida—. Si el tónico falla, quizá me entretenga descubriendo de qué van los secretos del alfa. —Alza el libro que me dio Elsie y reparo en que ha vuelto a cogerlo. Sus ojos relucen—. Si el libro que estabas leyendo puede orientarte en algún sentido, imagino que tendrá que ver con el inmenso pollón que se gasta, porque eso no es normal.

Un gruñido inevitable reverbera en mi garganta.

—¡Ay, vete de una vez!

Él se deleita en su propia risa tenue mientras desciende por la escalera de caracol y me deja en paz por fin.

Para cuando cae la noche, Callum sigue sin volver.

Las sombras que se proyectan en la biblioteca son alargadas y siniestras. El castillo está a merced de los truenos. Es como un mal presagio. La preocupación me oprime el pecho. Necesito saber si Callum está bien. Me siento impotente, porque no hay nada que pueda hacer.

Normalmente no me da miedo la oscuridad, pero, en esta ocasión, cuando dejo los libros a un lado y me hago con una vela para recorrer la escalera a toda prisa, me asalta un estremecimiento. Las antorchas que alumbran los pasillos que sigo en dirección a nuestros aposentos arden trémulas. Quiero meterme en la cama, al amparo de las mantas.

Acelero el paso. Tarareo la tonadilla que mi madre solía cantarme cuando era niña. Uno de los viales de acónito que cogí de la enfermería descansa en el bolsillo de mi vestido, así que dejo que su peso me reconforte.

Suspiro cuando por fin llego al pasillo que desemboca en nuestros aposentos.

Oigo pasos justo detrás de mí al tiempo que un trueno retumba por todo el castillo. Me doy la vuelta. Ian, el lobo rubio del clan de Lochlan, está delante de mí. Yo ahogo una exclamación y trato de coger el acónito. Me estampa contra la pared. El crujido que se oye como resultado del golpe de mi cabeza contra la piedra resulta espantoso. Las pecas de Ian se diluyen a mis ojos y el pasillo da vueltas a mi alrededor.

Con todas mis fuerzas, le doy una patada en la entrepierna. Él se dobla sobre sí mismo y yo me zafo.

—¡Blake!

Me atrapa por la cintura con el brazo y me obliga a retroceder. Caigo al suelo con tanta violencia que me quedo sin aire. Intento ponerme en pie, pero él cae sobre mí y se sienta a horcajadas en mi pecho. Dos hombres más emergen de las sombras antes de mirarme sin un ápice de misericordia.

—James tenía razón —dice Ian—. Tú eres el enemigo, no él.

—Eres un idiota —farfullo—. Esto no te va a salir tan bien como crees. Callum y Blake te mat…

Él saca un trozo de tela del bolsillo y me lo pone en la cara. El olor ácido de los químicos inunda mis fosas nasales. Me revuelvo bajo el peso de Ian, pero no puedo librarme de él. El pánico me embarga.

Ian sonríe.

—Hora de reunirse con el rey.

Su rostro se disipa y la oscuridad me hace suya.

28

La oscuridad resulta tan asfixiante que necesito un momento para ajustar la vista. Estoy en un largo pasillo con celdas a los lados. Me da un vuelco el corazón en cuanto reparo en el símbolo grabado en una de las puertas. Es la marca de Noche. Estoy en su prisión.

Una figura se aleja de mí. Sus pantalones y su camisa tienen manchas grisáceas bajo el prisma de la oscuridad. Da pasos apresurados. Me pregunto si este sueño es mío o suyo. ¿Estar aquí lo perturbará tanto como a mí?

No consigo recordar bien lo sucedido antes de llegar a parar a este lugar, pero me urge dirigirme a él.

—¿Blake? —susurro. Un siseo al otro lado de la puerta a mis espaldas hace que se me pare el corazón. Me alejo deprisa—. ¡Blake!

No se gira. No creo que pueda oírme. Corro tras él. Que mis pasos resuenen en la oscuridad no basta para que se percate de mi presencia. Percibo su calidez, lo contraídos que están los músculos de su espalda. Me acerco a él.

—¡Blake, necesito tu ayuda!

El suelo se disuelve antes de que pueda tocarlo.

Caigo en una oscuridad infinita.

Me encuentro en la iglesia de la Luz y del Sol, solo que ahora es presa de la naturaleza. Una capa de musgo reviste el altar de piedra, espeso como el terciopelo verde. Las enredaderas que brotan de la tierra me aferran los tobillos, como lo hacen en las muñecas otras que surgen de repente de las paredes para obligarme a estirar los brazos.

—Pero yo no he pecado. —Una versión de mi voz se cuela por entre el follaje que cubre el techo abovedado.

—Todas las mujeres pecan, criatura —responden las sombras, que suenan como el sumo sacerdote—. Tu madre era una pecadora. Igual que tú. ¿Quieres enfurecer a la Diosa del Sol?

Las enredaderas que se precipitan contra mi espalda me empujan hacia delante. Unas lágrimas ardientes anegan mis ojos. No quiero suplicar. No quiero rogar. Trato de recordarme a mí misma que esto es un sueño, pero la sangre de mi espalda desgarrada se está derramando sobre las baldosas. Un olor cobrizo impregna el aire.

Estoy atrapada en un grito cuando alguien emerge de la cripta. Se acerca a mí acompañado del eco de sus pasos.

Sus ojos ambarinos resplandecen, fieros.

—*Lucha* —dice.

Inspiro con fuerza. Estoy tirada en el suelo y me duele la cabeza. El aire me sabe a agua estancada. Tengo el vestido mojado. Frente a mí hay una pared con barrotes. Ya he estado aquí antes.

Me pongo de rodillas. Hay un catre dispuesto contra la pared y un cubo en una esquina. Los grilletes que cuelgan del techo lo hacen por medio de unas cadenas oxidadas que despiertan temor en mí, un miedo que desciende por mi espina dorsal. Esta es la celda de la casa solariega que sirve como lugar de paso y a la que me trajo Blake antes de que me entregaran a Sebastian. Fue aquí donde me provocó para después intentar convencerme de que desposara a James.

Está cerca de las Tierras Fronterizas. James debe de haber organizado un intercambio con Alexander, que ya estará de camino.

Tiemblo. Me meto la mano en el bolsillo y rozo el pequeño vial de acónito. No es gran cosa (el ejército de James podría estar esperándome al otro lado de estas mazmorras), pero no puedo regresar al sur. No puedo volver a ser propiedad de otro señor de las Tierras Fronterizas, y mucho menos de Alexander. Creo que me utilizará para obtener el perdón de mi padre. Y estoy segura de que me hará daño. El fantasma de sus gritos en el salón del trono después de que le dijera a mi padre que planeaba cometer traición parece retumbar en la celda.

Con la cabeza aún embotada, empiezo a trazar un plan.

Le rezo a cualquier diosa presta a escuchar para que me dé fuerzas para sobrevivir.

Rezo por que Callum esté bien y Blake se haya dado cuenta de mi ausencia.

Estoy segura de que ambos intentarán encontrarme. Tan solo espero que lo consigan antes de que sea demasiado tarde.

«¿Dónde está?».

Las antorchas titilan. Las horas se mezclan entre sí. Tendida en el catre, con las rodillas pegadas al pecho, me asaltan los temblores. Todo en esta celda está húmedo: las paredes, las sábanas, mi vestido. El frío me atenaza.

Me he sentido como una prisionera la mayor parte de mi vida, pero las jaulas doradas que me retenían eran muy distintas a esta prisión. Ansío sentir el sol y la caricia de la brisa con olor a pino en mi rostro. El ascenso a Roca del Alba, en el que se me embarraron las manos y el aire era tan puro que podía saborearlo, se me antoja lejano, propio de otra vida. No tengo claro cuánto tiempo pasa. Tan solo un rítmico goteo parece acercarme a lo inevitable. Me van a mandar a las Tierras Fronterizas: un destino que puede ser peor que la muerte. O tal vez lo único que pretenda James sea ejecutarme para atormentar a Callum.

En algún momento, un hombre con tartán azul y cabello claro recogido en un moño en lo alto de la cabeza me da un panecillo duro a través de los barrotes. Lo reconozco de Madadh-allaidh. Duncan, creo que se llama. Le pregunto qué es lo que pasa, dónde está James y qué es lo que pretende hacer conmigo. Por toda respuesta, me dedica una sonrisa sombría antes de darme la espalda y perderse escaleras arriba.

Con la mandíbula tensa, espero a que James aparezca y selle mi destino. Espero a Callum. Espero a Blake. La inseguridad me recorre las entrañas como las ratas estas mazmorras, con sus andares rápidos y diminutos, que oigo contra la piedra del suelo. El hambre me perfora el estómago. Me duele la cabeza. No tengo ni idea de si

se debe a la deshidratación o a la irrupción de breves episodios de fiebre que me asaltan una y otra vez.

«¿Por qué Callum no está aquí?».

Veo rostros en las sombras: cabellos de medianoche y ojos salvajes. Sonrisas burlonas. No consigo quitarme a Blake de la cabeza. La oscuridad cambia y me pienso que es él. Los gritos retumban por las mazmorras a pesar de que estoy sola; me llega el rumor metálico de los bisturíes y la risa de Blake. Me despierto enredada en las sábanas, entre gimoteos. La oscuridad que se propaga en mis adentros, fría y eterna, sabe a pino y a veneno.

Me juro a mí misma y a las diosas del Sol y de la Luna que sobreviviré a esto. Callum acabará con James y se hará con el trono. Yo romperé el vínculo con Blake y nunca volveré a ocupar el lugar que tenía en el sur. Los dos seremos libres.

Pero Callum no está aquí. Estoy sola.

No sé si es de día o de noche cuando oigo unos pasos que se aproximan. Por un momento, me deleito en imaginar que se trata de Callum, que ha venido a por mí.

«Ahí estás, princesa. No pensarás que iba a dejarte sola, ¿verdad?», imagino que dice con su marcado acento norteño, cálido y reconfortante. Me imagino sus brazos a mi alrededor, la sólida seguridad que me transmite su cuerpo.

Es Duncan quien quiebra mi ensoñación, flanqueado por dos hombres con sendos *kilts* verdes que entran en la celda y me cogen por los brazos para arrastrarme al pasillo. Mis piernas apenas aguantan el peso de mi cuerpo mientras me empujan por unas estrechas escaleras ascendentes. Estoy envuelta en un frío y un sudor fruto de ese arrebato de salvajismo latente en mí que con tanta ansia intenta liberarse.

—¿Adónde me lleváis? —farfullo.

—Silencio.

El ruido impacta en mis tímpanos nada más llegar a la planta baja. Unos gritos se cuelan del exterior. Como pasamos por delante de una ventana, consigo captar un retazo los guardias que custodian el edificio, con sus espadas relucientes a la luz de la luna. Se me acelera el pulso.

Me hacen doblar una esquina y cruzar unas puertas dobles que conducen a lo que en su momento pudo ser una sala de baile. Casi se me para el corazón. La estancia, enorme e iluminada por la luna, tiene una pared medio derruida. El viento frío que sopla por ella agita la polvorienta lámpara de araña que cuelga del techo. Hay seis hombres sentados a una mesa larga.

James está a la cabeza. Se reclina en su asiento con las piernas ligeramente separadas en una postura dominante. Lleva la camisa arremangada hasta los codos, con lo que no resulta difícil apreciar el tatuaje con motivos florales que adorna uno de sus brazos.

Robert está sentado a su lado: el alfa del clan que luce el tartán verde. Es un tipo corpulento, con la cabeza rapada. Adoptó el papel de rey de los lobos durante la ausencia de James. Se inclina hacia él y le susurra algo mientras a mí me acercan más a donde están. James esboza una sonrisa.

Los demás hombres, que no apartan sus ojos de mí (no, hombres no: *alfas*), también me resultan familiares, aunque soy incapaz de asociar un nombre a sus caras. El miedo me roe las entrañas. Estos son los alfas de Madadh-allaidh que apoyan que James reclame el trono.

Reprimo mi instinto y el impulso de rebelarme, procurando mantenerme mansa. Flexible. Dócil.

Cuando me tiran al suelo, a los pies de James, no hago nada por evitar el impacto contra las baldosas desportilladas, con el vestido arremolinado en torno a mi figura.

—Creía que no te arrodillarías ante un falso rey, princesa —irrumpe la voz de James, sonora en la estancia. Los alfas se burlan. Uno de ellos emite un gruñido—. Hay que ver cómo cambian las cosas.

Me embiste una oleada de adrenalina. Este es el lobo que me mordió, el que me atacó, el que intentó obligarme a casarme con él. Va a entregarme a un hombre que me hará daño. Mi temor se contagia de desprecio. No creo que pueda escapar de todos estos hombres, pero quiero que sepa lo que es tener miedo.

Tomo aliento un par de veces para armarme de valor.

Me lanzo sobre él como un animal enloquecido. Tenía la esperanza de tirarlo de la silla, pero tiene los pies bien pegados al suelo. Su asiento apenas se sacude justo antes de que me tome por la muñeca. Un jadeo de sorpresa escapa de mis labios.

—No sabía que albergaras esos sentimientos hacia mí, princesa —dice James, y Robert ríe—, pero…

Le cojo la cara. La diversión abandona sus ojos. Un siseo inunda la sala de baile: el sonido de su piel al arder bajo mis dedos, que he impregnado de acónito. Me sostiene por las muñecas y me lanza por la habitación con un rugido que reverbera hasta el techo. Yo aterrizo con tanta violencia sobre las frías baldosas que me quedo sin aire. La fuerza con la que mi codo choca contra el suelo me obliga a contener un grito de dolor.

Se oye un golpe enérgico, como de una puerta abierta sin consideración alguna, al que sucede un alboroto. Los hombres vociferan. Los alfas echan las sillas hacia atrás para ponerse en pie.

—Amordazadla —ordena James.

Al otro lado de las patas de las sillas, veo que un hombre cae al suelo. El ritmo de unas botas al avanzar. Un gruñido llena el lugar. No sé qué está pasando: el instinto me impele a actuar. Tengo que escapar.

Me pongo de rodillas como buenamente puedo.

Los ojos de James cambian en cuanto se posan en los míos.

—*Vuelve a agacharte* —dice, imbuyendo de la fuerza del lobo sus palabras; es como verse arrastrado por una avalancha. Está usando el Àithne (el mandato lobuno) conmigo.

Yo aprieto los dientes, resistiéndolo unos instantes para finalmente deshacerme de él. Me pongo en pie y echo a correr.

Duncan me atrapa por las axilas y me arrastra hasta una columna que soporta el peso de la techumbre. La rodea con una cuerda con la que mantiene mis brazos y mi cuerpo sujetos a ella para, a continuación, atarme las muñecas entre sí. El rugido de un lobo llena el aire, pero ese salvajismo latente en mí ansía una liberación en la que no puedo centrarme. Un alarido se fragua en mi interior, vacío e interminable.

Me llega el sonido de una suave risa que atraviesa el estruendo con la fluidez de una cuchilla. Yo ahogo una exclamación.

Blake aparece por el extremo de la mesa. Su almidonada camisa negra está abotonada hasta el cuello, aunque su cabello negro se muestra tan desgreñado como de costumbre. Se deja caer en una de las sillas, en cuyo respaldo coloca un brazo. Me guiña un ojo.

Se me encoge el corazón. Callum está a sus espaldas; entonces comprendo qué es lo que ha provocado tanto alboroto. Deben de haber llegado hace nada. En sus facciones se adivinan la ira y la fuerza de un trueno. Tiene el pie en el cuello de uno de los alfas, que deben de haberse levantado para recibirlos, mientras que un hombre rubio con un tartán verde claro le acaricia la garganta con el filo de una daga. Callum apenas parece ser consciente de ello.

Me asombra lo alterado que se lo ve en comparación con Blake. Tiene las mejillas encendidas y el cabello rubio oscuro algo despeinado por el viento, como si hubiera cabalgado a toda prisa para llegar. En su camisa aprecio tanto un desgarro como un reguero de sangre que espero que no sea suya. El lobo reluce en sus ojos, que tiene puestos en su hermano.

—Tócala otra vez, venga —masculla.

Casi siento cómo el lobo se revuelve contra su cárcel de piel y hueso, ansioso por tomar el control, por proteger, por matar.

—Callum —susurro.

—No pasa nada, Rory. —Su voz suena áspera—. Nadie va a hacerte daño.

—Eso ya lo veremos —replica James.

Un hoyuelo aparece en el rostro de Blake.

—Hemos venido a negociar los términos de tu liberación, pequeña liebre.

29

Hemos venido a negociar los términos de tu liberación, pequeña liebre».

La voz de Blake retumba en la malograda sala de baile. Mi respiración es pesada y las ataduras me irritan las muñecas. No quiero negociar nada. Quiero que Callum rete a James y le haga pagar.

Los alfas, de pie en torno a la mesa, me observan como si fuera una presa. Miradas lobunas que brillan en la oscuridad. Cuando el hombre tumbado de espaldas bajo el pie de Callum lucha por conseguir un poco de aire, este presiona aún más.

Tan solo Blake parece dueño de sí mismo, aunque lo conozco lo suficiente como para inferir que se trata de una pose. Se reclina en su asiento y se coloca bien el cuello de la camisa. A su lado, el pecho de Callum asciende y desciende de forma pronunciada. Aprecio el relieve de las venas de su cuello.

—Suéltala —masculla.

—No —dice James, en cuyas mejillas hay ahora tres ampollas, resultado de mi ataque. Parecen marcas de garras—. No hasta que haya acabado con ella.

—Como le toques un pelo…

—¿Qué? ¿Me retarás? ¿Me traicionarás? ¿Intentarás liderar una revuelta con la que arrebatarme el trono? —La voz de James aumenta de volumen—. Me parece que ya has hecho todo eso, hermano. Estamos en *guerra*. Nuestra gente se muere. Y a ti te parece buen momento para enfrentar a lobos entre sí, cuando nuestros auténticos enemigos se encuentran al otro lado de la frontera sur. —Los alfas comparten murmullos de concordancia. El hombre que sostiene la daga sobre el cuello de Callum aprieta el mango con más fuerza, por lo que se le ponen blancos los nudillos.

Él no parece darse cuenta—. Cuando nuestro auténtico enemigo está *aquí*. Te alías con la hija del conquistador que invade nuestras tierras, el trofeo del señor que mantiene a Claire en sus perreras, ¡la muchacha que se prometió con el hombre que desolló a nuestra madre!

La sangre huye del rostro de Callum. Cierra los puños con fuerza, como si así pudiera disimular el desconcierto y el dolor. Me asalta la culpa.

Fui yo la que informó de su muerte a Callum, pero no compartí con él mis sospechas acerca de cómo había sido asesinada, que obtuve cuando James me habló del abrigo de piel que le habían enviado a su padre. Quise ahorrarle ese dolor.

Odio a James por haberlo usado en su contra, tanto como por lo que me ha hecho a mí.

Callum parpadea un par de veces.

—Rory no es nuestra enemiga.

—Siéntate, hermano. —El lobo se desvanece en la mirada de James—. Tú y yo tenemos mucho que discutir. —Cabecea hacia el hombre que mantiene la hoja contra la garganta de Callum—. Quítale eso, Hamish. Podéis sentaros todos.

Hamish se aparta y envaina su daga. Toma asiento, al igual que los demás. Callum quita el pie del cuello del otro alfa, cuya apariencia es más juvenil que la del resto. Se aleja de los pies de Callum y, cuando lo mira, lo hace con los ojos entornados.

—Capullo —masculla.

—No me pongas a prueba, Kenneth —advierte Callum. Aquel se sienta de brazos cruzados, como si estuviera de vuelta de todo, pero lo roja que tiene la cara, tanto como su cabello, lo delata—. No hay nada que discutir, James —replica Callum—. Te has llevado a mi mujer y morirás por ello. Lo primero que haré será recuperarla.

Se acerca a mí. Duncan me apunta al cuello con su espada. Yo ahogo una exclamación y alzo el mentón para evitar el pinchazo. Callum frena en seco.

—Te aconsejo que lo medites, hermano —dice James.

Con la mano crispada a un lado, Callum camina hasta la mesa. Se acomoda en el extremo opuesto al de su hermano. Señala a Duncan.

—Tú y yo nos veremos las caras cuando esto termine. —Duncan palidece al tiempo que Callum devuelve la atención a la cabeza de la mesa—. Habla.

—Vuestro padre se revolvería en su tumba si viera a sus dos muchachos peleándose por una sureña. —El individuo que hay junto a James se inclina hacia delante. A juzgar por su melena gris, es de más edad que los otros. Tiene un rostro angular y el contorno de sus ojos carece de las típicas arrugas sembradas por años de risas repetidas.

—Nuestro padre opinaba que eras un cobarde, Malcom, después de que huyeras a los Altos Picos con el rabo entre las piernas en vez de acudir en ayuda del abuelo cuando te necesitó.

Los ojos de Malcolm centellean.

—Tiene razón —secunda James—. Nuestro padre te detestaba. Esto es entre mi hermano y yo.

—Doy por hecho que Alexander está de camino, ¿no? —interviene Blake.

—Así es —responde James.

Me noto el estómago revuelto. Blake tamborilea con los dedos en la mesa.

—Pues ¿nos ponemos a ello o qué?

—Estás muy subidito para ser hombre muerto, Blake —señala James.

—Y tú para ser un lobo que aspira a gobernar un reino después de negociar, una vez más, con sureños —contraataca Blake.

James curva los labios.

—A diferencia de mi hermano, que los toma por aliados.

Blake suelta una carcajada cuyo deje resulta frío.

—Por favor. Aurora no supone ninguna amenaza. En cuanto a mí, también he formado parte de tu consejo en el pasado, James.

Este aprieta un puño sobre la mesa.

—Y mira el resultado, maldito bastardo traicionero. —Sacude la cabeza—. Ambos sois un peligro para este reino y mi hermano debe darse cuenta.

—Rory no es un peligro —gruñe Callum.

—Tiene razón —apoya Blake—. No lo es. James, estás paranoico, como tu padre antes de su final. Dijo algo interesante sobre ti, ¿sabes? —Un músculo se crispa en la mandíbula de James. Malcolm enarca una ceja—. Si dejaras que Callum se quedara con su mascota, no nos veríamos envueltos en este embrollo, ¿o sí?

James suelta una risa ácida y en absoluto divertida.

—Sí que es su mascota, ¿verdad?

—¿De quién si no? —dice Blake.

Por una cuestión de supervivencia, intento controlar lo indignada que me siento, pero no lo consigo.

—No soy la mascota de nadie —tercio—. ¡Soy la princesa de las puñeteras Tierras del Sur!

Duncan me presiona la piel con la hoja. Me tenso.

—Probablemente no es buena idea que nos recuerdes ese dato ahora.

Un par de hombres se mofan y Callum les gruñe para que se callen.

—¿Qué es lo que quieres, James? Eres mi hermano. Crecimos juntos. Hemos cazado en los bosques que rodean Highfell y arrancado flores para llevárselas a nuestra madre. Cuando me rompí una pierna, cargaste conmigo a tu espalda hasta Glen Ghealach. Me enseñaste a blandir una espada y yo te he apoyado siempre con total lealtad. Podría haberte desafiado en un sinfín de ocasiones, pero preferí supeditarme a ti. —Endurece la expresión—. Me has insultado. Has dañado a la mujer que más me importa de todas. Ahora la retienes en contra de su voluntad. Sabías lo que siento por ella, y aun así pediste su mano en matrimonio. Te has deshonrado a ti mismo y traído la vergüenza a nuestra familia, a nuestra madre. Y, es más, mantienes a Fi, una de los míos, cautiva. Mi honor no me permite dejar impune tu afrenta. Lo sabes.

—Sí —dice James con los brazos sobre la mesa—. Sé, en este momento, que es así como te sientes. Solo quiero enseñarte algo antes de que tomes una decisión que no pueda remediarse. Los hombres de Alexander estarán aquí dentro de una hora. Si me permites una pequeña demostración, la cual no le hará daño a tu mujer, dejaré que se vaya y tú podrás decidir si quieres la ventaja y

llevártela antes de que llegue Alexander, o si prefieres dejarla aquí para que yo saque a Claire, una de los nuestros, de las Tierras Fronterizas.

Callum suelta una risa amarga.

—¿Y qué es eso que deseas enseñarme, hermano?

James se pasa una mano por la barbilla.

—Quiero pedirle algo a Blake. Una tarea sencilla. Si la completa, podrás irte. Quiero que prestes mucha atención a su reacción cuando le haga la pregunta.

Los rayos de luna que se filtran por las ventanas arqueadas arrancan un destello a los ojos de Blake, que parece intrigado. No obstante, lo que yo percibo en el pecho es tensión. Siento su cautela. Callum gira la cabeza y Blake se encoge de hombros, con el brazo todavía apoyado en el respaldo de la silla.

—Adelante, pues —alienta Callum.

James dirige su atención al alfa de Lowfell.

—Te creías listísimo, ¿no, Blake? Volviste a Callum, mi propia sangre, en mi contra. Me persuadiste para que pidiera la mano de Aurora. Creíste que, si me enteraba de que Callum la deseaba, yo la desearía más. ¿De verdad pensaste que arrebatarle algo a mi hermano me satisfaría? —Sacude la cabeza—. No. Decidí que la deseaba al margen de eso. ¿Quieres saber qué fue lo que de verdad hizo que quisiera casarme con ella?

—Estoy seguro de que me lo vas a decir —repone Blake.

—Fuiste tú, Blake. —Suelta un bufido risueño—. Desde que te conozco, nunca he visto que te interesaras por nadie. Después me entero de que le diste a una muchacha sureña tu collar mientras Callum me ayudaba en la batalla. Probablemente sea uno de sus juegos, me dije. Hasta que te vi bailar con ella la noche del festín. No podías apartar la mirada de ella, ¿verdad que no? Me pregunté qué tenía la joven en cuestión como para que hubiera llamado la atención del siempre impasible Blake. Porque te llamó la atención, ¿me equivoco?

Intento separar las muñecas, pero el roce de la cuerda es inclemente. Ya estoy harta de esto. Tiene que parar.

Un hoyuelo aparece en la mejilla de Blake.

—Es la hija del rey de las Tierras del Sur.

—Vete a la mierda, Blake. Sabes que no es por eso. Hice que rebuscaran en tu alcoba cuando te marchaste. Allí, escondido, encontré un libro muy interesante. —Me pongo tensa. ¿Sabrá James que nuestras vidas están vinculadas?—. Todo era tortura, sacar órganos, experimentos con lobos… Bastante turbio, la verdad, pero no esperaba menos de ti. Sin embargo, hubo algo más entre esas páginas que me llamó la atención. Sabes de lo que te hablo, ¿verdad?

A pesar de que Blake no renuncia a su sonrisa, veo que se le tensan los hombros.

—¿Qué quieres que haga, James?

Este se inclina en su asiento.

—¿Estás observando, hermano?

—Sí —responde Callum, ceñudo.

—Blake, dejaré marchar a la princesa con la condición de que la beses.

30

La risa de Blake me perturba tanto como la petición de James.

«Blake, dejaré marchar a la princesa con la condición de que la beses».

—¿Es eso lo que te pone cachondo ahora, James? —pregunta Blake.

Los demás alfas se ríen por lo bajo.

Me ruge la sangre en los oídos. No logro entender por qué le pide a Blake que haga algo así. Desde el punto de vista lógico, es una petición muy modesta a cambio de mi liberación. Eso en caso de que nos fiemos de que James vaya a mantener su palabra. Sin embargo, mi alma grita en rebeldía. Ni siquiera comprendo del todo por qué me opongo con tanto ímpetu.

Blake ya me besó en una ocasión, cuando a Callum le administraron acónito e intentó provocarlo para que dejara salir a su lobo. Me molestó, pero no hizo que tuviera la sensación de que mi alma estaba en llamas. Tal vez porque, ahora, soy consciente de lo provocativo que será para Callum. Sé que Blake siente una especie de atracción por mí, aunque finja que no es así. James debe de estar buscando una fisura entre los dos alfas, algo que explotar a través de mí para mellar su alianza, ya que resulta poderosa.

O quizá mis sentimientos no tengan nada que ver con Blake, sino con James y su forma de arrebatarme mi autodeterminación. Ya me ha obligado a ser una loba, y ahora me tiene aquí atada a una columna, a la espera de que me deje besar en contra de mi voluntad.

—No pienso besar a nadie. —Intento deshacerme de la cuerda que me aprisiona las muñecas y me irrita la piel. Duncan aprieta la punta de su daga contra mi barbilla. Me paralizo.

—Quieta —dice.

Todos se quedan mirándome. Ocho hombres, seis de los cuales probablemente se recreen en mi humillación. Callum tiene el aspecto de una estatua cincelada con piedra extraída de la montaña. Ha desterrado sus emociones del mismo modo que cuando se siente amenazado. No soy capaz de discernir lo que piensa.

—¿Y bien? —exhorta James.

—No. —Blake sonríe, pero su mirada es implacable—. No pienso besar a la mascota de Callum.

James se inclina hacia delante.

—¿Por qué no?

—No eres ningún estratega, James. Si pretendes crear un cisma entre Callum y yo, esto no surtirá efecto.

—¿No besas a la muchacha, pero no tienes ningún problema en marcarla y reclamarla como tuya en la noche de Oidhche Fhada?

—Eso parece.

James mira a Callum.

—Su recelo es interesante, ¿no crees, hermano? Solo es un beso. No es que esté pidiendo que se la folle. Sabe tan bien como yo que lo superarás, dadas las circunstancias. Sobre todo porque es lo que le salvará la vida. Me pregunto qué será lo que no quiere que veamos.

James se levanta y camina en mi dirección. Las marcas que he trazado en su piel ya se están curando, por lo que las tres líneas en cada una de sus mejillas no son más que rasguños cada vez más tenues. Duncan aparta la daga y se hace a un lado.

—¿No te parece bella? —James me coge del mentón y yo me veo asediada por su olor a helecho y a hierro. Me gira el rostro hacia Blake.

Él tensa la mandíbula.

Intento zafarme, pero el agarre de James se vuelve doloroso. Blake se yergue casi imperceptiblemente en su asiento.

—No le gusta nada esto, ¿a que no, hermano? —Me suelta y yo me aparto, con lo que me golpeo las caderas contra la piedra de la columna.

Con una risita, James regresa a su asiento y se deja caer en él.

Me vuelvo hacia Callum, convencida de que va a retar a James y a ponerle fin a esto. Tiene el ceño fruncido. Sus ojos están fijos en Blake.

—Haz lo que te pide —dice Callum con un gruñido grave que, a pesar de ser casi inaudible, a mí me resulta ensordecedor.

Mis entrañas aúllan, la oscuridad se apodera de mí. Creía que me protegería. Creía que me salvaría de esta humillación.

Blake se vuelve hacia Callum.

—¿En serio?

—En serio.

—Ten cuidado, Callum. Algunas cosas no pueden deshacerse.

Ambos parecen contener el aliento. Callum echa la cabeza hacia atrás.

Blake suspira. Arrastra su silla sobre las baldosas para separarla de la mesa y ponerse en pie. Se pasa los dientes por el labio inferior y tamborilea en la superficie de la mesa con los dedos. Creo que intenta comunicarle algo a Callum, pero este tiene la vista clavada en sus manos entrelazadas.

Sacudiendo la cabeza, Blake camina frente a los lobos allí reunidos y se aproxima a mí.

Esto no puede estar pasando. Callum no va a dejar que suceda. Robert se ríe, mientras que otros lobos silban.

Callum no hace nada.

Nada.

Quiero salir de mi propia piel, desaparecer en la oscuridad, donde nadie pueda verme. El ruido mengua a mi alrededor mientras yo intento deshacer mis ataduras. Por un segundo, vuelvo a estar en la iglesia de la Luz y del Sol, presa del agarre de las Hermanas del Sol mientras el sumo sacerdote se cierne sobre mí. La impotencia se adueña de mi ser. Al igual que entonces, nadie interviene.

Callum no interviene.

El calor y el aroma corporales de Blake inundan mis sentidos. Su postura me impide ver a los hombres que, a sus espaldas, ríen y vitorean. Su expresión es solemne. Que esté manteniendo sus emociones lejos de mí no me impide notar su reticencia.

Sacudo la cabeza.

—Ni se te ocurra.

Me toca el bíceps. Recorre mi brazo con la mano y se detiene en la muñeca antes de deslizar el pulgar entre mi piel y la cuerda. Contengo el aliento, porque parece que está comprobando cómo de amordazada estoy. Como me pasa siempre con él, no tengo claro si va a ayudarme o a empeorar las cosas. Sé que no quiere besarme.

Toma mi rostro entre las manos en un gesto amable pero firme. Su boca está a escasos centímetros de la mía.

—Lo siento mucho, Aurora, cielo.

Roza mis labios con los suyos.

Su boca ejerce un poder inmisericorde sobre la mía, imparable, pero solo dura un segundo antes de suavizarse. Me contagio de su oscuridad. Su fragancia a pino me envuelve como una serpiente que no quisiera renunciar a su presa. Los latidos de su corazón perforan mis tímpanos con fuerza, inestables.

Unos sentimientos que no me pertenecen, que no puedo descifrar, se mezclan con mi miedo, con mi ira, y me dejan sin respiración. Una palabra se conjura en mi mente: intangible. La naturaleza salvaje que late en mí alza la cabeza. Mi sangre aúlla. Me duelen los colmillos. Todo me duele. No soy nada más que esta oscuridad, este vacío angustioso e interminable que necesito llenar. Soy un grito infinito, creciente, sepultado en piedra. Es insoportable.

Separo los labios y su lengua se encuentra con la mía. La forma que tiene de sostenerme la cara se vuelve más vehemente. Me echo para atrás y Blake se queda quieto. El lobo acecha en su mirada. Tiene las pupilas dilatadas y sus iris están salpicados del mismo oro que corre por mis venas.

Las risas llenan el ambiente. Blake inspira hondo. Capto movimiento más allá de su figura. Callum respira deprisa. Tiene las aletas de la nariz muy abiertas. No oculta sus emociones. La angustia que se dilucida en su mirada es desproporcionada, teniendo en cuenta que podría haber impedido que esto pasara.

Blake vuelve el rostro. Algo parece fraguarse entre los dos hombres, y Callum hace a un lado su dolor. Inclina la cabeza.

Patea la silla de Kenneth y Blake agarra a Duncan. Un segundo después, tanto Kenneth como Duncan se encuentran en el suelo,

con Blake sosteniendo la daga de Duncan. Corta mis ataduras con ella y Callum lanza la silla por los aires hasta James, que la esquiva con un rugido.

Yo me tambaleo hacia atrás en cuanto las cuerdas se separan de mi piel. Blake me rodea la cintura con el brazo para atraerme hacia él y se mueve conmigo al otro lado de la columna para protegernos de la estocada de uno de los hombres con tartán verde. El sonido del acero contra la piedra retumba en mis oídos. Blake me empuja hacia atrás, se da la vuelta y le da un rodillazo a nuestro atacante en la entrepierna para, acto seguido, hacerle un tajo en la garganta.

Callum empuja de mala manera otra silla y le propina un puñetazo a Kenneth en la cara antes de dirigirse a donde está James.

—Hermano, te desafío por el Trono Lobuno. Enfréntate a mí ahora o…

El cristal de la ventana arqueada que hay a un lado se hace pedazos. Tanto él como James alzan el brazo sobre sus rostros para protegerse de los fragmentos de cristal. Blake se zafa de otro lobo con la daga más empapada de sangre todavía. Su víctima se desploma sobre el suelo. Una roca rueda entonces hasta el centro de la estancia.

Segundos después, varios hombres irrumpen en la estancia, con sus voces inundando el lugar. El cristal se hace añicos bajo el peso de sus botas. En sus pecheras lucen la estrella que conforma la heráldica propia de las Tierras Fronterizas. Salta a la vista que Alexander los ha enviado con la orden de atacar, no de negociar. Más lobos de James se cuelan por las puertas para unirse a la pelea.

Los ojos de este se cruzan con los míos.

—¡Necesito a la muchacha! ¡Que alguien capture a la muchacha! —Avanza a zancadas hacia mí. Callum carga contra él, rodeándolo por la cintura y derribándolo. Caen sobre las baldosas con un golpe sordo que hace temblar la lámpara de araña.

—¡SÁCALA DE AQUÍ! —le ruge a Blake.

Este me coge por la muñeca.

—Hora de irse, pequeña lie…

Me pega a su pecho y hace que nos demos la vuelta al tiempo que un tremendo chasquido reverbera por todo el salón. Un dolor

lacerante estalla en mi hombro y tanto yo como Blake soltamos un quejido. Se oye otro crujido y vuelvo a sentirlo, esta vez un poco más abajo. Se me doblan las piernas.

—*Joder* —bufa Blake en mi cuello.

Me sujeta con fuerza. El dolor que siento se disipa, pero su respiración está entrecortada.

Al otro lado de la estancia, uno de los hombres de Alexander sostiene un mosquete. Siento el azote de la adrenalina. Han disparado a Blake. Dos veces. El hombre se gira y apunta con su arma a otro de los alfas.

Paso la mano por debajo del brazo de Blake para sujetarlo por la espalda y mantenerlo erguido.

—¡Blake! ¿Estás…? —Las palabras se me atascan en la garganta.

Un hombre alto, de complexión musculosa, avanza por el lugar desde una zona en la que antes había una pared. Tiene el pelo negro y rapado casi al cero. A pesar de que es humano y que el viento que sopla es frío, no lleva más que un fino abrigo negro sobre sus ricos pantalones bordados. Contrastan mucho con la brutalidad de su actitud. La luna resalta tanto el brillo iracundo de sus ojos como la cicatriz que le atraviesa la ceja.

—Alexander —musito.

Es incluso más temible ahora que en el entorno delicado de palacio. Aquí no hay normas por las que regirse, no hay protocolos, nadie que vaya a impedirle coger lo que se le antoje. Al avanzar hacia nosotros, esboza una sonrisa que deja al descubierto sus perfectos dientes blancos.

—Hola, tesoro. —Su voz se eleva por encima del caos—. Cuánto tiempo. He estado buscándote.

31

Alexander camina hacia nosotros.

—Blake, tenemos que irnos —susurro—. Ya.

Le fallan las piernas y casi nos caemos. Entierra su rostro en mi cuello con un gruñido. Capto un aroma familiar que me recuerda a los aposentos de mi madre cuando yo era niña, a hierbas y a enfermedad. Se me hiela la sangre en las venas.

Las balas estaban bañadas en acónito.

Hombres y lobos pelean a nuestro alrededor. El rugido de Callum reverbera por todo el salón de baile cuando James cae sobre él a horcajadas y le da un puñetazo en la mandíbula. La sangre salpica el mosaico desteñido del suelo. Se me encoge el corazón. El sonido de los aceros al chocar y los gritos masculinos se propagan por el aire.

Un lobo de *kilt* azul se interpone en el camino de Alexander, espada en mano. Este bloquea su estocada y, con la hoja que tiene en la otra mano, lo ensarta por el estómago. Sangre y vísceras, negras a la luz de la luna, brotan de su cuerpo. «Diosa».

—Blake, ¿puedes andar? —Tiene la piel pálida y sudorosa. Un par de bucles negros se le pegan a la frente—. Diosa, da igual.

Le echo un brazo por los hombros y le rodeo las caderas con el otro, procurando no tocar su piel desnuda con mis manos mojadas de acónito. Lo arrastro hacia las puertas. Nuestro avance es lento. Él está apoyado en mí casi en su totalidad, como un peso muerto. Huele a sangre y a veneno.

—El caballo…, afuera —farfulla.

—Vale. Vamos.

Pesa bastante, un nuevo recordatorio de los músculos que hay bajo toda esa ropa. Está frío, demasiado para tratarse de un lobo. Tiene la camisa empapada, no sé si de sudor o de sangre, y prefiero no pensar en ello. A nuestras espaldas, Alexander empuja a un lado

a uno de sus hombres. Bloquea la estocada de Kenneth y aparta al alfa pelirrojo.

—¿Adónde vas, tesoro? —La voz ronca de Alexander me persigue —. ¿No quieres jugar?

Al cruzar las puertas, arrastro a Blake por el oscuro pasillo. La sangre que resbala por sus dedos y cae sobre las baldosas deja un rastro a nuestro paso.

—Izquierda —murmura cuando llegamos al final.

Sonoros pasos retumban a mis espaldas; Alexander se aproxima. Callum ruge; un rugido de triunfo o de dolor, no lo sé. Tengo que seguir. Pasamos por lo que parece un salón y después por las cocinas. Empujo la puerta que hay al final del pasillo y la noche se adentra en la residencia acompañada por el viento. La fragancia de la hierba silvestre y las montañas inunda mis fosas nasales. Una ligera llovizna me rocía la piel. Nos topamos con un sendero asediado por la maleza.

—Te prometí que volvería a por ti, tesoro, ¿no es así? —vocifera Alexander.

Frente a nosotros hay tres caballos atados a unos árboles. Aprieto los dientes. Me duele cada hueso del cuerpo; todos mis músculos están en tensión. Con un gemido y sin dejar de avanzar, Blake me libra de parte de su peso. Más allá, las montañas se alzan oscuras.

Cuando llegamos a la pequeña arboleda, Blake me suelta y se tambalea hasta una yegua negra.

—Tú primero —murmura.

Yo monto y él se las arregla para subirse justo detrás de mí, aunque tengo que ayudarlo. Sisea al notar el tacto de mis manos desnudas sobre sus muñecas, pero, en vez de quejarse, se endereza y fija los muslos en torno a mí antes de pasar el brazo bueno por mi cintura. Tomo las riendas.

Oigo las piedras y las ramitas que se parten bajo las pisadas firmes de Alexander. Está silbando sin afinar demasiado. Es una melodía familiar que me infunde temor, un temor aún más intenso que el que me inspira la idea de que me atrape.

—*¡Vamos!* —El aliento de Blake me acaricia la oreja.

Sostengo las bridas con fuerza y hundo los talones en el animal, que abandona la arboleda a toda velocidad. Su olor a tierra golpea mi olfato junto con los aromas del bosque y de la lluvia, añadidos al del oscuro veneno de Blake. El viento me quita el pelo de la cara y la euforia que me embarga opaca el miedo. Ha pasado tanto tiempo desde que monté a caballo, desde que mi madre y yo salíamos a galopar al campo… Y, sin embargo, hacerlo resulta instintivo.

«Libertad —grita mi corazón—. Libertad».

Unos cascos retumban contra el suelo detrás de nosotros y una risa grave y áspera me acaricia los tímpanos.

—No puedes escapar, tesoro.

Siento un arrebato de pánico. Las luces de la mansión se diluyen en la distancia, mermadas por la creciente oscuridad. No sé adónde voy. Noto la respiración agitada de Blake en mi cuello. No aguantará mucho sin que alguien se ocupe de sus heridas.

Me da algunas instrucciones y yo avanzo por el terreno presidido por la luna lo mejor que puedo mientras su pecho asciende y desciende frenéticamente contra mi espalda.

—Allí delante. —Me roza el hombro con la barbilla al señalar con un cabeceo—. Allí no nos seguirá.

Una ermita se dibuja en la falda de una montaña. Está cercada por una verja de hierro y de la húmeda tierra que la rodea sobresalen unas lápidas erosionadas. Al hierro le han dado la forma de lunas crecientes y estrellas. Detengo el caballo entre las tumbas. No hay otro lugar a donde ir.

Una áspera carcajada inunda el aire. Con el corazón desbocado, alzo el mentón y giro mi montura.

—Hola, Alexander —le digo.

Él tira de las riendas de su caballo y frena en seco al otro lado de la entrada.

—Me he imaginado nuestro reencuentro en muchas ocasiones. La realidad es incluso mejor. —Estira la mano y vislumbro un poco de tinta en su muñeca, ahora descubierta, al tener la manga oscura algo retirada—. Ven conmigo, tesoro. Te llevaré a casa.

Sacudo la cabeza.

—Esta es mi casa ahora, y, si piensas que puedes utilizarme para obtener el perdón de mi padre, estás muy equivocado.

Alexander echa la cabeza hacia atrás con una risotada.

—¿Tu padre? ¿Crees que busco el favor de ese viejo idiota? No. Lo que tengo planeado para ti es mucho mejor, tesoro. Ven conmigo y te cubriré de gloria.

—¿Por qué no vienes a por ella, Alex? —La voz de Blake suena aterciopelada, pero noto la fuerza con la que se aferra a mi cintura bajo la capa, como si le diera miedo caerse.

La sonrisa de Alexander se vuelve más amplia.

—Pero bueno, si es el cachorro favorito del rey. Te he echado de menos, Blake. Añoraba la cadencia de tus gritos. A veces sueño con ellos. ¿Tú sueñas conmigo?

Alzo las cejas. ¿Se conocen?

—A veces —responde Blake.

Alexander me señala con un rápido movimiento de cabeza.

—Podemos compartirla, si quieres. —Blake ríe—. ¿No? —Alexander se pasa una mano por su cabeza rapada y se encoge de hombros—. Vale. En otra ocasión. Llévala a la Fortaleza Gris en caso de que quieras pasar un buen rato. Allí está uno de nuestros viejos amigos, alguien a quien me gustaría que conociera. Eso antes de que cumpla con su propósito, claro. —Gira a su caballo y me dirige una mirada por encima del hombro—. Nos vemos pronto, tesoro. Hasta entonces, voy a enviar a alguien para que os visite en Madadh-allaidh. Hemos hecho buenas migas en las últimas semanas. Dadle un buen recibimiento, ¿de acuerdo?

Y se aleja al galope.

Blake se desploma sobre mí.

32

Allí está uno de nuestros viejos amigos, alguien a quien me gustaría que conociera. Eso antes de que cumpla con su propósito, claro».

Me estremezco. Los árboles que hay en el camposanto se agitan al abrazo del viento. Las lápidas a nuestro alrededor sobresalen de la tierra como si fueran dientes mellados. Da la impresión de que estamos a muchos kilómetros de distancia de cualquier otra cosa. A mis espaldas, Blake emite un quejido. Mi mente se ve asediada por múltiples preguntas acerca de Alexander y su conexión con él. Pero primero tengo que ayudarlo.

«Haz lo que te pide». Destierro de mi mente el recuerdo de las palabras de Callum.

—¿Estás consciente? —susurro.

—Mm… —farfulla.

Su brazo es como un bloque de hielo contra mi abdomen. Si no logro sanarlo, ambos moriremos. Procuro dominar mi alocado corazón.

—Supongo que tienes el antídoto en tu morral, ¿no?

De sus labios brota un sonido que interpreto como una afirmación.

—Vale. —Conduzco a la yegua hasta la ermita y me detengo frente a las puertas arqueadas, en cuyo marco hay talladas aún más lunas crecientes y estrellas. Es uno de los templos de Noche.

Muevo el pesado brazo de Blake a un lado. Él se reclina sin fuerzas al tiempo que yo bajo al pequeño camino. Casi me fallan las rodillas, por lo que me veo obligada a poner una mano en el costado del animal para mantener el equilibrio. Rozo la pierna de Blake con el hombro. Inspiro profundamente.

—Vamos —lo aliento.

Le ofrezco mi mano, pero él se las apaña para bajar sin ayuda. Las hojas resecas crujen bajo sus botas cuando cae.

—Joder. Estoy hecho una mierda. —Se apoya en mi hombro con un tropiezo y coloca la palma de la mano en la pared de la ermita antes de doblarse hacia delante. Unos mechones oscuros le acarician la frente, tan pálida como la luz de la luna.

Me apresuro hasta la silla de montar y rebusco en su morral. Saco un estuche negro al que lo he visto recurrir cuando ha tenido que curar a alguien. Me vuelvo hacia él. Está apoyado en el muro de la ermita, sujetándose el hombro con una mano. Tiene la cabeza hacia atrás, contra la piedra, de manera que su garganta queda expuesta. La sangre que corre entre sus dedos tiñe las baldosas bajo sus pies. Nunca lo he visto tan vulnerable.

Me acerco a él y me pasa el brazo por los hombros. Con la mano en torno a su cintura, abro la puerta y entramos antes de que se cierre.

Dentro, unos bancos se extienden en distintas filas hasta el altar de piedra, sobre el cual hay una vidriera con la representación de una llave en cuyo arco se aprecian unas medias lunas. El resplandor argénteo que se derrama sobre ella proyecta un charco de luz en las baldosas. El ambiente está cargado de moho.

—Lávate las manos —indica Blake, señalando con la cabeza la fuente de piedra que hay junto a la entrada.

Yo me lavo las manos en el agua helada mientras él avanza como puede por el pasillo central. Me sacudo el agua y corro hasta él para pasarle un brazo por la cintura y evitar así que se caiga, ya que había empezado a tambalearse.

—Ven. —Pongo mis manos en sus caderas y le hago darse la vuelta para quedar cara a cara. Lo acompaño hasta el altar. Cuando empiezo a desabrocharle los botones, mis nudillos le rozan el pecho y después el abdomen. Cuando baja la barbilla, percibo el peso de su mirada en mi rostro—. ¿Cómo sabías dónde estaba? —le pregunto.

—Tengo mis fuentes en Madadh-allaidh.

—¿Magnus? —inquiero, sin poder evitar torcer los labios en un gesto de desaprobación.

La comisura de los suyos se eleva ligeramente.

—Has estado hablando con Elsie.

Desabrocho el último botón y le abro la camisa. Unas líneas blanquecinas le surcan el pecho. Tiene una larga cicatriz curva cerca del relieve en forma de uve que nace de su cadera derecha. Una estela de vello oscuro se pierde en sus pantalones.

—Cuando hayas terminado de admirarme… —murmura Blake.

Yo reprimo el rubor y lo ayudo a sacar el brazo bueno de la manga. Retiro la tela empapada de sangre de su hombro herido y la dejo caer en el altar. Él observa los dos orificios de su brazo, de los cuales mana sangre caliente.

—Herida de salida. Al menos las balas no se han quedado dentro. En mi morral hay material para hacer un torniquete y una jeringuilla con el antídoto —indica, a lo que yo asiento.

Me deslizo por su lado y abro su estuche. Al desplegarse muestra toda una gama de bisturíes, pequeños viales y una jeringuilla dispuesta a un lado. También hay una correa de cuero, un rollo de gasa, aguja e hilo. Cojo la correa, la gasa y la jeringuilla, en la que hay un líquido transparente.

—Bien —dice él—. Busca una vena.

Me ofrece su brazo bueno. Yo ajusto la correa en torno a su bíceps y trato de no pensar en su dureza mientras paso mis dedos por su musculatura. En cuanto ajusto el torniquete, unas venas azules aparecen a lo largo de su antebrazo. Cojo la jeringuilla y penetro con la aguja una de ellas. Al presionar el émbolo, Blake, que suelta un leve gemido, echa la cabeza para atrás y deja que el antídoto fluya por su torrente sanguíneo. La saco y la dejo en el altar junto a él.

—Ya está —dice—. Yo vendaré…

El gruñido grave y fiero que vibra en mi pecho retumba en la oscuridad y sacude las sombras. Su expresión se transforma hasta adoptar un cariz frío. El lobo refulge en su mirada.

Dejo caer mi brazo izquierdo a un lado, inútil. La sombra de un dolor sordo se propaga por mi hombro. Siento la sangre que no está ahí manando de unas heridas invisibles. Se me escapa un tenue suspiro. A medida que su control sobre el vínculo se debilita, mi percepción de sus sentidos se acentúa. Sus emociones ya no siguen

ninguna lógica: son puro instinto animal. Una única palabra crepita en el vínculo que nos une como si fuera un gruñido.

«Cazar».

Yo me echo hacia atrás. Es el antídoto, que está funcionando y sacando su lobo a la superficie, pero no esperaba que reaccionara así. Callum no lo hizo cuando se tomó el antídoto. Tengo la impresión de estar frente a un animal herido, no un hombre.

—Blake, no.

Él aprieta el puño con tanta fuerza que se le ponen blancos los nudillos. Cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, el lobo es más poderoso que nunca. Una lenta y fiera sonrisa se abre paso por su rostro.

—*Corre.*

Siento una punzada de adrenalina.

—No. —Procuro dominar el temblor que se ha adueñado de mis piernas. Me acerco un poco más a él, que se incorpora—. No pienso volver a pasar por eso. Contrólate.

Su respiración se acentúa. Me veo embargada por su esencia, oscura y primaria. Su sombra se apodera de mi alma. Me drena. Me asfixia. Gotas de sudor me perlan la frente. Unos puntos negros danzan en mi visión. Él gruñe. «Cazar».

—Blake, *para*.

Cada músculo de su cuerpo está en tensión. Tengo la piel húmeda. La sensación… Es casi como cuando usó el Àithne conmigo, pero más fuerte. Despierta el salvajismo que hay en mí. «Cazar. Reclamar. Morder». Destierro la fiebre incipiente. Me pongo de puntillas y le cojo el rostro con ambas manos. Él compone una mueca con la que me enseña los dientes, de manera que su aliento se mezcla con el mío. «Cazar».

—¡Que te controles!

Un grito se fragua en mis adentros; una necesidad de libertad. Me da la sensación de que estos son los instantes que preceden a una tormenta.

Lo sacudo a través del vínculo. No puedo explicar cómo, pero tomo esa parte sombría de su ser y la hago retroceder. Sus ojos destellan. Las sombras en mi interior pierden empuje. Una arruga

aparece en su entrecejo. Noto que sus emociones empiezan a asentarse. Un sonido grave y áspero escapa de su garganta antes de alejarse de mí. Se muerde el brazo.

—¡Blake! ¿Qué estás…?

El alivio que siente me llega con una vehemencia que casi eclipsa la sensación de sus dientes en mi carne. Deja escapar un suave gemido que me envuelve. «A los lobos nos gusta morder», me dijo Callum. Inspira profundamente un par de veces. Alza la cabeza. Tiene los labios teñidos de su propia sangre. Al parpadear, sus ojos vuelven a ser los de siempre.

Ambos respiramos con fuerza. Él contempla el estuche abierto en el altar. Cabecea hacia el rollo de gasa.

—¿Te importa? —pregunta con una voz más ronca que de costumbre.

Conmocionada, me dirijo al estuche y cojo el rollo de gasa. Me pongo de puntillas y le rozo la parte superior de los hombros.

—No… no voy a poder hacerlo si no te agachas un poco. Eres demasiado alto.

Despacio, se pone de rodillas. Cubierto de sangre y con la respiración pesada delante del altar, tiene el aspecto de un dios caído que suplica redención.

Le toco un hombro y noto la rigidez del músculo que hay debajo. Enrollo la tela alrededor de la zona en la que el brazo se une al hombro. Un denso y sofocante silencio cae sobre nosotros. Es pesado. Incómodo. Su respiración sigue algo entrecortada. La sangre tiñe la gasa, aunque la hemorragia ha disminuido. Es tan negra como la tinta en la oscuridad.

Finalmente, ato y remato el extremo de la gasa.

—Hecho.

—Gracias —dice con un carraspeo antes de ponerse en pie.

La puerta se abre de golpe. La mano de Blake vuela hasta su daga robada y yo me doy la vuelta.

Duncan está en el umbral, sin aliento. Tiene las mejillas sonrosadas y la camisa manchada de sangre.

—Traigo un mensaje del rey. —Blake desenfunda su arma y camina hasta él. Duncan, con los ojos desorbitados, alza los brazos

—. Del *nuevo* rey.

Yo me aferro al bíceps de Blake, que se detiene en seco.

—¿Callum? —musito.

—Sí, Callum. —Alterna la mirada entre Blake y yo con aire cauteloso—. Callum es el rey. Está de camino a Madadh-allaidh para unirse a Lochlan y su ejército. Dice que acudáis de inmediato.

33

Duncan se queda en el umbral de la puerta. El viento agita su *kilt* azul contra los muslos. La noche repta por las baldosas que hay frente a él. Tiene la camisa ensangrentada y algunos mechones de su cabello rubio han escapado del recogido. En torno a su ojo se está formando un moratón que hace que me pregunte si es obra de Blake o de los hombres de Alexander.

«Callum es el rey».

El alivio inunda mi pecho, pero no tarda en disiparse. Duncan era mi custodio cuando me encerraron en la celda. Ha sostenido una hoja contra mi garganta. Podría estar mintiendo. Cuesta creer que Callum haya enviado a Duncan para que venga a por mí en vez de venir él mismo.

«Haz lo que te pide». Destierro la voz de Callum de mi mente junto con los sentimientos que me provoca.

A mi lado, Blake rodea la empuñadura de la daga con la mano. Su brazo está pegado al mío. Como no lleva camisa alguna, la palidez y la humedad de su piel quedan al descubierto. Ambos estamos llenos de sangre. Duncan nos mira con recelo.

—No os miento —insiste—. Me envía Callum.

—¿Qué hay de los hombres de las Tierras Fronterizas? —indaga Blake.

—Se han marchado después de Alexander.

Blake afloja la daga.

—Espéranos afuera.

Duncan asiente y sale de la ermita, con la puerta cerrándose a sus espaldas. Cuando inspiro profundamente y el aire me llena los pulmones, percibo un regusto a sangre que me recuerda que Blake aún no ha sanado del todo.

—Puede que mienta —digo.

—No miente —replica Blake—. O al menos a mí no me lo ha parecido.

—¿Por qué no ha venido Callum en persona?

Él exhala un pesado suspiro.

—Porque estás conmigo. —Yo arrugo el entrecejo. La situación parece exasperarlo. Se pasa la mano buena por la nuca—. O quizá sea una trampa, pequeña liebre. ¿Quieres que lo averigüemos?

Blake coge su camisa ensangrentada. No le resulta fácil ponérsela, por lo que acudo rauda para ayudarlo con los botones. Recorremos el pasillo y salimos al exterior.

Duncan ya está a lomos de su caballo, junto a las puertas de la ermita. Las montañas se elevan a sus espaldas. Blake va hasta la yegua con la que hemos venido y le da unos toquecitos en el costado. Yo freno en seco y me pongo tensa. Hemos huido tan movidos por el pánico que no me he parado a pensar en lo pegados que estaban nuestros cuerpos al montar.

Blake vuelve el rostro y compone una mueca.

—¿Acaso prefieres montar con Duncan?

Este se endereza sobre la silla y yo capto un atisbo de pánico en sus ojos antes de que aparte la mirada con aire resolutivo. Me pregunto si le preocupará lo que pueda pensar Callum.

Con un bufido, me uno a Blake junto al animal.

—Las riendas las cojo yo.

Con su brazo izquierdo colgando a un lado, Blake pone los ojos en blanco.

—Cómo no.

Una vez sentada en la silla de montar, Blake se acomoda detrás de mí. La presión de su pecho contra mi espalda hace que se me tensen todos los músculos del cuerpo. En vez de agarrarse a mi cintura con los brazos, se aferra a los márgenes de la silla de montar. Es satisfactorio comprobar que, una vez lejos de las garras de la muerte, tampoco él está a gusto con la situación.

Duncan cruza la verja. Todavía un poco inquieta por no tener ninguna certeza sobre adónde nos va a llevar, tomo las riendas y voy tras él.

Los árboles susurran a nuestro alrededor mientras avanzamos al trote por un paso de montaña. La penumbra camufla la cima. Las piernas de Blake se frotan con las mías por culpa de un terreno cada vez más irregular, por lo que se recoloca constantemente con la intención de poner toda la distancia posible entre nosotros.

Antes me ha besado.

El rastro de su beso palpita aún en mis labios. Estoy segura de que latirá con más fuerza en cuanto volvamos al castillo. Estoy segura de que ambos tendremos que afrontar las consecuencias. Todos los alfas lo vieron. Callum lo vio.

«Haz lo que te pide».

—Conoces a Alexander —señalo en voz baja al cabo de un rato.

—Sí —responde Blake. Su aliento me acaricia la oreja.

—Y no se te ocurrió mencionármelo.

—No sabía que tenía que mantenerte al tanto de mis relaciones sociales. —Cuando la yegua sortea una roca, su pecho cae contra mi espalda—. Puedo hacerte una lista si tanto te interesa.

—No te hagas el tonto. Sabías que Alexander iba detrás de mí y conocías nuestra historia. Me parece que era una información digna de mención.

—¿Por qué? Si según tú somos enemigos.

—Pero tú me dijiste que éramos amigos. ¿De qué lo conoces?

La respiración de Blake me roza la mejilla con su calidez.

—Estuve prisionero hace un tiempo. Lo conocí durante mi cautiverio.

—¿Por qué te apresaron?

—Por ser un lobo.

La réplica que tenía lista sobre lo bien empleado que le estaba por ser como es perece en mi paladar.

—Ah. Lo siento. —El agua corre a nuestro lado, aunque está demasiado oscuro como para discernir si se trata de un río o un arroyo. Su melodía es relajante—. ¿Cómo sabías que Alexander no entraría en la ermita?

—¿Te has fijado en la marca de su muñeca?

Vislumbré un tatuaje en la misma zona en la que lo tiene Elsie, lo que me permitió deducir el símbolo que representaba.

—Venera a Noche, ¿no es así? Estábamos en uno de sus templos. ¿Por qué iba a temerlo?

—Se dice que los lugares de culto nos acercan más a los dioses y diosas en cuestión. Alexander no es un partidario genuino. Intentó jugársela al Dios de la Noche para que le diera poder, o eso he oído. Ahora teme una posible represalia. No se atrevería a poner un pie en un lugar como ese.

—¿Qué crees que quiere de mí?

Él sacude la cabeza.

—Esperemos no averiguarlo.

Acompañados por las primeras luces del alba, llegamos a la colina que preside Madadh-allaidh. El trino de los pájaros se propaga por un cielo cada vez más claro sobre el castillo: una construcción angulosa hecha de piedra oscura. Rodeando el muro exterior, hay un ejército de unos trescientos soldados cuyos *kilts* y bandas trazan una estela de amarillo sobre el paisaje en penumbra. La niebla matinal abraza el lago de detrás.

El ejército de Lochlan.

Soy incapaz de ubicar al propio alfa, pero me sorprende (gratamente) ver que hay mujeres guerreras entre los hombres, a lomos de sus caballos.

—¿Callum y Lochlan han liberado al prisionero de Alexander? —pregunto.

—Sí —responde Blake—. Aunque, a juzgar por lo que nos dijo Alexander, empiezo a preguntarme si será una trampa. Pareció demasiado sencillo.

—Dijo que enviaría a alguien a por nosotros.

—Exacto. —Se da la vuelta sobre la silla—. No muerden, Duncan. En marcha. —El susodicho le lanza una mirada desagradable antes de hundir los talones en los costados de su caballo—. Nosotros también deberíamos ir, pequeña liebre. Estoy seguro de que Callum ya está montando un numerito porque todavía no estás allí.

«Haz lo que te pide». Me saco la voz de Callum de la cabeza.

Conduzco a la yegua por la pendiente revestida de hierba.

Nos dirigimos a Madadh-allaidh.

Nos recibe el alboroto del patio del castillo en cuanto cruzamos por las puertas.

La niebla de la mañana impregna de rocío los adoquines. Debe de haber unos treinta lobos congregados en grupos más pequeños, los cuales mantienen conversaciones acaloradas. Algunos llevan presas muertas o cubos repletos de pienso para pollos. Los hay que se han detenido con fardos de heno entre los brazos. Junto a la bomba de agua, veo a la señora McDonald, la formidable cocinera, que cuchichea con Kayleigh, la doncella de cocina; ambas tienen las mejillas sonrosadas y los ojos muy abiertos. Varias personas se asoman a las ventanas para echar un vistazo al patio. Tres mujeres con vestidos de tartán azul se precipitan sobre el caballo de Duncan para preguntarle qué noticias hay. Isla, la mujer de Highfell que me profesaba cierta antipatía y que claramente siente algo por Callum, se echa la melena castaña por detrás del hombro. Le susurra algo a su amiga, protegiéndose los labios con la mano.

Distingo retazos de las conversaciones. Entre tanta charla, una frase se repite más que las demás: «Callum es el rey».

Algunos lobos suenan intrigados. Otros, hostiles. Sin embargo, a mí me embarga el alivio al comprobar que no se trata de una trampa. Callum está aquí. Ha vencido.

A medida que nos adentramos en el patio, los lobos a nuestro alrededor enmudecen. Me recuerda a la mañana en la que llegué a las Tierras del Norte, con Callum. La gente se mostró precavida ante la humana de cabello rojo, vestida con nada más que un camisón de noche, a lomos de un caballo con el alfa de Highfell.

En aquel entonces sentí miedo. Ahora, a pesar de que la situación es más tensa, no estoy asustada. La gente cesa sus quehaceres y se yergue. Una mujer coloca tras de sí a un niño con pecas. Un par de hombres se llevan las manos a la empuñadura de sus espadas. Los lobos siempre han sentido miedo de Blake, pero parece que ese temor se hace extensivo a mí también.

No tengo claro qué es lo que los hace mostrarse tan precavidos: si mi apariencia descuidada tras haber sido prisionera de James; la de Blake, con su ropa manchada de sangre, o nuestra relación con su nuevo rey.

Quizá se deba a que ambos somos sureños. O tal vez hayan oído lo que ha pasado en la casa solariega. James hizo que Blake me besara.

«Haz lo que te pide».

Él no presta atención a los curiosos. Una vez que detengo la montura, se aprieta contra mí para deslizar la pierna por encima del lomo y bajar.

Su aspecto es bastante mejor que el que tenía hace unas horas, cuando nos fuimos. Sus mejillas han recobrado un poco de su color y su cabello negro, aunque alborotado, ya no se le pega a la piel. Podría fingir que está como siempre.

—¿Vienes? —pregunta con sus ojos relucientes bajo la luz grisácea.

Me bajo del caballo y caigo cerca de él, lo suficiente como para que me llegue su calor corporal. Delante, Duncan atraviesa las puertas de roble del castillo.

Blake chasquea los dedos.

—Kayleigh, ¿puedes llevarte a Nell a los establos, por favor?

Al otro lado del patio, el rostro de la susodicha palidece. Cuando trabajé con ella en las cocinas me dio la sensación de que Blake la aterrorizaba. Tiene pinta de estar a punto de salir corriendo, pero la señora McDonald le da un empujón. Ambas se acercan y, con una mano un tanto temblorosa, Kayleigh se hace con las bridas de la yegua y se la lleva consigo.

—Pero bueno, si es su alteza real, que nos honra con su presencia una vez más. ¿Debería hacer una reverencia? —pregunta la señora McDonald con su pelo veteado de gris encrespado en torno a su rostro arrebolado. Tiene sucio el delantal. Probablemente estuviera preparando el desayuno cuando llegó el ejército de Lochlan—. No me extraña que se te dé tan mal la cocina.

Yo le ofrezco una sonrisa conciliadora. Pese a su hostilidad, siempre me gustó esa forma que tiene de dirigirse a mí, como si no fuera distinta de cualquier otro.

—Me alegro de verla, señora McDonald. —Cabeceo en dirección a la arcada por la que Kayleigh se ha perdido con el caballo de Blake.

Por allí están los establos, y fue otra persona la que vino a recibirnos el día que llegamos Callum y yo—. ¿Fiona está…?

—La muchacha está bien. Hecha una fiera, probablemente, pero ilesa. Me he asegurado de que le dieran de comer. Callum la ha liberado nada más llegar. Estaba de un humor terrible. Puede que consigas calmarlo. —Sacude la cabeza—. Dos hermanos peleando por lo que su padre tanto se esforzó en construir… Una pena, pero los asuntos del corazón rara vez son sencillos. —Mira a Blake de arriba abajo y chasquea la lengua—. En cuanto a ti, veo que has estado metido en líos, para variar. —Se lame el pulgar, se inclina hacia delante y frota una mancha de sangre de su mejilla. Él se tensa un poco, pero no dice nada—. Te necesitan en la enfermería. Callum está esperando.

Se me para el corazón.

—¿Está herido?

—Ha tenido días mejores, pero está bien. Es su prisionero el que necesita atención médica.

Kai. El prisionero liberado por Lochlan y Callum. El que Blake pensaba que podría ser un enviado de Alexander a modo de trampa.

Blake, pese a la tensión de su mandíbula, asiente.

—Ven a verme cuando hayas acabado con él —dice la mujer—. Te haré esa sopa que tanto te gusta.

Atraviesa un grupo de lobos ataviados con tartán azul y sigue los pasos de Kayleigh. Blake se seca la cara con la manga, pero no comenta nada acerca del gesto que ha tenido la señora McDonald. Nunca he visto a nadie tomarse tantas confianzas con él.

Me sitúo a su lado y nos abrimos camino por un grupo de lobos que se interponen entre nosotros y las puertas del castillo.

—Tiene sentido, supongo —digo por lo bajo, horriblemente consciente de lo sumido en el silencio que está el patio—, que los dos lobos más temibles de Madadh-allaidh sean amigos.

—Tanto la señora McDonald como Kayleigh son de Lowfell —dice Blake mientras nos adentramos en el castillo—. Tienen opiniones distintas acerca de lo que hice con la mayor parte del clan. —Sonríe —. Creo que la señora McDonald está bastante contenta de no tener que lidiar más con su marido.

El disgusto me sube por la garganta ante el recordatorio de que es un asesino.

—Eres horrible.

—Gracias.

—No era un cumplido.

Avanzamos por el recibidor adornado con estandartes y tapices y una cabeza de lobo disecada en la parte superior. Cuando las puertas se cierran a nuestras espaldas se reanudan las agitadas conversaciones.

Llegamos a la enfermería, cuyos bancos de trabajo, sobre los que descansan los instrumentos médicos, están iluminados por el fuego del hogar. Las paredes están repletas de estanterías llenas de viales y tarros. Cuenta con tres catres y en los tres hay pacientes.

Dos hombres aguardan junto a uno de ellos. Lochlan sostiene los hombros del varón en cuestión. Murmura algo por lo bajo. A su lado está Callum, de pie junto a la chimenea. Se me olvida cómo respirar.

Tiene el mismo aspecto formidable e impávido que la noche que nos conocimos. Su camisa, manchada de sangre, está tensa sobre su musculatura. Unos moratones le marcan la mandíbula y tiene la nariz hinchada.

Su expresión resulta insondable. Dirige su atención a Blake y después a mí. Muerde con fuerza. Esa es la expresión con la que observa a sus enemigos.

«Haz lo que te pide».

El corazón se me empieza a desbocar en el pecho. Alzo la barbilla y sostengo su mirada acerada.

Está celoso. Es irrelevante que fuera él quien le ordenó a Blake que me besara. Es irrelevante que tuviera la oportunidad de retar a su hermano antes de llegar a eso. Es irrelevante que fuera *a mí* a quien secuestraron y obligaron a hacer algo que no deseaba.

Debería correr a sus brazos. Debería preguntarle si está bien. Debe de haber matado a su hermano, y, por mucho que a mí me desagrade James, Callum estará sintiendo *de todo* menos indiferencia.

Pero mis pies parecen haber echado raíces.

Lochlan se percata de la tensión. El silencio impera en la estancia, interrumpido únicamente por el crepitar del fuego y la respiración costosa de Kai. Me da la sensación de que un abismo nos separa, como si fuéramos de la realeza de dos reinos enemigos y las semanas que hemos compartido no hubieran existido jamás.

—Callum —digo.

34

El fuego en la enfermería arde detrás de Callum, por lo que su rostro está envuelto en sombras. Abre la boca, como si estuviera a punto de decir algo. Blake se tensa a mis espaldas.

Alguien me ataca. Una larga cabellera oscura nubla mi visión mientras unos brazos me aprietan con fuerza. Noto un pecho palpitante junto a mí. Una fragancia equina me inunda la respiración. El apretujón es tal que me quedo sin aliento.

—Se te sigue dando fatal esto de dar abrazos. —Fiona se aparta antes de hacer que me gire para estar cara a cara con ella, sonriente. Esperaba encontrarla cansada y demacrada, pero tiene un aspecto sorprendentemente lozano. Su pelo oscuro está suelto y algo rebelde, pero, bajo sus fulgurantes ojos castaños, aprecio buen color en sus mejillas.

Suelto una pequeña risa.

—¡Fiona! ¿Estás bien?

—Estoy bien, aunque no gracias a James. He pasado semanas encerrada en mi alcoba. No tuvo los huevos de meterme en las mazmorras, el muy bastardo. —Al mirarme con atención, se le ensombrece la mirada—. Oí lo que te hizo. —Sacude la cabeza, ceñuda—. ¿Por qué estáis todos tan tensos?

Callum parpadea. Una vez. Dos veces. Suaviza la expresión y se aclara la garganta.

—Rory, ¿estás bien?

Exhalo un trémulo suspiro que imbuyo de algunas de las emociones que me azotan por dentro.

—No estoy herida. ¿Tú?

Esboza una sonrisa un tanto tristona.

—Tampoco.

Fiona frunce aún más el ceño. Da la impresión de que va a decir algo, pero entonces Blake pasa por mi lado y, de un manotazo, aparta la mano de Lochlan del hombro del paciente. Se inclina sobre el lobo herido y yo lo sigo con Fiona pegada a mí.

—¿Este es Kai? —inquiero.

Lochlan asiente. El hombre tumbado en la estrecha camilla apenas respira. Me doy cuenta de que, en otras circunstancias, podría ser apuesto. Tiene el pelo de color negro azabache y unos pómulos prominentes. Tanto sus pantalones como su camisa están rasgados y manchados de sangre.

Doy un respingo al percatarme de que le faltan un par de dedos y del ángulo antinatural de su tobillo.

—¿Puedes ayudarlo? —pregunta Lochlan, que se esfuerza por aparentar serenidad, aunque la rigidez de sus hombros lo delata.

Blake retira el cuello de la camisa ensangrentada de Kai. Hay una marca en su pecho. Me acerco para ver mejor y me tenso al reconocer lo que es. Alguien lo ha marcado con el símbolo de Noche. El contorno de la piel está chamuscado, con tonalidades irregulares, como si se lo hubieran hecho hace poco.

Blake dirige su atención a Callum.

—Hemos estado con Alexander hace unas horas.

Callum abre mucho los ojos y entonces comprendo que, con todo lo que ha sucedido, no debe de ser consciente de que el nuevo señor de las Tierras Fronterizas llegó a sumarse a la refriega con sus hombres en la casa solariega.

—¿Cómo?

—Nos ha dicho que enviaría a alguien a hacernos una visita. También ha dejado claras las ganas que tiene de ponerle las manos encima a Aurora. —Camina hasta el banco de trabajo que hay a mi lado, donde toda una serie de cuchillos y bisturíes están dispuestos en orden junto a viales con hierbas y medicina.

—La emboscada era una trampa —informa Callum.

—Eso parece. Si Alex lo ha sometido, no puede quedarse. Los demás tampoco. —Señala a los hombres tumbados en los otros catres—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Callum golpea el banco de trabajo que tiene al lado con el puño.

—¡Joder!

Yo me estremezco y Fiona se pone tensa.

Lochlan se lleva la mano a la espada.

—No permitiré que lo matéis. Necesitáis que Glas-Cladach…

La temperatura en la enfermería se desploma; el fuego se extingue. Kai abre los ojos, unos ojos completamente negros.

—*Reconozco tu olor* —dice con una voz rasgada que me eriza el vello de la nuca—. *La luz y la oscuridad. Siempre disfrutaba de una buena broma.*

Blake se precipita hacia la camilla, empujándome a un lado antes de coger a Kai por el cuello.

Este ríe.

—*Te está buscando.*

Blake aprieta.

—¿Quién?

Kai frunce el ceño. El fuego vuelve a la vida y la negrura se disipa en su mirada para dar paso a unos iris de color miel. Blake lo suelta y le lanza una mirada a Callum.

Los temblores del hombre sobre el modesto colchón son evidentes. Su respiración está entrecortada. Mueve la cabeza de un lado a otro, como si no comprendiera dónde está.

Fiona, con los ojos desorbitados, me coge de la manga. Callum está completamente inmóvil, con la mano sobre la empuñadura de su espada.

Lochlan se agacha junto al catre, pálido.

—¿Qué le ha pasado?

Blake sacude la cabeza.

—No lo…

—Ya era bastante malo que nos retuvieran en esas *perreras*…, casi sin comida, apaleados y doblegados. —El tono de Kai es monótono —. Pero fue llegar Alexander y todo empeoró. Nos trasladó a la Fortaleza Gris. Me torturó. Me obligó a traicionar a mi diosa. —Se le quiebra la voz en cuanto roza el símbolo que marca su piel—. Después me entregó a *eso*.

—¿A qué? —pregunta Blake al tiempo que lo aferra por los hombros.

El tormento se apodera de las facciones de Kai.

—Tenía… algo… cautivo en la perrera con nosotros. A veces oíamos el rechinar de sus cadenas, cuando se movía de un lado para otro en su celda. Oíamos los siseos. Y llegaron las pesadillas. Intentábamos mantenernos despiertos por las noches, temerosos de lo que podría pasar si sucumbíamos al sueño. John, uno de los mayores cabrones que he conocido nunca, se despertaba temblando con el terror pintado en la cara. —Niega con la cabeza—. Una noche, Alexander me dijo que era hora de que yo lo conociera. Me arrojó a ello. —Vuelve a agitar la cabeza—. Lo único que recuerdo es la oscuridad, tan densa que embotaba todos mis sentidos. Me pregunté si estaba muerto, si eso era el más allá para quienes le habían dado la espalda a la luz de la luna. Capté un movimiento y vi unos profundos ojos de obsidiana que se cernían sobre mí. Y después, nada. Es lo último que recuerdo.

Blake se inclina más.

—¿Sabes lo que era?

—Los demás prisioneros lo llamaban la Bestia Oscura. Había rumores que aseguraban que era uno de los prisioneros de Noche, que había escapado de su jaula. Alexander dijo que lo estaba domesticando para cuando recibiera una visita muy especial.

Callum frunce más el ceño.

—¿Una visita muy especial?

—Me envió aquí con un mensaje. El rey de los lobos debe prepararse para una batalla como no se ha visto nunca en el norte. —El arrepentimiento florece en su rostro—. A menos que le envíe un regalo pertinente, con lo que anulará el ataque.

Me dan náuseas, porque creo que ya sé la respuesta a la pregunta que voy a formular.

—¿Qué regalo?

Los ojos melosos de Kai se detienen en los míos.

—Tú.

35

Un denso silencio invade la enfermería.

—Que esta conversación no salga de aquí, Blake —dice Callum.

Aquel asiente. Lochlan abre mucho los ojos y empieza a ponerse de pie con la mano en la empuñadura de su acero. Callum le envuelve el cuello con el brazo y lo obliga a agacharse de nuevo. Yo ahogo una exclamación al ver cómo Blake coge algo del banco de trabajo y se lo suministra a Kai en el cuello. Lochlan, con la cara roja, ruge y se revuelve contra Callum.

—Tranquilo —dice Blake. Kai cierra los ojos y su cuerpo se relaja. Él saca la aguja—. Es un sedante. Tendré que interrogarlo más tarde.

Callum suelta a Lochlan antes de caminar junto a Fiona y junto a mí, como si no fuera consciente del lobo que asoma a los ojos de Lochlan.

—¿Podemos hablar, por favor, princesa?

Yo intercambio una sonrisa preocupada con Fiona y voy tras él con el corazón desbocado. Callum avanza deprisa por el castillo. Yo casi tengo que correr para seguirle el ritmo. Pasamos junto a los soldados armados y apostados que lucen los colores de Lochlan. Unas voces ruidosas me llegan desde el Gran Salón. La tensión crepita entre nosotros.

Imagino que Callum pretende conducirme hasta nuestros viejos aposentos para conversar en privado, pero entonces toma la dirección opuesta. Camino a su lado por un pasillo de ventanas estrechas que dan paso a la luz de la mañana. Abre una puerta que hay al final y entramos en una habitación inmensa.

Lo que más llama la atención es una cama con un dosel de columnas historiadas, cortinas de terciopelo rojo y un montón de

pieles. También hay pinturas y armas decorando las paredes, y sobre la cama cuelga el tartán rojo de Highfell. Hace frío porque no hay ninguna chimenea encendida. El aire desprende un aroma a helecho y a hierro.

—Los aposentos de James —murmuro.

Callum traga saliva.

—Sí.

Observa la habitación antes de dirigirse al escritorio que hay junto a una de las tres estrechas ventanas y limpia algo de la superficie. Los músculos de su espalda se tensan bajo la tela de su camisa. Exhala un suspiro.

—No es el Corazón de la Luna. —Se gira. Sostiene una gema redonda y blanca en la mano: la gema que Sebastian le dio a James a cambio de que me entregara—. Estaba seguro de que no lo sería… De lo contrario, la habría usado contra mí. Sin embargo, tenía una brizna de esperanza.

—¿Estás seguro?

—El Corazón de la Luna es una antigua reliquia arrancada del pecho de nuestra diosa sagrada. Sentiría *algo* si me topara con ella, si la tocara. Despertaría a mi lobo. Sentiría su presión contra mi piel. —La tira en la cama—. Esto no me transmite nada.

Yo le regalo una sonrisa apenada.

—Ya te dije que no iba a cambiarla por mí.

—Sí, lo dijiste. Qué estúpido.

El silencio se propaga entre nosotros. Que esté al otro lado de la habitación no me impide percibir su olor: la sangre y el sudor se mezclan con su fragancia montañesa. Se endereza y tensa la mandíbula. A mí se me seca la boca. La manera en la que me mira…

Casi se me había olvidado lo intimidante que puede llegar a ser este alfa… No. Este *rey*. Incluso mi padre se acobardaría ante él. Salta a la vista que está enfadado, disgustado por lo sucedido con Blake, aunque él permitió que ocurriera. También yo estoy enfadada. Aun así, anhelo su consuelo y también consolarlo.

Acaba de matar a su hermano, al que hasta hace no mucho servía como segundo al mando. Debe de albergar sentimientos muy complejos al respecto.

Doy un dubitativo paso al frente.

—Callum.

No estoy segura de si se trata de la incertidumbre de mi voz o de la vulnerabilidad, pero hace que su oscuridad se disipe.

Ahoga el espacio que nos separa y cae de rodillas a mis pies con un golpe seco. Me envuelve la cintura con los brazos y presiona la frente contra mi estómago. Me invade el alivio. Sigue siendo mi Callum. Me sujeta casi con demasiada fuerza, pero quiero que apriete más. Yo coloco las manos en la parte trasera de su cabeza mientras él murmura algo en mi vestido en una lengua que me es desconocida.

—Ghealach, princesa. —Hay una pátina acuosa en su mirada. La sangre que mana de su nariz se añade a la de Blake en mi vestido—. Lo siento mucho. Lo siento mucho, joder. Debería haber estado ahí. Debería haber llegado antes.

«Haz lo que te pide».

Parpadeo.

—Creí que estabas enfadado conmigo.

Él se roza el hinchado labio inferior con los dientes.

—Estoy enfadado. Y furioso. Y celoso. Quiero sacarle las entrañas de cuajo a Blake, y, si no estuvieras… conectada a él, como es el caso, ya lo habría hecho. Y estoy aliviado. Tanto que siento que podría salir volando de mi cuerpo. Me alegro mucho de verte, joder, de tocarte, de saber que estás bien.

Algo se endurece en mi interior y me obligo a pasar por alto lo injustificado de la ira que siente. Él tiembla en cuanto le acaricio la nuca con las yemas de los dedos.

—¿Cómo llevas lo de James? —le pregunto. Pienso en mi propio hermano, al que desprecio, pero soy incapaz de imaginar cómo sería acabar con su vida—. Sé que teníais una relación complicada, pero tienes derecho a llorar por…

—No está muerto.

Me quedo quieta.

—¿Cómo? ¿No has vencido en el desafío?

Sus hombros se vuelven de piedra, como si acabara de tocar un tema delicado.

—Perdió. Lo dejé fuera de juego y me ocupé de la lucha contra los sureños. Pretendía lidiar con él más tarde. Debió de recobrar la consciencia y escapar.

Se me enfría la sangre en las venas. El recuerdo de los dientes de James cuando los hundió en mi carne relampaguea en mis párpados. El rugido que emitió cuando le pasé los dedos bañados en acónito por las mejillas resuena en mis oídos.

—Volverá para retarte, Callum.

Él me aprieta la cadera y después se pone de pie.

—Y volveré a vencerlo. He mandado a Ryan tras él.

—¿A Ryan? —pregunto con incredulidad.

Un músculo se tensa en su sien.

—Sí, a Ryan. Es como un hermano pequeño para James. No creo que vaya a hacerle daño. Cuando sepa dónde está, pondré fin a este asunto de una vez. —Sacude la cabeza—. Pero ahora parece que tenemos problemas más gordos.

—Alexander.

—Sí.

Un nuevo y pesado silencio cae sobre nosotros. Es extraño. Incómodo. Normalmente, sus emociones son fáciles de leer, pero ahora tiene una expresión impasible. Aquello que no se ha dicho flota entre nosotros. Sé que tenemos que pronunciarlo en voz alta, algo que no estoy acostumbrada a hacer. Junto las manos.

—Callum…

—Tengo mucho de lo que ocuparme a lo largo del día de hoy —corta él con un carraspeo—. He hecho que preparen tu antigua habitación. La que está en la torre, en la que te quedaste cuando viniste por primera vez. —Alzo las cejas, pues daba por hecho que compartiríamos aposentos, como en Lowfell—. Yo no estaré en mi alcoba en todo el día. Tengo que alojar a los hombres de Lochlan. Rob ya está intentando socavar mi autoridad y necesito controlarlo si Alexander pretende atacar. Me pareció que estarías más a gusto por tu cuenta.

Me siento herida.

—Lo que ha pasado con Blake…

Él cierra los ojos.

—Por favor, no. Ahora no.

—Callum, sé que estás disgustado…

Abre los ojos.

—No estoy enfadado contigo, Rory, si es lo que piensas. Mi lobo… No tengo el control ahora mismo. Necesito un poco de tiempo para aclararme, eso es todo.

—¿Aclarar el qué?

Se pellizca el puente de la nariz.

—No lo sé. Todo. Cosas que no entenderías.

—¿Qué cosas?

—Ahora no. Ve a descansar. Has tenido una noche dura. Hablaremos de ello más tarde, lo prometo.

Deposita un beso en mi frente con unos labios que noto rígidos. Camina hasta la puerta, la cruza y me deja sola.

Me arden las cuencas de los ojos. Quiero gritar. Hundo los dientes en mi dedo y me recreo en la sangre que se derrama en mi boca.

Sabía que Callum estaría molesto, pero yo también lo estoy. He estado secuestrada y retenida en contra de mi voluntad. Me humillaron en una sala llena de hombres. Me sentía impotente, y él no solo estaba allí para presenciarlo, sino que lo fomentó. Casi me disparan y Alexander ha intentado llevarme con él. Nada de eso es culpa mía.

Soy consciente de que está bajo mucha presión ahora mismo, pero creí que le importaba lo suficiente como para que me concediera, al menos, una conversación.

Mi mente bulle con todo lo que ha pasado desde anoche.

Inspiro con fuerza al recordar una cosa. James dijo que había visto algo interesante en un libro que encontró en los aposentos de Blake. ¿Se estaría refiriendo al tomo que tenía información acerca del vínculo?

El vínculo lo complica todo. Ahora que Callum se ha hecho con el trono, no pasará mucho tiempo hasta que lo use contra nosotros.

Todo el mundo está distraído. Blake está en la enfermería. Aunque estoy agotada, no creo que vaya a haber un momento mejor para intentar conseguir el libro.

Quiero saber exactamente en qué consiste esta vinculación nuestra para así poder romperla.

36

Me apresuro por la escalera en dirección a la alcoba de Blake.

Abajo, la gente grita y se insulta entre sí, pero aquí arriba el ambiente es bastante tranquilo. Paso frente a los aposentos de Callum y recorro el pasillo cuan largo es hasta el dormitorio de Blake. No tendré una oportunidad mejor que esta para dar con el libro en el que quizá halle las respuestas que necesito.

Abro la puerta.

La habitación está patas arriba. El desgarrado cortinaje negro cuelga hecho jirones en los postes del dosel de la cama y el sillón orejero que hay junto a la ventana está volcado. Hay libros tirados por todas partes, lejos de su sitio en las estanterías. Varias esquirlas de cristal resplandecen en la superficie del escritorio. El hedor a whisky vicia el aire. Se mezcla con la fragancia a helecho de las montañas… El olor de James, creo.

Blake está de cara a la ventana, ordenando los pergaminos desparramados en la mesa. Se ha puesto una camisa blanca limpia y unos pantalones. Debe de haber venido a cambiarse de ropa. Se me acelera el pulso.

—¿Puedo ayudarte, pequeña liebre? —pregunta con un timbre satinado.

Se gira. El débil fuego del hogar se proyecta en su rostro. Comprendo, cuando se apoya en el escritorio sin recurrir a las manos, que ya debe de estar curado casi del todo. Ya no es el animalillo malherido al que atendí en la ermita.

—He venido a comprobar si estabas bien —contesto.

Mi mirada se detiene en un libro que hay en la mesa. Es el único tomo que no está tirado por el suelo, y la postura de Blake… da la impresión de que quiere ocultarlo de mi vista.

Meto mis emociones en una jaula para que no pueda sentir la expectación que crepita en mi piel.

Blake sonríe.

—Ya estoy bien, gracias. —Ladea la cabeza—. ¿Y tú? Te noto… nerviosa.

Me adentro en su habitación y la puerta se cierra con un chasquido a mis espaldas.

—Ha sido una noche larga, nada más.

—Sí que lo ha sido.

—¿Se te están curando las heridas?

—Bastante. —Se acerca más al tomo del escritorio y, al hacerlo, echa a un lado los restos de la botella reventada.

—Déjame ver. —Me acerco más a él.

—Qué preocupada te veo por mi bienestar, pequeña liebre.

—Tu bienestar es mi bienestar.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—Cierto.

Se desabrocha los botones superiores de la camisa y desliza la tela por su hombro. Me acerco a él. El libro está tan cerca que casi podría estirar la mano y cogerlo. Es azul y tengo la extraña sensación de haberlo visto antes.

—Date la vuelta —le digo.

Sus espesas pestañas caen sobre sus pómulos. Se da la vuelta. Tengo el corazón en la garganta. Los músculos de su espalda se tensan. Yo trato de coger el libro. Blake va a por él al mismo tiempo y me lo arrebata antes de girarse. Lo sostiene ante mis ojos.

—¿Buscas algo, pequeña lie…?

La inercia me hace golpear la botella rota con la mano derecha, lo que me arranca un grito, fruto de las esquirlas de cristal que se me han incrustado en la piel, ahora sangrante. Blake contiene un pequeño quejido al notarlo y se le cae el libro al suelo, lo que me permite hacerme con él.

A punto estoy de caerme en mi carrera hacia la puerta. Blake me agarra la muñeca y me hace retroceder. Me zafo y sujeto el libro contra mi pecho. Mi cuerpo entero se pone rígido al tiempo que un gruñido se conjura en mi pecho.

«Mío».

«Esto es mío».

Blake ríe. Me dan ganas de morderlo. Voy a morderlo. No puedo pensar en otra cosa. Me duelen los dientes. Me duele todo.

—Calma, pequeña liebre. No voy a quitártelo.

Permite que lo sienta. Las sombras que se ciernen sobre mi alma resultan apacibles, sin rastro de amenaza. Saboreo los bosques iluminados por la luna; oigo patos en un río. El ser salvaje que subyace en mí se tranquiliza, con lo que yo respiro despacio. Me arden las mejillas.

—Los lobos son celosos de aquello que tiene un gran valor para ellos. —Inclina la cabeza hacia el libro—. Quédatelo. Ya no lo necesito.

Al no percibir nada amenazante en él y relajarme un poco, me asalta el dolor de la mano. Estoy manchando de sangre la cubierta del libro.

Blake vuelve a subirse la camisa hasta el hombro y saca la silla de madera que descansa bajo el escritorio. Le da unos golpecitos.

—Siéntate. —Al ver que me quedo quieta, con la respiración agitada y sin soltar el libro, alza una ceja—. Estás herida. Siéntate.

—Estoy bien.

—Estás en territorio enemigo, rodeada de lobos que no dudarán en matarte o entregarte a Alexander, y yo soy el mejor sanador de las Tierras del Norte. Así que siéntate. —Yo lo miro recelosa—. No voy a hacerte daño. No pretendo coger el libro. Venga.

Dejo escapar un trémulo suspiro. Deposito el tomo encima de la cama, lo suficientemente lejos como para que no pueda quitármelo. Me siento.

—Buena chica —dice.

37

Alzo la mano. Mana sangre caliente de mi muñeca. Tengo esquirlas de cristal sobresaliendo de mi palma. Blake me ha dado el libro con tanta facilidad que empiezo a pensar que mis estratagemas para hacerme con él no eran necesarias.

A mi lado, saca un paquete de cuero de uno de sus armarios y lo despliega sobre el escritorio. En el exterior, el cielo gris se extiende sobre las montañas. La fría luz del sol arranca destellos a su hilera de bisturíes. Como he leído los experimentos que tiene recopilados en sus libros, no puedo evitar observarlos con reticencia, pero son unas pinzas lo que escoge. Se arrodilla en el suelo, entre mis piernas, separándolas un poco al hacerlo, lo que desata una oleada de calor en mi cuerpo.

Extiende la mano y yo le ofrezco la mía, ensangrentada. Cuando curva los dedos en torno a mi muñeca, una extraña sensación crepita bajo mi piel.

Clava sus ojos en los míos.

—Esto puede doler un poco.

Coge la esquirla más grande con las pinzas y tira. Yo contengo un quejido al notar cómo la extrae. Me muerdo el labio inferior. La suelta en el escritorio al tiempo que más sangre se derrama de la herida, lo suficiente como para teñir de rojo sus dedos. Se afana en capturar los trozos más pequeños. Duele, pero él hace gala de una sorprendente delicadeza.

—¿Quién te sacó de Lowfell para llevarte hasta James?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Sabes por qué —responde. Yo aprieto los labios y sacudo la cabeza—. Imagino que sería alguien del clan de Lochlan. Nadie de Lowfell lo habría hecho. ¿Ian, tal vez? —Soy incapaz de detener la

velocidad de mis pulsaciones. Blake deja otro trozo de cristal en la mesa—. Pues Ian.

—No quiero que lo mates.

—¿Por qué no?

Niego con la cabeza.

—Alexander tiene a su hermano. Pensó que entregarme serviría para que James recuperara a los prisioneros. No excusa lo que hizo, pero me sentaría fatal que muriera por ello.

—¿Tú habrías puesto a otra persona en peligro por el bien de *tu* hermano?

—Es diferente. Mi hermano es lo peor. —Trago saliva—. Tú habrías hecho lo mismo por Elsie, ¿o no?

Su agarre se acentúa sobre mi muñeca. He tocado una fibra. Se encoge de hombros y extrae otra esquirla.

—¿Te has parado a pensar en que si debo matar a Ian es *por* Elsie? ¿Por mi clan? ¿Por el pequeño Alfie? ¿Por ti? No puedo dejar que los otros lobos crean que pueden meter las narices en Lowfell y llevarse lo que es mío sin que pase nada.

—Yo no soy tuya.

—No, pero formas parte de mi clan. Eso significa algo para los lobos.

Me muerdo el labio inferior.

—No quiero más muertes sobre mi conciencia.

Él frunce el ceño.

—¿Más? ¿Quién más hay? —Yo tenso los labios y desvío la mirada hacia el fuego que arde en el hogar—. Ah, ya. Sebastian. ¿Te sientes mal por haberle quitado la vida?

—No. —Mis sentimientos son algo más complejos que eso. Hago a un lado el recuerdo de estar atrapada en un carruaje con el hombre que se suponía que debía desposarme. Redirijo la conversación hacia él—. Había una tormenta la noche que me secuestraron.

—Así es.

—¿Por qué te dan miedo?

El viento ruge entre las montañas en el exterior. El fuego crepita. No creo que vaya a responderme.

—¿Recuerdas que te conté lo que mi padre biológico le hizo a mi madre? —pregunta.

Los dedos de Blake me aferraron por la muñeca cuando intenté quitarme el collar que me había dado. La oscuridad se arremolina en mi pecho. No tengo claro si proviene de él o de mí.

—Sí —contesto.

—Mi madre no me quería. Le recordaba a él, creo, y al crimen que perpetró contra ella. Temía que hubiera un lobo en mi interior, como él. Pasé diez años sin mostrar signo alguno de ello, así que toleraba mi existencia. —Saca la última esquirla de cristal y se levanta. Tras verter agua de una jarra que hay junto a un cuenco de madera, se arrodilla de nuevo. Saca un paño de él y lo escurre—. Poco después de mi décimo aniversario, hubo una tormenta espantosa. —Presiona mis nudillos contra su palma y, con cuidado, me limpia la mano con la tela—. Por la noche, justo antes de que estallara, sentí al lobo. A veces, los mestizos perciben las tormentas también. Mis ojos cambiaron y, por primera vez, mi madre fue testigo de lo que habitaba en mi interior. Me llevó a rastras hasta la iglesia del pueblo y se confesó con un cura acerca de lo que le había pasado y de lo que era yo. Fue la primera vez que la oí hablar de mi padre. —Deja el cuenco y coge un pequeño tarro que hay en la mesa y cuya etiqueta reza FLOR DE LUNA. Lo abre y se recubre el pulgar con el ungüento. A continuación, lo aplica en mis heridas—. El cura intentó que mostrara arrepentimiento e intentó someter al lobo. Cuanto más asustado estaba yo, más indómito era el lobo. Al final se cansó de darme azotes y me arrastró hasta el pozo del centro de la aldea. Me tiró dentro y me dijo que podría salir cuando aprendiera a controlar al lobo.

»Todo eso sin que la tormenta cesara, claro. Mis sentidos de lobo se activaron por primera vez, aunque no con la fuerza propia de un lobo completo, pero sí estaban más afinados que los humanos. Cada resplandor de los relámpagos resultaba cegador. Cada restallido de los truenos, ensordecedor. Las heridas infligidas por el sacerdote en mi espalda estaban en carne viva. La lluvia era copiosa y no tardó en llegarme al pecho. No podía controlar el pánico por mucho que lo

intentara. No sabía qué era lo que me estaba pasando. Estaba a punto de morir. Una parte de mí quería.

En uno de mis sueños febriles, recuerdo estar temblando en un espacio reducido con agua hasta el pecho. ¿Estaba ahí con él?

Blake coge un rollo de gasa del escritorio y prosigue:

—Sé que es irracional, pero, cada vez que percibo una tormenta, vuelvo a estar en ese pozo. Impotente.

Esta historia explica mucho más que su temor a las tormentas. Me dijo en una ocasión que su lobo lo condenó a la oscuridad en el momento en que nació, y sé que no le gusta transformarse en las noches de luna llena.

—Es comprensible —digo en voz baja.

Enrolla la gasa en torno a mi mano con un toque firme pero delicado a la vez en el momento en que la fija en la zona entre el pulgar y el índice. Me asombra lo competente que es en este ámbito. Sabía que es sanador, pero hasta ahora nunca lo había visto hacer otra cosa que no fuera atormentar a los demás.

—¿Qué pasó esa noche, cuando estabas en el carruaje con Sebastian? —pregunta con un tono tan considerado que no parece suyo—. Lo que sientes al respecto… es… —Frunce el ceño—. Me retrotrae a mi yo de diez años, atrapado en la tormenta.

Sacudo la cabeza.

—No importa.

Él sigue vendándome la mano.

—A veces me pregunto si alguna vez salí de aquel pozo. Tengo la sensación de que estoy trepando por él constantemente, intentando salir yo solo. Sin embargo, cada vez que me acerco un poco al borde, vuelvo a caer en una oscuridad más profunda que la anterior.

Casi se me para el corazón ante la crudeza de su confesión, dada la vulnerabilidad que trae consigo. Comprendo que ese es el objetivo. Es una transacción. Un trato tácito. Me ofrece una parte de él a cambio de una parte de mí.

Sus ojos se detienen en los míos. Serios. Expectantes. No le debo nada. Sin embargo, las palabras burbujean en mis adentros. Trepan por mi garganta, desesperadas por que alguien las oiga, aunque sea

él. Quizá solo deba tratarse de él. De algún modo, sé que no me juzgará ni intentará protegerme de ellas.

—James me dio una daga con la que matar a Sebastian —musito—. Me la colocó en el muslo. Como cuando estaba en el carruaje con él no tenía muy claro cómo cogerla sin que eso llamara su atención, me… me senté en su regazo. Lo sentí debajo de mí. Estaba… —Trago saliva—. Cogí la daga, pero él me agarró por la muñeca y me desarmó. Me dijo que quería que le enseñara lo que había aprendido mientras era la puta de la bestia de Highfell. —Se me enfría la piel—. Me ordenó que me pusiera de rodillas. —Blake tensa la mandíbula. Las sombras de la estancia parecen volverse aún más oscuras a su alrededor—. Me sentí desamparada. La daga estaba fuera de mi alcance. Creí que iba a… Y entonces James derribó el carruaje. Me salvó de… Conseguí hacerme con la daga y lo maté.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Me arden los ojos. La confesión, horrible y vergonzosa, echa raíces en mi alma. Crece. Invade mi garganta con sus enredaderas. Amenaza con desgarrarme si no lo digo.

—Fue mi decisión.

Él ladea un poco la cabeza.

—¿El qué?

—Sebastian. —Miro el techo—. Yo lo elegí. Fue mi culpa. Elegí ese destino. Mi padre me dijo que me casara con él y yo podría haberme negado, pero quería complacer a mi padre. Ni cuando conocí a Sebastian y comprendí que era un monstruo me retracté. Si Callum no hubiera escapado… Si me hubiera casado con Sebastian, lo que quiso hacerme en el carruaje…, le habría dejado hacerlo, ¿no? Habría fingido que era mi elección porque él sería mi marido y yo le permitiría hacerlo.

La expresión de Blake resulta ininteligible.

—Coacción no equivale a consentimiento. Y tú no mereces que te traten con crueldad, independientemente de tus elecciones.

Me asalta la vergüenza al notar una fina capa de agua en los ojos. No he dejado que nadie me viera llorar desde el funeral de mi madre, algo por lo que se me reprendió. Parpadeo para disipar la amenaza de llanto.

—No podía hacer nada —digo—. Y me odio por ello.

«Haz lo que te pide». Destierro la voz de Callum.

No sé por qué, pero mi otro secreto deshonroso escapa de mis labios.

—Además, he empezado a odiar a mi madre, porque también ella fue impotente. ¿Cómo es posible que no supiera que la estaban envenenando? ¿Por qué no intentó escapar?

Blake termina de fijar el extremo del vendaje.

—Los lobos celan aquello que es valioso para ellos.

—¿Crees que intentaba protegerme?

—Tal vez.

Retiro la muñeca y estudio mi palma vendada.

—Ya no importa. Es cosa del pasado. Estoy cansada, creo. No sé por qué he dicho todo eso. —Fuerzo una sonrisa—. Ignóralo.

—No.

En mitad de la oscuridad, se prende una chispa.

—¿Cómo que no?

—No puedo ignorarlo. Los que te educaron para que actuaras como si no importases son unos idiotas. No tienes por qué hacer eso conmigo.

Dejo escapar una sonrisa amarga.

—No somos amigos, Blake. Lo dejaste bien claro cuando vinculaste nuestras vidas y decidiste conspirar contra Callum.

—No. Somos enemigos, ¿verdad? —Las motas doradas de sus ojos resplandecen a la luz del fuego—. Y un día nos enfrentaremos entre nosotros como tales. Cuando llegue el momento, lo querré todo de ti. Querré que te lances a por mí con todo lo que tienes. Aspiro a una derrota gloriosa.

—Una derrota gloriosa. —Sacudo la cabeza, consciente de que me está tomando el pelo—. No estás para hablar, Blake.

—¿Qué quieres decir?

—Dices que actúo como si no importara, pero ¿y tú? Una vez me dijiste que siempre estás fingiendo. Escondes algo.

—Llegado el momento, pequeña liebre, te daré todo lo que tengo. Te lo prometo. —Se levanta y deja sus utensilios en la mesa—. La

herida debería estar curada mañana por la mañana. Ven a verme si no es así.

—¿Qué vas a hacer con Ian?

—Si me lo encuentro, morirá. No ha vuelto a Lowfell después de tu secuestro. Me figuro que ha huido. Si es listo, no volverá a cruzarse conmigo.

—Gracias.

Me incorporo y atravieso la habitación. Cojo el libro del borde de su cama y acaricio sus sedosas páginas con los dedos. Esperaba que me impidiera recuperarlo, pero él orienta el sillón hacia la ventana y se deja caer en él.

Cuando llego a la puerta, me vuelvo para mirarlo.

—¿Vamos a hablar de lo que pasó anoche?

—¿A qué te refieres?

—Me… —«Me besaste. Recibiste un balazo por mí. Callum se comporta de forma muy extraña a raíz de eso»—. Ya sabes a lo que me refiero.

Él se inclina hacia delante y junta las manos entre las rodillas.

—¿De verdad *quieres* hablar de ello?

—Eh… —«¿Quiero?».

Blake es una víbora. Una plaga. Un monstruo. Conspira contra Callum y me utiliza para perpetrar dicha conspiración. Ha herido a gente, ha matado, ha *torturado*. Habla de consentimiento y coacción, y, sin embargo, enlazó nuestras vidas en contra de mi voluntad. Es un mentiroso. Un manipulador. Un tramposo. No obstante, me da por pensar que, aunque sea todas esas cosas, también es posible que albergue un ápice de compasión hacia mí. Puede ser todas esas cosas y aun así… desearme.

James parecía pensarlo, desde luego. ¿Por qué si no nos habría hecho pasar por todo eso? ¿Por qué iba Callum a molestarse al respecto?

Exhalo.

—Tal vez no.

La luz ígnea y las sombras se mezclan en su solemne expresión.

—Avísame si cambias de idea —dice.

38

Estoy sentada con las piernas cruzadas en la pequeña cama, junto al libro de Blake, que descansa sobre la colcha blanca. Me encuentro en mi antigua habitación, en la torre del castillo.

Tiene el mismo aspecto que la última vez que estuve aquí. Está amueblada con sencillez. Los libros recubren casi todas las superficies: en estanterías, en el escritorio que hay junto a la pequeña ventana, en la mesilla de noche, sobre la cual titila una vela… La lluvia repiquetea contra la ventana, al otro lado de la cual se extiende un cielo gris que refleja bien mi propio estado de ánimo.

Desafiando la cultura popular lobuna es el título que está escrito en letras doradas en la cubierta del ejemplar. Unas estrellas del mismo color adornan su lomo. Es un libro que me resulta familiar y no tardo en comprender por qué. Blake lo sacó de una de las estanterías de esta habitación, delante de mí. Fue muy reservado al respecto y lo hizo la mañana en que Callum acudió en ayuda de James.

Como dijo este, es uno de los libros de experimentos de Blake. La caligrafía resulta más pulcra que la de los cuadernos que he leído, y, cuando me topo con algunos experimentos sobre los que ya he visto algo antes (cosas como derretir un ojo para ver si vuelve a crecer, aplicar diferentes metales sobre la piel de un lobo o el orden en que se rompe cada hueso las noches de luna llena), caigo en la cuenta de que se trata de una recopilación de los experimentos más interesantes. Me da la impresión de que es un volumen pensado para ser difundido.

Lo hojeo con la esperanza de dar con algo útil. Estoy pendiente de captar las palabras «conexión», «fuerza vital» o «vínculo» entre las polvorientas páginas, pero estoy cansada y la tinta empieza a emborronarse a mis ojos.

Cuando me despierto, lo hago de golpe. El cielo al otro lado de la ventana se ha vuelto oscuro. He tenido sueños inquietos. Estaba en pasillos oscuros, corriendo junto a celdas con barrotes, huyendo de alguien que silbaba en las sombras.

He soñado con la prisión de Noche e intento convencerme a mí misma de que se debe a mi encuentro con Alexander, a la ermita en la que me ocupé del hombro de Blake y a todas las habladurías que surgen últimamente acerca del dios oscuro. Sin embargo, las historias de mi madre han echado unas raíces en mi mente que les permiten extender sus ramas por doquier. Me contó que Noche tentaba a mortales desesperados y les ofrecía aquello que más anhelaban a cambio de sus almas.

Soy la hija de un rey y la pareja de otro. ¿Codiciará Noche mi alma?

Alguien llama a la puerta. Deslizo el libro bajo la almohada y cruzo la estancia. Cuando abro y echo un vistazo por el hueco, pierdo parte de la tensión que me embargaba.

—Fiona, ¿qué haces aquí? —pregunto.

—Abajo celebramos un banquete en honor a Callum. Es la costumbre cuando hay un nuevo alfa o un nuevo rey, ¡así que ponte un vestido bonito y espabila!

Frunzo el ceño.

—Callum no me ha dicho nada.

—Ha estado con los alfas todo el día. Me ha pedido que te lleve abajo.

Su entusiasmo conjura una sonrisa en mis labios, por mucho que desearía que hubiera sido Callum quien viniera a por mí.

—Dame un momento. —Corro hasta el armario, lo abro de par en par y escojo un vestido.

Me preparo para el banquete.

Las faldas de mi vestido carmesí de manga larga rozan los peldaños de piedra mientras sigo a Fiona por la escalera de caracol. Ojalá hubiera tenido más tiempo para acicalarme. Fiona ha irrumpido en mi cuarto cuando estaba empezando a peinarme, por lo que solo me

ha dado tiempo a hacer una trenza y fijarla sobre mi cabeza a modo de corona. Ni siquiera me he dado un baño desde que llegué.

Fiona me cuenta que se ha pasado la tarde intentando ayudar a Callum a mantener la paz entre los clanes.

—Pretende prepararlos para la batalla, dada la amenaza de Alexander, pero la cosa se pone difícil por culpa de algunos alfas y su manía de hacerle de menos. Rob es el peor.

—¿Es ese hombre grandote y calvo que viste de verde?

—Sí. Su clan siempre ha sido problemático. —Frunce el ceño al reparar en mi mano vendada al tiempo que alcanzamos el pasillo que hay bajo la torre—. ¿Estás herida?

—No es nada.

Fiona y yo nos separamos al llegar al recibidor. Me comenta que no ha tenido tiempo de ir a echarles un vistazo a los caballos, por lo que realizo en solitario lo que queda de camino hasta el Gran Salón. Brodie, el muchacho pecoso de Madadh-allaidh, está tocando la gaita frente al doble portón.

—Has mejorado mucho, Brodie —lo elogio.

Toca una nota un tanto estridente cuando paso por delante y sus mejillas se vuelven tan rojas como su cabello. Recuerdo cómo se hinchó de orgullo cuando Callum lo felicitó nada más llegué aquí. Al igual que entonces, mi buen humor mengua en cuanto cruzo las puertas.

El Gran Salón acoge más ruido, calor y gente que nunca. Los fuegos arden en los hogares y los hombres de Lochlan mantienen la guardia en las sombras. Las cuatro largas mesas están a rebosar de lobos que gritan para comunicarse con quienes no están tan cerca como para hablar sin dar voces. Un hombre con tartán azul le pellizca el trasero a Kayleigh, que acaba de cruzar por el pasillo con una bandeja de carne, lo que provoca que la señora McDonald lo agarre de la oreja y le pegue un par de gritos hasta que se le pone la cara morada. Estalla bronca entre dos bancadas, lo que lleva a que la sangre salpique las baldosas antes de que dos hombres de Lochlan se acerquen y le pongan fin a la pelea.

Callum está sentado en el trono de madera en el centro de la mesa de los alfas. Un tapiz de la Luna dándole su corazón al Lobo

Primigenio adorna la pared a sus espaldas. Tiene aspecto de rey. Su cabello está peinado hacia atrás, lo que acentúa su fuerte mandíbula y sus brillantes ojos. Está ataviado con un abrigo marrón que le cubre los hombros, cruzado con una faja de tartán rojo. Debe de haber pertenecido a James, porque en él se aprecian todos los colores de los clanes excepto el amarillo del clan de Lochlan. Imagino que no tardarán en añadirlo al patrón.

Lochlan está sentado junto a Callum, pero tiene el cuerpo ligeramente orientado en dirección opuesta. Me pregunto si está molesto por lo de antes, con Kai, o si habrán discutido sobre otra cosa.

Los ojos de Callum se detienen en los míos con tanta intensidad que se me seca la boca.

El ruido del salón disminuye, como si los lobos percibieran a dónde dirige el rey su atención. Hay hostilidad en algunos de los rostros que se vuelven hacia mí. Es evidente que me ven como al enemigo, no solo por mi padre, sino por el papel que he desempeñado para los dos hermanos.

Quizá debería haberme quedado en mi alcoba.

No. No agacharé la cabeza. Inspiro hondo, me aliso la falda y empiezo a andar entre dos de los largos bancos que anteceden a Callum. Por el camino capto retazos de las conversaciones:

«Es la causante de todo esto…».

«Puta sureña…».

«¿Te has enterado de…?».

Siento el peso de la atención en mi piel. Blake está apoyado en la pared, rodeado por un grupo de hombres con tartán verde. Un extraño brillo destella en sus ojos en cuanto evalúa mi vestido y la corona de pelo sobre mi cabeza.

Un lobo alto, rubio y fibroso se acerca a él y, en cuanto paso por delante, oigo su pregunta:

—¿Es verdad que recibiste un disparo por la muchacha?

—Sí. —La comisura de sus labios se eleva un poco—. Tenía la esperanza de que me lo agradeciera.

El hombre ríe.

—¿Y lo ha hecho?

Blake no aparta la mirada de mí.

—Aún no.

Los hombres a su alrededor se ríen. Tenía la sensación de que habíamos establecido una especie de tregua entre nosotros, pero esta se rompe en pedazos. De forma totalmente deliberada, pretende faltarle al respeto a Callum delante de los lobos del clan que menos lo aceptan. Giro la cabeza y sigo caminando. Lo destierro todo de mi mente.

La expresión de Callum, sombría, se suaviza a medida que me aproximo. Hace un gesto hacia el asiento que tiene al lado y yo rodeo la mesa frente a los alfas que presenciaron mi humillación en la casa solariega.

«Haz lo que te pide».

—Estás encantadora, princesa —dice Callum en voz baja.

—Gracias.

Frunce el ceño.

—Te has hecho daño en la mano.

—No es nada.

Al sentarme, Lochlan me ofrece una sonrisa que no termina de reflejarse en sus ojos.

El venado asado y las patatas servidas en la mesa deberían hacerme la boca agua, pero siento a Callum como si estuviera lejos de mí. Aún no hemos tenido una conversación decente, y no podemos tenerla delante de los lobos.

Compartimos una charla insulsa sobre la comida y los progresos musicales de Brodie. Pregunto por el estado de Kai y si se ha descubierto algo más acerca de lo que le pasó mientras estuvo prisionero.

—Está vivo —interviene Lochlan—, lo cual es más de lo que puedo decir sobre otros miembros de mi clan que, por lo visto, han desaparecido misteriosamente. —Le lanza una mirada sombría a Callum, que le gruñe.

—Por última vez, no he matado a Ian ni a ninguno de los otros. Pero no te confundas, porque, como vuelva a verlos, no lo cuentan. Son los responsables de que Rory…

Un murmullo, acompañado del estruendoso repiqueteo de los cubiertos cuando los lobos los sueltan, llena el salón.

Fiona sujeta a un hombre por el cuello en una llave que lo inmoviliza mientras lo fuerza a avanzar en nuestra dirección. Lo tira al suelo delante de nuestra mesa y él cae sobre sus palmas y sus rodillas, riendo. Luce un abrigo a medida de cuello alto que parece caro, unos pantalones de montar y guantes de cuero negro. Su cabello cobrizo brilla a la luz de las velas.

Se me desata el corazón en el pecho.

—Si querías tenerme de rodillas, encanto, solo tenías que pedirlo.

El Gran Salón enmudece. Su acento es como el mío: es de las Tierras del Sur. Y, aún más, tiene la cadencia musical propia de la nobleza.

Fiona le da una bofetada con el dorso de la mano. Él gruñe y dice:

—Como sigas tratándome así, voy a acabar enamorándome de ti.

Callum sostiene el cuchillo con fuerza.

—¿Quién es este bufón?

—Me lo he encontrado husmeando en los establos —responde Fiona.

El hombre alza la cabeza. Sus ojos verdiazulados se topan con los míos y yo aprieto tanto la mandíbula que llega a dolerme. Asimilo la belleza de su rostro, salpicado de pecas; su mandíbula cincelada, el hoyuelo de su mentón. Le sangra la nariz.

—Mis disculpas —dice—. Debo de haber olvidado los buenos modales con tanta violencia. Me llamo…

—Philip —murmuro de forma abrupta.

Unos hoyuelos aparecen en sus mejillas.

—Hola, hermanita —contesta.

39

Silencio.

Después, susurros. Se deslizan entre la multitud como si fueran serpientes. «Es el príncipe de las Tierras del Sur».

El ambiente estalla. Los lobos se ponen en pie. Uno de los bancos se vuelca. Los gritos llenan el aire. Están desatados. El grito de venganza que profiere una mujer es tan fiero que me sorprende que no le salga sangre por la boca. Los hombres de Lochlan repelen a todos los que tratan de lanzarse contra nosotros.

Yo estoy consumida por la ira, una ira que sé que también va dirigida a mí misma. Aprieto los puños. Mi respiración se entrecorta, como si estuviera tratando de contener una tormenta en mis pulmones. El fuego se prende en mis venas.

—¿Qué haces aquí, Philip? —pregunto con un tono glacial.

Su sonrisa, ahora más amplia todavía, deja al descubierto su perfecta dentadura blanca. Ni siquiera parece un poco inquieto por la turba que pide su cabeza.

Me amargó la vida. Se burlaba de mí. Me menospreciaba. Se pasó toda mi infancia bailando por el palacio que debía heredar como si ya le perteneciera y yo no fuera más que uno de los múltiples objetos que lo conformaban. Hacía lo que le venía en gana, bebía cuanto le venía en gana, yacía con las mujeres que le daba la gana y siempre se vanagloriaba de su propia existencia. Nunca recibió más que algún que otro tirón de orejas por su comportamiento. Todo mientras a mí me castigaban por solo mostrar una pequeña grieta en mi supuesta fachada perfecta. Ahora está *aquí*. Debió de volver de la guerra que estaba librando en nombre de mi padre y lo han enviado directo a buscarme a las Tierras del Norte para llevarme a casa.

—Yo podría hacerte la misma pregunta, hermana. —Chasquea la lengua, lo cual se oye por encima de la algarabía—. Alguien ha sido una niña muy mala. A papá no le hará gracia.

Un gruñido grave vibra en el pecho de Callum. Es un sonido ante el que cualquier hombre sensato se acobardaría, pero mi hermano siempre ha sido un descerebrado. ¿No entiende que está en territorio enemigo, rodeado de lobos? ¿No percibe la hostilidad en el aire? ¿La sed que hay de su sangre… y de la *mía*?

Lochlan, ceñudo, se inclina un poco hacia delante. La sonrisa de Philip flaquea, casi como si reconociera al alfa de Glas-Cladach.

Callum le hace una señal con la cabeza a Blake, que está sentado en el otro extremo de la mesa.

Blake se pone de pie y se acerca a Philip. En un rápido movimiento, le clava una jeringuilla en el cuello y mi hermano se desploma sin más.

—Pasaré un tiempo con él en la enfermería —dice Blake.

A mi lado, Callum se pone en pie. Su brazo roza el mío.

—Nadie más le pondrá una mano encima hasta que decidamos qué hacer con él. —Le hace un gesto a un par de tipos, y estos cogen a mi hermano y se lo llevan a rastras hacia a la salida.

—No habrá viajado solo —digo—. Apenas es capaz de vestirse sin ayuda, mucho menos de atravesar el reino entero.

—Lochlan.

—Mandaré una partida de búsqueda —responde este. —Su taciturnidad previa parece haber sido reemplazada por intriga.

Callum le susurra algo a Fiona y después ambos vamos tras los pasos de Blake por el Gran Salón.

Al llegar a la enfermería nos encontramos con que Philip está atado a una silla cerca del catre en el que duerme Kai. La cabeza le cuelga sobre el pecho y su cabello muestra la tonalidad del cobre bruñido a la luz tenue del fuego. Tiene las muñecas atadas a los reposabrazos de la silla y las largas piernas ligeramente separadas, con los tobillos atados a las patas.

Me detengo cerca de él, junto al fuego. Callum está detrás de mí. Blake despacha a los dos hombres que han traído a Philip.

Se suponía que estaba luchando en una de las guerras que mi padre libra contra el reino de Rema, pero, si eso lo ha curtido de alguna forma, no hay rastro de ello. Su abrigo de cuello alto está bien confeccionado y él está tan aseado como de costumbre. Su tez, al menos lo poco que se aprecia, y aunque está ruborizada por las llamas, no presenta el moreno esperable del clima cálido del extranjero. Me lo imagino sentado en una de sus grandes y ornamentadas tiendas, bebiendo y comiendo mientras ordena que los demás hagan el trabajo sucio que le correspondería a él y también a mi padre.

Blake destapa un vial y lo coloca bajo la nariz de Philip. Mi hermano se retuerce y emite un quejido. Blake se acerca al banco de trabajo que tiene detrás y saca una funda de cuero de uno de los cajones. Lo despliega, revelando así todo un surtido de bisturíes y escalpelos. Se me tensan las entrañas. Aborrezco a mi hermano. Y, aun así, habiendo leído algunos de los experimentos de Blake, no creo que tenga estómago para aguantar lo que sea que planee hacer.

Espero a que Callum le ponga freno. Blake saca una pequeña hoja y aquel se mantiene impávido. Siempre ha sido tan considerado conmigo que se me olvida la primera impresión que me causó. Me pareció un monstruo sediento de sangre, tan salvaje e indómito como las montañas de las que provenía.

No es un monstruo, pero *sí* es un fiero guerrero, un alfa y, ahora, un rey. La presencia de Philip constituye una amenaza tanto para mí como para su reino.

Mi hermano intenta mover los brazos. Se oye un chirrido cuando aferra los antebrazos de la silla con sus manos enguantadas en cuero. Estoy convencida de que ahora entrará en pánico. No ha tenido que hacer frente a una sola adversidad en toda su vida.

No voy a dejar que Blake le haga daño, pero eso no significa que no pueda disfrutar de su miedo.

Philip alza la mirada hacia Blake.

—*¿Bondage?* No eres mi tipo, aunque sí lo bastante apuesto, supongo.

Blake se inclina sobre el banco de trabajo en un movimiento que hace relucir la cuchilla que tiene en la mano. La sonrisa que le dedica a Philip despertaría temor en la mayoría de la gente, pero mi hermano le devuelve el gesto.

—No será tu hermano un majadero, ¿no? —El deje de Callum aúna tanto frustración como auténtica curiosidad.

—No es especialmente inteligente —replico yo.

Philip mira a Callum y lo hace como si estuviera sentado en un trono en vez de atado a una silla.

—Quizá tú y yo debamos hablar en privado. De futuro rey a futuro rey.

La ira se desata en mi interior. Qué típico de Philip. Viene aquí por una misión que me concierne a mí y, sin embargo, es al varón de más alto rango en la sala con quien prefiere tratar. No vaya a ser que yo tenga algo que decir sobre mi propio futuro.

Aprieto los dientes.

—No es el futuro rey. *Es* el rey.

—No por mucho tiempo, a juzgar por lo que se dice en las tabernas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Philip? —pregunto.

—Pretendía decírtelo, hermanita, pero me habéis tratado tan mal que ahora prefiero callármelo. —Sacude la cabeza—. Tenía entendido que los lobos de las Tierras del Norte no son muy hospitalarios, pero no esperaba un recibimiento tan frío.

Me acerco más a él. Huele a hidromiel.

—Esto no es un juego. Padre no está aquí para salvarte, tu título no te protegerá y no puedes hacer nada para librarte de esta. Estás en el Reino de los lobos y tú eres el príncipe de su reino enemigo. Harías bien en mostrar un poco de comprensión ante lo delicado de tu situación.

Sus ojos centellean.

—Has cambiado, hermana.

—Y tú no has cambiado en absoluto, *hermano*.

—Te sorprendería.

Blake arrastra una silla del banco de trabajo y la coloca de manera que queda de cara a Philip. Se sienta con el brazo apoyado en el respaldo. La fluidez de sus movimientos sugiere que la herida de bala ya se le ha curado del todo.

—Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi, Blake —dice Philip.

Una fría sonrisa florece en los labios de aquel.

—Lo mismo digo. —No debería sorprenderme que se conozcan. Blake formó parte de la Guardia del Rey, así que tiene sentido que coincidieran—. ¿Dónde has estado?

—No veo por qué debería decírtelo.

Blake apoya el tobillo sobre el muslo. Con un aire distraído, hace girar la pequeña daga en su mano.

—¿Crees que Aurora te salvará?

—Creo que respondes ante ella, ¿no es así?

La sonrisa de Blake se torna salvaje.

—Si eso fuera cierto, estaría muy preocupado por las circunstancias en las que estás ahora.

Philip me mira a los ojos.

—Es muy propio de ella, ¿sabes? Con un pestañeo tiene a todo un puñado de hombres poderosos revoloteando a su alrededor. Finge que es una princesa inocente para obtener de ellos lo que quiere de verdad.

La cólera me consume.

—Ah, ¿sí? —pregunta Blake.

¿*Cuándo* he conseguido yo algo que quisiera? Ojalá pudiera escupirle a la cara todos y cada uno de los pensamientos negativos que he tenido alguna vez sobre él. Quiero abofetearlo. La idea de quitarle el cuchillo a Blake y clavárselo en el muslo cobra fuerza. Mi alma amenaza con entrar en erupción.

Lo reprimo todo. Encapsulo mis sentimientos, como si el hecho de tenerlo aquí (como un recordatorio de palacio) bastara para devolverme a mi antiguo ser. Odio que vuelva a hacerme sentir como una niña indefensa y sin voz.

Callum se me acerca. Yo me hago a un lado. No quiero la reconfortante calidez que lleva negándome todo el día. Estoy lejos

de ablandarme.

—Te veo bastante abrigado, Philip —observa Blake—. ¿Es por mantener las apariencias o se trata de algo más?

Resulta un comentario un tanto extraño, teniendo en cuenta que el clima de las Tierras del Norte es bastante más frío que en el sur. La sonrisa de Philip mengua un instante, como si Blake hubiera dado en alguna diana. Este se inclina hacia él y, con delicadeza, le toma de la mano, lo cual hace que Philip se tense. Yo me pongo rígida.

—Blake… —empiezo.

Este le quita el guante de cuero. Le falta la punta del dedo meñique.

—¿Tortura? —Deja el guante en el banco de trabajo que tiene al lado—. ¿O gangrena?

Alzo las cejas. No imagino que mi hermano haya podido padecer alguna de las dos.

—Así que has estado pendiente de mí —dice Philip.

—Evidentemente.

La puerta se abre de golpe. Isla entra en la estancia y yo siento un arrebato de irritación. No la he visto en el banquete. Su vestido luce el tartán rojo de Highfell. La parte superior de su cabello castaño está recogido en una corona igual que la mía, mientras que el resto de su melena le cae suelta y libre por los hombros.

—¿Necesitas algo, Isla? —Callum suena cansado, lo que me da a entender que el día de hoy le está pasando factura.

—Te estaba buscando… —Frena en seco. Philip ladea la cabeza a un lado y ella ensancha las aletas de la nariz—. Ahora son dos. ¿Vamos a dejar que los sureños nos invadan constantemente? Cuando me vine de Highfell, no esperaba estar rodeada de gente así todo el rato.

—¿Y de qué clase de gente esperabas rodearte al viajar al sur? —pregunta Blake.

El semblante de Isla palidece, como si no se hubiera dado cuenta de que Blake está aquí. Alza el mentón.

—Pues de mi gente, de *lobos*. Seguimos estando en las Tierras del Norte.

—Si lo que buscas es aceite de onagra vespertina, me parece que está por allí —dice Philip, señalando con la cabeza hacia atrás uno de los estantes.

Alzo las cejas ante su osadía, mientras que Callum se muestra confuso. El aceite de onagra vespertina era el remedio que el curandero de palacio me daba para atenuar las molestias de mi sangrado menstrual. Los ojos de Isla adoptan un brillo glacial.

Camina hacia Philip. Coge el respaldo de la silla por ambos lados y acerca su cara a la de él.

—Unas palabras muy valientes, principito, pero olvidas que ahora estás entre lobos. Tu corazón se acelera y tu olor… Hueles a miedo más allá de esa peste a perfume y tu ropa bonita. No eres más que un niñato consentido que actúa como si no estuviera asustado, pero que en el fondo desearía estar en su casa entre joyas y algodones. —Le enseña los dientes—. Pero estás muy lejos de tu hogar en este momento.

Philip se inclina hacia delante todo cuanto le permiten sus ataduras, lo que deja sus rostros incluso más cerca.

—¿Y qué hay de ti, *Isla*? —Su voz suena baja, casi como un susurro—. Tu perfume… Pétalos de rosa, limón y un toque de romero. En una ocasión conocí a una mujer en el mercado que juraba y perjuraba que esos eran los ingredientes para una pócima de amor. Y ese vestido, tan ceñido, y el tartán rojo de tu clan… Los colores de Highfell, un territorio lejos de aquí, ¿no? Tú también estás lejos de casa en este momento, a pesar de tu aparente desprecio por lo que te rodea. Luego están las facciones de tu rostro, más femeninas gracias al colorete y a los polvos, como si quisieras tener un aspecto más delicado y recatado de lo que es en realidad… Tal vez para atraer a una figura de autoridad. Un alfa. O un rey, quizá. Pero él solo tiene ojos para mi hermana, ¿no? Así que tranquila, Isla, que a mí tampoco se me escapa *nada*. —Los nudillos de la mujer se vuelven blancos por la fuerza con la que agarra la silla—. ¿A quién se le ha disparado el corazón ahora? ¿He captado tu atención, lobita? —Los hoyuelos se acentúan en sus mejillas al tiempo que baja la voz—. Si alguna vez te apetece jugar con alguien capaz de morder tan fuerte como tú, házmelo saber.

Sus ojos cambian. Se le dilatan las pupilas y unas vetas plateadas aparecen sobre el azul verdoso de sus iris. Inspiro abruptamente. A Isla se le entrecorta la respiración.

Mi hermano ya no tiene los ojos de un hombre.

Tiene los ojos de un lobo.

40

Philip, el príncipe de las Tierras del Sur y heredero al trono, es un lobo.

Callum se acerca más a mí, como si, por primera vez, percibiera que mi hermano es una amenaza. El aroma a montaña que desprende me envuelve como una capa protectora mientras tensa los músculos.

Soy idiota por sorprenderme, pero, con todo lo que está pasando, no he dedicado mucho tiempo a pensar en mi hermano. Si nuestra madre era una loba, era de esperar que mi hermano también fuera medio lobo, como yo. Aunque ha cambiado sus ojos a voluntad. Sus fosas nasales aumentaron de tamaño al hablarle a Isla de su olor, y ha dado a entender que oye los latidos de su corazón. Le he dicho que no había cambiado nada.

«Te sorprendería» ha sido su respuesta.

Ha transitado el cambio. Lo mordieron y fue lo suficientemente fuerte como para sobrevivir. Es más lobo que yo. Qué típico de él triunfar allí donde yo he fracasado.

El pánico me arrolla. Los ojos de Philip confirman que soy una loba.

«¿Por qué no me transformé?».

Isla retrocede. Por cómo se ha ruborizado, comprendo que esto la ha pillado desprevenida. Resopla.

—Es irrelevante que tengas algo de lobo en la sangre. Nunca serás uno de nosotros, principito. —Cabecea para señalar la pequeña daga de Blake—. Además, yo no juego con juguetes rotos. —Se pasa el pelo por detrás del hombro, me lanza una mirada desagradable y sale de la habitación.

Philip suspira con dramatismo.

—Creo que me he enamorado.

—Acabarás muerto antes de lo que crees como no controles tus modales —indica Callum mientras se cruje los nudillos con solo apretar el puño—. ¿Sabías que era un lobo?

Abro la boca para responder. Es a Blake a quien mira.

—Era cuestión de lógica, teniendo en cuenta la condición de tu mascota —replica Blake—. Además, sé qué lobo lo mordió.

Se me hielan las entrañas.

—¿Qué? ¿Estabas al tanto de esto y no dijiste nada?

Blake pone los ojos en blanco.

—No lo he sabido todo el tiempo. Di por hecho que el curandero de palacio impidió que el veneno del lobo lo matara. Cuando vi que lo mandaban a la guerra, me pregunté si el veneno lo habría matado y tu padre lo habría ocultado. No fue hasta que te conocí a ti, pequeña liebre, que empecé a sospechar otra cosa. Hace no mucho que envíe a Jack para que intentara dar con él. Los rumores aseguraban que, nada más llegar a territorio extranjero, Philip abandonó el campamento y se perdió en algún lugar más frío, sin que volviera a saberse nada de él. Dime, Philip, ¿qué tal tu visita a las Tierras Nevadas?

Me giro hacia mi hermano y, por primera vez, la curiosidad se impone a mi aversión.

—¿Fuiste a las Tierras Nevadas?

—Sí —contesta él—. Y en cuanto a qué tal por allí… —Menea su dedo sin punta—. Estaba bastante frío. Se me gangrenó la carne en cuestión de días.

—Eh…, ¿qué…? ¿Por qué? —farfullo.

Philip pone los ojos en blanco.

—¿Por qué crees, hermanita? —«Para averiguar más cosas sobre nuestra madre»—. Quizá deberíamos dejar la charla familiar para más tarde. —Señala las ataduras de sus muñecas y tobillos con la cabeza—. Después de esta tortura tan innecesaria.

—Dinos lo que estás haciendo aquí y no te haremos daño —dice Callum.

—Soltadme y lo vemos —replica Philip.

Callum y Blake cruzan una mirada.

—Sabemos por qué está aquí —digo yo—. Ha venido para llevarme con mi padre.

—No todo gira en torno a ti, querida hermana. No he venido a por ti. Hace solo unos días que me enteré de que estabas aquí.

—Entonces *¿por qué* estás aquí? —inquiero.

Él asiente hacia Callum.

—He venido por *él*.

Callum ríe. Con los brazos cruzados, mira a Philip de arriba abajo.

—¿Has venido a por mí?

—No para matarte. ¡Diosa de mi vida! ¿Aquí todo es cuestión de violencia o qué? Me envía Ingrid Erickson, alfa de la tribu de los Vástagos del Hielo. Cree que un servidor de Noche pretende liberar al dios oscuro de su prisión. Hará falta un ejército para repelerlos a él y a sus seguidores. Tiene un mensaje para el rey de los lobos.

Callum frunce el ceño.

—¿Qué mensaje?

—Quiere formar una alianza que una los dos reinos de los lobos —explica Philip—. Desea tu mano en matrimonio.

41

Matrimonio? —repite Callum con una ceja arqueada.

La conmoción me atraviesa el cuerpo.

Philip ha venido con una propuesta matrimonial para Callum de parte de la reina de las Tierras Nevadas. Entre todas las razones que podría haber conjeturado para explicar su presencia en las Tierras del Norte, nunca habría dado con esta posibilidad. Habría preferido que viniera a por mí.

—Veo que he tocado una fibra sensible, hermanita. Me sabe mal —dice Philip.

—Explícate —exige Callum… cuando lo único que necesito que diga es un simple y llano «no».

—Hace unos treinta años, nuestra madre fue enviada por nuestra abuela a las Tierras del Sur —dice Philip—. Las Tierras Nevadas estaban siendo devastadas por una manada muy devota del Dios de la Noche.

—Los lideraba alguien llamado el lobo Sombrío —digo yo—. Leí sobre ello en uno de los libros de Blake en Lowfell.

—Sí —dice Philip—. No conozco los términos exactos del acuerdo, pero nuestra madre se casó con padre porque accedió a ayudar a los lobos en su lucha contra el lobo Sombrío. Al final los vencieron, pero últimamente ha habido un renacer en su manada. Son más fuertes que antes. Sienten más determinación. Por lo que parece, creen de verdad que esta vez tienen posibilidades de liberar al Dios de la Noche. Hay rumores que dicen que la llave de su prisión está en las Tierras del Norte y que un lobo al que llaman el príncipe de la noche la está buscando. No pasará mucho tiempo hasta que tengáis que enfrentaros a la misma amenaza con la que hemos estado lidiando nosotros. Debemos unirnos.

Callum se pasa una mano por la barbilla, lo que hace que me pregunte si estará pensando en todas las cosas extrañas que han sucedido en las Tierras del Norte últimamente: templos de Noche que han vuelto a tener actividad; lo desesperada que estaba Claire por una alianza debido a los insólitos asesinatos que están teniendo lugar en el norte; la declaración de Kai de que se enfrentó a uno de los prisioneros de Noche…

Philip asiente en mi dirección.

—Mi padre nunca accederá a un compromiso entre vosotros dos, por lo que las posibilidades de establecer una alianza con las Tierras del Sur son nulas. Lo que te estoy proponiendo… es un enlace muy lógico. No has visto las cosas que he visto yo. —Callum abre la boca, pero Philip alza los dedos para impedirle decir nada—. No tienes que contestar ahora. Piénsalo. Voy a quedarme un tiempo.

La expresión de Callum es pétrea.

—Cuando contraiga matrimonio será por amor, no por política.

—Si es así, tal vez no estés listo para ser rey —replica Philip.

—Mira quién habla —tercio yo.

Él se encoge de hombros.

—Es diferente. Yo soy heredero al trono. Un día, las Tierras del Sur serán mías, esté listo para reinar o no.

Qué petulante, necio e insoportable eres. Me juego el cuello a que preferiría dejar que nuestro reino se sumiera en la ruina antes que cumplir con las obligaciones que le exigiría el cargo de rey.

—Estaba tomando algo en una taberna no muy lejos de aquí —continúa— y lo que se cuenta es que no todo el mundo apoya tu ascenso al trono. Creen que simpatizas con los sureños. No creo que falte mucho para que te reten, y entonces ¿qué? Guerras constantes entre tu gente cuando una guerra aún mayor está a la vuelta de la esquina. Una alianza con otro reino lobuno sería lo inteligente. —Se encoge de hombros—. Y una pura cuestión de apariencia. Podrías seguir adelante con lo que sea que es *esto* —dice, agitando la mano entre nosotros, sin que su muñeca se haya separado del reposabrazos.

El grave gruñido de Callum reverbera por la enfermería.

—No cuestiones mi honorabilidad. La respuesta es no. Cuando despose a una mujer, me entregaré a ella por completo: en corazón, cuerpo y alma. Y esperaré lo mismo por su parte. No aspiro a menos.

—¿Por qué no te ofreces tú a Ingrid como posible cónyuge? —le pregunta Blake a Philip.

Siento una punzada de curiosidad que no es mía.

—La última vez que mi reino se alió con las Tierras Nevadas no fue muy beneficioso para ellos. —Una sombra se cierne sobre los ojos de Philip. Cuando la seriedad se adueña de su tez pecosa y sus labios tensos, adquiere el aspecto del príncipe que debería ser, en vez de ese desperdicio de espacio y aire que sé que es—. Ingrid no se casaría conmigo.

Son varias las preguntas que burbujean en mis adentros. Hay muchas cosas que quiero saber. Me pregunto qué ha averiguado en las Tierras del Norte y si sabe que madre era una loba.

—Hablaremos de esto más tarde, Philip —le digo.

—Siempre fuiste insufriblemente mandona, hermanita.

Entorno los ojos.

—Y tú insufrible a secas.

La puerta de la enfermería se abre de golpe para dar paso a Lochlan y Jack.

Philip enmudece al ver que el segundo se acerca a él.

—¿Es este el heredero al trono de las Tierras del Sur? —Por primera vez, Philip parece incómodo. Jack le toma la mano a la que le falta un dedo y chasquea la lengua—. Cielos, ¿qué ha pasado?

—A mí me interesa más esto. —Lochlan se acerca y coge el cuello alto del abrigo de mi hermano antes de echarlo a un lado. La tinta repta por su clavícula hasta perderse en el hombro. Debe de ser un tatuaje nuevo; no lo tenía cuando vivíamos en las Tierras del Sur—. He oído que los guerreros más letales de las Tierras Nevadas portan esta clase de marcas.

Philip se remueve en la silla para forzar que la tela vuelva a su sitio y mi mofa muere en mi garganta.

Su semblante es severo. Sus ojos resultan glaciales; una mirada que no he visto antes. Su rostro… La manera que tiene de mirar a

Lochlan… Por primera vez en su vida, parece peligroso.

Hasta que parpadea y una sonrisa brota entre sus facciones.

—El resultado de una noche desmadrada y demasiado hidromiel en los muelles de Ciudad del Rey.

Callum exhala un suspiro.

—Si Alexander está planeando un ataque, no tengo tiempo de ocuparme de un príncipe mimado. Blake, averigua lo que puedas y deshazte de él. —dice mientras observa cómo Lochlan coloca una silla junto al catre de Kai y se deja caer en ella—. ¿Alguna novedad?

—Ninguna —responde Blake.

Philip se endereza.

—No pienso irme. No hasta que accedas a hablar con Ingrid.

Callum se encoge de hombros.

—Ya tienes tu respuesta. No te obligaré a irte, pero mi gente te hará trizas como te quedes. Y no te protegeré. —Camina hacia la salida de la enfermería—. Princesa, deja que te acompañe hasta tus aposentos.

Las ganas de saber más sobre lo que ha estado haciendo Philip se enfrentan a la necesidad que tengo de mantener una buena conversación con Callum. Mi doliente corazón resulta vencedor de la contienda y lo sigo hasta el pasillo.

Al alejarme, siento en mí el peso tanto de los ojos de Blake como de los de mi hermano.

42

Recorremos el castillo en silencio. Callum me sigue por la escalera de caracol antes de inclinarse sobre mí para abrir la puerta. Su pecho me presiona la espalda por unos segundos.

«Haz lo que te pide».

Como en el interior no hay ninguna vela encendida, la oscuridad se adueña de cada rincón, desde las pilas de libros hasta las baratijas que hay en la habitación. La puerta se cierra a nuestras espaldas y de pronto la estancia se me antoja demasiado pequeña como para respirar a gusto. Callum camina hacia la ventana y contempla las montañas envueltas en sombras.

—Tú…

—¿Por qué…?

Ambos hablamos al mismo tiempo. Cierro la boca y dejo que continúe.

—¿Podemos fiarnos de tu hermano? —pregunta, juntando las manos, y a mí me da la sensación de que no era eso lo que iba a decir.

—No. Es un miserable. Pero todo lo que ha dicho sobre el Dios de la Noche… Kai tiene la marca de Noche en el pecho y, por lo visto, Alexander venera al Dios de la Noche. Creo que algo está pasando. ¿Y si Alexander es el príncipe de la noche?

La mandíbula de Callum se pone rígida.

—Me da igual a quién venere. Si pretende atacar mi reino y llevarte consigo, se enfrentará a mi cólera.

Se pasa una mano por la boca. Cuando detiene sus ojos en mí hay tanto dolor en ellos que casi me hace retroceder. Suspiro.

—Suéltalo, Callum.

Él camina hasta el borde de la cama y se sienta. La pequeña estructura cruje bajo su peso.

—No puedo sacármelo de la cabeza —admite—. Nada de lo que está pasando me distrae o impide que me reconcoma por dentro. No me da tregua. Cierro los ojos y te veo con él.

La crudeza de su confesión hace que se me acelere el pulso. Quiero sentir alivio por el hecho de que por fin se esté sincerando conmigo, pero no sería justo.

—Yo tampoco puedo sacármelo de la cabeza. —Él emite un sonido grave y gutural—. No de la manera que piensas —aclaro—. No puedo sacármelo de la cabeza por *tu* culpa.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Callum, fuiste tú el que le dijo que lo hiciera. —Él abre la boca, pero yo no he terminado—. Tu hermano me hizo prisionera. Me amordazó y me humilló delante de un montón de hombres que estarían encantados de acabar conmigo. Podrías haber hecho algo para ayudarme, pero te quedaste ahí sentado, mirando, y le *dijiste* a Blake que lo hiciera.

Él aprieta la mandíbula.

—Le dije que lo hiciera porque era la única forma de que uno de los dos pudiera llegar hasta ti y liberarte. —Hay un cariz desafiante en su tono de voz. Desvía la vista hacia el armario, en la esquina de la habitación, como si no soportara mirarme.

Yo vuelvo a ese momento en la casa solariega. Blake le dio un par de toques a la mesa antes de acercarse a mí, como lanzándole una señal a Callum. Introdujo los dedos entre mis ataduras con la intención de comprobar su firmeza.

Callum, en cambio…, parecía que prefería hacer caso de lo que James decía. La forma que tuvo de mirar a Blake, con recelo, cuando este estaba visiblemente molesto por que James me tocara…

«Haz lo que te pide».

—No te creo —digo—. Creo que, quizá, Blake lo hiciera para intentar liberarme, pero en tu caso parecía haber otro motivo.

Callum suelta una risa amarga.

—¿Crees que esa es la razón por la que te besó?

—¡Basta! ¡Basta ya de tus celos! Te comportas como si sufrieras, pero lo que sufres es tu propio delirio. Podrías haber retado a James en el mismo momento en que me llevaron a esa habitación, pero no

lo hiciste. Decidiste no hacerlo. Decidiste dejar que ocurriera. ¿Por qué? ¡Dime la verdad!

—Porque tenía que saberlo.

—¿Saber el qué?

Entierra el rostro entre las manos.

—Empecé a sospecharlo mucho antes de esa noche: que había sido maldecido con el deseo de algo que nunca me pertenecería realmente.

—¿De qué hablas?

Aparta los dedos de su cara.

—¿Albergas sentimientos por él?

—¿Qué? ¡No!

—¿Quién no se está sincerando ahora? Esperas que te diga la verdad mientras tú me la ocultas.

—¡No te estoy mintiendo!

—¡Soy un lobo, Rory! Tus pulsaciones, tu forma de moverte cuando estás con él, tu olor… ¿Puedes mirarme a los ojos y asegurar que no sentiste nada cuando unió sus labios a los tuyos? —Yo abro la boca, pero él sacude la cabeza—. Si tú no puedes ser sincera al respecto, no creo que yo pueda dejarlo correr.

—Sabes que James organizó todo eso para sacarte de quicio, ¿no?

—¡Pues claro que lo sé! —Se golpea el pecho con la mano—. Sin embargo, también me pregunto si, a su manera, no estaría tratando de ayudarme.

—¡Estamos hablando de un lobo que me atacó, me mordió y a punto estuvo de matarme!

—Contesta a la pregunta.

—Estás siendo ridículo.

—Es posible. —Se inclina hacia delante para apoyar los brazos en los muslos. El colchón gime bajo su cuerpo. Sus hombros están hundidos, y los músculos de su cuello, tensos. Tiene una pinta tan lamentable que, si no fuera por lo frustrada que estoy con él, lo consolaría—. Mi lobo está tan próximo a la superficie cuando estás cerca que no consigo aclarar mis emociones. Nunca me he sentido tan fuera de control. No sé si estoy exagerando o quedándome corto. No sé qué es real. Mi sangre aúlla y mis dientes duelen y

tengo la sensación de que mi piel podría desgarrarse y empezar la transformación en cualquier momento. —Sus ojos brillan en la oscuridad—. Y esa siempre fue la excusa de mi padre. Se escudaba en su temperamento, se ponía celoso y hería a la gente de su alrededor. Y siempre decía que era culpa del lobo. No quiero convertirme en él, así que lo reprimo y me digo a mí mismo que no debo sentirme como me siento, pero tengo que saberlo, Rory. Necesito que me lo digas. Cuando te besó, ¿qué sentiste?

Con un suspiro trémulo, me vuelvo hacia la ventana y apoyo las manos en el escritorio repleto de libros. Contemplo el fulgor plateado de la luna tras las nubes. El viento conjura ondulaciones en el lago y agita las ramas de los árboles perennes que lo cercan.

—No sé. Me sentí enfadada contigo.

—¿Y?

Pienso en el instante en que rozó mis labios con los suyos. Fue como si una cascada de oscuridad cayera sobre mí. Noté un ansia intensa que no se parece a nada que haya sentido antes. Noté calor en mi sangre.

—Sentí sus emociones —digo.

—¿Y?

Sacudo la cabeza y me giro hacia él.

—Eso es todo.

Él emite un quejido estrangulado y se pone en pie.

—No sé si me mientes a mí o a ti misma.

Al dirigirse a la puerta para rodear el picaporte, sus pisadas suenan tan estruendosas como los latidos de mi propio corazón.

—¡Sentí algo! —Las palabras emergen de mis labios, traicioneras y dolorosas. Él frena. Los músculos de su espalda se contraen bajo la camisa—. ¿Es eso lo que quieres que diga? Sentí un destello de algo, quizá. Un momento fugaz. Todo porque estaba enfadada *contigo*. Mis sentimientos se mezclaban con los de él, y era intenso y estaba asustada.

Él se gira. El lobo refulge en sus ojos. Traga saliva. Con fuerza. Después asiente.

—Gracias. Gracias por ser sincera. —Inspira profundamente para tranquilizarse—. Necesito… necesito despejarme.

Yo voy hasta él y lo tomo de la mano. Estoy enfadada y frustrada, pero siento que necesito decirlo.

—He conocido a hombres como tu padre, Callum. Tú no eres como él. —Coloco su mano en mi pecho, sobre mi corazón—. ¿Dices que no sabes qué es real? Esto es real. Nosotros somos reales. Tomé tu mano y te escogí aquella noche en las Tierras Fronterizas. Te escojo ahora. Pero no puedo ni voy a ser la princesa a la que mantienes cautiva en tu torre mientras tú te devanas los sesos en cosas que ninguno de los dos puede controlar. No quería besarlo. Lo sabes. Así que ve a dar un paseo, a nadar al lago, tómate el tiempo que necesites para sobreponerte, pero sobreponte, porque, si no puedes… —Soy incapaz de decirlo.

Él asiente y apoya su frente en la mía. Tiene la piel caliente. Casi parece que tenga fiebre.

—No sabes lo mucho que deseo que seas mía, Rory.

—Pues deja de comportarte como una bestia territorial. Deja de alejarme. —Él suelta una media carcajada en la que no hay ni rastro de diversión. Vuelve a girarse hacia la puerta—. Callum, espera. —Él mira hacia atrás. «Te necesito», quiero decirle. «Quédate». Pero creo que a mí también me vendría bien un poco de espacio después de todo lo que ha dicho. Creo que ambos tenemos que aclarar nuestras emociones—. Has dicho que no protegerías a Philip si se queda.

—¿Quieres que lo haga?

Se me retuercen las entrañas.

—No… no lo sé. Lo odio, pero compartimos sangre.

Me pregunto si, dada su relación con James, entiende mejor que otros lo complicadas que pueden ser las relaciones entre hermanos.

—Le diré a mi gente que Philip es un rehén —responde— y que pretendemos usarlo para llegar hasta tu padre. A lo mejor, una vez derrotado Alexander, incluso sea verdad.

—Gracias.

—Me ocuparé de que alguien vigile tu puerta para asegurarnos de que no te pase nada.

No puedo evitar pensar en que, no hace tanto, él mismo se habría quedado al otro lado de mi puerta toda la noche de haber sido

necesario.

Sale de la habitación y se pierde escaleras abajo, dejándome sola.

43

La oscuridad trepa por mi piel.

Intento desentrañar lo que me rodea. Creo que estoy en la prisión de Noche. Tengo los pelos de punta. El aire está más frío y parece que se mueve a mi alrededor, a diferencia de los otros sueños, en los que permanecía inmóvil.

Extiendo los brazos con la intención de tocar las paredes, pero no hay nada a ninguno de los lados. Ahogo una exclamación de la que se desprende un eco, como si estuviera en un espacio cavernoso. El miedo repta por mi columna vertebral. Me inclino hacia delante en busca de algún muro con el que guiarme hasta alguna puerta.

El roce que oigo a mis espaldas hace que se me pare el corazón.

—Hola, pequeña liebre. —El susurro es como una sombra, apacible y sedoso.

Me giro. Suelto el aliento mientras se me adapta la vista. Blake camina en paralelo a una pared que no he visto antes. Parece estar inspeccionando algo.

Trago saliva.

—Estamos en la prisión de Noche, ¿verdad? —Que mantenga un tono de voz moderado no impide que retumbe por todas partes.

—Sí.

Me acerco a él.

—¿Qué haces?

—Mira —susurra. Le da un toque a la pared y, a medida que me acerco, vislumbro qué es lo que él está mirando. Hay un agujero en la piedra negra, lo bastante grande como para que cupiéramos cualquiera de los dos—. Algo ha escapado. No debería ser posible. Tan solo el poder de Ghealach puede hacer esto.

—¿Tendrá alguien el Corazón de la Luna? —pregunto con la sangre cada vez más fría.

—Lo dudo. No parece que se haya hecho a propósito. La luna brillaba con fuerza la noche que mataste a Sebastian. Diría que sucedió entonces.

—Uno de los prisioneros de Noche está en la tierra.

—Eso parece.

Se me acelera el pulso al recordar el testimonio de Kai acerca de la Bestia Oscura.

—¿Crees que dicho prisionero está en la Fortaleza Gris con Alexander?

Blake se pasa una mano por la mandíbula.

—Parece probable.

Pienso en los cuentos de mi madre acerca de monstruos tenebrosos, devoradores de almas y bestias aladas.

—¿Quién crees que ha escapado?

Blake se agacha y coge algo del suelo. Es fino, negro y está recubierto de escamas. Parece piel mudada de una serpiente, lo que hace que visualice una de las ilustraciones que vi en uno de los libros que encontré en Lowfell. Cuando lo frota con los dedos, se disuelve hasta no ser más que polvo.

La expresión de Blake se ensombrece.

—Algo que de verdad me gustaría que siguiera aquí.

La celda se desintegra a mi alrededor y la oscuridad me engulle.

Caigo de pie. Estoy en otra parte. El dolor restalla en mi cuerpo. Tengo la piel de los brazos estirada. Cientos de ganchos la perforan para facilitar una sujeción erguida. Los noto en las piernas, en los pies, en los hombros. Los hilos traslúcidos unidos a ellos se pierden en una nube de oscuridad sobre mi cabeza.

Mis labios están cosidos, por lo que no puedo gritar. Las lágrimas me anegan los ojos.

Ya he estado aquí antes. Es mi pesadilla. Soy una marioneta controlada por una mano invisible en el salón del trono del palacio, iluminado ahora por la luna. Junto a mí, los cortesanos bailan. No se percatan de mi agonía. No reparan en mi grito mudo.

El ornamentado trono dorado de mi padre descansa sobre el estrado que hay delante. Está adornado con soles que resplandecen bajo la caricia de la luna. Yo estoy sumida en su sombra.

La música y el jolgorio imperan en el lugar. Mi invisible titiritero mueve la cruceta y yo empiezo a dar vueltas. Intento liberarme, pero estoy atrapada.

Me paran en seco.

La música cesa. Los cortesanos quedan petrificados. Se me encoge el corazón, porque esto es nuevo y no sé qué va a pasar a continuación.

Unas pisadas firmes retumban contra las baldosas. El aire se agita en cuanto Blake pasa por mi lado y sube los escalones del estrado para dejarse caer en el trono, como si estuviera diseñado para él. Se reclina y apoya el codo en el reposabrazos.

—¿No es horrible? —dice. La luz de la luna ilumina la mitad de su cara. La otra está envuelta en sombras.

Intento hablar, pero me asalta el sabor de mi propia sangre.

—Yo en tu lugar no haría eso. —Su mirada recorre los hilos hasta la cruceta, escudada en las sombras—. ¿Quién te controla? Me pregunto a quién encontraría si trepara hasta arriba. ¿A tu padre? ¿A tu hermano? ¿A Callum? ¿A mí mismo? A lo mejor a tu madre, o quizá algo más abstracto…, como el deber o el honor. ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que eres *tú* la que mueve los hilos? ¿Que eres tú la responsable de tu restricción? ¿Que podrías liberarte si lo desearas? —Tamborilea con los dedos sobre el reposabrazos del trono—. Probablemente no.

Intento tirar de los ganchos, pero solo consigo que la sangre caliente se derrame por mis brazos.

—Esta noche tenías el aspecto de una reina —musita—. Podrías serlo si así lo quisieras. Philip duerme en la enfermería. Podrías colarte mientras el castillo está sumido en el sueño. Hay un tazón de agua en la mesilla junto a él. Un par de gotas de acónito servirían. Yo lo haría por ti si me lo pidieras. Tu padre es un anciano. Acabará muriendo tarde o temprano, y, cuando lo haga, el trono podría ser tuyo. —Se levanta y se alisa el abrigo. Baja del estrado para detenerse justo delante de mí—. Me duele verte así, cielo. —No tengo claro que esté diciendo la verdad—. Piensa en lo que te he dicho.

Se mete las manos en los bolsillos y se aleja. Sus pasos se pierden en la distancia. El suelo se abre.

Una vez más, caigo en la infinita oscuridad.

Me incorporo sobresaltada en mi cama. Como tengo la piel húmeda, las sábanas se me pegan al cuerpo. Soy incapaz de apaciguar mis enloquecidas pulsaciones. La noche aún es oscura, pero no puedo volver a dormirme. Estaba soñando con la prisión de Noche. Y con Blake.

Con dedos temblorosos, enciendo la vela junto a la cama. De debajo de la almohada saco el libro que contiene algunas respuestas respecto a nuestro vínculo. Empiezo a leer.

Para cuando mis ojos quedan anclados a un pasaje en particular, las luces de la aurora ya rozan la ventana. La clarividencia me abofetea. Un sentimiento que no alcanzo a comprender amenaza con destrozarme.

Me visto a toda prisa. Cojo el tomo y doblo la esquina de la página en cuestión. Salgo tan apresuradamente de mi alcoba que casi me doy de bruces con el tipo que dormita apoyado en la pared. Tiene una espesa barba rojiza y un *kilt* azul. Lo reconozco de cuando Callum me trajo por primera vez desde las Tierras Fronterizas. Fergus, creo que se llama.

Ni siquiera se inmuta cuando paso corriendo hacia las escaleras. Menudo vigilante.

Tengo que hablar con Blake.

44

El castillo está despertando, y yo me enfrento a un torrente de gente que enciende antorchas, transporta comida y sale al exterior con sus armas.

La pulsión salvaje que late en mi pecho desde que James me mordió vuelve a la carga. Mi sangre ruge; mi corazón aúlla. Puntos negros danzan en mi visión. Mi cuerpo está intentando suprimir mis emociones.

Al pasar por la cocina apenas me apercibo de los gritos que la señora McDonald profiere contra Kayleigh por haber quemado las gachas. Blake se dirige hacia mí desde la dirección en la que se encuentra la enfermería. Lo sujeto y lo empujo contra la pared antes de que diga nada. Emite un sonido gutural. Tomo su camisa y se la saco de los pantalones.

Él me aferra la muñeca.

—Si lo que buscas es mi polla, cielo, me temo que estás cruzando una línea.

Su voz se me antoja lejana. Una larga cicatriz surca su abdomen. Mi respiración es pesada. Precipitada. Lo miro a los ojos, con el pasillo diluyéndose a mi alrededor.

—¿Quién te ha hecho eso?

Él me aparta.

—¿Importa?

—¡¿Que si importa?! —Le estampo el libro en el pecho y él compone una mueca. Lo abro por la página que he marcado—. «¿Pueden los órganos internos de los lobos volver a crecer una vez retirados? La incisión se hizo en el lado derecho del abdomen del sujeto de prueba como paso previo a la retirada del riñón».

Vuelvo a darle con el libro y él gruñe. La página muestra el diagrama de un cuerpo en cuyo abdomen hay una línea que

representa la incisión. Es un calco de la peor cicatriz de Blake.

Recuerdo la tenebrosa sensación que me asaltó cuando leí uno de sus libros de experimentos en el Gran Salón, tan similar a lo que sentía cuando el sumo sacerdote me pegaba. Pensé que era culpa, que quizá se sentía mal por haber herido a otros lobos.

No se me ocurrió pensar que podía haber otra razón: que se sentía avergonzado por que esas cosas le hubieran sucedido a él.

Con las manos temblorosas, sacudo la cabeza.

—Dejaste que creyera que estos libros los habías escrito tú.

Su expresión se ensombrece.

—Llegaste a esa conclusión tú sola, pequeña liebre.

—Todos esos experimentos…, todas esas cosas horribles…, te los hicieron a ti.

—No. —Su tono de voz es cortante—. Yo no era su única mascota.

—¿Quién? —Vuelvo a presionar el libro contra él—. ¿Quién lo hizo?

—¿Por qué?

—Quiero saberlo.

Él se encoge de hombros, como si no tuviera importancia.

—¿Quién crees? El maestre sanador de palacio.

Tengo la impresión de estar bajo el agua.

—¿Lo… lo sabía mi padre?

—¿Que si lo sabía? —La comisura de sus labios se eleva un poco, pero no hay ni rastro de divertimento en su mirada—. Fue un programa diseñado por él, pequeña liebre.

El corazón me late con fuerza en los oídos, aunque soy capaz de captar otras pulsaciones compitiendo con las mías. Blake debe de tener tres o cuatro años más que yo, lo que significa que debía de estar en algún lugar de Ciudad del Rey (quizá incluso en el propio palacio) hecho trizas mientras yo asistía a lecciones de baile o me engalanaba frente al espejo. Esa ingenuidad me sube por la garganta en forma de náuseas. ¿Cómo pude ser tan ignorante de lo que pasaba a mi alrededor?

Sin embargo, en medio de la conmoción y la ira que me asedian, una oscuridad prevalece. La pulsión salvaje de mis adentros se queda inmóvil. Noto un crepitar en la piel; se me eriza el vello de la nuca.

Cualquier rastro de empatía se ve sustituido por algo gélido y precavido. Retrocedo y mi espalda choca con la pared al otro lado del pasillo. Todo este tiempo he pensado que no era más que un peón en su partida contra Callum. Me dijo que odiaba a los lobos y que quería gobernar sobre ellos.

Solo ahora me sobreviene la idea de que tiene tantos motivos para odiar a los humanos como a los lobos. Puede que mi padre constituya para él un enemigo mucho peor que Callum. Quizá pretenda algo aún más serio respecto a mí. Anoche, en mi sueño, intentó persuadirme de que matara a Philip.

Tal vez aspire a ver arder el mundo entero.

—¿Vas a hacerme daño? —pregunto.

Un silencio tenso se extiende entre nosotros. A mí me vibra la piel.

Él se pasa los dientes por el labio inferior.

—No.

Intento percibirlo a través del vínculo, pero no hallo más que negrura.

—¿Vas a hacerle daño a mi hermano?

—Solo si me lo pides.

—¿Y qué hay de Callum? ¿Lo matarás? ¿Importa algo lo que yo diga en ese caso?

Él se frota el afilado contorno de su mandíbula.

—Si se rinde cuando lo desafíe, dejaré que se marche.

—¿Y yo? ¿Dejarás que yo me vaya?

—No lo he decidido todavía.

Siento un cosquilleo en la piel. Está mintiendo. Su elección parece flotar en el ambiente, oscura y certera. Una única palabra se entreteje en el hilo que nos une: «No».

Apaciguo mi respiración.

—¿Qué le pasó al maestre? ¿Lo mataste?

—Esa no es la pregunta correcta, pequeña liebre.

—¿Y cuál es?

—Si la haces, te lo diré. —Se mete la camisa en el pantalón—. Pero no, el maestre sigue vivo. —Se aleja en dirección al Gran Salón, rompiendo así la tensión.

—Blake.

Él frena.

—¿Sí?

—Anoche, el sueño… fue real, ¿no? —Él ladea la cabeza. El frío me inunda el cuerpo—. Es cierto que Alexander cuenta con uno de los prisioneros de Noche.

—Eso parece.

—¿Qué quiere de mí?

Blake sacude la cabeza.

—Esperemos no averiguarlo.

Callum se pasa el día reunido con Blake y otros alfas, trazando estrategias para hacer frente a la inminente batalla con Alexander. A excepción de algún que otro comentario cortés anoche en la cena, no me dirige la palabra.

A la mañana siguiente, me canso de esperarlo y llamo a la puerta de sus aposentos. Como ya se ha ido, dedico la mañana a seguir a Philip, al que ya no retienen en la enfermería.

Poco después de que le hayan mostrado su dormitorio en la planta baja, sale al exterior. Para a Kayleigh, que volvía adentro desde los jardines de la cocina, y, tras coquetear con ella, le pregunta si es verdad que el Corazón de la Luna se encuentra aquí.

Hace lo mismo con un par de mujeres más antes de sentarse en la orilla del lago y contemplar las montañas al otro lado del agua. Yo lo vigilo sin alejarme de los muros del castillo.

Queda claro que está buscando el Corazón de la Luna. ¿Es esa la auténtica razón por la que ha venido a las Tierras del Norte?

Philip se levanta y regresa a su cuarto. Como no sale de allí, voy a hacerle una visita a Fiona a los establos, donde comparto un poco de pan con queso con ella en su descanso. Luego vuelvo al castillo.

Una vez en mi alcoba, me entretengo con *Desafiando la cultura popular lobuna*.

Los experimentos se me antojan ahora mucho más terribles sabiendo que se los aplicaron a Blake. El cielo se oscurece. La tinta se vuelve borrosa. La frustración se adueña de mí. He repasado este

libro de cabo a rabo y no encuentro nada relativo al vínculo. ¿Estaré perdiendo el tiempo?

Se me para el corazón y estampo la mano en el libro.

«Aquí está». Los números de las páginas pasan del setenta y siete al ochenta y tres. Paso el dedo por el lomo. Hay un desgarro. Han arrancado algunas hojas. Debí haber confiado más en mi instinto. Sabía que me lo había dado con demasiada facilidad.

Si esas páginas no tuvieran valor, no las habría quitado.

Con un poco de suerte, los alfas seguirán en su reunión. Y *Blake*.

Salgo de la cama. Abandono mi habitación y corro escaleras abajo.

Camino hasta los aposentos de Blake.

45

El vocerío, sumado a una sinfonía de gaita proveniente del Gran Salón, se filtra por la escalera cuando paso junto a ella. Cuando llego a su habitación, pego la oreja a la puerta. No se oye nada al otro lado.

Entro, dubitativa. Dejo escapar el aliento. Está vacía.

Un fuego arde en el hogar. Ha ordenado la estancia desde la última vez que la vi. La cama con dosel que preside el espacio está hecha y los raídos cortinajes están retirados del todo. Las estanterías que la flanquean crujen por el peso de los libros que custodian.

Su olor a bosque oscuro flota en el ambiente, mezclado con el aroma a leña y pergamino.

Me adentro en la estancia y cierro la puerta tras de mí.

Se me hace raro que Blake haya dejado sus aposentos abiertos, pero me pregunto si tendrá que ver con la arrogancia de los lobos alfas. Se cree que nadie se atreverá a entrar. Pocos lo harían.

Inspiro profundamente. Tengo que ser rápida. No sé cuánto falta para que vuelva.

Al precipitarme sobre la estantería, el suelo cruje bajo mis pies. Cuelo las manos entre las cubiertas de los libros con la esperanza de dar con un trozo escondido de pergamino. A continuación, escarbo en el escritorio. La madera oscura alberga dos pequeños cajones. Abro el primero. Me encuentro con un montón de cartas arrugadas, como si las hubieran sacado antes de volver a meterlas de cualquier forma. Echo un vistazo.

Sebastian busca el Corazón de la Luna.

Sebastian pretende desposar a la princesa de las Tierras del Sur. Estará distraído durante los festejos.

Todas las firma un tal «M». Estas cartas atestiguan la implicación de Blake en el asalto a las Tierras Fronterizas, organizado junto a su espía. Las aparto.

No doy con nada interesante en el segundo cajón: un par de mapas de las Tierras del Norte, una lista de flores venenosas y lo que parece una de las novelas románticas de Elsie, titulada *El destino del alfa*. No me lo imagino leyendo esta clase de literatura por puro entretenimiento, así que no tengo ni idea de qué hace esto aquí. Vuelvo a meterlo todo en el cajón y evalúo la superficie del escritorio.

Se me acelera el corazón cuando echo a un lado un volumen sobre los Acólitos de Noche y encuentro un trozo de pergamino amarillento por el paso del tiempo. No es ninguna de las páginas que busco, pero tiene una anotación en la parte superior:

> *No podré escribir durante un tiempo. Esto puede resultarte interesante respecto a lo que buscas. Lo he encontrado en el despacho de Sebastian. M.*

A simple vista, parece una telaraña de líneas, pero, al fijarme un poco más, comprendo que se trata de un árbol genealógico que se desvanece y que debe remontarse a cuarenta generaciones o más. El nombre del final del diagrama despierta algo en mí. «Freja Månsken». Mi tatarabuela.

Repaso las líneas del diagrama, deteniéndome en los nombres de los que deben de ser mis ancestros. Los dos de arriba del todo están difuminados. ¿Por qué iba Blake a ahondar en mi árbol genealógico? ¿Por qué lo haría Sebastian? ¿Tiene esto algo que ver con el Corazón de la Luna y la teoría de Lochlan de que mi madre estuvo en posesión de él?

Doblo el pergamino y me lo guardo en el bolsillo para estudiarlo con más detalle más tarde. No es lo que estaba buscando, pero parece importante, sobre todo teniendo en cuenta que he empezado a sospechar que Blake ambiciona algo que va más allá del Trono Lobuno.

Compruebo el armario que hay en el rincón y meto las manos entre las distintas telas que conforman su ropa, lo que hace que el

aire se impregne de su olor. Después inspecciono la alfombra oscura de piel de oveja que hay frente a la chimenea.

De fuera de la habitación me llegan unas voces masculinas. Echo a correr y me oculto tras la cama justo cuando se abre la puerta.

—Porque me preocupo por ti. —La voz profunda de Jack resuena en los aposentos—. No estás pensando con claridad.

—Estoy pensando con mucha claridad —replica Blake con un tono afilado.

—¿Cuándo fue la última vez que te llevaste a alguien a la cama?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me preocupa tu buen juicio. Estás tenso. Y vas a hacer algo imprudente. Otra vez.

Apenas me atrevo a respirar. Mantengo el cuerpo pegado al suelo y procuro apaciguar los latidos de mi corazón. Me pregunto si debería anunciar mi presencia. Ya me he colado en los aposentos de Blake con anterioridad y no pareció molestarle en demasía.

—¿No puedes hacer lo que te pido y ya? —Blake suena hastiado —. Tenemos que averiguar qué es la Bestia Oscura. Kai bien podría estar poseído. Aurora y yo estuvimos en la prisión de Noche hace poco. Había un agujero en una de las celdas. Algo escapó.

Cualquier posibilidad de que revelara mi presencia se esfuma. Me pego aún más al suelo entarimado y me deslizo debajo de la cama para atender al resto de la conversación. Contemplo el oscuro marco de la cama sin atreverme a volver la cabeza para ver a los dos hombres que están hablando.

—Mierda —dice Jack—. Crees que Alex lo capturó.

—No sería de extrañar, ¿o sí?

Jack suspira.

—Veré qué encuentro.

—No tardes mucho. No creo que Callum vaya a tolerar tenerme por aquí mucho más tiempo.

—Lo que me sorprende es que no te haya metido ya entre rejas.

—A mí también, la verdad. —Blake suena divertido. El enfado repta por mi piel. No me gusta que se rían de él.

Jack suelta una risita.

—Solo… controla la situación hasta que vuelva. No me gusta que estés aquí solo. Arran o Elsie o *quien sea* debería venir a echarte un ojo.

—Prefiero que estén en Lowfell. Lejos de todo esto. ¿Y cuándo *no* he tenido la situación controlada? —inquiere con un deje sardónico.

—Me vienen un par de ejemplos a la mente… —comenta Jack.

Blake ríe. Cierra la puerta, encerrándonos a ambos en la habitación. Da la impresión de que se ha llevado todo el aire consigo.

Por mucho que tenga la impresión de que Blake me encuentra divertida (quizá, hasta atractiva), sé que, si me descubre aquí, lo considerará una violación de su intimidad.

No tengo claro cómo escabullirme sin alertarlo. Armo la jaula en torno a mis emociones. Intento adormecer los desbocados latidos de mi corazón. Ahora mismo, él no me está impidiendo acceder a sus emociones. Percibo turbación. Está inquieto. Distraído.

Oigo el rumor de la tela al quitarse la camisa. La tira a un lado y se acerca a la cama. Me llevo una mano a la boca para aplacar mi respiración. Se quita las botas. Tiene una marca (otra cicatriz) en uno de sus tobillos. Se deja caer en la cama, con lo que el marco se hunde ligeramente sobre mí.

—¿Qué estás haciendo? —Suena exasperado, y no sé si me lo dice a mí o a sí mismo.

Al ver que no añade nada más, me relajo un poco. Pasa un rato hasta que su respiración se calma y se queda dormido. Yo aguardo unos minutos más para asegurarme. Después salgo de debajo de la cama y me pongo en pie.

Hago una mueca al oír el crujido del suelo bajo mis pies, pero los ojos de Blake permanecen cerrados. Se retuerce, como si tuviera una pesadilla. Tiene un brazo apoyado en la almohada, por encima de la cabeza. El otro hombro es el que está vendado. Mi mirada se detiene en la larga cicatriz que le recorre el abdomen hasta desaparecer bajo las sábanas.

Un jadeo grave brota de sus labios y yo me quedó petrificada. Un trozo de pergamino asoma por debajo de la almohada.

Mis pulsaciones me ensordecen. Un leve temblor se apodera de mi mano cuando trato de hacerme con él. Blake gira la cabeza sobre la almohada, con lo que ahora siento la calidez de su aliento en mi piel. Su cabello oscuro está a escasos centímetros de mis nudillos. Empiezo a sacar el pergamino.

Blake abre los ojos de golpe. El lobo refulge en sus pupilas.

Agarro el pergamino. Él me atrapa y me vuelca sobre la cama, de manera que mi espalda queda pegada al colchón y mis brazos están atrapados bajo sus manos por encima de mi cabeza. Está sentado a horcajadas sobre mis caderas. Las sombras parecen arremolinarse a nuestro alrededor.

La parte de él que se cierne sobre mí resulta feroz, igual que en el templo. Un gruñido reverbera en mi garganta.

—¡Blake! —Me rebelo bajo su peso—. ¡Blake, para!

46

Blake parpadea. El lobo se esfuma en su mirada.

—Ah, eres tú. Pensé que tendrías la sensatez de irte mientras dormía. —Aunque afloja la forma que tiene de sujetarme las muñecas, no llega a soltarme—. ¿Puedo ayudarte en algo, pequeña liebre? —Sus muslos me presionan las caderas. Su olor a pino oscuro y veneno está por todas partes. Es asfixiante. Las palabras me son esquivas. Él arquea una ceja—. Lo creas o no, me estoy esforzando por *no* provocar a tu amo. No es un buen momento para que vengas a verme a la cama.

Pongo los ojos en blancos.

—Suéltame. Estaba… ¡Lo que estuviera haciendo no es asunto tuyo!

Él ríe.

—Estás en mi habitación. —Intento apretar bien el puño en torno al pergamino sin que él se dé cuenta. Trato de empujarlo a un lado. Ni siquiera se mueve. Su mirada viaja despacio de mi rostro a mi mano—. Ah, ya veo.

Sacudo la cabeza. Estiro el brazo mientras él desliza sus dedos por él. Tocarlo me enciende la piel. Golpeo la cabecera con los nudillos. Intento zafarme y darle un rodillazo en la entrepierna, pero no consigo quitármelo de encima. Inclinado sobre mí, su pecho está a unos centímetros de mi cara. Me suelta una de las muñecas y me arrebata el pergamino.

Luego suelta la otra y se queda arrodillado sobre mí. Chasquea la lengua.

—Qué traviesa, la pequeña liebre.

Percibo ese cosquilleo tan familiar en los dientes, la necesidad de morderlo. Esas páginas *me* pertenecen. Esas respuestas *me*

pertenecen. No tiene derecho a quitármelas. Estoy harta de dejar que la gente me arrebate cosas.

Blake se pone tenso, lo que acentúa cada relieve de su torso. Convierte su voz en un susurro.

—Sea lo que sea lo que estés pensando, te recomiendo que no lo hagas.

En la ermita, cuando su lobo empezó a asomar a la superficie, le hice algo. Me apoderé del vínculo y repelí al lobo. Abro la jaula en la que contengo mis emociones y lo invito a entrar.

Le siento en todas partes. El hilo que lo representa me rodea por doquier y yo lo cojo.

—Aurora, no.

Pero, en vez de alejarlo, tiro de él hacia mí. Su respiración se entrecorta y tal vez sea el sonido más delicioso que he oído jamás. Sus ojos se tornan ambarinos y fieros. El sudor se desprende de mí. Siento a su lobo; está agitado. Lucha contra mi dominio.

Él cae y agarra la almohada a ambos lados de mi cabeza. Hunde sus labios en mi oído.

—¿Por qué querría la liebre provocar al lobo?

—Porque sé que no te gusta. —Mi voz suena ahogada. Estoy perdiendo mi control sobre él, ya que su resistencia es efectiva. La habitación se diluye.

Su risa es silenciosa.

—¿Estás segura de eso?

Deja de resistirse. La lujuria envuelve el vínculo, ardiente y ávida. «Cazar». El aire se vuelve más pesado. Él adopta otra posición sobre mí y me empuja la rodilla hacia un lado con el muslo para abrirme de piernas. Intenta distraerme. Quiere que pierda mi dominio, que lo deje marchar, porque tiene miedo.

Con una exclamación, tiro de él con más fuerza. Su mano se contrae junto a mi cabeza al tiempo que un gruñido grave escapa de sus labios. Apoya su frente contra la mía.

—Aurora…

He tocado algo dentro de él. Un anhelo sordo e interminable me golpea. Es como caer a un vacío sin final. Mantengo la sujeción. Él murmura algo. Suena a que está contando. Una vez que tengo claro

que he consumido cada fibra de su ser, igual que él ha hecho conmigo, lo aparto. Le arrebato las páginas de la mano; no opone resistencia.

Abandono el vínculo y percibo su rápida retirada. Vuelvo a poder respirar. Los postes de la cama se difuminan a mi alrededor. Es como si la fiebre regresara y trajera consigo algo salvaje que se mezcla con mi sangre. Me medio arrastro hasta los pies de su cama.

Despliego el pergamino. Capto la palabra «Anam-Cridech».

Vuelve a estar encima de mí. Intento colocarme sobre las páginas para proteger mi trofeo, pero él me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia su pecho.

—No —susurra.

Hay una tempestad en mi interior. Tengo las respuestas que he estado buscando en la mano y él va a quitármelas.

—Merezco saber la verdad.

—No, no lo mereces.

Me quita el pergamino de la mano. Me da en la cabeza con el pecho cuando se inclina hacia delante para tirarlo al fuego. Aterriza sobre un tronco y las llamas lo devoran.

Un grito mudo desgarra mis pulmones. Si en algún momento se había trazado una pequeña línea de paz, por muy tenue que fuera, acaba de cargársela. Mi visión se tiñe de rojo. Me hierve la sangre. Un arrebato salvaje estalla en mi pecho y esta vez soy incapaz de contenerlo. Le clavo los dientes en el brazo.

Un gemido se forma en su garganta. Su brazo se tensa contra mi abdomen.

—Joder —dice con la voz ahogada—. Tranquila, pequeña liebre.

Yo le gruño. Algo se apodera de mí y yo lo muerdo con más fuerza. No creo que fuera capaz de soltarlo ni aunque me lo propusiera. Quiero que sufra como yo. Quiero hacerlo sangrar.

—Aurora…

Intento parar, pero la rabia ciega de mi interior no me permite claudicar. Su respiración es trabajosa. Los latidos de su corazón retumban inestables en mis tímpanos. Sus nudillos me rozan el torso por la fuerza con la que aprieta el puño. Gime.

—Si me atraviesas la piel, me estarás marcando. No quieres hacer eso.

No sé de qué me habla, pero de pronto me veo asediada por el pánico. Esta no soy yo. No soy dueña de mí misma. No puedo parar. Jadeo contra su brazo.

—Vale. Te tengo. —Proyecta sus emociones a través del vínculo, una oleada de sentimientos indescifrables que me inundan. Están en todas partes. Su hielo enfría mi fuego. Se me nubla la vista y, cuando la negrura se alza, me entrego a ella sin oposición.

Caigo sobre la cama y Blake lo hace sobre mí.

Durante un momento, me precipito en la oscuridad.

Aterrizo en una habitación poco iluminada. Cerca del techo hay una rejilla por la que se cuela la luz de la luna. El aire trae consigo un ineludible olor a moho. Creo que estoy bajo tierra.

Alguien murmura por lo bajo a mis espaldas. Está contando, creo. Me doy la vuelta. Trato de alejarme y me doy en la espalda con un banco de trabajo. Oigo el repiqueteo de los bisturíes y los tarros. Blake está atado a una camilla en medio de la estancia. Carece de camisa y está empapado en sangre.

—Dos… Cuatro… Ocho… Dieciséis… Treinta y dos… Sesenta y cuatro —musita. Algo se revuelve en mi interior. Yo recitaba las historias de mi madre cuando el sacerdote me pegaba. Me ayudaba a paliar el dolor en mi mente e impedía que perdiera la cabeza—. Dos mil cuarenta y ocho, cuatro mil noventa y…

—Blake.

Abre los ojos de golpe. Frunce el ceño.

—No deberías estar aquí, pequeña liebre. —Libera los brazos y se quita la correa del cuello antes de hacer lo mismo con las de los tobillos. Tras levantarse de la camilla, se acerca a mí—. Yo te he enseñado el mío, ahora tú me enseñas el tuyo.

Él me coge por los brazos y me empuja.

Las sombras se alzan a nuestro alrededor para engullirnos.

Caemos en la oscuridad.

Cuando aterrizo, lo hago en otro lugar. Noto los ojos como si me los hubieran sacado de las cuencas. Oigo el traqueteo de unas cadenas. El metal se me clava en las muñecas, mientras que mis piernas se enredan en otra cosa. No. En alguien.

Blake, de pie delante de mí, me sujeta los muslos con las manos. Yo estoy encadenada al techo de la pequeña celda de la casa solariega.

—Como me beses, te arrancaré la lengua. —Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda detenerlas, como si fuera la marioneta de mi otra pesadilla. Me invade el pánico. Esto es un recuerdo.

Blake sonríe, solo que no es él. Parece distinto, como si también fuera un títere. Tiene los ojos negros y la piel demasiado suave.

—Depende de dónde te bese, pequeña liebre. —La oscuridad hace que su voz no suene como debería.

Me echo para atrás al ver que él se arrodilla. «No. No. No».

La oscuridad se mueve a sus espaldas y el auténtico Blake, cubierto de sangre, le corta la garganta. La marioneta se funde con las sombras. Blake ladea la cabeza. Me arden las mejillas.

—Este es tu sueño, no el mío —miento.

Él niega con la cabeza. Un hoyuelo se conjura junto a la comisura de sus labios. Se acerca un poco más. Tanto su calor como su aroma anegan mis sentidos mientras él hace que le rodee las caderas con las piernas.

—Me parece que no, pequeña liebre.

Me pongo rígida.

—¿Qué es lo que…?

Él acerca sus labios a mi oído.

—En mis sueños, soy yo el que está encadenado y tú la que está de rodillas.

Abro mucho los ojos. Agarra las cadenas y tira. Se disuelven como si fueran tinta entre los dedos. Caigo y mis manos recalan en su cuello. El suelo ha desaparecido.

La negrura nos engulle una vez más.

Aterrizamos en un promontorio. La hierba me acaricia la mejilla. Un aroma estival inunda mi nariz: flores, bosques y tierra tostada

por el sol. Salgo de debajo de Blake y alzo la cabeza. Inspiro profundamente.

A unos cien metros de distancia, una mujer está sentada frente a un inmenso lago iluminado por la luna. Tiene un largo cabello ondulado y luce un vaporoso vestido color crema. Una niña pequeña se acurruca a su lado mientras la mujer le acaricia la cabeza. La luna llena, en compañía de la infinidad de las estrellas, se refleja en la superficie del agua.

Mi corazón se ensancha. Luego se encoge. Un nudo me oprime la garganta. No recuerdo exactamente cuándo fue, pero sé que mi madre me trajo a este lugar.

«Date la vuelta —suplico en silencio—. Date la vuelta».

Está hablando, pero sus palabras suenan amortiguadas. Me obligo a levantarme y camino hacia ella. Blake me adelanta. Yo lo cojo del brazo y hundo los dedos en su bíceps. Este no es un recuerdo que pueda desbaratar. No quiero que esté aquí.

Él se zafa y sigue andando. Hay determinación en sus ojos. Las voces me llegan con más fuerza, aunque no por ello más nítidas. Me lanzo contra su espalda y, en esta ocasión, lo tiro al suelo conmigo. Caemos con un golpe seco. Mi madre debería habernos oído, pero no se gira.

«Date la vuelta —deseo—. Déjame ver tu cara».

Blake se pone de rodillas y yo vuelvo a derribarlo. Paso por encima de su cuerpo para llegar hasta ella antes que él. Esto es importante. El peso de este momento se hace patente. Blake también lo nota. Me engancha del tobillo y me arrastra por la tierra.

«¡Madre! —grito sin voz. Le doy un codazo a Blake en el costado y un gruñido mudo escapa de sus labios—. ¡Quítate!».

«¿Qué te está diciendo? —Tiene pinta de estar gritando, pero ni una sola palabra brota de sus labios—. ¿Qué te dijo?».

Estamos ya tan cerca que deberíamos ser capaces de oírla. Huelo el agua. Veo los bucles de su cabello pelirrojo y las hebras de su vestido de color crema. El suelo empieza a sacudirse y una grieta aparece entre nosotras.

«¡No!».

Trato de alcanzarla. Mis dedos casi rozan su espalda.

Ella empieza a girarse.

El suelo se desintegra y Blake y yo caemos al vacío.

Estoy ardiendo. Algo duro y pesado me aplasta.

Abro los ojos lentamente. Necesito unos instantes para que se me adapte la vista y que mi mente comprenda lo que está sucediendo. Blake yace sobre mí, con los brazos atrapados bajo mi espalda. Noto la calidez de su suave respiración en la oreja.

Estamos al pie de la cama. El fuego está prendido delante de mí. El pergamino que Blake me ha arrebatado no es más que un montón de cenizas. El calor que me ha embargado al ver a mi madre se enfría. Ya no hay ternura en mi interior. Le doy un codazo a Blake en el vientre y él suelta un sonido estrangulado al tiempo que se quita de encima. Me caigo de la cama.

Aterrizo en la alfombra de piel de oveja.

—¡Serás víbora! ¡Condenada serpiente traicionera!

Planta en el suelo entarimado los pies descalzos, que hasta ahora colgaban de la cama. Deja que su mirada se pierda en el techo. Su pecho desnudo asciende y desciende con profusión. No tengo ni idea de en qué estará pensando, pero percibo su frustración, que se mezcla con la mía.

Me pongo en pie. Estoy temblando. Con fuerza. Un tornado se ha desatado en mis adentros y no puedo contenerlo. Estoy harta de sus jueguecitos. Harta de que me utilicen. Harta de que se me oculten las respuestas que necesito. No tenía ningún derecho a hacer lo que ha hecho.

—Rompe el vínculo —ladro.

Él se endereza.

—No.

—Te haré pagar por esto, Blake. —Me acerco más a él—. Te perseguiré allá donde vayas. Dedicaré cada minuto despierta a acosarte con mi presencia. Estaré ahí en cada sueño. Me ocuparé de amargar cada momento de júbilo que puedas obtener en tu patética y triste vida. Rompe el vínculo, Blake, o juro por todas las diosas habidas y por haber que te consumiré hasta que no quede nada de

ti. Te voy a arruinar la vida. Te voy a aferrar con tanta fuerza que suplicarás que te libere, y ni siquiera entonces te dejaré en paz.

Él se frota la cara con ambas manos.

—Ya me persigues, Aurora.

—¡Pues corta el vínculo!

—¡No puedo!

—¿Por qué?

Él se inclina hacia delante y junta las manos entre sus muslos.

—Supongo que debería decirte la verdad.

47

La verdad».

Se me acelera la respiración; el aroma a humo de leña inunda mis pulmones.

El hogar desprende su calidez a mis espaldas y el fuego derrama su luz tenue en los aposentos de Blake. Las sombras danzan sobre las sábanas negras de seda, arrugadas por nuestra pelea. Las cicatrices surcan su pecho. Por un momento, no oigo nada más que el crepitar de las llamas y el rugir del viento contra la ventana.

Blake me está prometiendo la verdad. Es lo que quiero, lo que he estado buscando. Sin embargo, se me tensan los músculos. Hay algo en la postura de sus manos entre las piernas, en la rigidez de su mandíbula, que hace que se me retuerzan las entrañas.

—¿Y bien? Adelante —impelo.

Se pasa una mano por la boca.

—¿Cómo podría haberlo sabido?

—¿Saber el qué?

Fija sus ojos en los míos.

—Lo que sucedió esa noche, cuando James te entregó a Sebastian. ¿Cómo podría haber sabido lo que iba a ocurrir? —Se toca el bíceps con aire distraído. Veo el rastro que mis dientes han dejado en su piel tras hundirlos en ella—. ¿Cómo iba a saber que James te mordería? Cuando intenté negociar el matrimonio entre vosotros, hablaba en serio al decir que no te haría daño. A pesar de todos sus defectos, estaba seguro de que no lo haría.

Arrugo el entrecejo.

—No… no entiendo. ¿Por qué me cuentas esto? ¿Qué tiene que ver con nada?

—Si la totalidad de mi plan hubiera dependido de que aceptaras el vínculo entre nosotros, yo habría tenido que garantizar que te vieras

envuelta en una situación de vida o muerte para así salvarte la vida. —Sacude la cabeza—. ¿Cómo podría haberme anticipado a la concatenación de eventos que llevaron a James a atacarte? Había demasiadas variables de las que ocuparse, demasiadas cosas que podrían haber sucedido de forma distinta. Ni siquiera yo soy tan bueno.

—Dijiste…

—No, no dije nada. Fueron tus palabras, no las mías.

Rescato de mi memoria la pequeña alcoba de Lowfell. Lo acusé de haberlo planeado todo, de crear el vínculo para que Callum se viera obligado a renunciar al trono. Y él dijo…

Se me para el corazón. No lo negó, pero tampoco lo confirmó.

—¿Qué insinúas?

—No puedo romper el vínculo, Aurora, porque no fui yo quien lo creó. No está en mi poder.

Retrocedo un paso. Noto el fuego caliente detrás de mí. Sin embargo, la sangre se me ha helado en las venas.

—Mientes.

—¿Crees que quiero esto? —Su voz tiene un deje estrangulado muy impropio de él—. Me complica mucho las cosas.

Apenas respiro. Siento un nudo en el estómago. El aire me enfría los pulmones.

—He visto la palabra «Anam-Cridech» escrita en el pergamino que has quemado. ¿Así es como se llama el vínculo?

—Sí, es uno de sus nombres.

—¿Cuál es el otro?

Sus ojos se clavan en los míos. Oscuros. Intensos.

—Ya lo sabes.

Sacudo la cabeza.

—No, no lo sé.

—Sí que lo sabes. Una parte de ti lo sabe. Una parte de ti siempre lo ha sabido. Del mismo modo en que, en el fondo, Callum también lo sabe. Igual que siempre lo he sabido yo.

El corazón me late desbocado en los oídos.

—Dímelo.

Él se retuerce las manos. Despega los labios.

—Vas a tener que descubrirlo tú sola, pequeña liebre. Parece que nuestro encuentro toca a su fin.

Yo me giro justo cuando la puerta se abre. Lochlan irrumpe en la habitación flanqueado por sus hombres. Una débil carcajada escapa de los labios de Blake, que se pone en pie.

—¿Tú, Lochlan? ¿En serio?

—No es nada personal, Blake. —Sus ojos delineados con kohl resplandecen con un destello de violencia, traicionando así sus palabras. Creo que le preocupa lo que Blake pueda hacerle a Kai—. Tengo órdenes del rey. Estás sentenciado a prisión por conspirar contra la corona. ¿Vas a resistirte?

Un hoyuelo aparece en la mejilla de Blake, que da un paso atrás.

—Sé que Callum ha indicado que no me hagáis daño.

—Dijo que dirías eso —anuncia Lochlan—. Quiere que sepas que has enseñado tus cartas y has perdido. Podemos hacerte daño si así lo consideramos.

Blake ríe. Es una risa fría y forzada que me pone los pelos de punta. Un par de hombres intercambian una mirada. Él se encoge de hombros.

—De acuerdo. Deja que coja mi camisa.

Lochlan inclina la cabeza. Blake recupera la prenda del reposabrazos del sillón y se la pone. Yo me alejo de él, de manera que me doy en la espalda con la pared junto al fuego. Me tenso, a la espera de que coja su espada y dé comienzo la lucha, o que me coja a mí y me use para inclinar la balanza a su favor. Se abrocha los botones, se pone las botas.

Lochlan lo señala con un ademán que hace que dos de sus hombres inmovilicen los brazos de Blake y los coloquen con brusquedad a su espalda. Le ponen los grilletes en las muñecas. El chasquido resuena en toda la alcoba. No opone resistencia.

Lo conducen hasta la puerta y él se detiene frente a Lochlan.

—¿Le darás a Callum un mensaje de mi parte? —pregunta. Lochlan asiente y los labios de Blake se curvan en una perversa sonrisa—. Aún no ha visto qué cartas tengo. Ni siquiera sabe a qué juego estamos jugando. Ven a verme cuando lo hayas averiguado, pequeña liebre. Te estaré esperando.

Lo sacan de la habitación.

Lochlan agacha la cabeza.

—Buenas tardes, princesa.

Va tras los pasos de sus hombres y de Blake, y se pierde en el pasillo.

Yo me quedo perpleja, con la mirada anclada a la puerta.

48

Todo está tranquilo. Silencioso.

Es la calma tras la tormenta, una calma en la que se espera que todo vuelva a la normalidad a pesar de que el mundo se ha puesto patas arriba.

Estoy de pie junto a la chimenea de los aposentos de Blake. Si no fuera por lo desordenado de las sábanas, por los rastros de barro que hay en el suelo entarimado como prueba de la llegada de los hombres de Lochlan, y por lo desbocado que me late el corazón, podría llegar a creer que no ha pasado nada fuera de lo común.

Callum ha movido ficha contra Blake por fin. Ha decidido encerrarlo a pesar de que sabe que nuestras vidas están vinculadas. Antes no lo consideraba una opción. Lo discutimos en una ocasión, en Lowfell, y llegó a la conclusión de que Blake se mataría de hambre o se haría daño a sí mismo para que me afectara a mí.

Pero Blake ni siquiera se ha resistido.

Callum no sabe qué hacer. Blake trama algo.

«Anam-Cridech». La palabra que designa el vínculo resuena en mi mente.

Qué cerca he estado de dar con una respuesta. Y, sin embargo, una parte de mí siente alivio por que se hayan llevado a Blake antes de que dijera nada. Sus palabras han calado en mí, y las temo.

«Una parte de ti lo sabe. Una parte de ti siempre lo ha sabido. Del mismo modo en que, en el fondo, Callum también lo sabe. Igual que siempre lo he sabido yo».

Me acerco a su escritorio y abro el segundo cajón. *El secreto del alfa* descansa en una esquina, envuelto entre los mapas. Lo cojo. Elsie me dio dos libros de estos. Dijo que eran muy esclarecedores. Blake me quitó los dos. En el momento no pensé nada al respecto; no obstante…

El suelo cruje a mis espaldas.

Me meto el pequeño y endeble tomo en el bolsillo antes de darme la vuelta. Callum está en el umbral de la puerta.

Sus ojos pasan de las sábanas desordenadas al lugar en el que estaba Blake hace escasos segundos. Sus fosas nasales aumentan de tamaño y a mí se me acelera el pulso.

¿Creerá que ha pasado algo inapropiado entre nosotros? ¿*Ha pasado* algo inapropiado entre nosotros? Me he obsesionado tanto con conseguir el pergamino que he dejado que el instinto tomara las riendas. No he reflexionado demasiado acerca de dónde me encontraba o a quién estaba provocando. He tocado una fibra peligrosa. Aunque me arden las mejillas, un extraño frío se extiende bajo mi piel.

Desde luego, no es adecuado que una dama visite la alcoba de otro hombre, pero estaba enfadada. Estaba *peleándome* con él. Pretendía obtener alguna respuesta para Callum, así como para mí. Aun así, me embarga la vergüenza.

Me da la impresión de que él se está enfrentando a su lobo. Respira con fuerza y tiene los puños apretados. Su expresión bien podría haber sido tallada en piedra. Soy consciente de que él solo oculta sus emociones cuando se siente amenazado.

—Callum. —Camino hacia él.

Él retrocede como si lo hubiera empujado. El pánico se adueña de sus facciones. Da media vuelta y sale de los aposentos de Blake.

—Callum —llamo, apresurándome tras sus pasos.

Él no baja el ritmo, por lo que no consigo alcanzarlo.

—¡Callum!

Frena delante de la puerta de su habitación, aferra la parte superior del marco y se inclina hacia delante. La amplitud de sus hombros lleva al límite su camisa. Apoya la frente contra la puerta.

—Su olor está por todo tu cuerpo.

—No es lo que piensas.

Suelta una carcajada amarga, carente de su calidez habitual.

—Te ha tocado.

—Intentaba conseguir respuestas…

Se da la vuelta. El lobo asoma a sus ojos.

—¿Has estado en su cama?

—Sí, pero no es…

Emite un sonido grave, cierra los ojos y se muerde los nudillos. Un hilo de sangre le recorre el puño antes de caer contra las baldosas. A juzgar por lo entrecortado de su respiración, no parece proporcionarle ningún consuelo.

—Callum, por favor, tranquilízate. —Intento agarrarlo de la muñeca para que deje de hacerse daño.

Él se aparta de mí y se da en la espalda con la pared. Deja caer el brazo a un lado. La sangre sigue salpicando el suelo. Cuando abre los ojos, yo casi me echo atrás, intimidada por la ferocidad de sus ojos.

—*No* —masculla.

—Lo siento. Solo…

—¿Lo deseas?

—¡No!

—¡Soy un lobo, princesa! —Se golpea el pecho con la mano en un gesto que hace que me estremezca. Parpadea para diluir la pátina húmeda que hay en sus ojos y sacude la cabeza—. Te vi bailar con él, ¿sabes? En el festín de Lowfell.

El recuerdo de Blake haciéndome dar vueltas en la pista de baile relampaguea en mi memoria. Niego con la cabeza. No puede hablar en serio.

—No es algo que te ocultara. Intentaba sonsacarle información —digo, con un timbre de súplica, ruego y *desespero* que no puedo sino odiar.

Un músculo se contrae en la mandíbula de Callum.

—¿Es eso lo que estabas haciendo ahora en su cama?

—*Sí.*

Vuelve a emitir ese quejido grave. Mi respiración suena entrecortada. He tenido que tragarme una tormenta y necesito de toda mi fuerza de voluntad para mantenerla bajo control.

—Si te tranquilizas, te explico lo que ha pasado. Vayamos dentro y hablemos como seres humanos racionales.

—Yo *no* soy humano, princesa. —Cada una de sus deliberadas palabras, pronunciadas mientras se acerca a mí, resulta áspera. El

calor que destila su cólera me quema la piel—. Soy un lobo.

—Ahora mismo te pareces más a un bruto —replico con frialdad, aunque una parte de mí agradece su ira, como si la hubiera estado esperando.

Destrocémonos mutuamente, gritemos y chillemos para liberar lo que llevamos dentro. Que, por una vez, me someta a su furia sin que le dé miedo que no pueda soportarlo.

Un quejido frustrado reverbera en mi pecho. Él sacude la cabeza y dirige su atención a una de las antorchas titilantes del pasillo.

—No puedo hablar contigo mientras huelas así.

Pasa por mi lado y recorre el pasillo en dirección a la escalera.

—¡No me dejes aquí plantada, Callum!

—Date un baño —masculla—. Y ya lidiaré contigo después.

La indignación me incendia las venas.

—¿Lidiar conmigo?

—¡Sí, lidiar contigo!

—¿Qué es el «Anam-Cridech»? —pregunto.

Él frena en seco. Los músculos de su espalda se estremecen. Contrae la mano a un lado. Se me retuerce el estómago ante su reacción. Blake tenía razón. Callum sabe lo que es.

—¿Dónde has oído esa palabra? —pregunta.

La frialdad se adueña de mis huesos.

—¿Qué es, Callum?

Él se yergue. No se gira.

—Date un baño. Hablaremos más tarde.

—No, vamos a hablar ahora…

—*No me sigas.*

Sus palabras son como una orden que mi cuerpo no sabe ignorar, tan vehementes que casi me tiran de espaldas al suelo. Lo siento en mis entrañas: el sabor de la brisa de montaña en el paladar. Su exigencia somete el arrebato de rebeldía que late en mi pecho.

Ha utilizado su voz de alfa, su voz de rey, con la intención de doblegarme, como cuando Blake usó el Àithne. No tengo claro que sepa que lo está haciendo.

Cojo ese poder y me lo quito de encima con la misma facilidad con la que lo hice en el caso de Blake. Lo veo alejarse. Sin aliento.

Alterada.

Pero no lo sigo.

49

En algún lugar bajo el castillo se encuentran los calabozos en los que Blake está encerrado. No sé qué estará haciendo Callum. Supongo que trazando estrategias con los alfas por la amenaza proferida por Alexander. O tal vez tranquilizándose después de nuestra bronca. Estoy furiosa con los dos. Blake quemó las páginas y Callum se ha alejado de mí.

Al menos Blake pretendía decirme algo. Tengo claro que ahora no voy a poder llegar hasta él.

Me pesan los ojos, que tengo clavados en el ejemplar que saqué de la habitación de Blake. Tengo que leerlo, pero me da miedo.

Sus ojos me parecieron inusualmente honestos mientras se sentaba cabizbajo en el borde de su cama, con las manos juntas y la luz del fuego danzando sobre los músculos y las cicatrices de su cuerpo. A lo mejor no quiero saber lo que ha estado a punto de decir. A lo mejor ha hecho germinar una idea en mi alma: una explicación para el vínculo, para lo que James trató de demostrar y la reacción de Callum ante ello. Quiero segarla antes de que sus raíces sean más profundas.

En una ocasión, Callum me habló de un fenómeno lobuno. Cuando acababa de llegar y me pidió que me pusiera su collar. Sonaba a una especie de vinculación, aunque no lo describió de esa manera. Contemplo el compacto ejemplar y me pregunto si no habré estado buscando respuestas en el lugar equivocado. Blake me arrebató dos libros de estos. Este lo tenía escondido en un cajón, como si pretendiera mantenerlo fuera de mi alcance.

Aparto el libro. Me dejo caer en los almohadones y me paso una mano por el pelo. Tiro de él, lo que me hace sentir un escozor en el cuero cabelludo. El viento aúlla contra los muros de piedra. A mí me duele la boca y además tengo la piel tirante. Me mordisqueo el dedo.

Rasgo la piel y me arranco parte del lateral de mi uña. Me incorporo. Al coger el libro, la sangre se desliza hasta el pergamino.

Lo abro y empiezo a leer las palabras pulcramente escritas. Es la historia de un alfa brutal que vive en un castillo y que secuestra a la hija del alfa de un clan próximo como venganza por un desaire que tuvo con él. Pero, al pasar tiempo juntos, empiezan a enamorarse.

No es sino hasta casi el final cuando me topo con ello. Ambos lobos comparten un vínculo. Se llama «Anam-Cridech».

El corazón me late en los tímpanos. Las palabras de la página se difuminan. Cierro el libro de golpe.

Las sombras se vuelven más oscuras. Yo estoy bajo el agua, desesperada por aire. Pataleo hacia la superficie, pero hay algo que me agarra y me sumerge aún más. Es esa idea y sus raíces profundas. La amputo. Ojalá pudiera hablar con Elsie, pero se encuentra en Lowfell. Recuerdo una cosa que me comentó: «Los escribía la antigua cocinera que teníamos aquí, en Lowfell».

¿Es posible…? Salgo a toda prisa de la cama, me pongo las zapatillas y cubro mi camisón con una bata antes coger el librito.

Es tarde, pero, con un poco de suerte, las cocinas no estarán desiertas todavía. Paso de puntillas junto a Fergus, que se ha vuelto a quedar dormido, y bajo las escaleras hasta la planta baja del castillo. Llego a una de las cocinas, en cuyo hogar arde un fuego. La mujer a la que busco está de pie, de espaldas a mí, lavando los platos en un cubo rebosante de jabón.

—A estas horas ya deberías estar acostada, muchachita —dice la señora McDonald con una nota de advertencia. Se gira y se cruza de brazos, de manera que las manos enjabonadas humedecen las mangas de su vestido marrón—. Y desde luego no deberías ir por ahí *así*. —Chasquea la lengua al apreciar cómo la bata, atada a la cintura, se adhiere a mis curvas.

Alzo el libro.

—¿Usted escribió esto?

Lo mira con los ojos entrecerrados. Vuelve a girarse.

—Así es, lo escribí yo. Hace ya mucho. Ahora ya no tengo tiempo para eso. ¿Por qué?

Las preguntas que amenazan con desbordarse por entre mis labios no impiden que curve las comisuras hacia arriba.

—Quién iba a imaginar que está hecha una romántica, señora McDonald.

—Ajá.

Me acerco a ella y me detengo junto a la encimera, al otro lado del cubo donde lava los platos. La ventana da al jardín donde se cultivan las distintas hierbas. Más allá, el viento agita el romero y los arbustos de tomillo. No me atrevo a hacerle la pregunta cuya respuesta ardo en deseos de conocer.

—Escribiste sobre el Anam-Cridech en este libro —señalo.

—Sí. Es un fenómeno insólito, en realidad, pero siempre lo incluyo en mis novelas.

—El Anam-Cridech…, si dos lobos lo compartieran, ¿serían capaces de sentir las emociones del otro?

—A mí me gusta escribirlo de ese modo, pero lo cierto es que nadie lo sabe. Es raro que exista un vínculo así, y más raro aún que sea aceptado.

—¿Tiene que ser aceptado?

—Ah, sí, por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Y de qué manera se acepta?

Se encoge de hombros.

—Ni idea. El único lobo que yo conozco que haya experimentado el Anam-Cridech es James, pero no era muy dado a entrar en detalles.

Alzo las cejas.

—*¿James?*

—Sí. Con esa muchacha a la que solía cortejar. Claire. O eso dicen los rumores, al menos. Se cuenta que ella lo rechazó, por lo que el vínculo nunca llegó a ser sólido.

Tengo el pulso disparado.

—¿Cómo puede romperse?

Ella ríe.

—¿Romperse? Una vez aceptado es irrompible. Tan solo la Diosa de la Luna tiene ese poder. —Retoma su labor—. No. El Anam-

Cridech es eterno. Se dice que es un vínculo que sobrevive incluso a la muerte. ¿Por qué quieres saber…?

Yo ya me he dado la vuelta para salir de las cocinas con las piernas temblorosas. Me parece que le doy las gracias con un murmullo. Tengo la sensación de que tanto mi mente como mi cuerpo se encuentran en otra parte. Los pasillos se desvanecen a mi alrededor. Llego hasta las escaleras.

Un vínculo eterno, compartido por dos lobos, creado por la Diosa de la Luna, documentado en novelas de amor… Sería muy molesto para Callum. Me aferro a la barandilla y cojo aire.

«Ya lo sabes».

Me asaltan las náuseas. Recuerdo lo que Callum me dijo cuando llegué a Madadh-allaidh:

«Cosas de lobos. Extraordinario pero poderoso. Es más fuerte incluso que el amor. Dos almas elegidas por la Diosa de la Luna…».

Sé lo que es el vínculo.

Si sigo cierta dirección, me enfrentaría al alfa que me mintió y me engañó en los calabozos.

Si sigo la otra, acabaría frente al alfa que me ha ocultado una verdad que debe de llevar semanas sospechando.

Esa idea tan terrible y peligrosa ha echado unas raíces gruesas y tan profundas que apenas puedo respirar. Me enfrento a ello con todo lo que tengo. Lo reprimo, porque no puedo, y no quiero, que salga a la superficie.

No soy una liebre. No soy una presa. No soy un problema que se solucione metiéndolo en lo alto de una torre. No soy una princesa desvalida que necesite que la protejan de la verdad.

Alguien ha de pagar por esto.

Alguien *pagará* por esto.

Con el cuerpo tembloroso y el corazón retumbando en mi inquieto pecho, tomo una dirección.

50

Irrumpo en sus aposentos.

Apenas reparo en la cama con dosel ni en la colcha de tartán, tampoco en el fuego de la chimenea ni en la luna creciente que brilla al otro lado de la ventana.

Callum está en la tina de cobre. La furia no impide que me quede sin aliento al verlo. Poderoso, musculado y completamente relajado; la luz del fuego danza sobre su piel húmeda, tintándola de bronce. Tiene las rodillas alzadas y la cabeza apoyada en el margen de la bañera, lo que deja su garganta bien a la vista. Su pelo mojado, del color de la arena bañada por el mar, está peinado hacia atrás de esa manera que hace que parezca más joven.

Abre los ojos cuando la puerta se cierra tras de mí.

Agarra ambos lados de la tina y se incorpora para sentarse. El agua recorre en cascada el relieve de sus pectorales. Ahora mismo, la posibilidad de ver más de él me resulta inasumible.

—Quieto ahí —le digo.

Él obedece, como si percibiera la tormenta que no hace más que aumentar en mi interior. Soy consciente de que no me teme ni podría temerme nunca, pero, aun así, tensa la mandíbula con precaución.

—Tranquila, princesa.

—Me has mentido.

Su expresión se oscurece.

—No es verdad.

Mi pecho está agitado, porque eso es falso y lo sabe. Un grito estalla en mis entrañas, desgarrándome desde dentro. Me duelen los dientes. Quiero morder algo. Me duele la piel de tanto contenerme. Se me estremecen los músculos; se sacuden mis huesos. Como no lo libere, me consumirá.

—Rory… —advierte Callum.

Yo camino imparable hacia él, cojo la resbaladiza pastilla de jabón que está en el borde de la bañera de cobre, junto a su mano, y se la tiro. Después le lanzo la toalla de mano. El agua rebasa los límites de su continente cuando él alza los brazos. Ambos proyectiles rebotan contra él y caen al suelo.

—¿Has acabado? —masculla.

—No. ¡No he acabado! —Cojo el candelabro que hay en la repisa de la chimenea junto a mí.

—No te atrevas… —Lo sacudo sobre su cabeza. Él atrapa el extremo y tira hacia sí. Como no lo suelto, tropiezo y me veo obligada a agarrarme al borde de la bañera para mantener el equilibrio—. ¿Crees que voy a dejarte hacer eso?

La vehemencia con la que la rebeldía salvaje de mi pecho intenta liberarse hace que me pese la respiración.

—No.

—No —coincide—. Suéltalo.

—No.

—Por las buenas o por las malas —advierte. El lobo centellea en sus ojos.

—No vas a hacerme daño. —Estoy tan convencida de ello como la primera vez que detuve la mirada en él.

—Aun así, no puedes irrumpir en mis aposentos en mitad de la noche y amenazarme. No lo puedo permitir. —Una sombra se cierne sobre sus pupilas—. Suéltalo.

Intento zafarme para volver a apuntar a su cabeza. Él me suelta y yo trastabillo, pero me sostiene por la cintura con un brazo mientras me sujeta la muñeca con el otro. Un chapoteo destierra aún más el silencio, producto de mi caída sobre él en un movimiento que termina con mis rodillas raspadas contra el lateral de la bañera.

Hay agua por doquier: sobre los tablones de madera del suelo y empapando la alfombra de piel de oveja. Suelto el candelabro, que cae y rueda hasta debajo de la cama. Ahogo una exclamación al ver lo empapada que estoy. Tengo el cuerpo pegado a la dureza de su torso. Me coge por la cintura y me obliga a quedarme quieta. Mis piernas están atrapadas entre su muslo y el lateral de la tina.

—No es así como se aclaran las cosas —dice.

Inspiro profundamente. La habitación se diluye a mi alrededor. Saboreo las montañas y el jabón y la familiar fragancia de la leña. Es como ceniza en mi boca.

—No me digas cómo tengo que aclarar nada, Callum McKennan. —Me aferro a sus hombros para incorporarme. Mi pelo se le pega al pecho—. Eres un mentiroso.

—No te he mentido.

—Conoces la naturaleza del vínculo. ¡No finjas que no!

—Así es, la conozco.

Un gruñido se forma en mi interior.

—Te has reído de mí.

—¿Crees que es de *ti* de quien se han reído?

Ahora mismo, no se parece al Callum que conozco. No hay ni una pizca de amabilidad ni consideración en su semblante. Pese a lo íntimo de la tesitura en la que nos encontramos, me mira como si fuera un contrincante en el campo de batalla.

Apenas puedo contener la furia. Me sube por la garganta y me impele a gritar.

—Ocultaste la verdad.

—¡Porque no quería que fuera verdad!

—¡No tenías ningún derecho! —Mi cuerpo está tenso contra el suyo y mi pecho se agita como si me estuviera ahogando—. ¿Cuánto hace que conoces la naturaleza del vínculo? —Traga saliva—. *¿Cuánto?*

—Lo sospeché la noche que James te mordió.

El fuego en mis entrañas se aviva, ruge.

—¿Tanto?

Aprieta la mandíbula.

—Sí, tanto. Al principio lo negué. Pero James le dijo a Blake que te besara y ya no pude ignorarlo más. Lo olí, vi cómo reaccionó a ti, e intenté convencerme de que estaba equivocado. Hasta que leí las páginas del libro de Blake en cuanto volví a Madadh-allaidh y supe que era verdad. —Su acento se vuelve más marcado cuanto más alterado está—. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Daros mi bendición? Eres su pare…

—¡Ni se te ocurra acabar esa frase! —El camisón y la bata se me pegan al cuerpo. El agua caliente se estrella contra mi abdomen. Las curvas de mi cuerpo se hunden en su pecho. Una de sus manos me rodea la cintura, firme y sólida como el acero—. ¡Se supone que tienes que decírmelo para que podamos arreglarlo!

—No eres del todo loba. No lo entiendes. —La calidez de su aliento se mezcla con el mío—. No hay arreglo posible. No se elige. —Un músculo se contrae en su cuello—. El vínculo es irrompible y yo no comparto. Lo quiero todo de ti: corazón, cuerpo y alma. No me conformaré con menos.

—¿Y qué hay de lo que *yo* quiero? ¿Te importa algo, acaso?

—No sabes lo que quieres, princesa. No lo sabías la noche que te llevé conmigo ¡y no creo que ahora estés más cerca de averiguarlo!

Los latidos de su corazón retumban en mis oídos en una sinfonía conjunta con mi propia e iracunda alteración.

—¿Y ahora qué, Callum? ¿Vas a dejarme de lado, apartada, metida en una de las alcobas de tu castillo mientras Blake está…?

—No me hables de *él*. —Sus ojos relucen y sus mejillas se enardecen al tiempo que se inclina sobre mí, con lo que nuestros cuerpos quedan aún más próximos—. ¿Qué quieres que haga? Tú eres la luna para mí, Rory. Cada vez que te miro, se me inflama el alma. El lobo dentro de mí empuja contra mi piel, aúlla en mi sangre, ruge en mis oídos… Y no te gustaría lo que me pide que te haga. He pensado en ti todas las noches. Me he imagino perdido dentro de ti, con mis dientes en tu piel, reclamándote como mía mientras maldigo a mi diosa por no haberte destinado a mí. He dejado mi puerta abierta, rezando por que vinieras, pero con la esperanza de que no lo hicieras.

Sus palabras despiertan algo caliente dentro de mí. Es agónico. Ardiente. Me duelen los dientes; mis uñas son garras. Ese salvajismo latente en mi cuerpo arremete contra la jaula que mis costillas constituyen para él. Sin querer, conjuro un gruñido grave en mi pecho.

«Muerde. Muerde. Muerde».

Callum ensancha la nariz. Responde con su propio gruñido. Su pétreo pecho vibra contra mis pezones erectos. El hunde más los

dedos en mi carne.

—No me pongas a prueba, princesa —dice. Sé que debería controlarme. Sé que esto está mal, que necesitamos tener una conversación. Sé que la naturaleza del vínculo cambia mucho las cosas para él, y eso me da rabia. No puedo parar. Tiemblo de pura emoción contenida. Me toma el rostro entre las manos—. Princesa, te aconsejo que salgas de la bañera y te alejes. No quieres esto.

—No eres quién para decirme lo que quiero o dejo de querer. Estoy harta de que la gente crea que es cosa suya. ¡*Yo* decido lo que quiero!

Mi pecho se mueve contra el suyo. Lo deseo. En este instante. Quiero que penetre en mi cuerpo mientras yo bebo del placer que me proporcione. Quiero que gima y jadee debajo de mí. Quiero que pague por todo esto. Lo quiero a mi merced.

Su respiración se vuelve más acusada. Veo un atisbo de conflicto en su rostro cuando apoya la frente en la mía.

—Rory, dime lo que quieres.

51

Dime lo que quieres».

Las manos de Callum me sostienen las mejillas con firmeza y cuidado al mismo tiempo. Mi camisón de noche está empapado bajo la bata y tengo el cuerpo pegado a la dureza de su torso. Ambos respiramos con dificultad.

Recurro a sus hombros para ponerme erguida. Las puntas mojadas de mi cabello le rozan los hombros y sus ojos se oscurecen en cuanto se detienen en mi pecho, cubierto ahora por una tela que el agua ha convertido en transparente. Tiene el rostro contraído, como si estuviera luchando consigo mismo. Cojo su mano y la pongo en uno de mis pechos. Él gruñe por lo bajo. Aprieta y acaricia mi pezón erecto con el pulgar. Arqueo la espalda como respuesta.

—A ti. Te quiero a ti.

Un suspiro grave y gutural vibra en su pecho. En un movimiento repentino, se incorpora, me agarra por los muslos y me levanta mientras se pone en pie. El agua se desprende de nuestros cuerpos en cascada al salir de la bañera. Se agacha para colocarme sobre la alfombra de piel de oveja que hay entre el fuego y la tina de cobre. Acto seguido, se cierne sobre mí, con las rodillas entre mis muslos y cada mano a un lado de mi cintura. Mi respiración se vuelve temblorosa en cuanto se aproxima a mi rostro, con su boca tan cerca de la mía.

—Quiero… Quiero… —Soy incapaz de expresar con palabras lo que anhelo, lo que necesito. Por una vez, ansío que se deje llevar—. Quiero que me consumas —digo jadeando—. Quiero que te desates, que me rompas para que no pueda pensar en nada que no seas tú. Quiero que me tomes de la forma en que tu cuerpo te pide que lo hagas.

Me regala una sonrisa melancólica al tiempo que me quita un mechón de pelo mojado de la cara.

—Te veneraré. —Me acaricia el cuello con los labios—. Te adoraré. —Me besa—. Te honraré. —Me mordisquea el lóbulo y yo me retuerzo—. Te llevaré al límite. —Su boca se detiene sobre la mía—. Pero romperte… No. No puedes pedirme eso. Si voy a tomarte como me lo pide el cuerpo, será con consideración, con devoción, despacio. —Roza mis labios con los suyos—. ¿Lo aceptas? —Y, solo porque prefiero tener algo de él a no tener nada, asiento—. Bien. Porque no existe lago en las Tierras del Norte lo suficientemente frío como para aplacar el fuego que siento en las venas ahora mismo.

Me quita la ropa interior. Después vuelve a colocarse y se orienta a sí mismo hacia mi apertura. Arqueo la espalda mientras él empuja, despacio, dentro de mí. Ambos gemimos. Me llena por completo. Nuestras pulsaciones se acompasan en mis oídos. Su olor me embriaga.

Me coge la cara entre las manos.

—Tus ojos —susurra, y comprendo que deben de haber cambiado.

Me besa con delicadeza. Empuja sus caderas para llegar más adentro, en movimientos lánguidos que sugieren que está saboreando cada matiz de cada segundo. La sensación es increíble; *él* es increíble. Yo me sacudo contra su cuerpo y mis dedos se detienen en sus hombros antes de clavarse en ellos. Junto los tobillos sobre su espalda y él reubica el ángulo de mi cuerpo para que mis caderas se orienten hacia arriba y así pueda entrar hasta el fondo.

Algo se fragua entre nosotros, caliente y hambriento. Prácticamente siento su lobo, cercano a la superficie, revolviéndose contra su piel. El mío responde con los dientes al descubierto y las garras afiladas. Él gruñe y aumenta el ritmo. Mi bajo vientre le golpea el abdomen, lo que desencadena una fricción deliciosa que me arranca más de un gemido. Sus pulsaciones restallan en mis oídos, frenéticas, alocadas. Empiezo a notar que está perdiendo el control.

—No pasa nada —murmuro contra su oído—. Déjate llevar.

Él coge aire dos veces, suspiros temblorosos. Por una vez, acata mi voluntad, aunque no se pregunta quién está al mando. Me embiste con fuerza. Yo grito. Me coge por las muñecas y las fija sobre mi cabeza sin dejar de moverse dentro de mí. Su boca pasa a estar en mi cuello. Yo me sacudo contra él, reaccionando así a sus embestidas, ansiosa por más. Él musita algo contra mi piel, palabras en una lengua que no comprendo.

Me retuerzo contra su cuerpo y le clavo las uñas. Acerca sus labios a mi garganta.

—*Joder* —musita cerca de mi oído—. *Joder.*

Tiene una expresión contraída, con las mejillas arreboladas. Su cuerpo entero se tensa al tiempo que un áspero gemido brota de sus labios, liberado. Eso me lleva al límite. Por un momento, la pulsión salvaje de mis adentros abandona su escondite y soy libre. Ligera. El grito que se ha estado formando en mi interior se transforma en una serie de jadeos que escapan de mi garganta mientras él me sostiene y yo me deshago en sus brazos.

Farfulla algo contra mi cuello mientras yo recobro la lucidez. Por fin, detiene su mirada en la mía. Le falta el aliento tanto como a mí. Tiene aspecto de estar completamente vencido, con la cara encendida, los ojos brillantes y los labios hinchados. No sé qué decir. Creo que él tampoco. Me resulta familiar y extraño al mismo tiempo.

Suelta una tenue risa algo avergonzada. Yo se la devuelvo.

Se quita de encima y rueda sobre la alfombra. Nos miramos y yo le acaricio la mejilla caliente. Sonríe, aunque dicha sonrisa trasluce tristeza más que otra cosa.

—¿Qué quieres ahora, princesa? —La pregunta no es trivial. Pesa. Porque no se refiere a esta noche, sino al futuro. A nuestro futuro.

Trago saliva.

—No puedes reconciliarte con ello, ¿verdad?

Él me coloca la mano en la parte baja de la espalda y me atrae hacia su propio cuerpo.

—He intentado reconciliarme con ello. He intentado dejarte ir. He intentado fingir que no era real, que todo estaba en mi mente. No lo he conseguido. —Niega con la cabeza—. El Anam-Cridech es sagrado. Si alguien supiera lo que acabamos de hacer… Si se supiera

lo que acabo de compartir con una loba que ya está… —Carraspea —. Eso no se hace en nuestro reino.

—Quieres ponerle fin a lo nuestro, ¿no? —Debería dolerme, y, no obstante, me embarga una extraña serenidad.

—Es lo último que *quiero* en este mundo, pero estás ligada a él, al margen de mis deseos. —Capto los destellos que despiden las lágrimas incipientes en sus ojos. Me acaricia la mejilla—. Si las cosas fueran diferentes…

Yo inclino la cabeza, cada vez más decidida.

—El poder de la luna puede romper el vínculo, Callum. Encontraré el Corazón de la Luna y lo usaré para romperlo. Después volveré contigo. —Una débil sonrisa curva sus labios a pesar del brillo de escepticismo que hay en sus ojos—. ¿No me crees?

—No creo que el vínculo pueda romperse, princesa.

Aprieto la mandíbula.

—Tengo que intentarlo.

Él apoya su frente en la mía.

—Criatura temible.

—Lobo.

52

Me despierto en algún momento de la mañana.

El fuego se ha extinguido y en su lugar solo quedan cenizas. La oscuridad repta por el suelo; la lluvia repiquetea contra la ventana. Aun así, no tengo frío.

Callum está tumbado boca abajo. Su envolvente calor trae consigo su ineludible aroma. Creo que por fin estoy aceptando esa faceta lobuna que late en mí, porque lo huelo en cada centímetro de mi piel: aire de montaña al amanecer con un puntito de humo de leña. Su mano está a escasos centímetros de la mía sobre el colchón, como si hubiera intentado tocarme en sueños, pero se hubiera quedado corto.

Qué cerca parece estar de mí, y, sin embargo, lo siento más lejano que nunca. Ahora entiendo lo que lo carcome. Entiendo por qué el vínculo que me une a Blake, un vínculo irrompible, lo atormenta de esta manera, igual que me atormenta a mí. Entiendo que para él cambie las cosas. Supongo que también han cambiado para mí, aunque me gusta pensar que, en el caso contrario, yo al menos lucharía por él.

Tal vez se deba a que no soy un lobo, o, en cualquier caso, no un lobo total. No he crecido a la luz de la Diosa de la Luna. A mí no me parece sacrílego romper el vínculo que ha construido.

A pesar de todo, me embarga una extraña sensación de paz. Algo está creciendo en mi interior; algo que no termino de entender. Despertó en mis adentros mucho antes de que James me mordiera. Se fraguó la noche que tomé la mano de Callum y vine a las Tierras del Norte, y ha estado inquieto desde entonces.

Me he esforzado por encontrar mi lugar en este sitio. Siempre fueron las relaciones que mantenía con los demás lo que me definía. Incluso ahora, ese sigue siendo el caso. Los lobos me ven o como la

hija de su enemigo, o como la consorte de su rey, y, en caso de que la naturaleza del vínculo se supiera, me definirían con base en mi conexión con Blake.

Resulta asfixiante. Opresivo. Ojalá pudiera liberarme de todo ello, aunque solo fuera un rato. Ojalá pudiera averiguar quién soy más allá de esas etiquetas. Blake estaba estudiando a mis ancestros, Philip ha establecido una insólita alianza con la reina de las Tierras Nevadas y mi madre… Lochlan cree que estuvo en posesión del Corazón de la Luna en algún momento.

Por una vez, me gustaría hacer algo por mí misma. Quiero aprender sobre mis orígenes y sobre lo que le pasó a mi madre. Quiero romper este maldito vínculo.

No quiero que el día dé comienzo. Me gustaría quedarme así, dolorida y saciada mientras él duerme. Quiero aprenderme su cara de memoria, así, como está ahora, relajada de una manera que la mayoría de la gente no verá nunca. Quiero recorrer los músculos de su espalda, visibles dado que la sábana está arremolinada a la altura de su cintura. Quiero besar la cicatriz de bala que marca su hombro y enredar los dedos en su cabello, del color de la arena húmeda.

Abre los ojos, como si notara que lo estoy mirando.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días.

Si siente vergüenza por lo que sucedió anoche, nada lo indica. Es la primera sonrisa genuina que me ofrece desde que llegamos aquí. Ilumina todo su rostro. Le da un aspecto juvenil. Travieso. No puedo evitar que se me curven los labios a mí también.

—Anoche nos lo pasamos muy bien —dice con la voz ronca por el sueño.

En mi mente destella la imagen de cómo me aprisionó contra la alfombra mientras me embestía.

—Sí, así es. —Nos quedamos mirando al otro. La luz de sus ojos mengua, lo que me dice que se está acordando de la conversación de después. La calidez que siento se atenúa. Suspiro—. Tenemos que hablar de…

—Sí —dice él con una exhalación—. Sí, tenemos que hablar, pero antes he de hacer una cosa.

Rueda sobre su espalda y sale de la cama. Desnudo, atraviesa la estancia y se ata el *kilt* en torno a la cintura antes de ponerse una camisa. Una expresión sombría se apodera de sus rasgos cuando abre el cofre a los pies de su cama, de cuyo interior saca dos espadas. Me yergo de golpe.

—Callum, ¿qué…?

Él cruza sus aposentos y sale al pasillo.

—Ahora vuelvo, princesa.

Salgo a toda prisa de la cama. Uno de mis vestidos más sencillos cuelga de su armario, así que lo cojo y casi me caigo de morros al intentar ponérmelo. Sin querer, se me mete el desordenado pelo en la boca.

No puede matar a Blake sin matarme a mí en el proceso. Lo sabe perfectamente.

—¡Callum, espera!

Para cuando yo salgo de la habitación, él ya está doblando la esquina del pasillo. Corro tras sus pasos con el corazón desbocado. Imagino que los calabozos están debajo del castillo, pero él pasa de largo junto a la escalera y se adentra en otro pasillo, en el que abre una puerta. Yo freno a su lado.

—Arriba. Ya —ordena Callum.

Philip gruñe, se da la vuelta y, con los brazos estirados, sale como puede de la pequeña cama que hay junto a la ventana. Su alborotado cabello cobrizo brilla a la luz del tenue fuego de la chimenea. Lleva una camisa blanca de algodón cuyas mangas largas ocultan sus tatuajes. Al volverse hacia nosotros, parpadea un par de veces con confusión. Eso no impide que atrape con una mano la espada que Callum le ha lanzado por los aires.

Philip lo fulmina con la mirada, como si estuviera furioso.

—Ya te has aprovechado mucho de nuestra hospitalidad —declara Callum—. Afuera. Conmigo. Ahora.

Philip arquea las cejas. El otro ya se está alejando. Mi corazón late acelerado. No tengo claro qué es lo que pretende. Corro tras él.

—Sé que es un ser despreciable, pero no puedes cargarte al heredero de las Tierras del Sur así como así —susurro.

Callum gira la cabeza para mirarme al tiempo que llegamos a las escaleras.

—Supongo que ahora lo veremos, ¿no?

Philip aparece a mi lado no mucho después, con las botas puestas y la camisa sobre su ropa interior.

—¿Te divertiste anoche, hermanita? —Mueve las aletas de la nariz y compone una mueca—. Apestas a polla.

—No seas desagradable. —Diosa, cómo lo aborrezco. Y aun así…

Me aparto de él y corro hacia Callum, que ya está bajando por las escaleras.

—Callum, ¿qué haces?

—Poner a prueba una teoría.

—¿Vas a explicarte un poco más o…?

—No. —Llegamos al recibidor, donde las antorchas arden gracias a la labor de Kayleigh, que, al pasar, nos mira en turnos alternos con los ojos abiertos de par en par. Callum abre el portón doble y se adentra en el patio de Madadh-allaidh—. Ahora lo verás.

El patio está tranquilo. Algunos lobos van de acá para allá: un sirviente que transporta pienso para pollos; Fiona, que nos saluda con un ademán antes de perderse por la arcada que conduce a los establos, y Lochlan, al que acompañan un puñado de sus hombres. A juzgar por cómo las camisas se les pegan al pecho y cómo hacen cola en torno a la bomba de agua, diría que han estado entrenando. Se me condensa la respiración frente al rostro.

Callum se gira para quedar cara a cara con Philip en el centro del patio. Desenvaina la espada, dejando que la funda caiga sobre los adoquines.

Con la nariz arrugada, Philip ladea la cabeza.

—¿Va en serio?

Callum enarbola la espada con un rugido. En un fluido y grácil movimiento, Philip desenvaina su propia hoja para alzarla y bloquear así la estocada de Callum. El choque del acero contra el acero reverbera por todo el patio. Los pájaros que anidaban entre los muros alzan el vuelo, agitando las alas con ímpetu en dirección a las montañas. Los lobos de alrededor de la bomba de agua pausan sus conversaciones y se vuelven para mirar.

La fuerza del golpe de Callum debería haberle partido el brazo a Philip, como mínimo. Pero este logra rechazarlo. Ambos se abalanzan el uno sobre el otro. Yo entreabro la boca.

Callum es brutal; cada uno de sus golpes está pensado para someter a su oponente. Se le tensan los bíceps bajo la tela de la camisa y un gruñido escapa de su garganta con cada estocada que deja caer sobre mi hermano, que esquiva y bloquea cada ataque. Es como ver al fuego enfrentándose al agua. El martillo contra el acero. Es todo lo contrario a la fiereza de Callum, aunque no por ello menos eficaz. Philip se mueve como si bailara.

Un murmullo se propaga por el patio a medida que más gente enredada en sus labores matinales se para a mirar. Yo estoy petrificada, incapaz de comprender bien lo que ven mis ojos. Callum es un alfa curtido en mil batallas y Philip no es más que un borracho malcriado. Y, aun así, ninguno tiene la ventaja.

—¿Eso es todo, principito? —Callum le patea el pecho a Philip con tanta fuerza que lo obliga a retroceder.

Mi hermano alza la vista, sonriente. Guiña un ojo y, cuando sigo la dirección de su mirada, veo que Isla, ceñuda, está al otro lado de una ventana que hay sobre las puertas de roble.

—No todo —responde.

Philip adopta una dinámica ofensiva y entonces me doy cuenta de que estaba equivocada. Sí que hay alguien que tiene la ventaja. Philip es mejor. Corta el aire con su espada y danza en torno a Callum con pasos etéreos pero letales.

Ahora debe de haber una docena de lobos en el patio. Rodean a los combatientes con un rutilante interés en sus ojos. El reclamo de Callum sobre el trono ya es un tanto endeble, y ahora mi hermano le está venciendo. Prefiero no pensar en la violencia que estallaría entre nosotros si le gana.

No obstante, cuando Callum se ve obligado a retroceder, lo hace entre risas.

—Lochlan —llama.

Se escuda tras el círculo de lobos y el susodicho se lanza hacia delante para interferir en la estocada de Philip, al que ataca sin dudar, aunque él se adapta enseguida. El estilo de Lochlan es casi

tan brutal como el de Callum, aunque sus pasos tienen algo de esa gracilidad de Philip, lo cual, aun así, no basta para superarlo. Ambos paran los ataques del otro sin que Philip parezca cansarse.

No entiendo nada. Este es el tipejo que vociferaba ebrio por los pasillos de palacio mientras le sangraba la nariz y un fuerte aroma a perfume se desprendía del cuello de su camisa.

Detengo la mirada en Callum, que no deja de contemplar la escena. En sus labios discierno el fantasma de una sonrisa.

—Un barril de hidromiel para quien consiga patearle el culo a este pomposo príncipe sureño.

Los lobos ríen. Dos hombres se suman a la lucha. Philip desarma a uno de ellos y hace que el otro trastabille hacia atrás. Otro alza su espada. Mi hermano se agacha, estira la pierna y lo derriba con fuerza.

Para cuando Philip se está enfrentando ya a cinco lobos a la vez, con esa espada que ahora no es más que una pincelada difusa en el aire, lo único que puedo hacer, carente ya de cualquier clase de temor, es observar anonadada.

—Ya basta —dice Callum con un tono divertido al ver a cuatro de ellos en el suelo, mientras que Lochlan es el único que se mantiene en pie, a pesar de lo mucho que le falta el aliento.

Se encoge de hombros hacia Callum. Philip levanta la vista hacia Isla, que lo mira con los labios separados. Con la respiración ligeramente entrecortada, hace una ostentosa reverencia y ella vuelve a fruncir el ceño antes de desaparecer al otro lado de la ventana.

—Lo harás tú —dice Callum.

Philip se gira con los ojos muy abiertos.

—¿Hacer el qué?

Callum se acerca a él y le da una palmada en la espalda.

—Haz el equipaje. Tengo un trabajito para ti.

Suaviza la expresión al acercarse a mí. Un arrebato de tristeza me fustiga las entrañas al verlo a mi lado cuan alto es.

—Hablemos, princesa, por favor. Creo que ya es hora de que tengamos esa conversación.

53

Callum me conduce por una angosta escalera hasta los matacanes del castillo.

Se acerca al borde y apoya los antebrazos en la parte superior del muro de piedra. Yo me detengo a su lado. El calor de su cuerpo me protege del frío de la mañana. La niebla reviste el lago más allá y unas espesas nubes envuelven las cumbres de las montañas. Los pinares que se extienden a nuestra izquierda, cuyas cimas despuntan negras en la penumbra, se mecen al abrazo de la brisa. Por un momento, nos amparamos en el silencio y en la sensación de paz que trae consigo. Me pregunto si, como yo, duda de cuánto durará.

—Mi padre nos trajo a James y a mí aquí arriba la primera noche que pasamos en Madadh-allaidh —dice con la voz ronca—. Por allí está el enemigo, nos dijo. —Señala hacia el sur, más allá del bosque —. Y por allí está nuestro hogar —dice, inclinando la cabeza hacia las montañas del norte.

—Highfell.

—Así es. —Esboza una tenue sonrisa—. He pensado un millar de veces en lo que habría pasado si no me hubiera detenido en ese lugar, junto al lago, cuando vinimos aquí. Si no te hubiera dejado sola esa mañana. Debería haberte sujetado con fuerza, haber cabalgado contigo hasta que estuvieras a salvo en mi castillo, no haberte dejado marchar jamás. Es lo más estúpido que he hecho en mi vida, y, sin embargo, esa noche, contigo, en la tienda, cuando dijiste que era apuesto…

—Dije que eras hermoso.

Él sonríe, con los ojos relucientes.

—Fue la mejor noche de mi vida.

Se me pone un nudo en la garganta. Su rostro, tan lleno de emoción…, es como contemplar el sol. Me veo obligada a apartar la mirada.

—También lo fue para mí, Callum. —Sacudo la cabeza—. Hablas del vínculo como si no hubiera elección…, como si yo no tuviera elección. Siempre la hay.

—¿Todavía lo crees?

—¿Tú no?

Él encoge un hombro.

—No puedes elegir si no eres libre. Estás atada a él, te guste o no. El Anam-Cridech es inquebrantable, creado por la mismísima Ghealach. No lo entiendo, pero, por alguna razón, ella ha decidido que tú y Blake seáis…

—Calla —interrumpo—. Te equivocas. Es decisión mía. Voy a romper el vínculo. Si el poder de la luna lo creó, entonces el poder de la luna puede destruirlo.

—Le he rezado cada noche. Le he rezado para que te entregara a mí, pero no ha respondido a mis plegarias.

—Mi corazón, mi cuerpo, mi alma… Yo soy la única que puede decidir a quién dárselos.

Se gira hacia las montañas con la tristeza patente en su rostro. Emite un sonido casual, como si no me creyera.

Exhalo un suspiro.

—Tal vez el Corazón de la Luna pueda romper el vínculo.

—Para eso estaría bien saber dónde está, pero lleva muchos siglos en paradero desconocido, princesa.

—Lochlan cree que mi madre llegó a tenerlo en algún momento.

—Eso dicen. —Se encoge de hombros.

—Tú pensabas que estaba en las Tierras Fronterizas la noche que nos conocimos.

—Correcto. Eso pensaba. Vine aquí arriba la víspera de mi viaje al sur. Apenas había nubes en el cielo y Ghealach brillaba con fuerza sobre las Tierras Fronterizas. Creí que era una señal. A lo mejor lo fue. A lo mejor ella me guio hasta ti. —Se pasa una mano por la boca—. ¿De verdad quieres buscarlo?

—Sí.

Casi espero que cambie de idea, que me diga que no puedo hacerlo.

—Vale.

—¿Dejarás que lo haga?

—Aquí no estás a salvo. Ya no. Alexander quiere echarte el guante y yo todavía no tengo control sobre todos los lobos del reino. No cometeré el error de confiarme de nuevo. Los hombres de Alexander se están preparando para marchar sobre Madadh-allaidh y, cuando estalle la lucha, no puedo garantizar que nadie vaya a traicionarme. —Se pasa los dientes por el labio inferior—. Pero tampoco puedo dejar que viajes sola. No es seguro.

Un largo suspiro se condensa ante mis ojos.

—Quieres que vaya con Philip, ¿no?

—Ayer tuve una charla con él. Es bastante insoportable, pero no detecté aversión por su parte. Es tu hermano. Te protegerá cuando yo no pueda hacerlo. Le diré que vaya a por su reina de las Tierras Nevadas y que la traiga hasta aquí. —Yo alzo la cabeza de golpe para mirarlo, con los dientes apretados para dominar el dolor que me atraviesa. Él me dedica una sonrisa apática—. No para casarme con ella, sino para pedirle que se una a nuestra lucha. No sé qué creer respecto al Dios de la Noche. Creo que no tardaremos en necesitar un ejército más grande. Dijiste que te gustaría ir a Glas-Cladach; su puerto es el más cercano a las Tierras Nevadas. Puede acompañarte hasta allí, y te recomendaría que fueras con él hasta tu tierra de origen.

—Vale.

Él alza las cejas, como si no esperara que estuviera de acuerdo.

—Pensaba que iba a tener que pelearlo.

—*Estoy* peleando, aunque tú no lo hagas.

—Siempre supe que tenías fuego en el alma.

—Creí que te equivocabas al decir eso de mí, pero quizá… quizá sea cierto. —Lo miro a la cara—. ¿Qué vas a hacer con Blake?

Los enormes hombros de Callum relajan su postura.

—Acabaré por dejarlo marchar. No supone una amenaza para mí mientras estés fuera y no puedo arriesgarme a que le hagan daño mientras vuestras vidas estén ligadas. Sabe Ghealach que aquí tiene

tantos enemigos como yo. Solo quiero asegurarme de que tú estés lejos del reino antes de que esté libre. —Se estruja las manos en un gesto que le pone blancos los nudillos—. Irá a por ti, lo sabes, ¿no?

—Sí —musito—. Lo sé.

—Tal vez no sería tan malo que te encontrase.

Sus palabras me duelen.

—¿Por qué dices eso?

Se encoge de hombros.

—No te hará daño. Eso lo tengo claro. Debe de haber un motivo para todo eso. Al principio pensé que Ghealach creó el vínculo porque deseaba que él fuera rey y así ambos podríais unir los dos reinos, pero no termino de encajar la idea de que mi diosa quiera a alguien del sur en nuestro trono. Debe de haber otra razón. —Sacude la cabeza—. Lo odio a muerte, pero creo que, en el fondo, hay bondad en él.

Yo también lo creí en su momento. Ahora, a veces, veo resquicios de ello; pero en una ocasión le dije a Callum que Blake podría no ser tan malo como pensábamos y él me dijo que me equivocaba.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

—El mozuelo de Lowfell. Alfie. He caído en la cuenta de por qué lo reconocí. —Reparo en que nunca llegué a contarle que Alfie es hijo de Magnus—. Así es como supe que James te había secuestrado —prosigue Callum—. Blake envió un mensaje a Madadh-allaidh y Magnus contestó. Estoy seguro de que Blake querría hacernos creer que retenía al chiquillo y a su madre como rehenes para tener ventaja sobre Magnus, pero el chaval era un torbellino: correteaba a sus anchas por el castillo, feliz, sano, sin ninguna disciplina. —Sacude la cabeza—. No. Creo que les ofreció refugio en su castillo porque sabe que Magnus es un puto maltratador. Creo que, al igual que yo, Blake sabe que no todos los hombres son aptos para ser padres.

—Eso no lo convierte en un buen hombre.

—No. Pero aviva mi esperanza de que pueda serlo en las circunstancias adecuadas.

Suspira. Su aliento se condensa frente a su rostro. La niebla se está disipando sobre el lago, lo que deja a la vista sus aguas

plateadas. Cojo una piedra suelta del muro mientras sacudo la cabeza.

—Las cosas no tienen por qué cambiar.

—Las cosas ya han cambiado, queramos o no. —Su tono es duro. Quedo. Me arden las cuencas de los ojos, porque sé que tiene razón —. Nunca olvidaré la primera vez que puse los ojos en ti, en la pelea de perros. Ni cómo me sostuviste la mirada. Obstinada. Ardiente. Bella.

Alzo la vista al cielo

—Volveré contigo, Callum. Esto no es un adiós.

—Y yo te esperaré. Siempre —dice con una voz constreñida.

Se endereza y retrocede, con lo que sé que todo está a punto de acabar. No estoy lista. ¿Cómo iba a estarlo?

—¿Me abrazas? —pregunto con un hilo de voz. Dubitativa.

Él inspira profundamente. Un abismo se abre entre nosotros, lo que me hace pensar que se va a ir. Al moverse tras de mí, me llega su calor. Me rodea con los brazos para atraer mi espalda a su pecho y apoyar la barbilla en mi cabeza.

—Claro.

Yo me abandono a la solidez de su cuerpo, a su consuelo. Trato de contenerla, pero al final una lágrima caliente me surca la mejilla. Él sorbe por la nariz. Noto el latir de su corazón en mi espalda.

Juntos, envueltos en los brazos del otro, contemplamos el cielo sobre las montañas.

54

Me pesa el corazón al alejarme de Madadh-allaidh acompañada de Philip.

Debemos ir al oeste, al modesto puerto con el que cuenta Glas-Cladach. Primero, siguiendo las indicaciones de Callum, enfilamos una ruta a través de un valle hacia el norte para así evitar el ejército de Alexander, que ha sido avistado cabalgando en esta dirección.

Monto un caballo castaño menudo de nombre Heather que Fiona, que me ha abrazado con fuerza antes de partir y expresado sus deseos de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse, ha preparado para mí. La señora McDonald me ha dado una bolsa con pan, embutidos y frutos secos, además de otra de sus historias de amor, que ha incluido entre los demás artículos con un guiño. Callum, con los ojos brillantes bajo el sol frío, me ha rozado la frente con los labios y me ha entregado el pequeño abrecartas plateado que me llevé de las Tierras Fronterizas, con el que traté de apuñalarlo en una ocasión.

—Ve a por la garganta —me ha recordado al oído con un susurro constreñido.

—Encontraré el Corazón de la Luna y volveré contigo. —Esa ha sido toda mi respuesta.

Poco después, Philip y yo ya estábamos en marcha.

No me he despedido de Blake, a pesar de lo mucho que el vínculo tira de mí ahora que las montañas se elevan a ambos lados. La oscuridad se propaga por mi pecho. No sé si nace de la tristeza que siento o si es el efecto de sus emociones. Creo que sabe que me he marchado.

Philip trota al frente, a un ritmo moderado y con una postura relajada, ya que tan solo sostiene las bridas con una mano

enguantada. Lleva puesto su largo abrigo azul de cuello alto, al que acompaña el acero que le dio Callum, atado ahora a su espalda. Sé que también lleva unas dagas al cinto. Aparte de quejarse de que le han interrumpido el sueño y de que hayamos tenido que irnos antes de que le diera tiempo a desayunar, tiene la sensatez de no decir nada.

No tengo claro de si se trata de compasión por mi situación o si, como me pasa a mí, está incómodo. Somos hermanos y también desconocidos. En casa, desempeñábamos los papeles de príncipe y princesa que no se caían muy bien. Nos han pasado tantas cosas desde entonces que cuesta discernir qué papel hemos de desempeñar ahora.

Por la tarde, que las nubes se agrupen y rompa a llover no ayuda a que me ponga de mejor humor. Acerco mi caballo a Philip, irritada.

—¿Estás seguro de que vamos por el camino que toca?

—Sí.

—¿Cómo puedes identificar el norte sin ni siquiera ver el sol? Callum dijo que a estas alturas ya deberíamos haber llegado al bosque; una vez allí, hay que torcer al oeste. —Noto el sabor del aguacero en mi paladar. La capa ya se me está empezando a pegar al cuerpo.

—Si deseas ponerte al mando, por mí no te cortes, hermanita. —Su pelo rojizo está lacio. La lluvia resbala sobre sus labios. Pese a mis temblores, él se muestra tranquilo—. Yo no pedí tener que estar pendiente de una malcriada.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan desagradable?

—¿Y tú?

Contengo un gruñido y dirijo mi atención tanto a las inmensas montañas como a las distintas pinceladas de gris y verde del paisaje que nos rodea. No es la primera vez desde nuestra partida que me pregunto si estaré haciendo lo correcto al viajar con él. Apenas tolero su compañía.

Para cuando cae la noche, yo ya estoy convencida de que nos hemos perdido; sin embargo, Philip adopta una actitud triunfal al ver que un bosque se perfila en el horizonte.

—Allí, ¿ves? El bosque que andábamos buscando. Acamparemos hasta el amanecer —resuelve, dirigiéndose a los esbeltos árboles.

Yo lo sigo, porque es mejor que deambular entre las oscuras montañas en busca del bosque a partir del cual deberíamos ir hacia el oeste. Estoy segura de que ese no es. Bajo una lluvia cada vez menos intensa, guio a Heather hasta el follaje perenne, que nos ofrece un refugio inmediato contra el viento gélido.

Philip nos conduce hasta un claro en el que ambos desmontamos. Me pide que encienda una hoguera mientras él lleva a los caballos a un arroyo cercano en el que saciar su sed y cuyo rumor se oye a través del aire con aroma a pino.

Cuando vuelve, yo ya estoy sentada en un tronco, calentándome las manos frente al crepitar de las llamas. Él se acomoda en una roca que hay delante y da una palmada entre sus largas piernas. Le paso algo de comida, de la que damos cuenta en silencio. Al terminar, él se pone a afilar su espada y yo me escurro el pelo para volver a trenzarlo de nuevo.

La parte más cabezota de mí quiere mantener el silencio, ahogar todas las preguntas que burbujean en mi interior para que no crea que me importa algo lo que le pase. Pero mi curiosidad pesa más. Su pasado es mi pasado. Tengo que saberlo.

—¿Vas a contarme qué es lo que te ha ocurrido?

—Depende.

—¿De qué?

—De si me lo pides con amabilidad.

Lo fulmino con la mirada por encima de las llamas crepitantes.

—*Por favor*, Philip, cuéntame qué te ha sucedido, me importa *muchísimo.*

—El sarcasmo no te pega nada, hermanita. —Se encoge de hombros antes de envainar su acero, que apoya en la piedra—. ¿Qué quieres saber?

—No sé. Todo. ¿Sabías que madre era una loba? ¿Cuándo te mordieron? ¿Fue antes de que dejaras el palacio o después?

—Antes.

Me quedo atónita, aunque intento disimular la reacción para que no se dé cuenta de lo mal que me han sentado sus palabras. Si

ocurrió antes de que se fuera, entonces debía de saber lo de nuestra madre, *lo mío*, y prefirió no decírmelo nunca. No esperaba menos de él, pero, al fin y al cabo, es mi familia. Su expresión se suaviza.

—No me porté bien contigo cuando éramos pequeños, lo admito —dice—. Pero, en mi defensa, no me caías muy allá.

Paso de sentirme dolida a molesta. Las uñas se me clavan en las palmas de las manos.

—Ah, bueno, entonces no pasa nada. —Un denso silencio se extiende entre nosotros. No puedo reprimir la pregunta que me ha atormentado durante años—. ¿Por qué?

—Estaba celoso, supongo.

—¿Celoso? ¿De qué?

Él suspira con aire dramático.

—No lo sé. Te pasabas los días yendo de acá para allá en el palacio, con vestidos elegantes, acicalándote, tocando algún instrumento, asistiendo a representaciones teatrales, bordando… Mientras que yo tenía que adiestrarme para ir a la guerra. Nunca quise aprender a matar ni a humanos ni a lobos. Desde luego, no quería estar en pie al amanecer cada día y fracasar en mis intentos por impresionar a nuestro padre, que siempre me recordaba lo mucho que lo decepcionaba. —Se encoge de hombros—. Antes de que muriera, tú siempre fuiste la favorita de madre y yo de padre. Cuando padre me mandó a la guerra, lo hizo para que me «curtiera», porque me consideraba un blandengue. Yo no creía que hubiera nada de malo en ello. Siempre me pareció que tú te llevaste lo mejor.

Nunca me lo había planteado de ese modo, y, sin embargo, suelto una risa amarga.

—Te equivocabas, Philip. Lo único que yo tenía era impotencia. No tienes ni idea de lo que es ser una mujer en esa situación. No tenía ni voz ni voto, mientras que tú sí. Tú podías escaparte. ¿Sabes cuál era mi salida? Casarme con Sebastian.

Él contempla las ramas de los árboles sobre nuestras cabezas, como si no fuera capaz de aguantarme la mirada.

—Eso oí. —Se pasa una mano por la boca—. Al conocer a Ingrid en las Tierras Nevadas…, comprendí que algunas de mis

percepciones podían ser erróneas. Solo digo que así era como me sentía entonces. Y, junto con mi envidia, había una especie de hambre dentro de mí que no terminaba de entender. Intenté saciarla con la bebida, con mujeres y hombres, paliarlo con peleas…, pero nada servía. Siempre me pareció que tú estabas en tu elemento. Nunca me dio por pensar que quizá estuvieras pasando por lo mismo, pero que ocultarlo se te daba mejor que a mí.

—¿Notabas que eras un lobo?

—Empecé a sospecharlo justo antes de que madre muriera, aunque no se lo pregunté. Tenía miedo, creo. Del descubrimiento, de las respuestas, de que me delatara ante padre. Cuando falleció, empecé a interesarme por los lobos. Leí todo lo que conseguí de la biblioteca. Si alguien me pillaba, le decía que estaba estudiando al enemigo para saber cómo aniquilarlo. Un día, uno de los guardias me vio. Me contó que había lobos en las mazmorras, bajo palacio, en caso de que quisiera ver uno de cerca. —Sus palabras son como una serpiente oprimiendo mis entrañas. Philip ladea la cabeza—. ¿Qué?

—¿Fue así como conociste a Blake? —pregunto. Mi voz apenas se oye por encima del repiqueteo de la lluvia contra las copas de los árboles y el arroyo cercano.

—Ya lo había visto por ahí, pero esa fue la primera vez que hablamos. Una noche, me dejé llevar por la curiosidad. Fui a ver qué había en las profundidades de nuestro hogar. Y ahí estaba.

«Tienes mejor aspecto que la última vez que te vi», le dijo Philip a Blake cuando estábamos en Madadh-allaidh.

—Lo habían torturado.

—Sí. Así que imagínate lo que aumentó mi temor a ser descubierto al encontrarlos a él y a los otros ahí abajo.

Sacudo la cabeza, disgustada.

—No hiciste nada.

—¿Tú habrías hecho algo, hermanita?

—Yo… —Agito la cabeza. Me gusta pensar que habría intentado ayudar, pero quizá sea pensar demasiado. Quizá sea igual de cobarde que mi hermano—. No lo sé, Philip.

—Intenté poner distancia entre lo que vi y yo. No pensar en ello. Pero me perseguía allá donde fuera. Ese sería mi destino si alguna vez padre se enteraba de lo que era en realidad. Lo cierto es que nunca se me ocurrió que tú pudieras padecer la misma aflicción, el mismo destino. Estaba demasiado absorto en mí mismo. Lo único que me salvó fue saber que solo era medio lobo y que aún no me habían mordido.

—¿Qué pasó?

—La noche de la luna llena, me sentía… inquieto. Me dejé caer por los muelles y bebí tanto que apenas me tenía en pie. Cuando volví al palacio… —Niega con la cabeza—. Me dejé vencer por la curiosidad de nuevo. Quería saber qué aspecto tenían cuando se transformaban.

—Volviste a las mazmorras.

Un velo atormentado se cierne sobre su rostro.

—Había cinco de ellos en las celdas. Yo apenas mantenía la consciencia de lo borracho que estaba. Hostigué a un par a través de los barrotes. Me mordieron. Merecido, supongo.

—Blake dijo que sabía qué lobo te mordió.

—Sí. Ahora está en Madadh-allaidh.

Alzo las cejas.

—¿Quién es?

Chasquea sus dedos enguantados, como si fuera a ayudarlo a recordar el nombre.

—El de las rastas y el acento sureño.

—¿Jack?

—Sí, eso. Jack.

Me quedo perpleja. Nunca pregunté cómo Blake conoció a su mano derecha, pero no esperaba que ambos hubieran sido prisioneros en los calabozos de mi padre. La oscuridad se propaga en mi interior al caer en la cuenta de otra cosa.

—Jack forma parte del clan de Blake. Eso convierte a Blake en tu alfa.

La idea de que el susodicho está jugando a un juego más complejo de lo que pensábamos cobra fuerza. O puede ser una coincidencia que se las haya arreglado para ser el alfa tanto del

príncipe como de la princesa del reino responsable de su cautiverio. Por mucho que yo me queje y afirme que no es mi alfa, lo cierto es que su mordedura todavía está en mi hombro.

Philip hace un gesto de indiferencia.

—Desde luego, creerlo, lo cree. Intentó usar el Àithne conmigo cuando estábamos en la enfermería.

—¿No funcionó?

Él niega.

—No, aunque le hice creer que sí.

—Yo hice lo mismo.

Un hoyuelo aparece en su mejilla.

—Después de aquello me di cuenta de que tenía que salir del reino antes de la siguiente luna llena. Transformarme delante de padre…, ¿te imaginas? —A pesar del rechazo que me inspira mi hermano, no puedo evitar curvar los labios. Él sonríe—. No, decidí ahorrarme esa experiencia. Le dije a padre que estaba listo para ir a la guerra. Me llevé conmigo al guardia que me había hablado de los lobos en las mazmorras y, en cuanto llegamos al campamento, salimos hacia las Tierras Nevadas en busca de respuestas.

—¿Las encontraste?

—Encontré un reino dividido. Encontré miedo al Dios de la Noche. —Su mirada adquiere un cariz distante—. Y encontré a Ingrid.

—La amas —afirmo en voz baja.

—Lo que sienta por ella no importa. No es correspondido, te lo aseguro. Hice poco para caerle en gracia cuando nos conocimos. Es… —Se muerde el labio inferior con una expresión sorprendentemente seria. Casi parece el príncipe que debería ser—. Es bastante extraordinaria.

—¿Por eso buscas el Corazón de la Luna?

Él ríe.

—No se te escapa nada, hermana. —Se encoge de hombros—. Sí, lo estoy buscando. No es la razón principal por la que vine, pero hablé con una tribu de las Tierras Nevadas que dijo que lo enviaron aquí hace años. Aunque allí tiene otro nombre, que se traduciría como Sangre de la Luna. Se me ocurrió que quizá Ingrid perdone mis pecados si lo encuentro.

—¿La Sangre de la Luna?

—Sí.

Me muerdo el labio.

—Y decidiste intentar concertar un matrimonio entre esa mujer tan extraordinaria y el hombre al que estoy… —Las palabras mueren en mi garganta. Cambio de postura sobre el tronco. Voy a volver con Callum, voy a luchar por él, pero eso no cambia el hecho de que él quería poner fin a lo nuestro—. Al que *estaba* cortejando. Qué considerado por tu parte.

Ese hoyuelo suyo vuelve a aparecer.

—¿Qué más da, hermanita? Blake es tu…

—Calla. —Reprimo el arrebato de pánico—. ¿Cómo sabes lo de… lo del vínculo?

Compone una mueca.

—¿Aparte de porque es increíblemente obvio? —Se encoge de hombros—. Cada vez que habéis estado en la misma habitación ha sido incapaz de quitarte los ojos de encima. Pero ten cuidado con él. Ha cambiado desde que nos conocimos. Hay algo en él que no cuadra, solo que ahora lo esconde.

Coincido en que Blake oculta algo, y, sin embargo, siento una punzada de indignación por él.

—A lo mejor se debe a que lo conociste estando bajo tortura, Philip.

—A lo mejor. —Se acomoda en el suelo junto a la roca y se pone el morral detrás para usarlo como almohada antes de tumbarse del todo—. O a lo mejor no. —Cierra los ojos. Una sonrisa se abre paso por su rostro.

—¿Qué? —inquiero.

—Qué mal le sentaría a padre saber en lo que nos hemos convertido.

Yo me tumbo sobre las hojas de pino y me preparo para dormir.

—Dos medio lobos, cada uno ayudando a un reino enemigo distinto. Le daría algo, ¿verdad?

Philip ríe.

—Buenas noches, hermanita.

—Buenas noches, Philip.

Cuando abro los ojos ya no estoy en el bosque. El aroma a pino impregna el aire. Un fuego crepita en una chimenea de hierro negro adornada con libros y una licorera con whisky. Son los aposentos de Blake. El colchón chirría a mis espaldas, seguido de un gemido ahogado.

Me doy la vuelta y me quedo de piedra.

Figuro en el sueño de Blake. Una versión de mí está de rodillas en su cama, entre los postes del dosel y las cortinas oscuras de seda. En esa versión estoy desnuda, con la piel reluciente a la luz de la luna.

Blake está arrodillado detrás de mí. Tiene una mano en el hueco de mis muslos, que están separados. Con la otra me aprieta un pecho, vehemente. Sus dientes me rozan la garganta. Me mete los dedos. La versión onírica de mí misma gime y se echa hacia atrás, hacia él, que gruñe.

Mis piernas se convierten en líquido. Lo siento. Lo siento en todas partes. No me está tocando de verdad y, aun así, noto la presión entre mis piernas, el anhelo en todo mi ser.

Tengo que salir de aquí, pero estoy hipnotizada. No es solo por la fervorosa naturaleza de los movimientos de Blake, siempre tan dueño de sí mismo, sino también por el fulgor de mi piel, casi como el de una diosa, como si fuera así como él me ve.

Me obliga a recostarme contra el colchón y es entonces cuando reacciono. Trastabillo un poco hacia atrás, lo que me lleva a chocarme con algo sólido, cálido. Me giro.

Blake, el auténtico, está delante de mí. Tiene la mirada fija en la cama, con los labios un poco separados. Yo lo cojo por la camisa y lo empujo contra la pared al lado de la chimenea.

—Páralo.

Él detiene su mirada en mí. Hay pánico en ella.

—No puedo.

Un jadeo mío retumba por la sala y yo me quedo sin aliento. El chirrido se hace más fuerte, más rápido, lo que llama la atención de Blake. El vínculo se estremece y entonces percibo la palabra latente en él, como un gruñido. «Cazar».

Giro la cabeza y se me para el corazón. Me tiene boca abajo contra el colchón, con una mano en la nuca para mantenerme en esa postura; con la otra me sostiene la cadera mientras me embiste. La expresión de su rostro… Diosa…, qué expresión.

Noto una opresión en el pecho. Me hierve la sangre. Me vuelvo hacia él.

—Blake, no… no puedes pensar en mí de esa manera…

Percibo el cambio. Él siente lo mismo que sintió en la ermita. Esa ferocidad animal. No es él. Sus ojos cambian y refulgen.

—Nadie lo sabrá.

—¿Qué?

Casi con delicadeza, toma un mechón de mi pelo y me lo coloca detrás de la oreja. La consideración de su gesto contrasta con la fuerza de su mirada y con lo que está pasando detrás de mí. Se me corta la respiración.

—Solo es un sueño —dice él—. No tenemos que hacerlo a mi manera. Puedo ser delicado, si lo prefieres.

Se me seca la boca.

—Blake…

Me sostiene el rostro entre las manos.

—Déjame tenerte. Solo una vez. Por favor.

Un incendio se apodera de mis adentros. Está suplicando. Blake está suplicando. Soy consciente de que pretende manipularme. Sé que hará o dirá lo que sea necesario con tal de obtener lo que quiere, porque así es como funciona su mente. Sin embargo, mi cuerpo está en llamas. No puedo moverme. No puedo pensar. Se acerca más. Se pega a mí. Sus labios están a escasos centímetros de los míos, tan cerca que noto la caricia de su aliento en la boca.

Esboza una sonrisa oscura, malévola, y me hace echar la cabeza hacia atrás.

—Solo estamos tú y yo. Él no tiene por qué saberlo.

Él.

Callum.

El hielo se apodera de mi ser, mermando así las llamas traicioneras. Ignoro los gemidos, los azotes y los roncos jadeos. Retrocedo.

—No puedes pensar en mí de esa manera —repito, tratando de imbuir mi tono de cierta autoridad, pero me tiembla la voz—. Esto… esto nunca pasará.

Tiene la osadía de aparentar tristeza. Me doy la vuelta y salgo por la puerta.

55

Siento un tirón en el pecho, el familiar cosquilleo de la atención en la piel, un susurro de aire en la mejilla. Se me dispara el pulso, como si mi cuerpo se percatara de la amenaza antes que mi mente. Abro los ojos.

La noche es densa. Debo de haber estado tumbada de lado, a juzgar por las acículas que tengo clavadas en la mejilla. El fuego, cuyas ascuas anaranjadas resplandecen en la oscuridad, arde con timidez. Los árboles se mecen sobre nuestras cabezas. Philip ronca bajito, con sus largas piernas estiradas, aunque mantiene una mano sobre la daga que lleva al cinto. Todo parece normal, y, no obstante, la sangre me recorre las venas a un ritmo vertiginoso.

Parpadeo un par de veces y luego, con cautela, me incorporo. Me quedo sin aliento.

Blake me observa desde los márgenes del claro. Está sentado en uno de los troncos, con las rodillas erguidas y las manos colgando entre ellas.

—Hola, pequeña liebre.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué estás…? —La pregunta muere en mi garganta en cuanto ajusto la vista.

No está sentado en el bosque a unos metros de distancia. Se encuentra en un catre, sobre un modesto colchón. Tras él distingo piedra fría. Hay libros esparcidos por la cama, a su alrededor, y sus muñecas están envueltas por unos grilletes. Su cabello oscuro se muestra alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él, y los botones superiores de su camisa están desabrochados.

Tanto el bosque como la celda están envueltos en un resplandor etéreo. Es como si lo viera todo bajo el agua. El sonido del arroyo que hay cerca retumba en mis oídos. Todo parece lejano. Esto es un

sueño, y, sin embargo, no me cabe duda de que el lobo que hay frente a mí es el auténtico Blake. El pánico me atenaza las entrañas. No solo por las consecuencias de nuestro sueño compartido, sino porque no quiero que sepa dónde estoy. Me creo lo que dijo Callum. Blake vendrá a por mí en cuanto lo liberen. No puedo lidiar con él.

Ladea la cabeza.

—¿No pensabas despedirte?

—Me pareció mejor no hacerlo.

—Te esperé. Creí que vendrías.

Sacudo la cabeza.

—No somos amigos, Blake.

—Tal vez no. ¿Averiguaste cuál es la naturaleza de nuestro vínculo?

—Sí.

—¿Y?

—No cambia nada. Puede que no lo hayas creado, pero sí me manipulaste.

Él apoya la cabeza en la pared, dejando el cuello al descubierto. Una carcajada brota de sus labios, fría y vacía. Su eco resuena en la celda.

—¿Aún piensas eso?

—¿Es verdad o no? —Me siento aún más erguida. Unas ramitas se parten bajo mi cuerpo. Las piedras se me clavan en las palmas—. La señora McDonald me dijo que necesitaba ser aceptado para que surtiera efecto. Eso es lo que pasó esa noche, cuando James me mordió, ¿no? —Recuerdo la luz que vi en las profundidades de mi subconsciente y cómo Blake me alentó a tomarla—. Me engañaste para que lo aceptara y así poder usarlo en contra de Callum y también de mi padre, supongo. Después me ocultaste su verdadera naturaleza.

—Puede ser. —Se encoge de hombros—. O tal vez recurrí al vínculo para salvarte la vida, porque solo yo podía hacerlo, simple y llanamente.

La ira me maquilla las mejillas.

—Estás jugando una partida, Blake. Lo has dejado bien claro.

—Sí, pero no es la partida que crees.

—¿Y mi participación en ella? ¿Se ha acabado?

Él junta las manos con una palmada que hace tintinear los grilletes. Una sombra de arrepentimiento oscurece sus facciones.

—No. No lo creo.

—No importa. No darás conmigo.

—Cielo, siempre daré contigo. —Su mirada salta de mí a mi entorno—. Así que tu amo ha dejado que te vayas. Vaya necio.

—No es mi amo.

—¿Dónde estás?

Mi risa suena igual de fría que la de Blake.

—No voy a decírtelo, por si lo dudabas.

—Vuelve conmigo. —Un hoyuelo florece en su mejilla—. Podemos aclarar este asunto juntos.

—No.

—Los árboles no son tan altos en las Tierras del Sur. Sea cual sea tu destino, es de esperar que te haya enviado al norte primero para que así evites al ejército de Alexander. —El miedo me oprime el pecho, pero me convenzo a mí misma de que Callum no lo liberará hasta pasados unos días, por lo menos—. No debería haber hecho eso. Alexander irá de un modo u otro.

—Hemos tomado precauciones.

Blake sacude la cabeza.

—Sé cosas acerca de Alexander que tú y Callum desconocéis. Te desea más que a nada, Aurora. Ansía obtener el favor de Noche y cree que tú podrías ayudarlo a conseguirlo.

—¿Por qué?

—¿Importa eso? Es un extremista. Un fanático. Irá a por ti. Te encontrará.

El susurro de los árboles no se acompasa con mi desbocado corazón.

—Estamos en mitad de la nada. Alexander no conoce estas tierras. Tiene un ejército de humanos que va a estar muy distraído con Callum. No nos pasará nada. —No tengo claro si intento persuadir a Blake o a mí misma.

Conduce su mirada hasta mi hermano.

—Estás con Philip. ¿Te ha contado cómo nos conocimos?

—Sí.

—Pregúntale quién más estaba en las mazmorras conmigo. Pregúntale qué le pasó a Alexander cuando informaste de su traición a tu padre. —Su tono es tan afilado que se me corta la respiración.

Me asalta el recuerdo de algo que Alexander le dijo a Blake cuando nos persiguió hasta la ermita: «Pero bueno, si es el cachorro favorito del rey. Te he echado de menos, Blake. Añoraba la cadencia de tus gritos. A veces sueño con ellos. ¿Tú sueñas conmigo?».

Se me seca la boca.

—Alexander es un lobo.

Blake se inclina hacia delante.

—Escúchame, Aurora. Puede que tanto tu vida como la mía dependan de ello: intenté usar el Àithne con Philip, pero no…

El viento cambia; se me crispa la piel. Capto un aroma. Sudor y acero. Me enderezo y miro atrás con brusquedad.

Blake se tensa.

—¿Qué pasa?

—No… no lo sé. Me ha parecido notar algo.

Blake mira más allá y sus fosas nasales se ensanchan. Se pone de pie con un velo de pavor en el semblante muy impropio de él.

—Aurora, tienes que despertarte. Aléjate de…

Unas voces masculinas resuenan a lo lejos. Me pongo de pie como buenamente puedo.

—¡Blake!

Él avanza hacia mí con las manos extendidas y encadenadas. Trato de alcanzarlo. Mis dedos se encuentran con los suyos, pero no rozo más que aire.

—*Corre.*

Abro los ojos de golpe.

Philip ya está de pie, con una mano en su espada y la otra extendida hacia mí. La cojo y dejo que me levante. El sonido de ramitas al partirse me llega de todos lados; el susurro de varios hombres se mezcla con el de las hojas al viento. Un olor a sudor y acero impregna el aire del bosque.

—Los caballos están junto al arroyo —susurra Philip con un timbre de urgencia—. Ve al oeste. Yo me encargo.

El aire se parte en dos a sus espaldas. Él me aparta, con los ojos muy abiertos. Un golpe sordo resuena en el claro al tiempo que él da unos tambaleantes pasos al frente. Se gira y lanza una de sus dagas entre los árboles. Se oye un grito seguido de un golpe seco. Ha alcanzado a su objetivo.

A mí se me para el corazón. Una flecha sobresale de la pantorrilla de Philip. Se la saca.

—Vete. Ya te alcanzaré.

—Juntos. Venga.

Lo cojo del brazo. Él cojea en mi dirección justo cuando el aire vuelve a partirse. Philip me tira al suelo con él y otra flecha se le hunde en el costado. Su espada sale disparada por el claro.

—*Joder.*

Intento ponerlo en pie. Los crujidos ocasionados por las pisadas se oyen mucho más cerca. Alzamos la mirada.

Una figura emerge de entre la espesura, de complexión gruesa y musculosa, ataviada con un sofisticado abrigo bordado y con la estrella que constituye el emblema de las Tierras Fronterizas brocada a la altura del pecho: Alexander.

—Hola, tesoro —dice, sonriente. Mi corazón deja de latir. Philip empieza a ponerse de pie mientras sus dedos se curvan sobre la otra daga—. *Abajo, cachorrillo.* —Los ojos de Alexander se transforman con el brillo del lobo que se oculta detrás.

Philip cae de rodillas y suelta la daga. Una arruga se forma en su entrecejo. Agita las aletas de la nariz.

—Aurora, *corre…*

—¡Philip! ¿Qué haces? —pregunto.

—*Silencio* —ordena Alexander.

Mi hermano enmudece. El pánico se adueña de mí. Sacudo la cabeza.

—Philip…, ¿qué…?

—Lo siento. —Está pálido—. No lo sabía. Lo juro. No lo sabía. Se habían transformado. Pensé que sería Jack.

El nudo que tengo en la garganta se intensifica cuando más hombres emergen de entre los árboles.

—Alexander es tu alfa —musito con horror.

—No sabías ni por dónde te daba el aire, cachorrito —dice Alexander—. Me sorprende que te acuerdes de la mordedura. Ambos hincamos los dientes en ti. Parece que yo vencí en ese reclamo. Qué suerte. —Tira unas esposas al suelo frente a nosotros y sus ojos vuelven a cambiar—. *Pónselas a tu hermana. Nos vamos a la Fortaleza Gris.*

56

Las esposas plateadas me irritan las muñecas. Tengo el brazo aplastado contra la puerta del carruaje y una de las rodillas de Philip presiona contra la mía. Él también está encadenado. El olor de su sangre flota en el ambiente. Suelta un gemido cuando, a toda velocidad, pasamos por un bache en el camino de las montañas.

—Nuestro padre hará que te cuelguen por esto —dice Philip con la voz áspera.

Alexander está sentado delante de nosotros, con las piernas separadas.

—Vuestro padre es un imbécil y, cuando consiga lo que me propongo, será hombre muerto. Igual que tú.

Una ola de temor se apodera de mí por enésima vez. Trato de tranquilizarme, pero tengo la respiración acelerada y la piel helada. Esto se parece demasiado a lo que viví con Sebastian. En esa ocasión conseguí librarme, pero no creo que esta vez vaya a tener la misma suerte.

«¿Qué tal si me enseñas qué más has aprendido mientras eras la puta de esa bestia de Highfell?».

—¿Qué quieres de mí? —pregunto.

—Chisss. —Alexander se inclina hacia delante y me toma la barbilla entre el índice y el pulgar. Se me retuerce el alma—. Reserva tus fuerzas para luego, amor mío.

—Quítame las manos de encima. —Le escupo en la cara y me echo hacia atrás.

Philip se pone rígido. Alexander se limita a dejar caer la mano y a reír: una risa grave que desata un escalofrío en mi columna vertebral. Se reclina en su asiento, se quita la saliva con los dedos y se los chupa. El miedo se me adhiere al pecho. Philip se mueve un

poco, como si creyera que puede interponerse entre ambos. Los ojos de Alexander cambian.

—*Si vuelve a intentar algo contra mí, ocúpate de ella*.

Philip aprieta la mandíbula. Una vena sobresale en su cuello. Percibo al lobo bajo su piel, como si tratara de resistirse a la orden de Alexander. Si voy a hacer algo tengo que hacerlo ya. Cojo del bolsillo el abrecartas que me dio Callum y me lanzo sobre Alexander. El rugido angustiado de Philip retumba en el carruaje al agarrarme por la cintura y golpear mi cabeza contra la portezuela.

El dolor penetra en mi cráneo.

Los ojos de Philip están anegados en lágrimas.

—Lo siento.

Lo último que veo es la amplia sonrisa de Alexander.

Negro.

Gruño. Un olor a algas y sudor se mezcla con el aire frío. Abro los párpados y me incorporo sobre mis antebrazos. Mis ojos requieren de un momento para acostumbrarse a la penumbra. Estoy en una jaula. No. En una celda. Una de las paredes es curva y tiene barrotes. Me toco la cabeza y me encuentro con que tengo el pelo mojado, pegajoso. Sangre.

El pánico me oprime el pecho. Philip no está aquí. Estoy sola. Y voy a morir.

Oigo murmullos no muy lejos.

—Deja de lloriquear. —Es una voz familiar, gruesa, con el acento de las Tierras del Norte. Me da un vuelco el corazón. Me giro hacia la celda más próxima. El lobo que hay en ella esboza una sonrisa—. Hola, princesa.

Tiene los mismos hombros poderosos y ojos almendrados que Callum. Por un momento dejo que mi corazón se crea que es él quien está sentado contra la pared húmeda, que el tartán que lleva este hombre es el de Highfell en vez del que combina los colores de todos los clanes. Hasta que no me queda más remedio que enfrentarme a la enredada melena castaña que le acaricia los hombros y a la tinta que reviste sus brazos.

—¿James?

—¿No deberías estar arriba con ese sureño malnacido? —pregunta, señalando con la cabeza el techo.

—¿Y mi hermano?

—¿Tu hermano?

—Alexander también lo capturó.

James echa la cabeza atrás y suelta una carcajada ronca que retumba por todo el calabozo.

—Ya había oído que Alexander era un perro rabioso, pero capturar a los dos herederos del trono de las Tierras del Sur… Me cago en la puta, sí que tenemos problemas.

Un gruñido grave me llega desde la celda contigua a la de James.

—Nunca debería haber venido aquí. Nunca debería haber venido aquí, joder.

—Cállate, muchacho —dice James.

Yo me yergo.

—Ryan, ¿eres tú?

Ajusto la vista. Más allá de la inmensa silueta de James, distingo a Ryan, con la espalda apoyada en la pared y las manos enterradas en su cabello cobrizo. Levanta la mirada.

—Hola, princesa. —Señala a James con su anguloso mentón—. Lo encontré.

—Sí, muchacho —dice James—. Y, si alguna vez salimos de aquí, lo que parece bastante improbable dadas las circunstancias, quizá la próxima vez que el traidor que tengo por hermano te encargue una misión tan loca recuerdes lo que pasa por seguir sus órdenes en vez de las mías.

Aplaco la ira que me sube por la garganta ante su desprecio por Callum. Un gruñido, femenino y exasperado, rebota en las paredes húmedas antes de decir nada.

—¿Podéis, por favor, cerrar la puta boca durante cinco minutos?

—Ah, sí, deja que te presente a mi encantadora pareja: Claire. —James señala la celda junto a la mía.

La mujer que le gruñe a través de los barrotes de mi otro lado está lejos de ser la alfa elegante y digna que conocí en Lowfell. Su

cabello oscuro está salvaje, enredado alrededor de su rostro. Su camisa está rasgada y dada de sí, y tiene las mejillas sucias.

Muestra los dientes.

—Vuelve a llamarme eso y te arrancaré las pelotas de cuajo antes de servírtelas como aperitivo.

—No le hagas caso —dice James—. Se pone insoportable cuando no come y empieza a comportarse como una…

—Llámame zorra, va; hazlo, joder. —Los ojos de Claire relampaguean en la penumbra. James sonríe y alza las manos a modo de rendición. Ella se deja caer contra la pared—. Eso pensaba, mamón.

—Ya nos conocíamos —señalo yo.

—Pues claro. —James apoya la cabeza en la pared—. Mientras planeabais vuestra maldita sublevación. ¿Qué tal te ha ido eso, princesa? Tú estás aquí, pero mi hermano no, así que deduzco que las cosas no han ido muy bien entre vosotros. Una lástima.

Aprieto los dientes. Me hierve la sangre.

—Tenías un gran plan para rescatar a Claire, y, sin embargo, aquí estás, atrapado en una celda con ella. Supongo que las cosas tampoco han salido como esperabas.

Claire ríe.

Para mi sorpresa, James también.

—La verdad es que no.

Entorno los ojos.

—Careces de honor. Me dijiste que me permitirías volver a mi reino si mataba a Sebastian. Hice lo que me pediste y tú rompiste tu promesa.

—No me arrepiento. Volvería a hacerlo.

Un gruñido se me escapa de la garganta, lo que hace que la comisura de los engreídos labios de James se curve.

—Callum debería haberte matado.

—Sí, debería haberlo hecho. Mi hermano siempre ha sido demasiado blando para hacer lo que ha de hacerse.

—Confundes clemencia con debilidad —espeto, consciente de que, de alguna manera, me estoy contradiciendo.

—Entonces, debes de tenerme en buena consideración por haber perdonado la vida de mi hermano.

Me tenso.

—Callum es más fuerte que tú. Salió victorioso en el desafío y tuvo clemencia *contigo*. También habría salido victorioso hace años si no te hubiera dejado ganar.

Un músculo se contrae en su mandíbula, como si se sintiera expuesto ante mí.

—No. Yo soy el lobo dominante. Siempre lo he sido. Pero quiero a mi hermano. No deseaba acabar con su vida por culpa de una sureña. Y ahora tú has sembrado la discordia en mi reino.

Aprieto los puños.

—Eso lo hiciste tú, no yo. Nunca hice nada para despertarte sentimientos tan adversos. Nunca fui tu enemiga. La mañana que nos conocimos me ofrecí a ayudaros a ti y a tu reino. ¡Si hubieras mantenido tu palabra, si no me hubieras vendido a Sebastian, si no me hubieras *atacado*, nada de esto habría pasado!

James gruñe.

—Te equivocas, princesa. Sí eres mi enemiga. Tu sangre es la sangre de mis enemigos. Tu pueblo es enemigo del mío. Desde los tiempos del Lobo Primigenio, os habéis dedicado a arrasar nuestras tierras y expoliarnos. Nos habéis traído la guerra y habéis intentado gobernarnos, cuando lo único que nosotros deseábamos era la paz. Nada más verte por primera vez y captar el olor de mi hermano en todo tu cuerpo, supe que nos traerías problemas. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Dejarte vivir? Sabía que solo era cuestión de tiempo que abandonaras a Callum y compartieras nuestros secretos con los tuyos. Nos habrías condenado a todos.

—¡Te has condenado tú solo, maldito idiota! No tenía ninguna intención de revelarle vuestros secretos a mi padre. Y tampoco la tenía de dejar a Callum.

—Sin embargo, tú estás aquí, ¿y él dónde está? —La potencia de su voz retumba por las mazmorras. Sacude la cabeza—. No es tu padre el que me preocupa. También capté el aroma de Blake en ti, aquella mañana, y supe exactamente lo que significaba. Dos sureños: uno es un lobo mestizo de las Tierras Fronterizas que se

convirtió en el alfa de uno de los clanes más temidos de las Tierras del Norte y se las ingenió para formar parte del consejo de mi padre, que descaradamente ambicionaba mi trono; y la otra es la hija del rey enemigo. Me dio por pensar que esa no era una alianza a la que quisiera dar ni un mínimo de tregua.

—No estoy aliada con Blake.

—Claro que no… —Se pasa una mano por la mandíbula—. Fui misericordioso con mi hermano. No lo maté, a pesar de que podría haberlo hecho, pero me aseguré de que viera lo que yo vi. Me aseguré de que leyera el libro que encontré en la alcoba de Blake, porque necesitaba que los dos estuvierais fuera de Madadh-allaidh antes de que causarais algún daño irreparable, para que mi hermano pudiera librar la lucha que vuestra gente empezó.

—Pues me alegra que hayas conseguido lo que querías —mascullo.

—¿Crees que esto es lo que quería? —Menea la cabeza—. Lo que quiero es estar borracho y caliente en la cama junto a alguna muchacha. Pero, gracias a ti, estoy aquí. Eras una amenaza para mí entonces, princesa, y eres una amenaza para mí ah…

Las antorchas que revisten la pared titilan y menguan una a una, lo que hace que James enmudezca. Las sombras se acentúan. Las siento, frías e inquietas, retorciéndose como serpientes en mi cuerpo. Un siseo débil y áspero recorre el pasillo, con lo que se me eriza el vello de la nuca. Me viene a la mente la piel mudada que Blake cogió del suelo cuando nos encontramos en la prisión de Noche.

Un agujero me perfora el pecho. La oscuridad se cuela por mis fosas nasales. Esa naturaleza salvaje latente en lo más profundo de mi alma lucha por liberarse.

No puedo permitirme el lujo de quedarme inconsciente. Aquí no. Y menos ahora. Aprieto los puños. Hundo las uñas en las palmas de mis manos hasta hacerme sangre. Apenas me percato del quejido ahogado de James a un lado y de cómo Claire se tensa al otro.

El sonido cesa. Las antorchas vuelven a la vida. Expulso la oscuridad de mi cuerpo a través de un largo suspiro que se condensa ante mí. Me vuelvo hacia Claire.

—¿Qué ha sido eso? —musito, aunque creo que ya lo sé.
—Lo llamamos la Bestia Oscura —responde ella.
—Un prisionero de Noche —susurro horrorizada.
James se pasa una mano por la mandíbula.
—Es la razón por la que estamos aquí: para luchar contra eso.

57

Las horas se mezclan entre sí.

Me llevo las rodillas hasta la barbilla y me abrazo las piernas en un intento de entrar en calor. Las antorchas se encienden y se apagan. Nunca antes había tenido tanto frío. La sangre mana de la herida de la cabeza, de la que Philip es responsable, hasta que se me seca a la altura de la mejilla. Nadie dice nada. El ambiente está cargado de un desespero ácido e ineludible. James murmura de vez en cuando. Ryan gimotea. Yo solo quiero dormir.

Estoy atrapada entre el horror de la pesadilla que estoy viviendo y los horrores que me acechan en sueños. Ambos resultan oscuros e inquietantes, y en ambos hay celdas y negrura. Me atormentan hasta que dejo de diferenciarlos. Lo único que siento es este terror frío y espeso que me oprime el pecho como una serpiente y sofoca al lobo que late en mi interior. Me susurra que moriré. Que a nadie le importará. Que habré vivido para nada.

Todo esto está relacionado con el Dios de la Noche.

Callum me dijo que sus acólitos acostumbraban a sacrificar lobos para obtener su favor. ¿Acaso Alexander pretende sacrificarme? ¿Matará también a mi hermano?

Alexander debe de tener guardias. Quizá pueda persuadir a alguno de ellos de que asesinar a los herederos al trono de las Tierras del Sur no sería lo más sensato. No quiero recurrir al nombre o al título de mi padre (el hombre que mató a mi madre) para salvarme, pero tampoco quiero morir. Además, he de salvar a Ryan.

Mi mente, frenética, repasa cada posibilidad habida y por haber hasta que unos puntitos danzan en mi visión y me dejo caer contra la pared.

Me asedia la desesperanza.

Oigo el eco de la voz de mi madre en la oscuridad.

«Valor, pequeña».

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando oigo unos pasos que se aproximan a la puerta. Unos guardias encapuchados entran en las perreras y abren todas las puertas excepto la mía. Arrastran a los lobos hasta el pasillo. Están demasiado débiles como para ofrecer resistencia, lo que se suma al hecho de que tienen puestos los grilletes y una especie de collar en torno a sus cuellos.

James se aferra a los barrotes de mi celda antes de que se lo lleven.

—¿Sabe que estás aquí? —pregunta, apresurado.

—¿Callum?

James me atraviesa con la mirada, sin importar que el guardia se lo esté llevando.

—No. Callum no.

«Cielo, siempre daré contigo».

Una gélida oscuridad me recorre las venas.

—Sí.

Él asiente.

—Intentaré ganar un poco de tiempo.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Ryan detrás de él.

—Tú nada, muchacho.

Encadenados y juntos, se los llevan afuera.

Una llave gira en la cerradura, lo que hace que me incorpore de golpe al comprender que, finalmente, han venido a por mí.

Me pongo de pie a toda prisa.

—Escucha, no sé qué te habrá dicho Alexander, pero soy la princesa de las Tierras del Sur. Mi padre te recompensaría con creces si…

El hombre que se adentra en mi celda parece un fantasma, ataviado con prendas oscuras y una capucha que le oculta el rostro. Me coge por el brazo y hunde los dedos en mi carne con tanto ímpetu que resulta doloroso. En su muñeca, vislumbro parte de un tatuaje: una llave con unas lunas crecientes en su arco. El símbolo

de Noche. Mis esperanzas se desvanecen. Los hombres de Alexander son tan fanáticos como él.

—No respondemos ante tu padre —replica.

Me lleva hasta el pasillo curvo.

—¿Vais a sacrificarme a vuestro dios?

El frío que me asalta mientras me lleva escaleras arriba hace que me castañeen los dientes.

—Primero tenemos que comprobar que eres la persona correcta.

—¿La persona correcta para qué?

El guardia, que no dice nada más, me conduce por una puerta y un pasillo iluminado por unas antorchas titilantes. Las paredes están húmedas, revestidas por una fina capa de liquen. Un olor a sangre y sal vicia el aire. Se oye ruido más adelante: gritos y abucheos, el repiqueteo del metal y un rugido de dolor.

Frente a nosotros, dos figuras con sendas capas custodian la salida del pasillo. Pasamos de largo hacia un anfiteatro en penumbra. El rugido es casi ensordecedor. Se me para el corazón. Múltiples lobos están de rodillas en un espacio circular, apaleados, ensangrentados y encadenados. Quizá sean unos veinte. Busco a Ryan, pero las figuras encapuchadas que los observan desde las gradas, y que ahora también me observan *a mí*, reclaman toda mi atención.

Alexander está sentado en lo que parece un trono de piedra al otro lado del círculo. Mi hermano está de rodillas a su lado, encadenado. Ya no lleva su abrigo y tiene la camisa manchada de sangre. Se tambalea en mi dirección, pero entonces Alexander susurra algo, con el resplandor del lobo centelleando en sus ojos, y Philip permanece donde está.

Yo me quedo helada. Sacudo la cabeza e intento retroceder.

En mitad del anfiteatro, anclados al suelo de piedra, hay dos postes de los cuales cuelgan grilletes. A su lado, un tipo con una túnica aguarda de pie, látigo en mano. La punta es de plata.

«No».

Alexander se levanta.

—Nuestra invitada especial acaba de llegar. —Su sonrisa se vuelve más amplia—. Hora de divertirnos un poco, tesoro. Si sobrevives,

podrás conocer a una vieja amistad que tengo. —Cabecea hacia el hombre que me ha traído hasta aquí—. Átala y podremos empezar.

58

El anfiteatro se disuelve a mi alrededor. Los pies se me clavan al suelo. No puedo moverme.

Las figuras envueltas en sus túnicas que abuchean desde las gradas se funden con la oscuridad y los lobos arrodillados, que no dejan de hacer sonar sus cadenas, se difuminan. Estoy en una de las salas sagradas de la iglesia de la Luz y del Sol; el sumo sacerdote, inclinado hacia el altar, sostiene una fusta en la mano.

—Has pecado, chiquilla.

Retrocedo con tanta urgencia que casi tropiezo, negando con la cabeza como una bestia irracional, pero choco contra un pecho rígido. Una capa de sudor se me pega a la piel.

«No. No. No».

«No puedo. Otra vez no».

Unas manos me rodean la parte superior de los brazos, y quien me arrastra hacia delante no es el hombre que me ha traído hasta aquí, sino las Hermanas de la iglesia, envueltas en sus blancos atavíos. Me echo atrás en un movimiento que hace que se me doble el tobillo. Apenas siento el dolor. Me empujan entre los postes. Estoy gritando, creo. Dos hombres me cogen las manos y las alzan por encima de mi cabeza. Un chasquido precede el gélido mordisco de los grilletes, cerrados ahora en torno a mis muñecas. Estoy atrapada, encadenada. Es demasiado tarde. Cualquier atisbo de dignidad que pudiera sentir y que mantuviera a raya mi miedo termina de desintegrarse.

«No puedo hacer esto. No me obligues a hacerlo».

Tomo bocanadas de aire profundas y trémulas. Me avergüenza que las lágrimas recorran mis mejillas. Los hombres abuchean. Ríen ante mi angustia. Alexander está diciendo algo, pero la sangre me late con tanta fuerza en los oídos que no lo oigo.

Vuelvo a respirar hondo. Una vez, y otra.

Cierro los ojos. Noto la caricia del aire frío. Huelo el liquen y también el humo de las antorchas. Me concentro en el tacto de los grilletes sobre mi piel. Dejo que la piedra bajo mis botas me sostenga.

Abro los ojos de golpe. Alexander está delante de mí. Casi me atraganto con mi propio odio. No puedo evitar que pase lo que está pasando, como tampoco podía de niña. No suplicaré.

Junto al trono, Philip lucha por ponerse en pie, pero sus muñecas están atadas a una especie de anilla metálica en la piedra. Un hilo de sangre brota de su nariz. Alguien debe de haberle pegado. Me sorprende que esté intentado salvarme como nunca lo hizo cuando éramos pequeños.

—¿Por qué? —pregunto.

Alexander me retira una lágrima del pómulo con el pulgar.

—Chisss. Es por tu propio bien, amor mío. Tu padre te sometió a esto porque quería reprimir tu lobo, tu poder. Se quedaron cortos, pero yo te doblegaré hasta liberarte.

—Estás loco —espeto.

—A veces hay que destruir las cosas para construirlas de nuevo, tesoro. Tu padre me destruyó en una celda bajo palacio y, gracias a ello, soy más fuerte. Ahora te toca a ti.

—Alexander, no la toques —dice Philip—. Sea lo que sea lo que ansíes, mi padre te lo dará…

—*¡Silencio, perro!* —ordena Alexander con los iris transformados. Me acaricia el rostro y yo intento apartarme, pero las cadenas no me dan margen—. Pronto acabará. —Da un paso atrás.

—¡Espera! —exclamo—. Dime… dime qué es lo que quieres. Tiene que ver con el Dios de la Noche, ¿no? He soñado con él. —No me avergüenzo del tono desesperado que se desprende de mi voz. Salta a la vista que está loco. Es un fanático. Si logro convencerlo de que puedo serle de ayuda con su dios, quizá me libere.

Un susurro recorre el anfiteatro. Alexander ladea la cabeza.

—Ah, ¿sí?

Un brote de esperanza florece en mitad de la oscuridad que me consume.

—¡Sí! Por las noches aparezco en su prisión. Podría hablar con él de tu parte, si quieres. Dime qué es lo que solicitas. Se lo pediré por ti.

Se rasca la mandíbula cuadrada, pensativo.

—No habrá necesidad. Tengo que doblegarte si quiero pagar mi deuda.

Sacudo la cabeza.

—Podrás ofrecerle mi dolor y mi vida, pero lo que él quiere es mi alma —señalo yo—. Él… él me lo dijo. Y solo yo puedo darle eso. Libérame y acudiré a él. Le diré lo que sea que quieras decirle. Le ofreceré mi alma como pago de tu deuda, sea la que sea. —Ojalá piense que la velocidad a la que me late el corazón se debe al miedo y no a la mentira.

—¿Ha hablado contigo?

—¡Sí! Se enfadará si me haces daño.

Rezo tanto a la Diosa del Sol como a la de la Luna para que me crea. Arruga el entrecejo. Sus límpidos ojos azules brillan a la luz de las antorchas. El hombre que me ha traído hasta aquí le susurra algo al oído. Ambos se apartan para tener una conversación privada. Los minutos parecen perderse en un abismo vacuo. El miedo me atenaza el corazón y el hormigueo que me provocan en el cuerpo tantas miradas hace que quiera que se me trague la tierra.

—Princesa. —Es una voz áspera. Conocida. Me da un vuelco el corazón. James está de rodillas, atado al suelo junto a la desembocadura de uno de los cuatro pasillos que atraviesan las gradas. Tiene las muñecas atadas y un collarín de metal alrededor del cuello —. Tu lobo —dice, con los ojos brillantes, tras los cuales acecha su bestia interior—. Tu parte lobuna te protegerá de lo más duro.

—No puedo —susurro.

—Sí puedes. Repeliste mi Àithne cuando estábamos en la casa solariega. Eres más fuerte de lo que parece.

Alexander vuelve a acercarse a mí. Me dedica una sonrisa casi simpática.

—Buen intento, tesoro. Sé que tienes miedo, pero así es como debe ser.

Me voy a desmayar. Se me retuercen las entrañas y noto el tirón de la oscuridad. Philip está gritando algo. Alexander retrocede y el hombre con el látigo se me acerca. Se me están durmiendo las manos, pero aun así me las arreglo para cerrarlas. Aprieto los dientes.

«No puedo hacer esto. No puedo…».

James ruge. El codazo que le da en la cara al lobo que tiene al lado es tan certero que se oye el crujido correspondiente a la rotura de su nariz. Se me desorbitan los ojos en cuanto atisbo un poco de cabello rubio y una maltrecha falda amarillenta. Es Ian, el miembro del clan de Lochlan. Los dos se enzarzan en una pelea y los lobos que permanecen encadenados chocan entre sí. Se oyen gritos y rugidos por doquier. Ryan intenta sumarse a la refriega dándole un golpe a Ian, pero James lo aparta rápidamente.

Un grito femenino resuena por todo el anfiteatro. Los lobos enmudecen. James alza la mirada. Alexander ha hundido su puño en el cabello de Claire, cuyos ojos se muestran salvajes, furiosos. Le apunta al cuello con una daga.

Ella enseña los dientes.

—Quítame las zarpas de encima.

—Lo haré si tu *rey* decide comportarse. ¿Tengo ya vuestra atención, majestad? —se burla Alexander. Una sonrisa feroz se conjura en su semblante—. O te sometes o mutilo a tu pareja antes de tirarla a la fosa para que mi otro invitado especial se divierta con ella.

La mirada acerada de James pasa de Alexander a una trampilla que hay en el suelo, a pocos metros de donde estoy yo. Un siseo se cuela por entre las grietas y yo tengo que ahogar una exclamación. «La Bestia Oscura». Debemos de estar justo encima de su celda en las mazmorras.

James suelta a Ian y cae de rodillas. Alexander tira a Claire al suelo.

—Buen chico. —Cabecea hacia la trampilla antes de dejarse caer en su trono—. Si sobrevives, Aurora, tesoro, abriré la puerta para que la conozcas. Comencemos.

Philip desorbita los ojos. Una súplica me atraviesa la garganta. El pánico me incendia el alma. Alzo la cabeza hacia Alexander.

—Espera…

Un restallido corta el aire y yo me echo hacia delante, impelida por el tiránico contacto del látigo en mi espalda. El dolor lacerante llega al cabo de un segundo. Las lágrimas me anegan los ojos. Curvo los dedos alrededor de las cadenas que me mantienen presa. Los grilletes se me clavan en las muñecas. No sin dificultad, cojo tanto aire como puedo.

—No pares hasta que se quiebre —indica Alexander.

Me deshago entera. Estoy ardiendo. Muriendo. No puedo respirar. No veo. No hay más que sangre y dolor. Me parece que estoy gritando. Me noto flojas las rodillas, me tiemblan los hombros. Los dedos, que siguen aferrando las cadenas, están entumecidos. Las lágrimas me bañan el rostro. Intento recitar una de las historietas de mi madre, pero el dolor lo empaña todo. No soy capaz de concentrarme en nada que no sea la destrucción de mi cuerpo.

Algo se enciende furioso en mis adentros. Un grito se fragua en mi pecho, un grito que ansía liberarse. ¿De qué sirve gritar? ¿De qué sirve llorar? Unas manchas negras danzan ante mis ojos. Floto sobre mi cuerpo, por lo que puedo contemplar a la chica doblegada cubierta de sangre en mitad del anfiteatro. Se me nubla la vista y no sé si se debe a que la vida se me escapa o a que esa *cosa* bajo la arena está haciendo que las antorchas pierdan fuerza.

Ya no veo nada. Ya no soporto nada. Me refugio en mí misma. Oculto las emociones y la rebeldía que llevo reprimiendo desde que era pequeña. Me pongo una coraza. Me vuelvo de piedra. Dejo que mi alma chispee hasta apagarse.

Alexander ruge. El barullo cesa; el ensañamiento cesa. Mi cuerpo está lánguido, tengo el pelo pegado a la cara, llena de lágrimas, y me noto los brazos dislocados. Me quema la espalda. Alexander se lanza hacia mí, me agarra el rostro y me obliga a mirarlo. Su cara roja se difumina ante mis ojos.

—¿Por qué no lo haces, zorra estúpida? —Me abofetea con el dorso de la mano, girándome la cara. Vuelve a cogerme—. Sé que

eres tú. Tienes que ser tú. Muéstrame tu poder. Muéstrame tu puto poder o te destrozaré entera…

Se oye un gorgoteo a sus espaldas, lo que hace que se dé la vuelta. Una hoja afilada sobresale del cuello de uno de los hombres que custodian la salida. La capucha ya no le cubre la cabeza; la sangre brota de entre sus labios, de manera que le resbala por el mentón y cae hasta sus botas, junto a las que va acumulándose. Tiene los ojos abiertos de par en par. Perplejo.

Con un fluido movimiento, alguien le extrae la hoja del cuerpo, que se desploma de rodillas antes de caer de cara contra el suelo.

Blake está detrás.

Su rostro… es la viva imagen de la ira. Tiene la camisa húmeda, adherida a la rigidez de su pecho y su torso. Un par de bucles oscuros se le pegan a la frente. Su mandíbula resulta tan afilada como la daga que sostiene en una mano. Tiene un acero atado a la espalda, además de dos cuchillas más en el cinto.

Su esencia me embarga por completo; llena mi pecho vacío. Oscura, fría e inhumana, destierra el incendio de mi interior. Creía que hasta ahora había accedido a buenas muestras de sus emociones, pero no eran nada comparado con esto. No puedo respirar. No puedo moverme. Solo lo siento a él, nada más. Me acuerdo de ese pozo del que me habló y ahora me pregunto si su oscuridad tiene fondo.

El lobo riela ambarino en sus ojos cuando fulmina a Alexander con su férrea mirada.

—Quítale las manos de encima a mi pareja.

59

Mis ojos se detienen en los de Blake.

Algo estalla dentro de mí. El pensamiento salvaje y peligroso que he estado intentando desterrar de mi mente se propaga por todas partes y me enciende el alma. Mi respiración se vuelve rápida, superficial. «Ha venido. Ha venido. Ha venido». Percibo el roce de su atención incluso cuando le devuelve la mirada a Alexander, que me suelta la barbilla.

Me pesa tanto la cabeza que no soy capaz de mantenerla erguida. Me cuelga sobre el cuello. Tengo la espalda destrozada. Mi camisa, empapada en sangre, se me pega a los cortes en carne viva. Respirar es una tortura.

Una lenta sonrisa se abre paso por el rostro de Alexander.

—Me preguntaba si intentarías arrebatármela. Lástima que estés solo.

Blake esboza una gélida sonrisa.

—¿Qué te hace pensar que estoy solo?

—Hola, Alex. —Una voz grave y aterciopelada emerge de la entrada al pasillo a mi izquierda. Jack, apoyado en el estrado y con un guardia tirado a sus pies, saluda con la mano. Su piel oscura, húmeda por la lluvia, reluce al abrazo de las antorchas. Sujeta una espada teñida de sangre con la otra mano—. ¿Cómo te ha ido?

—Ha pasado ya tiempo —dice otra voz con un marcado acento norteño: Arran bloquea la salida a mi derecha, cruzado de brazos, con el ojo bueno fijo en Alexander. Dos guardias están tendidos frente a él, con las capuchas ladeadas y los cuellos retorcidos en un ángulo antinatural.

Un murmullo recorre las gradas. El público que me rodea, enfundado en sus capas, se pone en pie.

—Una reunión familiar. Qué bonito —comenta Alexander, dándose la vuelta con los brazos extendidos—. Solo faltan Fenrir y Fara para estar todos.

Jack se encoge de hombros.

—Tenían otros compromisos.

—Ni se te ocurra nombrar a Fara, desgraciado —masculla Arran.

Alexander suelta una carcajada.

—Ya veo que sigues babeando por esa zorra. Qué pena que te rechazara.

El rugido con el que reacciona Arran pasa a un segundo plano cuando Blake se agacha y saca algo del bolsillo del guardia a sus pies. Al lanzárselo a James, la luz de las antorchas le arranca un par de destellos. Cae a poca distancia de él: una llave.

—No dejes con vida a nadie en quien no confíes —indica Blake con suavidad—. Hombre o lobo.

Como son enemigos y se desprecian el uno al otro, imagino que James va a darle una mala contestación, pero asiente.

—Sin contarte a ti, supongo —responde en voz baja.

La sonrisa de Blake se vuelve aún más fría.

—Sin contarme a mí.

James alza sus muñecas encadenadas e introduce la llave en la ranura de su collar al tiempo que Alexander mira a Blake.

—¿La quieres, hermano? Ven a por…

Capto el destello del acero, el silbido de los filos, algo que corta la oscuridad.

Una de las dagas de Blake se ha hundido en el torso de Alexander, mientras que la segunda está enterrada en su muslo. Da un par de pasos hacia atrás. Coge uno de los puñales y se lo saca antes de caer de rodillas. Su sangre, que mana a borbotones de la herida, se derrama por el suelo hasta mezclarse con la mía. Se la tapa con la mano y con la otra empuña la segunda daga antes de sacarla, profiriendo un feroz gemido.

Ríe.

—Eres un necio, hermano. No puedes matarme —dice con una voz áspera al levantarse, con las pupilas clavadas en las gradas—. Matadlos a todos. Menos a la princesa. Ella es… mía.

El caos se apodera del anfiteatro. Los humanos encapuchados echan a correr para dejar atrás las gradas. James ha compartido la llave, por lo que los demás lobos ya se están liberando y dejando los grilletes a un lado. De pie, ruge mientras estrangula a un hombre rubio con sus cadenas. Corre hacia Claire.

Jack bloquea la hoja de uno de los acólitos, que descendía letal sobre uno de los prisioneros. Después levanta a Ryan y le da otra espada.

El suelo tiembla y no tengo claro si es por la cantidad de pies que corretean a la vez o si tiene que ver con la bestia que acecha justo debajo.

Blake avanza entre la marea de sangre y destrucción hacia mí. Apenas parpadea cuando desenvaina su espada y decapita a un hombre que se interpone en su camino. Apuñala en la cara a un tipo que estaba ayudando a Alexander y después golpea la cabeza del señor de las Tierras Fronterizas con la empuñadura. Alexander se desploma sobre su propia sangre. Blake le pasa por encima.

—¡Blake! —Arran le tira un manojo de llaves.

El guardia que me ha puesto los grilletes está muerto a sus pies. Blake las atrapa en el aire en un movimiento que hace que su olor a pino oscuro y veneno me inunde los sentidos.

—No le quites ojo a Alex. Como muera, estamos jodidos —dice Blake.

—De acuerdo —accede Arran, que corre hacia el lord caído, hiriendo a un humano por el camino.

Blake pega su cuerpo al mío mientras alcanza uno de los grilletes. Oigo un chasquido y mi mano cae libre. Me fallan las piernas, así que envuelve la parte inferior de mis caderas con el brazo, procurando no tocarme la espalda mientras libera mi otra mano. Con delicadeza, se arrodilla junto a mí. Mi sangre y la de Alexander nos mancha los pantalones.

Busca mi rostro. Coloca sus manos en mis mejillas y me quita los restos de lágrimas y sangre con el pulgar.

Se me pone un nudo en la garganta.

—Has venido.

—¿De verdad creías que no lo haría?

El suelo tiembla y Blake tensa la mandíbula al oír el tenue siseo que proviene de abajo.

—Hay… —Me arde la garganta. Cada vez que respiro se me abren las heridas de la espalda—. El prisionero de Noche…

—Sí. Si se libera, estamos muertos. Voy a sacarte de aquí, pero te va a doler.

Yo parpadeo para frenar las lágrimas.

—Lo sé.

—Buena chica. —Me coloca el brazo alrededor de la cintura y se pone de cuclillas—. Vale, ponme las manos en los hombros. Eso es. —Yo jadeo, aplastada por el dolor lacerante y profundo que los movimientos provocan en mi espalda—. Chisss, ya lo sé.

Una pátina acuosa me recubre la mirada.

—¿Lo sientes?

—Estás suprimiendo tus emociones, encapsulando tu dolor. Solo percibo un poco.

Me pone en pie y después, cuando me coloca el brazo por encima de sus hombros, se me escapa un quejido gutural y fiero.

—Ya lo sé —me tranquiliza él—. No durará mucho. Tengo un tónico de sueño en mi bolsillo. Te lo daré en cuanto estemos fuera de la Fortaleza Gris. Vamos.

Empezamos a movernos. Yo me aferro con fuerza al cuello de su camisa y, cada vez que mi costado choca con el suyo, jadeo de dolor. Cada paso es insoportable. Mis rodillas están debilitadas. De no ser por la firmeza de su mano en mi cadera, me caería. Hombres y lobos se difuminan a nuestro alrededor, con sus capas negras y sus *kilts* y sus cadenas. Arran está junto a mi hermano, poniéndolo en pie. Jack y Ryan pelean codo con codo. Claire le parte el cuello a un hombre sentado a horcajadas encima de James, con lo que cae sin vida a sus pies.

Hay sangre… por todas partes. Siento náuseas.

—¿Por qué? —Mi voz suena seca y ronca, apenas audible por encima de las voces y el choque de los aceros. Ni siquiera estoy segura de qué estoy preguntando. ¿Por qué iba Alexander a torturarme? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué ha venido Blake?

—Sabes por qué. —Su boca está cerca de mi oído. No tengo claro a qué se refiere—. Chisss, ya está. Ya casi estamos.

El pasillo por el que me han conducido antes se diluye frente a nosotros. Me permito la osadía de tener esperanza, de regar ese pequeño brote que asoma la cabeza en mitad de la oscuridad. Vamos a escapar. Vamos a ser libres.

Aprieto los dientes. Me aferro a Blake con fuerza y enderezo la espalda. Él acelera el paso.

Los músculos de sus hombros se tensan bajo mis dedos. Las antorchas que cercan la arena se extinguen y el anfiteatro queda sumido en la oscuridad. Giramos las cabezas hacia la trampilla. Alexander, con la camisa negra llena de sangre, ha ido a rastras hasta ella. Saca una llave de la cerradura y detiene la mirada en Blake mientras Arran, al que le sangra la nariz, corre hacia él.

—Qué estúpido, Alex —musita Blake.

Alexander esboza una sonrisa y abre la trampilla. Unos puntos negros danzan en mi visión, así que cierro los párpados con fuerza. No puedo quedarme inconsciente ahora, aquí, en este momento.

Hundo los dedos en los hombros de Blake y me obligo a mirar.

Una calma antinatural se ha adueñado del anfiteatro. Se oye el choque de unas cadenas que empiezan a ser arrastradas por el suelo, un sonido que me pone los pelos de punta. Un siseo grave vibra por las paredes e incluso los hombres encapuchados se estremecen. Un olor rancio, como a carne podrida, me golpea el olfato al tiempo que un sonido deslizante llena la penumbra.

—Luz de luna y oscuridad. Libertad y cadenas. Poder y destrucción. —Un murmullo antinatural parece proceder de todas las direcciones a la vez. Me recuerda a la voz que surgió de Kai la primera vez que se despertó—. ¿Crees que él lo sabrá?

Blake me coloca tras él y yo contengo un grito al ver que una oleada de sombras se desborda de la trampilla antes de elevarse, frenada únicamente por el techo. Se enrosca en torno a la arena, bloqueando así las salidas. Como si fuera niebla, la oscuridad se ondula en torno a una cara y un cuerpo ofídicos. Nos mira con sus ojos de ónice.

—Habéis sido muy traviesos.

Algo despierta en mi interior, algo que me llena las venas de escarcha. El sudor me perla la piel; mi vista empieza a fallar.

—Ay, qué hambre tengo. Mucha hambre.

La oscuridad cae sobre el anfiteatro como una embravecida ola de obsidiana. Los gritos resuenan por doquier al tiempo que humanos y lobos se dispersan, dos de los cuales flotan por los aires como si no pesaran nada. Se oye un terrible crujido seguido de un chapoteo justo cuando desaparecen, entre gritos, en las fauces de la bestia. La sangre negra salpica el suelo.

Se me ha acelerado tanto el pulso que creo que voy a desmayarme. No soy capaz de mantener a raya la fiebre que amenaza con asediarme. La repelo con todo lo que tengo, aunque su negrura supondría un alivio. No puedo rendirme. No puedo esperar que sean otros los que me salven.

Capto un destello de oscuridad a un lado y Blake me aparta de la trayectoria de la cola de esa *cosa*. Caemos al suelo con fuerza, sin que Blake haya dejado de rodearme con el brazo. Yo aprieto la boca para reprimir un alarido de dolor producto de que las heridas de mi espalda hayan quedado expuestas. Ataca de nuevo y se hace con hombres y lobos encapuchados, vivos o muertos, a los que engulle enteros.

—¡A las armas! —ruge James—. ¡Al próximo ataque, id a por los ojos y la boca! Matad a cualquier sureño que se interponga en vuestro camino.

Intento levantarme y Blake me ayuda a ponerme de rodillas. Él se agacha frente a mí y acuna mi rostro entre sus manos.

—Aurora, escúchame. Tienes que dejar de reprimir tus poderes. Eres la única que puede salvarnos. Si no lo haces, todos moriremos.

Niego con la cabeza.

—Yo no soy una loba.

Por el rabillo del ojo veo que Alexander se tambalea hacia delante, con la mirada clavada en mí y las sombras retorciéndose a su alrededor. Ryan está en el suelo, sangrando. Philip está de pie al lado de James, ambos ladrando órdenes desesperadas aquí y allá, organizando a los lobos, lo que no sirve para evitar que otros tres individuos se vean arrastrados hasta las fauces de la bestia. Claire

hunde su espada en un hombre encapuchado que se abalanza sobre ella y acto seguido se da la vuelta para encarar las sombras: sus ojos refulgen con fiereza, a pesar de lo mucho que la espada le tiembla en la mano. Ian está en el suelo, muerto.

—Tu lobo no, Aurora. —Sangre y vísceras salpican el suelo junto a nosotros. Unas gotas cálidas van a parar a mi mejilla y a su mano—. Tus poderes. Si no te transformaste la noche de luna llena fue por una razón. La misma por la que Ghealach brilló por ti la noche de la batalla contra Sebastian. La razón por la que el Àithne no funciona contigo y por la que Callum y, dioses, yo también hemos tenido problemas con nuestros lobos desde que llegaste. —Me sujeta con más ímpetu, enterrando los dedos en mi pelo—. Creo que tú también has empezado a sospecharlo. Lo notas. No es tu lobo lo que suprimes cuando la fiebre te acecha. Es un poder diferente. Los lobos lo interpretaron como algo literal: un corazón convertido en roca, fosilizado con el paso del tiempo. ¿Y si no es así?

Lo que dice no puede ser verdad. Sacudo la cabeza.

—Aunque estés en lo cierto, está muy dentro de mí, y llevo tanto tiempo conteniéndolo que no soy capaz de soltarlo.

—Cielo, tú y yo no soltamos nada. —Apoya su frente en la mía, con el lobo brillando en sus ojos—. Nos liberamos.

Se separa de mí y desenvaina la espada, que en una fracción de segundo se topa con la de Alexander. Se oye un sonido metálico cuando lanza hacia atrás al señor de las Tierras Fronterizas. Avanza hacia él con el eco de un gruñido en su pecho.

La bestia serpenteante se alza sobre nosotros y yo me tambaleo hacia atrás, apoyándome en las palmas de las manos mientras sus ojos de obsidiana me atraviesan. No siento dolor ni calor ni sangre. Estoy entumecida. Es como mirar a un abismo sin final. Su aroma me embiste sin piedad, antiguo, primigenio, y la ropa se me pega a la piel. Ríe. Es un sonido áspero que reverbera por todo mi cuerpo y me eriza la piel.

—Va a enfadarse mucho conmigo cuando se entere de lo que te he hecho —masculla—. Será nuestro secretito.

La oscuridad se cierne sobre mí y algo en mis adentros se alza para ir a su encuentro. Un grito se fragua en mi pecho. Mi piel está

pegajosa. Todo se me antoja lejano. La fiebre vuelve a por mí tan letal como la criatura ofídica que se aproxima a mí a toda velocidad, con las fauces abiertas y los colmillos chorreantes de sangre. Todos mis instintos se despiertan.

Blake tiene razón. He empezado a tener mis sospechas. He leído sus libros repletos de experimentos practicados con lobos y ni uno solo podía impedir la transformación ni mermar los efectos de la plata o del acónito. Me he preguntado qué pintaba yo en la prisión de Noche y qué es lo que quiere de mí. Proyecto mis pensamientos hacia el árbol genealógico con el que me topé en los aposentos de Blake y hacia la incógnita de a quiénes pertenecieron los nombres borrados arriba del todo. Lochlan creía que mi madre había enviado el Corazón de la Luna a las Tierras del Norte. Callum y Blake pensaban que era Sebastian el que lo tenía.

He meditado acerca de mi madre, acerca de la razón por la que decidió ocultarme la verdad. Me quería más que a nada. Yo era su corazón, me decía; su amor.

Cuando la fiebre se desliza por cada fibra de mi piel, no hago nada por remediarlo. No lo reprimo.

Cierro los ojos.

Exhalo un suspiro.

Por una vez, me desato.

60

Caigo en la oscuridad. La atravieso. Me engulle.

Se alza para recibirme.

Doy un respingo. Mi piel se vuelve de piedra. El sabor a cripta y moho se intensifica en mi paladar. No puedo moverme. No puedo respirar. Soy una estatua en los jardines de palacio, cubierta por el musgo como si fuera un vestido de terciopelo. Un grito se fragua en mi pecho, pero tengo los labios sellados.

La luna se oculta tras las nubes y unas velas presiden el camino hacia un laberinto hecho de setos. Los cortesanos deambulan aquí y allá, con sus trajes de seda lamiendo los adoquines. Algunos se detienen.

—Qué pieza tan magnífica —comenta uno.

—Casi parece que está viva —dice otra.

Y yo ya estoy harta. No soy una estatua que carezca de pensamientos, sentimientos o deseos propios. No estoy hecha de piedra. No existo como parte de la decoración, para que la gente se deleite con mi aspecto y lo comente como si no pudiera oírlos.

Mi sonrisa se deshace. El suelo se sacude. La piedra que me atrapa se agrieta y yo me la quito como si mudara de piel. Se convierte en polvo sobre mi piel desnuda. Permanezco en el pedestal. Alzo el mentón y un rayo de luz de luna me acaricia la cara. Los cortesanos a mi alrededor prorrumpen en gritos.

«Basta».

Vuelvo a caer.

Mis pies golpean las frías baldosas ajedrezadas, que crujen bajo mi peso. Me encuentro en la iglesia de la Luz y del Sol, solo que ahora la naturaleza se ha apoderado de ella. El altar de piedra que tengo

delante está enterrado en liquen y sobre el techo abovedado resplandece una luna creciente cuya tenue luz se derrama en el mosaico del sol.

Unas enredaderas brotan del suelo y se me enroscan en los tobillos. Surgen de las paredes y me sostienen los brazos en cruz. Otras me empujan por la espalda para obligarme a inclinar el cuerpo hacia delante. Reprimo un grito, presa de un fuerte sabor a sangre en la boca.

«Pero yo no he pecado», susurra una versión de mi voz entre un follaje de hojas agitadas.

«Tu madre era una pecadora —La voz del sumo sacerdote retumba por cada rincón de la iglesia—. Igual que tú. ¿Quieres enfurecer a la Diosa del Sol?».

¿Y qué hay de mi furia?

Durante muchos años, creí que me lo merecía. Creí que era una pecadora. Creí que me pegaban por mi culpa. Los hombres ejercían su poder sobre mí porque los hacía sentir superiores por lo inferior que era yo. Esa fue su elección, no la mía.

El látigo restalla y una carcajada oscura llena el lugar.

Alzo el mentón en un gesto desafiante.

Llevo los brazos hacia mí y las enredaderas caen a mis pies. Se desenrollan de mis tobillos, marchitas, descomponiéndose hasta no ser más que charcos de densa oscuridad. Al apretar el puño, noto la viscosidad de la sabia entre los dedos. Las baldosas se agrietan y se desmoronan a mi alrededor. Alzo la cabeza hacia la cúpula de cristal.

«Basta».

Vuelvo a caer.

Aterrizo. Se me estira la piel de los brazos. Estoy atravesada por cientos de ganchos que me perforan la carne para mantenerme erguida. Intento gritar, pero tengo la boca cosida. Ya he estado aquí antes, en la sala del trono del palacio. Una vez más, soy una marioneta controlada por una mano que no veo. El trono de oro de mi padre se alza imponente ante mí encima del estrado.

El titiritero invisible está usando la cruceta como de costumbre, por lo que yo empiezo a girar.

Pero no soy ningún títere. No soy un peón en un juego de reyes. No soy alguien que los demás deban controlar, que deba casarse con hombres crueles para beneficio de mi padre. Yo también puedo mover los hilos. Ahora los veo, hilos de poder que brillan igual que la luna. Salen de mi pecho.

Libero los brazos con un gesto que hace que los anzuelos me desgarren la piel, lo que tiñe de escarlata mi vestido blanco. Tiro de las cuerdas de mis piernas y mis pies. La música enmudece de pronto. La sangre gotea de mi cuerpo. Al alcanzar el suelo, aumenta y repta por la estancia.

Me fuerzo a abrir la boca cosida.

La cruceta de madera cae desde el techo. Los cortesanos gritan y se dispersan alentados por el impacto del objeto ante mí, contra un suelo que pasa a temblar antes de desmoronarse.

«Basta».

Caigo.

Aterrizo en un promontorio de hierba. La luna llena, reinante en el cielo despejado, tiñe de plata el lago que hay junto a una cabaña cercana. Hay dos figuras sentadas en la orilla: una mujer y una niña pequeña, de unos tres años, acurrucada a su lado. Ambas tienen una larga cabellera rojiza que casi roza el suelo a sus espaldas. Se me encoge el corazón. Me obligo a levantarme y a caminar hacia ellas. Sin poder evitarlo, echo a correr. La hierba me hace cosquillas en los pies descalzos; los dientes de león me besan los dedos.

—Madre —la llamo.

—Qué bonita está la luna, ¿a que sí, chiquitina? —dice ella, con lo que algo florece en mi pecho. Aunque duele, también es cálido.

Las lágrimas escapan de mis ojos. Me había olvidado de cómo sonaba su voz, de su cadencia musical, de ese deje de las Tierras Nevadas.

—Sí —respondo a la vez que la niña pequeña a su lado.

Se me agrieta el corazón, porque no es la versión adulta de mí misma a la que se dirige. No creo que pueda oírme. Intento caminar a su alrededor. Necesito verle la cara, pero el paisaje cambia y termina dándome la espalda de nuevo.

Mi madre suspira.

—Hay muchas cosas que tengo que contarte. Muchas cosas que necesitarás saber cuando seas mayor. No obstante, me estoy quedando sin tiempo. —Se reclina sobre las palmas de las manos, de manera que su cabello abraza la hierba. La versión pequeña de mí misma se arrebuja en su costado—. Espero que te acuerdes de esta época y que me recuerdes a mí con cariño.

La niña pequeña bosteza. Mi madre canturrea la misma melodía indeleble que yo le canté a Blake cuando necesitó consuelo. Mi yo niña empieza a roncar con suavidad.

—Las Tierras Nevadas estaban en guerra cuando me prometieron con tu padre. Un alfa conocido como el lobo Sombrío cosechó seguidores leales. Consagrado al Dios de la Noche, buscaba la llave de la prisión de Noche para liberar a su señor. Mi abuela, la alfa de nuestra manada, no podía arriesgarse a que me encontrara.

—¿Por qué? —susurro.

Ella baja la vista hasta la pequeñina durmiente a su lado, casi como si hubiera hablado.

—Lo llevamos en la sangre, pequeña. Transmitido de generación en generación por línea materna, más fuerte con cada nuevo vástago del árbol familiar.

»Mi abuela creía que la siguiente generación sería lo suficientemente poderosa como para, o bien liberar al Dios de la Noche, o bien vencerlo. Temía que el alfa me hiciera darle un hijo al que sacrificar para liberar a su amo. —Sacude la cabeza. Una oscuridad se apodera de mis venas—. Así que mi abuela hizo un trato con tu padre: él nos apoyaría en nuestra lucha contra el lobo Sombrío y ella le proporcionaría lobos que lo ayudaran en su guerra contra el reino de Rema. Yo, por mi parte, me convertiría en su esposa para asegurar así la alianza. Tu padre parecía amable cuando se reunió con ella para discutir los términos del acuerdo. Creyó que estaría a salvo. Como yo.

—Pero no.

Su aliento no es más que un susurro que se pierde en la brisa estival.

—No, no estaba a salvo. Tu padre… Al principio lo amaba. Yo era joven, apenas dieciocho años. Él me cubrió de afecto. Me enterró en regalos. Me convirtió en su reina. Era apuesto cuando lo conocí y yo me sentí la loba más afortunada de todas las Tierras Nevadas, porque había dejado atrás la guerra y lo había hecho en compañía de un hombre como él. —Casi oigo una sonrisa triste atrapada en el deje de su voz. El agua se ondula al abrazo de la luz de la luna. Ojalá se girara para mirarme—. Al principio, ingerí el acónito voluntariamente. Tan solo una pequeña dosis diaria. Me dijo que era por mi propio bien, para mantener al lobo a raya. Ninguno de mis súbditos podría amar a una reina con mi aflicción, me dijo. Los miembros de su consejo me asesinarían, nuestra gente me daría la espalda y él no podría estar conmigo… Tenía que mantener oculta esa faceta de mí en todo momento. Dijo que el lobo era una enfermedad y que el acónito era el medicamento capaz de mejorarme. Lo tomé por él. Intenté ser «mejor» por él. Huelga decir que era innecesario. Gracias a la sangre que corre por mis venas, no tengo por qué transformarme en las noches de luna llena.

Alza la cabeza en dirección a la luna, que resplandece cuan redonda es en el cielo nocturno.

—Necesitaba que pensara que la razón por la que se mantenía a raya era el medicamento, no el poder de mi linaje, por mucho que me perjudicara ingerirlo. Porque era consciente de que, si tenía una hija y el secreto se revelaba, el consejo del rey acabaría matándola por lo que ella representaría para los lobos. —Exhala un suspiro—. Cambió después de que Philip naciera, ya que por fin tenía su heredero. O tal vez siempre fue un monstruo y yo misma me puse una venda en los ojos. Quizá podría haberlo visto cuando me obligó a ocultar una parte de mí misma, o cuando me hacía sentir vergüenza de lo que era, o con las muecas de desagrado que ponía cuando yo tenía algún desliz… Tal vez siempre hubo maltrato.

»Cuando naciste tú, empezó a hacerme tomar dosis más abundantes del "medicamento". Me dijo que me apartaría de Philip y

de ti si no lo hacía. Puedo tolerarlo mejor que la mayoría, pero no soy inmune a sus efectos.

»Intenté escapar contigo y con Philip una vez. Me pilló. Y me castigó por ello. Esta… esta es la segunda y última vez que voy a intentar sacarte del reino.

La temperatura se desploma y una sombra se cruza frente a la luna. El agua del lago se agita y la voz de mi madre adopta un cariz más severo.

—Al amanecer del día siguiente, intenté mandarte lejos con una de mis damas de compañía. Le di instrucciones para que te llevara al puerto de los Acantilados Blancos y comprara un pasaje en un barco que se dirigiera a las Tierras Nevadas. Creí que allí estarías a salvo, pero los hombres de tu padre irrumpieron la víspera de la huida y nos hicieron volver. —Se me para el corazón. No está hablándole a la niña que duerme. Me está hablando a mí—. Me encerró en mis aposentos y me hizo tomar muchas más dosis de medicina como castigo. Me dijo que te mataría si no obedecía.

Mi aliento se convierte en niebla ante mis ojos y la tierna hierba se endurece bajo mis pies. Se oye un crujido ahora que el lago se ha congelado y la nieve cae del cielo. Sabía que la había matado, que me la había arrebatado, pero descubrir lo mucho que duraron sus abusos, que mi madre era consciente de que la estaba envenenando…, es insoportable.

—Así que me lo tomé. Me fui debilitando día tras día. Dejé que me matara porque tenía miedo. Miedo de él, miedo de que te hiciera daño. Y porque temía que descubriera la verdad.

Las lágrimas surcan mis mejillas, calientes en contraste con el aire frío. Tengo un nudo en la garganta.

—¿Qué verdad? —susurro.

—Ghealach no se arrancó el corazón para que el Lobo Primigenio tuviera acceso a su poder, sino que le envío a su hija para que la protegiera. El poder que buscan los lobos… nunca fue una piedra, una reliquia ni una herramienta que pueda ser utilizada. Empezó siendo una persona, y luego, un linaje. Descendemos de Ghealach y del Lobo Primigenio, pequeña. Tú eres el Corazón de la Luna.

Se me parte el corazón en un millar de pedazos irregulares. Aprieto los puños con tanta fuerza que las uñas se me clavan en las palmas de las manos. El hielo se derrite; la nieve deja de caer. Las sombras cambian y la luna envuelve el lago con su luz una vez más. La brisa estival despierta susurros en los verdes árboles. Le da un beso en la cabeza a la versión más pequeña de mí antes de recostarla en la hierba.

Mi madre se levanta y deja que su mirada se pierda en el agua.

—¿Qué hago ahora? —pregunto.

—Lo que quieras.

Despacio, se da la vuelta. Casi me estalla el corazón al verle la cara. Me había olvidado de lo azules que eran sus ojos y de lo delineados que estaban con kohl. Había perdido la cuenta de la cantidad de pecas que le recubrían la nariz. Descubro que mi memoria no conservaba la calidez de su sonrisa con precisión. Me había olvidado de que olía a lavanda, nieve y caballos. Y me había olvidado de cómo su fragancia me hacía sentir reconfortada y segura, como si nadie pudiera herirme nunca.

Estar frente a ella como adulta me permite apreciar cosas en las que ni siquiera reparé de niña. Comprendo que mi madre era una guerrera. No libró sus batallas en campo abierto, con espadas y escudos, pero aun así era una guerrera. Luchó cada día para protegernos a mi hermano y a mí, para mantenernos a salvo de un hombre que sí era capaz de hacernos daño.

—Primero —dice—, debes luchar.

—Te echo mucho de menos.

Me toca la mejilla. Sus manos, aunque callosas, resultan delicadas. Cálidas. Lo había olvidado.

—Estoy muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Una lágrima se desliza por mi mejilla. Su rostro empieza a desvanecerse. La calidez de su toque se diluye. Los sonidos del verano se vuelven lejanos. Me asalta una punzada de pánico.

—No te vayas —ruego—. No estoy lista. No te vayas.

—Harán que sientas que no tienes elección, pero siempre hay elección. —Sonríe y a mí me parece que su voz proviene de un universo lejano, ajeno a este—. Valor, pequeña.

Asciendo a toda velocidad. El viento me azota el rostro y la ropa. Cierro los ojos con fuerza. No puedo respirar. No siento nada.

Mis rodillas caen con fuerza sobre la tierra dura. Abro los ojos. El dolor me lacera la espalda; el sonido del combate retumba en mis tímpanos. Estoy en el anfiteatro, frente a una oleada de sombras que se ciernen sobre mí.

Me permito sentir la ira por la pérdida de mi madre, las emociones que me obligaron a reprimir, la pulsión salvaje que me educaron para mantener a raya. Me llena los pulmones y su fuerza invoca una vibración por todo mi cuerpo. Se desata en mi interior. Me presiona la piel. Me levanto.

«Basta».

Clavo los ojos en la oscura mirada de obsidiana.

Y en cuanto a ese grito que ha estado fraguándose en mi pecho toda mi vida…

Lo suelto.

No.

Lo libero.

61

Un grito se desata en mis pulmones.

Los fragmentos dentados de mi corazón cortan como el cristal y la criatura salvaje de mi interior saca las garras. El poder se enciende en mi alma. Lo saboreo: la noche, montañas vírgenes, bosques iluminados por la luna, todo mucho antes de que los primeros hombres empezaran a caminar por el mundo. Mi espalda se recompone sola y mis huesos se tragan cualquier atisbo de dolor. Me brilla la piel, resplandeciente y cegadora, fulgurante ante mis ojos.

Cuando la masa de oscuridad desciende, un rayo de luna nacido de mí se alza para recibirla. La criatura ofídica retrocede con un alarido espeluznante. Sus ojos parecen sangrar tinta al mirarme, como si no estuviera acostumbrada a ver nada más que la oscuridad, y, aun así, yo grito. Las sombras que abrigan su cuerpo se diluyen, revelando unas escamas de color obsidiana. En cuanto mi luz toca su piel, el chisporroteo de la carne quemada se hace patente.

La criatura se agita. Su cola se estampa contra las gradas. Múltiples escombros caen sobre mí, pero eso no interrumpe mi grito. Varios hilos de luz que brotan de mi cuerpo me conectan a los lobos y me siento atraída por lo que me parecen un sinfín de direcciones distintas. Es como en la noche de la luna llena: mi alma se está haciendo pedazos y yo no me resisto.

Se me disparan los sentidos. Saboreo el agua del mar y el ron. Jack. Capto un destello de pelaje negro junto a mí y, cuando salta a mi lado y se precipita contra el prisionero de Noche, distingo que es un lobo que gruñe y con unas garras afiladas como cuchillos. Me llega un olor a brezo cuando un hombre blande su espada contra Claire para, acto seguido, verse derribado por un lobo de color gris.

Un olor a batalla y a helechos me atraviesa; James se mueve a mi lado para arrancarle la cabeza a uno de los acólitos.

No puedo respirar. Susurros llenándome los oídos. Dedos aferrándome el cuerpo. Tiran de mí. Intentan hacerse con mi alma. Grito. Me llega el aroma de las montañas al amanecer y percibo la frescura en mi piel antes de que el pino y las sombras inunden mis pulmones hasta que no consigo respirar otra cosa. Ahí está Blake, peleando. El hilo que me conecta a él es más fuerte que los demás.

Echo atrás la cabeza y mi luz se intensifica. La serpiente sisea, se queja. Intenta retirarse a la fosa de la que ha salido. No se lo permitiré. Arde. Su cabeza se golpea contra el techo mientras la carne se le despega de los huesos. Profiere un alarido estremecedor que termina por convertirse en una ronca carcajada.

—Creyó que te salvaría, pero él se aproxima.

Unas escamas chamuscadas caen desde lo alto como si fueran copos de nieve. Se esparcen y cubren de ceniza la sangre y la destrucción. Sisean al tocar mi piel. Después se disuelven en las sombras. Mi grito muere con la bestia.

Silencio.

Cae cuan pesada es sobre el anfiteatro. El destello de mi piel es la única luz en la negrura. Formas oscuras cubren el suelo. La sangre negra resplandece. El aroma cobrizo de la muerte resulta abrumador.

Debería parecerme repugnante, pero todo se me antoja tan lejano… Es como si estuviera flotando con una canción antigua, muy antigua, sonando en mis oídos. Los lobos, cubiertos ahora de vísceras y ropa raída, han recuperado sus formas humanoides. Apenas queda ninguno.

James está de pie justo delante de mí, frente a la trampilla. Su pecho desnudo asciende y desciende de manera pronunciada. La sangre que le tiñe el rostro gotea desde su mandíbula. Mi luz baila en los tatuajes que le marcan los bíceps. Mi enemigo. El lobo que me mordió, que echó a perder la pequeña brizna de libertad que encontré.

Tiene los labios entreabiertos y los ojos llenos de estupor. Se deja caer de rodillas.

—*Cridche na Ghealach* —farfulla.

Los otros lobos lo imitan.

Blake está de pie cerca del trono. Sus poderosos hombros se agitan con profusión. La sangre riela en su pecho repleto de cicatrices y tiene el pelo oscuro pegado a la frente. Curva los labios en una lenta sonrisa que hace aparecer los hoyuelos de sus mejillas. Abre la boca.

Alexander aparece detrás de él y desliza un cuchillo por su garganta.

El tiempo se detiene. Los ojos de Blake, anclados en los míos, se abren más. Por un instante, pienso que está bien. Y entonces la sangre brota de la fina línea que acaban de trazar en su cuello.

La adrenalina se adueña de todo mi ser. Las pulsaciones enloquecen en mis tímpanos. No oigo el grito de Arran al cargar contra Alexander y apartarlo de Blake antes de decapitarlo. Apenas me percato de que Jack corre hacia delante para acoger a Blake entre sus brazos y caer de rodillas junto a él, ni de que más acólitos se precipitan sobre los lobos restantes.

El vínculo entre Blake y yo se tensa como nunca. Tengo la impresión de que me están sacando el alma del cuerpo. Lo veo entre nosotros, tembloroso. Lo sigo. Caigo con fuerza de rodillas junto a Jack, que tapa la herida de Blake con ambas manos.

—Te podrás bien —dice, aunque es evidente que no se lo cree—. Te pondrás bien. Nos hemos visto en situaciones peores.

La sangre borbotea en la boca de Blake. Tiene la tez mortalmente pálida. Intenta hablar.

Su dolor me atenaza la garganta y me entrecorta la respiración. Niego con la cabeza. Me inclino hacia delante para tocarle la mejilla. Está frío. Helado. Sus párpados aletean.

Hubo un tiempo en que anhelé algo así. Quería vencerlo. He pasado semanas en busca de respuestas que me permitieran ponerle fin a nuestra conexión. Quería romper el vínculo. El poder para hacerlo crepita en mis venas. Lo siento. Podría cogerlo con la mano y partirlo. Si no lo hago ya, me arrastrará con él.

Él intenta tocarme, pero su mano cae lánguida al costado. Su cuerpo sufre un espasmo.

La emoción me atraviesa, cruda y primaria. He pasado tanto tiempo impidiéndome sentir las cosas que no creía que debía sentir… Y este era el sentimiento más prohibido de todos. Me ahoga y el aroma de su sangre en el aire solo lo hace peor.

Tengo que dejarlo marchar.

No puedo dejarlo marchar.

Él me salvó una vez. No sé cómo lo hizo, cuáles fueron las palabras que susurró en la oscuridad, pero siento el vínculo. La vida se me escapa; me tiemblan las extremidades. Mi respiración resulta tan trabajosa como la suya. Cierro los ojos.

—*Por favor…* —musita.

Y lo siento. Quiere que rompa el vínculo. Apoyo mi frente en la suya.

Oscuridad.

Caemos en un océano de sombras. Me llega el sonido de los bisturíes acompañado de gritos. Me pego a Blake y presiono la cabeza contra su pecho, pero sus brazos están flácidos y fríos. Vislumbro una habitación oscura, una celda iluminada por unas velas que huele a cítricos y en la que hay multitud de libros, una cámara de tortura con mesas de trabajo que crujen por el peso de las herramientas y los tarros. Atravesamos el techo de una pequeña habitación iluminada por el fuego del hogar. Una mujer sostiene a un conejo mientras un niño pequeño llora.

Me recibe un chapoteo en cuanto mi cuerpo impacta contra el suelo. Me estoy hundiendo en el fango. La lluvia me golpea la espalda y el aire sabe a rayos. Un trueno parte el cielo. Estoy sola.

No estoy lejos de un pequeño pueblo, en las afueras. Las pequeñas casas hechas de piedra flanquean la carretera. Las luces titilan al otro lado de las ventanas. No veo a Blake por ninguna parte, pero algo me oprime el pecho y me doy la vuelta.

Un relámpago surca el cielo, iluminando un pozo a lo lejos, al que me une un hilo de luz que chisporrotea bajo la lluvia y las sombras.

Me pongo el brazo delante de la cara para protegerme del aguacero, que cae tan deprisa que parece que me está cortando la

piel.

Se oye otro trueno y el suelo se sacude bajo mis pies. Es como un lodazal que amenaza con engullirme entera con cada paso que doy.

Camino. El viento se precipita con tanto ímpetu sobre mí que consigue que el pelo me azote la cara. Intenta ralentizarme, pero yo me resisto. Me aferro a los márgenes pétreos del pozo, resbaladizos por culpa del musgo. Un niño con el cabello negro como la tinta está encogido en la oscuridad, medio sumergido en el agua, cuyo nivel no deja de aumentar.

Está llorando.

—¡Blake! —Mi voz resuena como un eco antes de que la engulla la oscuridad.

El muchacho alza la vista.

Su imagen parpadea y pasa a ser el hombre que me engañó, manipuló, embaucó y salvó. Su piel está blanca. Respira con dificultad. Tiene el pecho y el abdomen al descubierto. El lobo resplandece en sus ojos. Aprieta los dientes ante el restallido de otro relámpago que inunda el pozo.

—¿Aurora?

El agua se drena y el fondo se hunde bajo sus pies. Él jadea y se agarra a los lados, introduciendo los dedos en las grietas que hay entre las piedras. Sus bíceps se tensan. Suelta un gruñido al deslizarse un poco hacia abajo. El vínculo que nos une se agita y me incita a caer. Titila. Apenas es una cuerda deshilachada entre los dos.

—¡Rómpelo! —vocifera.

El retumbar de un trueno le provoca un estremecimiento que hace que caiga unos metros más. Yo grito con el abdomen completamente pegado al borde del pozo. Sujeto el vínculo entre nosotros con unos dedos entumecidos. Tiembla y se desgarra un poco más.

—¡Rómpelo! —Su voz se propaga con fuerza—. ¡Tienes el poder! ¡Siempre lo has tenido!

—No.

—¡No seas obstinada, Aurora! —La lluvia le baña el rostro, los labios—. Te arrastrará conmigo.

Pienso en cada sueño en el que él se adentró, con esa cara de suficiencia, mientras me animaba a luchar. Es un hipócrita, condescendiente y terco.

—¡Ni siquiera lo estás intentando! —grito. Le tiembla la garganta. El hilo de nuestro vínculo se difumina ante su rostro. Blake detiene las pupilas en él. Presiento lo que va a hacer. Me invade el más absoluto terror—. Ni se te ocurra. —Sujeto el vínculo con más fuerza y aprieto los dientes—. Tú y yo no soltamos nada, Blake.

Su respiración es tan pesada como la mía. Se está preparando para algo, pero no sé el qué. Ya no me llegan sus emociones.

—Te arrepentirás de esto, pequeña liebre.

—Es un error que tengo derecho a cometer.

—¡No seas tan cabezota!

—¡Ni tú tan víbora! ¡Ponte a escalar!

Poco a poco, entre gruñidos, empieza a ascender. Yo me inclino sobre el pozo para estirar los brazos todo lo que me lo permite mi anatomía. Él intenta cogerme. Se está resbalando, pero, con un rugido y un impulso, consigue aferrarse a mis dedos. Tiene la mano fría y húmeda. Con un grito, le agarro la muñeca y tiro con todas mis fuerzas, pero es un peso muerto, así que aferro en su lugar el hilo deshilachado. Vuelco toda mi angustia en él, que se remienda y se fortalece bajo mi tacto. Él me coge de la parte superior del brazo y yo lo engancho por las axilas. Rujo y me echo hacia atrás.

Nos caemos al suelo, separados ya del pozo. El cuerpo de Blake me hunde en el fango. No consigo recuperar el aliento. El paisaje se disuelve.

Ascendemos hacia lo alto. Le rodeo la espalda con los brazos y él entierra el rostro en mi cuello. Atravesamos la habitación de la mujer y el conejo, la cámara de tortura, la celda y la oscuridad.

Y volvemos al anfiteatro.

Estoy encima de Blake. Hay gente a nuestro alrededor, pero todo se diluye.

Él abre los ojos. Una lágrima se desliza por mi mejilla. Por una vez, tiene aspecto de no saber qué decir. Me rodea el cuello con los brazos y me atrae hacia su pecho.

—Gracias —susurra.

Aunque no debería sentirme segura, lo cierto es que me transmite calor y firmeza. Me derrito entre sus brazos. Me sostiene con fuerza y yo hundo la nariz en su hombro. Todo lo sucedido cae sobre mí sin ningún tipo de consideración. Me fallan las fuerzas, mis huesos se vuelven líquidos. Todo se evapora.

No sé si ha transcurrido un minuto o una hora cuando me recogen del suelo y me apoyan contra un pecho rígido. Me envuelve una fragancia a pino que inunda mis sentidos mientras me llevan, no sé a dónde. No me quedan las fuerzas suficientes como para que me importe.

Está vivo.

Oigo la voz áspera de James en la distancia.

—Así que ella es el Corazón de la Luna.

—Eso parece. —El aliento de Blake me acaricia la frente.

—¿Por qué tú? —inquiere James—. De todos los lobos del reino, ¿por qué ibas a ser tú su pareja?

—No lo sé.

Pero sí lo sabe. Blake sabe por qué. Lo siento con una certeza que me oprime el pecho. Intento ampararme en ella, pero, una vez más, todo se diluye a mi alrededor.

62

Estoy sobre algo mullido. La fragancia a pino que impregna el aire se mezcla con el humo de leña. El viento ruge, pero no lo siento en mi piel. Me da la sensación de que me he vuelto líquida; los párpados me pesan tanto que parece imposible abrirlos. Con mucho esfuerzo, lo hago.

Me encuentro en la cama de una pequeña habitación. El fuego que crepita en la chimenea proyecta su luz sobre las paredes de piedra oscura y la fina alfombra que hay delante. Espero a que el dolor me asedie los asentidos, pero no llega dolor alguno.

—Hola, hermanita. —Philip está sentado en una silla de madera junto a la cama, con sus largas piernas estiradas ante él. Su rojo cabello cobrizo está de punta y su piel hace gala de una palidez que resalta sus pecas más de lo habitual. La última vez que lo vi estaba sangrando, gritando órdenes a los lobos mientras esa especie de serpiente se alzaba ante ellos. Había sangre por todas partes. Y Blake…

Inspiro, temblorosa, y luego suelto el aire.

—¿Dónde está…? —Trago saliva. Qué raro que sienta decepción por la ausencia de Blake, que la primera pregunta que quiera hacer sea sobre su paradero—. ¿Dónde está todo el mundo?

Philip esboza una sonrisa.

—Está ocupándose de los prisioneros.

Con el ceño fruncido, me yergo hasta estar sentada.

—¿Prisioneros? —Tengo la garganta seca, así que Philip me acerca el vaso de agua que descansa sobre la mesilla de noche. La luz de las velas danza en la superficie. Lo cojo y doy un par de sorbos ávidos.

—Blake hizo que acorralaran a los lobos supervivientes. Los ha encerrado en las mazmorras de la Fortaleza Gris.

—¿Por qué? ¿No han sufrido ya bastante?

Él se reclina en su silla con un movimiento que la hace crujir. Normalmente, a Philip le gusta ir a la moda, vestir lo más sofisticado, por eso resulta extraño verlo con una camisa negra demasiado ancha para su complexión. Cae con holgura sobre su delicada figura. Un par de remolinos de tinta reptan por encima del cuello desabrochado.

—No quedaban tantos —responde—. Les ha dado a elegir: o lo aceptan como su alfa, para poder ordenarles que no digan nada acerca de ti, o los mata. —Sacude la cabeza—. La Sangre de la Luna. Recuérdame que nunca vuelva a contrariarte, hermanita.

Yo me enderezo.

—¿Qué hay de Ryan?

—Está bien. Ha intentado venir a verte hace un rato, pero Blake está un poco… sobreprotector contigo. Has estado veinticuatro horas inconsciente. Acaba de irse justo ahora.

—¿Él está… bien?

—Sí. Tu pareja —dice, y yo hago una mueca y él acentúa su sonrisa— está bien.

Dejo el vaso de agua y entonces la manga de la camisa me engulle la mano. Es negra, holgada y huele a bosque, a cuentos de hadas. La camisa de Blake. Debe de haberme quitado los trapos sangrientos que llevaba cuando salimos del anfiteatro.

El restallido del látigo y el sonido de mi piel al desgarrarse reverberan en mi memoria. Cierro los ojos y respiro hondo. El olor de Blake me acoge en su abrazo y yo dejo escapar el aliento.

—¿Aquí estamos a salvo? —pregunto.

—De momento, eso parece. El ejército de Alexander está bastante entretenido con el de Callum.

Philip cambia de postura. Hay un macuto de cuero a sus pies.

—¿Vas a alguna parte? —inquiero.

Él echa un vistazo a la puerta y luego baja la voz.

—Sí. Y quiero que vengas conmigo. Deberíamos mantener el plan original. Acompáñame a las Tierras Nevadas. Comprendo que es posible que las cosas hayan cambiado entre Blake y tú, pero hay algo en él que no me cuadra. No me inspira confianza. Los lobos te

van a hacer polvo en cuanto se enteren de lo que eres, y la Diosa no quiera que padre llegue a descubrirlo…

—No puedo ir contigo. Tengo que hacer una cosa.

Él me sostiene la mirada, con ojos escrutadores, antes de inclinar la cabeza.

—Vale.

—La vi, Philip. Vi a madre.

Él arquea las cejas. Acto seguido, compone una expresión apenada.

—Madre está muerta, hermanita.

—Soy consciente —replico—. Es solo que… No sé. Quizá fuera solo un sueño, o un recuerdo reprimido, o mi mente intentando dotar de sentido a todas las cosas que vi cuando era pequeña…, pero sé que lo que me dijo es cierto. Padre le hizo daño. La mató, Philip.

Él asiente y una suerte de velo avergonzado le cubre el semblante.

—Eso pensaba.

Me muerdo el labio inferior.

—¿Querrías…? ¿Querrías ayudarme?

—Debería. Ojalá pudiera. Pero yo también tengo que ocuparme antes de una cosa. No he sido del todo sincero contigo, hermana. La razón por la que me pilló por sorpresa que Alexander pudiera mandar sobre mí fue que a mí me reclamó otro alfa en las Tierras del Norte.

—¿Ingrid?

—No. —Esboza una sonrisa melancólica—. Un alfa llamado Fenrir.

Arrugo el entrecejo al identificar el nombre.

—Es el lobo que Alexander dijo que estaba en la prisión con Blake y los otros.

Philip asiente.

—Si tanto Alexander como Blake veneran al Dios de la Noche… —digo.

—Fenrir también. Nunca fingió otra cosa. Era aterrador y yo cometí muchas atrocidades en su nombre. Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas… —Sacude la cabeza—. Creí que estaba muerto. No caí en la cuenta de que mi lealtad recalaría en Alexander cuando

él no estuviera. —Su expresión se oscurece y, por un momento, vislumbro el aspecto que mi hermano, el heredero al trono, tendría si de verdad le importara gobernar—. El tema es que, cuando Alexander murió, algo se quebró para volver a recomponerse. Volví a sentirlo. A Fenrir. Creo… creo que ha vuelto. Y, si ha vuelto, Ingrid me necesita.

—Porque la amas —digo. Philip se muerde el interior de la mejilla. Al ver que no contesta, trazo una tenue sonrisa—. Ve a su lado. Tengo el presentimiento de que necesitaremos aliarnos con ella en los próximos meses.

Philip asiente. Un silencio incómodo flota entre nosotros antes de que él me envuelva en un abrazo. Nunca antes nos habíamos abrazado, así que no tengo muy claro qué hacer con mis miembros. Por la tensión de sus brazos, diría que él tampoco.

—No sé si deberíamos repetirlo —comenta, y sus palabras se pierden en mi pelo.

Yo me aparto, con las comisuras de los labios elevadas a pesar de todo lo ocurrido.

—Ni yo. Quizá se nos vaya dando mejor con el tiempo.

Él sonríe y se pone de pie.

—Cuídate.

—Y tú.

Camina hasta la puerta.

—Buena suerte, hermana. Intenta que no te maten en mi ausencia. —Me guiña el ojo antes de desaparecer por el pasillo. Me pregunto si volveré a verlo. Pensar en ello me pone sorprendentemente triste, teniendo en cuenta nuestro pasado.

Así que me quedo sola en la pequeña habitación, con la única compañía del sonido del mar al romper contra las rocas en un nivel inferior al que me encuentro y de las sombras que danzan en las paredes de piedra. Cada vez que la ventana vibra, me estremezco, asaltada por el recuerdo del látigo, y de Alexander, y de la serpiente hecha de oscuridad que se cernió sobre mí.

Ahora mismo lo último que deseo es quedarme a solas con mis pensamientos.

Lo siento. A Blake. De algún modo, el hilo que nos une me resulta más sólido, fuerte. Creo que, si lo sigo, me llevará hasta él.

«Quítale las manos de encima a mi pareja».

Salgo de la cama. Me tiemblan un poco las piernas y un cosquilleo trepa por mi espalda, pero, aparte de eso, estoy bastante bien, dado lo sucedido. Al pasar la mano por la parte trasera de la camisa, aprecio el relieve de una de mis viejas cicatrices a la altura de los omóplatos, pero no detecto heridas recientes.

Tengo las piernas desnudas. Hay unos pantalones doblados en el extremo de la cama. Blake debe de haberlos dejado ahí para mí. Me los pongo junto a un par de botas que había apoyadas en la pared y salgo por la puerta.

Las antorchas del pasillo no están encendidas y tampoco hay ventanas. La densidad de la oscuridad recubre cada centímetro de mi piel y, aun así, consigo atisbar la escalera y sus robustos pasamanos negros al final del pasillo. Creo que es mi visión lobuna. Me parece que, por fin, se ha roto la jaula que mantenía prisionera esa pulsión salvaje.

Me dirijo a las escaleras y desciendo por ellas. El recibidor tiene aspecto de haber conocido días mejores —magníficos, incluso—, con su inmensidad, su puerta de hierro arqueada y la lámpara de araña que se mece con suavidad en el techo. Mis pasos resuenan por cada rincón cuando lo atravieso.

El agua cae a chorros a izquierda y derecha, empapando las paredes, a cuyos pies, sobre los azulejos negros, se forman charcos nada desdeñables. El olor marino es intenso, proveniente quizá de las algas ennegrecidas que recubren casi por completo un ancla fijada en la pared, sobre la puerta.

Hace un frío lacerante pero las bajas temperaturas no me incomodan tanto como de costumbre. Tengo la sensación de que, si tuerzo a la izquierda, daré con Blake en los calabozos. Pero algo me incita a tomar la dirección opuesta, hacia la puerta.

La abro con una sinfonía de crujidos y me sumerjo en la noche. Me encuentro en un patio desolado, rodeado de muros altos y fortificados. Llueve a cántaros, por lo que la ropa se me pega de

inmediato al cuerpo. Disfruto de la sensación del agua al resbalar por mi cara. Es un recordatorio de que estoy viva.

Atravieso unas imponentes puertas de hierro y llego hasta un acantilado en el que hay trazado un camino que conduce hasta abajo. Más allá no hay nada más que la ferocidad del océano.

No es hasta que bajo la vista que comprendo por qué he venido hasta aquí, qué era lo que tenía que ver. Hay un edificio circular de piedra en una pequeña península. Uno de sus muros se está desmoronando. Es el anfiteatro. El lugar en el que creí que moriría. El lugar en el que, por fin, me atreví a desatarme y decidí pelear.

Una parte de mí ansía andar camino abajo, avanzar por entre las rocas y asegurarme de que tanto la serpiente como los hombres encapuchados y Alexander se han ido de verdad. Al mirar, sin embargo, me apercibo de una densa humareda, más oscura que la noche, que se desprende del tejado. Una ráfaga de viento trae consigo el olor a fuego y carne rancia al quemarse.

—¡Bah, que te den, James! —dice una voz femenina transportada por el viento junto con el sonido de las botas sobre la piedra húmeda. Me giro hacia el sendero—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Debería darte las gracias por venir a morir conmigo?

—Así es. Sería un comienzo, maldita desagra… —El rugido del viento se ha tragado el insulto que James le ha dedicado a Claire—. Te he salvado la vida.

—Sí, eso hacías mientras estabas encadenado y de rodillas, ¿no? Fue Aurora la que me salvó la vida, majadero. Tú te obcecaste con tus mierdas, como de costumbre.

—Conque sí, ¿eh? Bueno, pues *tú* sí me salvaste la vida a mí, Claire. Ese acólito iba a cortarme la cabeza, ¿te acuerdas? ¿Qué? ¿Asustada ante la posibilidad de perderme?

—Por favor, estaba cargándome a un sureño, no tenía nada que ver contigo.

James ríe.

—Di que sí, convéncete de lo que quieras, muchacha. Tú…

Alcanza los márgenes del acantilado, a unos seis metros de mí. Vuelve el rostro de forma abrupta en mi dirección. Lleva una camisa negra y empapada que se le pega a la musculatura, y tiene el *kilt*

manchado de sangre. La llama de la antorcha que sujeta en la mano lucha por mantenerse encendida en la intemperie. Una capa de mugre y ceniza reviste su rostro, y yo arrugo la nariz ante el olor a muerte que desprende.

Instantes después, Claire sube junto a él, con la respiración un tanto agitada.

—¿Te vas a quitar de en medio o qué? —Le golpea el hombro con el suyo—. ¿No había un sitio peor en el que parar…?

Enmudece nada más seguir la mirada de James. El cabello se le pega a las mejillas, ya que está tan sucia como él. También sujeta una antorcha moribunda en una mano. Inclina la cabeza hacia mí antes de enfilar las puertas de hierro a mis espaldas.

—Bueno, hasta aquí. Voy a ver si ese bastardo sureño guarda algún whisky decente en este insufrible castillo, aunque lo dudo bastante.

—De acuerdo. Iré en un minuto —dice James sin apartar los ojos de mí.

—No te estaba invitando —replica Claire, desapareciendo en el patio.

James sacude la cabeza mientras se me acerca.

Yo me yergo. No soy capaz de discernir si representa una amenaza o no. Es mi enemigo, pero el recuerdo de cómo se arrodilló ante mí relampaguea en mi mente. Ahora no me mira con deferencia, sino con una suerte de irónica diversión en los ojos.

—Mira quién ha despertado. Me sorprende que estés aquí sola —comenta. Se detiene a mi lado y señala el anfiteatro frente a nosotros con un asentimiento—. Lo hemos quemado. Blake insistió. Siempre ha tenido problemas con su lobo, y lo que fuera que le hiciste allí… En fin, ha estado insoportable desde entonces. ¿Mi hermano te habló alguna vez de la vigilancia de bienes?

«Los lobos celan aquello que es valioso para ellos». Fue Blake el que me lo dijo.

—¿Qué quieres, James?

Con una risita apagada, se pasa una mano por la barba incipiente.

—Nada del otro mundo, te lo aseguro. Lo mismo que quería cuando estaba ahí abajo, en las perreras. Estar a resguardo del frío,

borracho y bien follado. No tienes nada que temer conmigo, muchacha. Puede que seamos enemigos, pero tienes la sangre de mi diosa corriendo por tus venas. No te haré daño. Si mi gente descubre quién eres… —Sacude la cabeza. Unos mechones de cabello castaño se le pegan a las mejillas—. Mi reino se volverá loco intentando ponerte la mano encima. Mantendré la boca cerrada. Tienes mi palabra.

Parte de la tensión de mi interior se disipa. Puede que James no sea tan honorable como Callum, pero le creo. Intentó ayudarme en el anfiteatro, antes incluso de saber quién era en realidad. Tengo la impresión de que hay bondad en él, muy en el fondo.

James se encoge de hombros.

—Sé que la idea de casarte conmigo te parece aborrecible…

—Casi todo de ti me parece aborrecible.

—¿Casi? ¿Te estoy ablandando, princesa?

—No. No vas a volver a proponer que nos casemos, ¿verdad?

Él pone los ojos en blanco.

—Ese barco zarpó hace mucho. Eres muy hermosa, correcto, pero antes solo te lo pedí como una afrenta hacia las Tierras del Sur y porque sabía que Blake tramaba algo. Deberías estar en el norte, con los lobos. Con mi hermano. Su honor no le permitirá desposar a la pareja de otro lobo, pero, aun así, una alianza matrimonial con Callum sería una jugada sensata. Odio decirlo, pero, con tanta historia con el Dios de la Noche últimamente, creo que se avecina algo peor. Puede que debamos unir los reinos para enfrentarnos a esa amenaza.

—No —digo.

James enarca una ceja.

—No seas terca. Sé que las cosas entre vosotros se han complicado, pero…

—Para que nuestros reinos se unieran a través del matrimonio, mi padre tendría que dar su visto bueno. Él es quien reina, no yo. —Sacudo la cabeza—. Aunque estuviera dispuesto a aliarse con el pueblo al que ha estado oprimiendo y aniquilando, aunque pudiéramos persuadir a Callum de que aunara esfuerzos con un monstruo, yo no seré una herramienta política para los lobos. —

Tengo la columna vertebral inmóvil, presa del agarre de mi pulsión salvaje. No sé por qué le estoy diciendo esto precisamente a James y no a otro, pero creo que lo entenderá—. Mi padre ya ha gobernado suficiente —digo por encima del rugido del oleaje—. No es apto para ser rey. Philip no tiene aspiraciones al trono y, como se ha ido a las Tierras Nevadas, solo queda una persona que pueda heredar la corona. Con mi padre fuera de juego, el trono recalará en mí. Quizá sí tengamos que unir los reinos, pero no acudiré a Callum como la princesa de nada, sin poder ni influencia, a pedirle una alianza. No. Acudiré a él como su igual. En calidad de reina.

Los ojos de James relucen en la penumbra.

—Tenía pensado ir a Highfell para retar al nuevo alfa, sea quien sea, pero, si necesitas ayuda para matar sureños, creo que hace tiempo que le debo una visita a tu padre.

Lo observo. Puede ser despiadado, con esos enormes y poderosos músculos, y tiene la experiencia del gobierno. Conmigo, también podría transformarse a voluntad. No me cae bien, pero podría serme útil. No es que me sobren los aliados, así que quizá tenga que conformarme con enemigos con los que comparta metas.

—Es posible.

Él suelta una risa.

—Sí que te estoy ablandando.

Yo abro la boca para replicar.

—¡Eh! ¡Gracias por esperar! —vocifera Ryan mientras asciende por el empinado sendero rocoso en nuestra dirección, con el pelo cobrizo aplastado en la cabeza. Una sonrisa ilumina su rostro en cuanto me ve—. ¡Princesa! ¿Qué tal…?

Su semblante palidece. Al mismo tiempo, el aroma aterciopelado de los bosques inunda mis sentidos y ese hilo enrollado en torno a mi alma se tensa. Con la testa gacha, Ryan se apresura entre James y yo en dirección a la Fortaleza Gris. James niega con la cabeza. Hay una sombra de diversión en el rictus de sus labios.

Me doy la vuelta. Blake está de pie entre nosotros y las puertas de hierro de la fortaleza. La lluvia le empapa la camisa negra, que se le pega al cuerpo, y el viento le agita el pelo. Sus ojos se topan con los míos y el hilo que nos une vibra. Caigo y me paralizo a la vez.

Camina hacia nosotros con las manos en los bolsillos.

—Excelente plan, pequeña liebre —dice, y comprendo que ha estado oyendo nuestra conversación. Un hoyuelo se conjura en su mejilla—. ¿Te gustaría que te echara una mano?

63

Me quedo sin habla.

Al ver a Blake ahí de pie, en el acantilado, con las olas rompiendo más abajo, entiendo en parte que Ryan haya sentido la necesidad de agachar la cabeza y salir corriendo. Emana una dominancia en la que no había reparado hasta ahora. Quizá se haya fortalecido el vínculo entre los dos y ahora sea más consciente de él que antes. O tal vez lo que sea que comparta con el resto de los lobos me permita percibir su lado animal. Me da la impresión de que es… peligroso.

O a lo mejor se trata de lo quieto que está bajo la intemperie, o de la tensión de sus hombros, contrarrestada por su característico hoyuelo en la mejilla. Un reguero de sangre que le surca el rostro se mezcla con la lluvia, rueda por su pómulo y cae por su barbilla.

James sonríe. Mucho. Coge a Blake por el hombro y se vuelve hacia mí.

—¿Ves esto? Hombros rígidos, bíceps en tensión, mandíbula apretada. —Señala el rostro de Blake—. Típicos signos de vigilancia. Si yo ahora te tocara, aunque fuera un pelo, princesa, lo más probable es que intentara matarme.

Blake le dedica una peligrosa sonrisa.

—Como vuelvas a tocarme a *mí*, te arrancaré el brazo y te lo meteré por el culo.

James suelta una carcajada y le da unos toquecitos suaves en la mandíbula.

—Aterrador. —Empieza a alejarse hacia las puertas de hierro de la fortaleza. Blake se gira y le patea con suavidad la parte trasera de la rodilla, lo que provoca que trastabille—. ¡Eh! ¡Cabrón!

—Capullo —murmura Blake con la comisura de los labios elevada mientras se vuelve hacia mí.

Comprendo que, aunque Blake y James estarían encantados de matarse el uno al otro, aquel formó parte del círculo cercano de alfas de este durante dos o tres años. James conocía a Blake lo suficiente como para identificar la verdadera naturaleza del vínculo antes incluso que Callum. Quizá hasta sean amigos, a su manera.

Cuando las puertas se cierran y las pisadas de James quedan ahogadas por los azotes de la lluvia contra tierra y mar, se me retuerce el estómago. Blake y yo estamos solos por primera vez desde que irrumpí en sus aposentos y a él lo detuvieron los hombres de Lochlan. Se supone que somos enemigos, que remamos en contra del otro, pero él me salvó la vida y yo se la salvé a él.

Se frota la nuca. Ha encapsulado sus emociones para que no acceda a ellas, pero creo que se siente tan raro e incómodo como yo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta al fin.

—Eh…, bien. Gracias. ¿Y tú?

Él suelta una débil risa y sacude la cabeza.

—Estoy bien, pequeña liebre.

Suspira y a mí se me tensan los músculos. Estoy segura, por lo empapada que estoy y lo mucho que tiemblo, de que me va a decir que vuelva adentro, que debería estar descansando. No quiero volver a la cama, todavía no. No quiero quedarme a solas con mis pensamientos. No quiero arriesgarme a tener las pesadillas que estoy segura de que tendré.

Él camina hasta una roca en el límite del precipicio y se sienta en ella de cara al océano. Yo dejo escapar el aliento. Me acerco hasta una segunda roca a unos palmos de la suya y me siento. Mis pies cuelgan en el vacío.

A lo lejos, el humo negro ha consumido el anfiteatro casi por completo.

—James dice que insististe en quemarlo —digo—. ¿Por qué?

—Son los cuerpos lo que quería quemar. Los acólitos llevaban la marca del Dios de la Noche, lo que significa que le entregaron sus almas. He oído historias que dicen que algunos de sus prisioneros son tan fuertes que pueden tomar posesión de los muertos. Me hizo pensar en Kai en Madadh-allaidh, en cómo le cambiaron los ojos.

—¿Crees que estaba poseído?

Se encoge de hombros.

—No lo sé, pero ellos conocen tu verdad. No quería arriesgarme. —Gira la cabeza para mirarme—. Lo que hiciste ahí… Estuviste magnífica.

—Eh… —Se me hiela la sangre.

Blake arruga el entrecejo.

—¿Qué pasa?

—Me sentí… poderosa, en cierto momento. Pero después… —digo, negando con la cabeza— quise huir de mi destino. Quise sentir que era algo más que el títere de otra persona. Quería dejar de ser un objeto. Se librarán guerras por mí, ¿no? Intentarán matarme. No por lo que soy, sino por cómo podría usarme la gente. Soy un arma.

—No, cielo. —Su voz aterciopelada se impone por encima del rugido del viento—. No eres un arma. Eres un puto huracán.

Hay tanta intensidad en su mirada que me veo obligada a apartar la mía y observar el turbulento oleaje.

—Alexander te llamó hermano —apunto.

—No somos parientes, pero sí hermanos, de algún modo. Igual que Jack y Arran son mis hermanos también. Algunos vínculos los forja la sangre. Otros, la luz, el amor y la esperanza. Y otros… los forja la oscuridad.

—¿Dónde están Jack y Arran?

—Arran ha vuelto a Lowfell a ver cómo están las cosas. Jack se está asegurando de que la Fortaleza Gris esté a salvo. Volverán.

Inspiro profundamente, deleitándome en la fragancia marina del aire.

—Estoy lista para hablar de ello.

Un largo silencio se instala entre nosotros. Él junta las manos entre los muslos.

—Vale. ¿Qué quieres saber?

—La verdad. ¿Cuándo…? ¿Cuándo te enteraste… de esto? —Me toco el pecho, incapaz de decirlo en voz alta.

—No estoy seguro. Al principio, creí que solo quería jugar contigo, pero cuanto más tiempo pasabas cerca… Ya te comenté que me pareció que me eras familiar cuando nos conocimos, a pesar de no

haber coincidido nunca. Arran estuvo apresado conmigo bajo palacio. Igual que su pareja.

—Fara —digo en voz baja.

Asiente.

—Nuestro captor experimentó con ellos y lo registró en las páginas del libro que cogiste de mis aposentos. En esa época aprendí más sobre el vínculo de pareja de lo que me habría gustado. Es la razón por la que saqué el libro de mi antigua habitación poco después de que llegaras a las Tierras del Norte. Empezaba a sospechar algo, aunque no lo sabía con certeza. Al menos no hasta que te fui a ver al calabozo y enrollaste tus piernas en mi cintura. —Recuerdo el momento: me dio la impresión de que quería besarme y de que estaba disgustado consigo mismo por ello. Blake suspira—. Así que, esa noche, cuando te estabas muriendo, yo sabía que podía compartir mi fuerza vital contigo, porque Arran y Fara lo habían hecho en múltiples ocasiones. —Sacude la cabeza—. Crees que te la jugué, pero lo cierto es que no fue así. Hice lo que hice porque no quería que murieras.

Sus palabras suenan ásperas en su garganta y yo soy incapaz de dar con alguna para romper el pesado silencio que cae sobre nosotros.

Se encoge de hombros.

—Supongo que la verdad es que fui tan arrogante como para creer que podría apartarme en el último minuto; que podría cogerte, como hiciste tú conmigo, en el pozo y después dejarlo correr sin que hubiera consecuencias. Pero te aferraste con tanta fuerza… De verdad, Aurora, no pretendía que pasara esto. No te equivoques, tenía aspiraciones al trono; aún las tengo. Tu papel en mi plan había concluido. Iba a chantajear a Callum una vez que le hubiéramos arrebatado Madadh-allaidh a James. No planifiqué… esto. A mí me complica mucho las cosas.

—Me lo ocultaste. No tenías ningún derecho a hacerlo.

Suelta una tenue y oscura risa.

—¿Qué se suponía que debía hacer? Estabas con Callum. Y yo sabía que él no podría encajarlo. La verdad os habría destruido a ambos.

—Como habría destruido tu plan también.

—Sí. Eso también influyó. —Esboza una sonrisa—. Tienes el poder. Rompe el vínculo, si consideras que debes hacerlo.

—Creo que lo he dotado de más fuerza. Me parece… Es… distinto.

—Sí. Yo también lo creo. —Cualquier atisbo de diversión se extingue de su mirada—. Puede que hayas perdido la oportunidad de hacerlo. Podrías haberlo roto cuando me estaba muriendo. ¿Por qué no lo hiciste?

Hundo el rostro entre las manos.

—Ay, yo qué sé, Blake. Eres insufrible, sibilino y manipulador. Has buscado provocarme constantemente. Me mordiste. Conspiraste en mi contra. Me ocultas cosas y no me fío de ti en lo más mínimo. Eres la persona más irritante que he conocido en mi vida. Y aun así… — Exhalo un largo suspiro. Me siento expuesta, desnuda ante él.

—¿Y aun así…?

Admito algo que me hace sentir más vulnerable que en toda mi vida.

—Aun así, eres mi amigo —digo con un hilo de voz.

Aguardo a que se burle y se ría de mí. Aguardo a que sus labios se curven un poco, a que aparezca en sus ojos ese destello antagónico. Pero no. Su expresión está más seria de lo que la he visto nunca. La sonrisa que compone resulta triste. Me pregunto si alguna vez ha tenido una amistad sincera, o al menos una que no se haya fraguado en las profundidades de una prisión.

No obstante, la verdad es que yo tampoco he tenido un auténtico amigo nunca, independientemente de lo mucho que lo haya deseado.

Un arrepentimiento abrumador amenaza con asediarme, pero él lo frena.

—Lo mismo digo, pequeña liebre.

El ambiente vuelve a resultar extraño. De pronto, estoy agotada. Con un estremecimiento, me froto los brazos y me levanto.

—Voy a volver dentro. Estoy cansada.

Él asiente y se pone en pie.

—Voy contigo.

Juntos, regresamos al interior de la Fortaleza Gris.

Oscuridad.

Me envuelve por completo, tan densa que la saboreo.

Inspiro con brusquedad. Estoy en un largo pasillo repleto de sombras susurrantes sobre el suelo, como si tuvieran mente propia. Se arremolinan en torno a mis tobillos. Mis pulsaciones se disparan cuando un aroma viejo, antiguo, me roza las fosas nasales. Avanzo con sigilo junto a varias puertas cerradas. Oigo un siseo detrás de una de ellas, un sonido áspero, pero conocido.

Trago saliva para aliviar el nudo que se me forma en la garganta y acelero el paso. Necesito salir de aquí.

Camino por una galería arqueada que conduce a una habitación hexagonal. Algo en su estructura me resulta familiar. Recuerdo el bosquejo que encontré en los aposentos de Blake.

—A mí me resulta indiferente. —Su voz proviene de uno de los arcos que hay a mi izquierda, donde aprecio el símbolo del Dios de la Noche tallado en la piedra—. Si lo que quieres es un ejército, puedo construirte uno.

La sangre se me hiela en las venas. Sigo su voz y freno en seco. Estoy detrás de un largo trono de obsidiana. Un hombre está sentado en él. El miedo me atenaza con tanta fuerza que soy incapaz de moverme. Irradia frío y un poder antiguo que hace que se me erice la piel. No puedo verle el rostro, pero sí consigo captar un destello de cabello corto tan blanco como la luna, así como una corona esbelta y dentada con diamantes engarzados. Tamborilea con los dedos en el reposabrazos. Mi alma sabe de quién se trata a pesar de que nunca antes he visto un retrato suyo.

—No confío en ti —replica el hombre con una voz gélida.

Blake se arrodilla frente al trono con la cabeza inclinada en un gesto deferente. Cuando la alza, tiene las comisuras de los labios curvadas hacia arriba.

—¿No es eso parte de mi encanto, amo?

Su rostro es más juvenil y tiene el cabello algo más largo y alborotado. La conmoción me sacude con violencia. Esto es un recuerdo, como los otros en los que me he estado colando. Un sueño de Blake. Y estamos en la prisión del Dios de la Noche.

Este ríe, un sonido frío y oscuro que me hace temblar.

—*Sí* que eres uno de mis juguetes preferidos. Mmm…, muy bien. Hazte con el Reino de los lobos y prepáralo para mi retorno. Ghealach sufrirá al verme doblegar a sus criaturas. Y encuentra la llave. Tráeme el Corazón de la Luna y serás recompensado más allá de lo que hayas imaginado. Pero como me falles… Como me falles, recibirás un severo castigo.

—No te fallaré.

Mi corazón late desbocado. Es una cacofonía en mis tímpanos. Retrocedo un poco y los ojos de Blake se clavan en los míos. Los abre un poco. Un atisbo de pánico demuda sus facciones antes de refugiarse de nuevo en la indiferencia y devolverle la mirada a su amo.

—¿Pasa algo? —El hombre coronado empieza a girarse con un chasquido—. ¿Acaso alguna de mis almas se está portando mal? Tráela ante mí.

No quiero que el Dios de la Noche me vea. No espero a que Blake me atrape. Puede que esto sea un recuerdo, pero tengo la terrible sensación de que habrá consecuencias inmediatas como me pillen. Corro. Corro como no he corrido en mi vida. Mis músculos gritan; mis pies restallan contra las baldosas. De vuelta en la sala hexagonal, siento que me van a explotar los pulmones. Unos pasos me persiguen. *Blake* me persigue.

Uno de los arcos está iluminado. Me vuelvo hacia él con la esperanza de que sea la salida. Golpeo la puerta con todo mi ser. Percibo el aroma a pino y sombras.

Se abre de golpe. La oscuridad me engulle. Caigo.

Luz. Una luz cegadora.

64

Abro los ojos de pronto.

Me encuentro en el pequeño dormitorio de la Fortaleza Gris, acompañada por unas ascuas anaranjadas en la chimenea. Blake duerme en una silla, con la cabeza caída sobre su pecho. Estoy respirando con demasiada profusión, así que intento calmarme, aterrorizada ante la posibilidad de despertarlo.

Un millar de emociones se desatan en mi pecho, pero hay una que se impone a todas las demás: un gélido miedo cortante. En algún momento de su vida, Blake se dirigió al Dios de la Noche como su amo.

Tengo que salir de aquí.

Blake abre los ojos. Las sábanas merman mi movilidad. Mis latidos se intensifican bajo la piel. Hacen ruido. Mucho. Sé que los oye. Convierto mi cuerpo en piedra, como si de ese modo pudiera amortiguar el sonido, pero entonces mis pulsaciones se aceleran y se aceleran, más y más.

Tiene el pelo hecho un desastre. Algunos mechones le caen sobre la frente. Lleva la camisa desabrochada a la altura del cuello. Transmite relajación, con el trémulo fuego crepitando en el hogar a sus espaldas mientras permanece sentado. Parece inofensivo. Vulnerable. Me pregunto cuánto empeño habrá puesto en perfeccionar su papel.

Quizá sea un don natural.

Trabaja para Noche. Ha sido así desde el principio. Ha estado buscándome.

«Yo siempre finjo», me dijo en una ocasión. Debería habérmelo tomado más en serio.

Sé que ahora está actuando. Lo veo en la tensión de las manos en torno a los reposabrazos de la silla, en cómo endereza la espalda de

forma casi imperceptible. Siento una espiral de cautela que se tensa alrededor de mi alma. Ha estado ahí mucho tiempo, al límite. Creo que por fin va a romperse.

Conozco su secreto.

Mi pulso me ensordece.

¿Sabrá que lo sé?

Se me queda mirando con una sombra de desafío en sus ojos. «Dilo —parece retarme—. Muerde».

Se me acelera la respiración. Tengo que salir de aquí. Debo advertir a Ryan. Supongo que también a James. Tengo que advertir a todo el maldito reino y a mi propio pueblo. Tengo que impedir que me use para liberar a su amo. Mis pupilas se detienen en la puerta, pero sé que me atraparía.

Me obligo a relajarme. A dejar escapar el aliento. A sonreír. No me ha hecho nada todavía, así que debe de estar esperando a que suceda algo antes de pasar a la acción. Tengo tiempo. Tiene que haber más tiempo.

Yo también puedo fingir.

—He tenido un sueño rarísimo en el que me perseguían por un bosque —digo.

Me recuesto sobre los almohadones. Le haré creer que todo está en orden, esperaré a que se duerma de nuevo y entonces saldré corriendo.

Parpadea. Una vez. Dos.

—Suena aterrador.

Cambia la postura en su asiento y yo procuro no alterarme. Apoya el pie en el borde de la cama. Creo que para bloquearme la salida. Pero entonces se levanta el bajo del pantalón. Demasiado tarde, mis ojos se posan en su piel expuesta y entonces comprendo sus intenciones.

La marca que vi ahí cuando me escondí bajo su cama no es una cicatriz normal y corriente: la imagen cauterizada de una llave con dos lunas crecientes en su arco le adorna el tobillo. El contorno de la carne está irritado y oscurecido. Elsie y Alexander tenían el símbolo del Dios de la Noche tatuado en sus muñecas, pero esto… esto es distinto. Una nueva oleada de terror se apodera de mí al recordar el

libro con los monstruos de Noche garabateados en él. También ellos estaban marcados de ese modo.

Me lo está enseñando. Quiere que me enfrente a él.

Aparto la mirada a toda prisa, fingiendo no haber visto nada.

Él suspira y baja el pie. Su bota golpea el suelo con firmeza.

—Dejemos de jugar a esto. —La forma que tiene de decirlo, como si *yo* fuera un incordio, como si fuera *a mí* a quien hubieran pillado haciendo lo que no debe, aviva un fuego en mi interior que destierra parte del frío que siento—. Seamos sinceros por una vez.

—¿Sinceros? —La palabra brota de mis labios—. ¿Quieres ser sincero?

—Sí —contesta mientras yo desvío la mirada hacia la puerta—. Sé lo que estás pensando, así que dilo y así podré explicarme.

Antes, he sentido cómo el poder corría por mis venas. Ahora, sin embargo, me siento de todo menos poderosa. Incluso aunque entendiera cómo funciona el poder de la luna, ¿para qué podría usarlo? ¿Para convertirlo en un lobo y que representara una amenaza aún mayor?

Aferro las sábanas.

—El vínculo te impide hacerme daño —le recuerdo.

—Esa no es la razón por la que no voy a hacértelo.

—Has estado sirviendo al Dios de la Noche.

Espero a que lo niegue. *Quiero* que lo niegue.

—Sí.

Se me entrecorta la respiración. Se me parte el alma en dos. Mi miedo se aviva como un incendio.

—Los rumores de que había alguien intentando liberarlo y formar un ejército para él son sobre ti. Tú eres el príncipe de la noche.

—Sí.

Me late tan rápido el corazón que eclipsa cualquier otro sonido. Se me dispara la adrenalina en el cuerpo. «Corre. Corre. Corre».

—Aurora, no tenemos tiempo para esto. No…

Cuando me precipito por la cama en dirección a la puerta, las sábanas se me enredan en las piernas y el vaso de agua de mi mesita de noche derrama su contenido. Él me coge por la muñeca y me tira sobre el colchón. Yo entreabro los labios para gritar, pero él,

que me sujeta con fuerza para que no pueda moverme, me tapa la boca con una mano. Se pone encima de mí, con los muslos fijos junto a mis caderas. Su olor me nubla los sentidos. Yo le aferro sus muñecas y le rodeo el hueso con las manos. Casi saboreo la sal de la palma. «Muerde. Muerde. Muerde».

—*No.* —El lobo centellea en sus ojos, fiero y hermoso—. *Escucha.*

Su esencia me inunda por completo, oscura, poderosa y asfixiante. Me acaricia, me seduce, y la dominancia que trae consigo es tal que casi gimo por el esfuerzo que me exige mi intento de repelerla. Algo dentro de mí ansía ceder a ella, someterse.

Está usando el Àithne, igual que antes, pero ahora el miedo me atraviesa las entrañas. Es más poderoso de lo que dio a entender la última vez que hizo esto. Todo este tiempo he pensado que era Callum el que se contenía cuando estaba a mi lado. Ahora veo que era Blake. El sudor me perla la frente. Las palabras que dijo en su habitación de Madadh-allaidh vuelven para atormentarme: «Llegado el momento, pequeña liebre, te daré todo lo que tengo. Te lo prometo».

¿Es esto? ¿Esta es su gloriosa rendición?

—*Deja de pelear, Aurora. Escucha.*

Mis propios poderes acuden para enfrentarse al suyo. Me sumerjo en lo más profundo de mi ser para encarar sus sombrías garras. Él me sujeta con más fuerza y yo boqueo en busca de aire. Aun así, creo que podría repelerlo. Con la llegada de esos puntitos ya conocidos en mi visión y lo mucho que se me acelera la respiración, comprendo que lo único que tengo que hacer es dejarme llevar.

Creo que él también lo sabe. Creo que me está dando una razón para doblegarme a él, la oportunidad de fingir que ha sido capaz de someterme. Porque él sabe mi verdad, por mucho que no pueda digerirla.

Quiero saber qué es lo que tiene que decir. Quiero confiar en él. Quiero que me diga que se trata de un error y que no me equivoqué al salvarle la vida.

Así que esa parte traicionera de mí misma se queda quieta. Obedece. Se somete.

Finjo que no quiero hacerlo. Incluso dejo escapar un débil quejido contra la palma de su mano. Él curva la comisura de sus labios, como si captara mi jugada. Dejo que mi cuerpo se hunda entre las sábanas y cejo en mi resistencia contra él. Cuando, con un parpadeo, alzo la vista para mirarlo, mi cuerpo se ablanda y el suyo adquiere cierta flexibilidad.

Hunde los hombros, aliviado.

—¿Vas a gritar? —pregunta.

Yo niego con la cabeza y él aparta la mano.

—Buena chica. —Respiro a toda velocidad. Igual que él—. Voy a decirte la verdad, Aurora, y necesito que me escuches con atención, porque me temo que no tenemos mucho tiempo. ¿Estás escuchando?

Asiento.

—Sí.

—Bien. Yo no soy uno de los Acólitos del Dios de la Noche. No soy ningún pelele que se pasea por ahí con una túnica oscura y un símbolo tatuado en la piel. Soy algo mucho peor. Soy su prisionero, igual que la serpiente que mataste, igual que los monstruos de los que has oído hablar. La prisión a la que te he arrastrado en mis sueños fue mi hogar durante mucho tiempo. Te has dado cuenta, ¿verdad?

—El estigma de tu tobillo —murmuro.

—Sí. Marca a todos sus prisioneros con él. Los acólitos lo copian, como si fueran capaces de entender lo que representa.

Se inclina hacia atrás, de manera que queda arrodillado sobre mí. No consigo calmar mi alocado corazón, como tampoco puedo calmar a la bestia que ha despertado en mi pecho. Reparo en que sigo aferrando su muñeca. Por algún motivo, no la suelto. Noto la agitación de su pulso bajo los dedos.

—Mi alma pertenece al Dios de la Noche —dice—. Igual que las almas de los otros prisioneros que estuvieron conmigo bajo palacio. Una vez me preguntaste si maté al maestre sanador. Te dije que esa no era la pregunta adecuada. ¿Sabes ahora cuál es esa pregunta? — Trémula, inspiro mientras recopilo todos los datos que tengo, todo lo

que me ha dicho. Por mis venas fluye más terror que sangre. Asiento en un movimiento que se ve mermado por la almohada—. Házmela.

—¿Cómo escapaste? —Mis palabras suenan débiles, apenas audibles en contraste con la ferocidad del viento en el exterior y los rugidos del mar contra los acantilados. Es como si el tiempo se estuviera solidarizando con la tormenta de mis adentros.

Una sombra cruza su rostro y yo me siento totalmente invadida por esa misma angustia fría e interminable que me asaltó cuando me besó. Siento que me ahogo.

—No lo hice. Allí, en las celdas bajo el palacio, morí.

Se me para el corazón. La emoción poderosa e ilegible que estalla en mi alma se mezcla con la oscuridad.

—No… no lo entiendo.

Él esboza una sonrisa, pero no hay ni un ápice de calidez en su gesto.

—Ese era el gran truco del Dios de la Noche. Se aprovecha de almas desesperadas, y yo estaba muy desesperado. Hice un trato con él: le pedí que me diera el poder necesario para escapar del maestre y liberar a los demás. A cambio, le daría mi alma. Hizo honor a su promesa, supongo. Me dio la libertad a través de la muerte. Lo que pasa es que, en vez de dejar que mi alma descansara, la tomó para sus propósitos.

Las palabras burbujean y mueren en mi garganta. Tengo la absoluta certeza de que lo que me está diciendo es verdad. Lo siento en cada fibra de mi ser. Hay tanto frío en mi piel como en sus ojos. No sé qué decir ni cómo reaccionar ante este horror. Esa parte traicionera de mí quiere consolarlo, como hice cuando descubrí lo que le habían hecho en el palacio. Al igual que entonces, caigo en la cuenta de que lo que ha tenido que pasar lo predispone aún más en mi contra.

—Creí que había conocido lo que era el tormento, pero no. No lo hice hasta que me convertí en su peón. Habría hecho lo que fuera por ganar mi libertad. Estuve meses muerto, pero sentí que había pasado una vida entera atrapado. Con el tiempo, me di cuenta de que él estaba tan desesperado por salir como yo. Le hice una nueva promesa: si me dejaba marchar, le llevaría lo que tanto anhelaba. El

sueño del que fuiste testigo, el recuerdo, tuvo lugar la noche en que Elsie le rezó porque nuestro padre iba a matarla. Le dije que yo podría usar a Bruce en nuestro beneficio y meterme así en el Reino de los lobos. Accedió a dejarme ir.

—¿Cómo? Noche no tiene la llave. —«No me tiene a mí».

—Recurrió a Ghealach. Los muros de su prisión son más finos las noches de luna llena. No lo suficiente como para que alguno de los prisioneros más antiguos escapara, pero sí como para que pudiera colarme yo. Me llevó a su celda, donde estaba convencido de que ella encontraría la forma de impedir que me fuera, pero, cuando pasé por su lado, me habló. —Su mirada me abrasa los ojos—. Me dijo: «Mi corazón es tu salvación…». —Hundo los dedos en su muñeca—. Pensaba que el Corazón de la Luna no era más que una roca. Se me ocurrió que podría usarla para negociar mi libertad, incluso aunque eso implicara desatar múltiples horrores en el mundo. Porque, la próxima vez que muera, sé qué clase de eternidad me espera. No siento ningún aprecio por el Reino de los lobos, y tampoco por el Reino de los Hombres. Uno me abandonó y el otro me torturó. ¿Qué me importaba que ambos fueran arrasados? Pero, cuando le hice esa promesa al Dios de la Noche, no sabía… que serías tú.

—¿Cuándo te diste cuenta?

—Empecé a sospecharlo a medida que fui conociéndote. Estuve bastante seguro cuando, la noche de la luna llena, vi que no te habías transformado. Me convencí cuando Alex te secuestró.

Exhalo un largo suspiro.

—¿Y ahora lo sabes?

—No puedo renunciar a ti —dice, como si fuera tan fácil.

Una parte de mí, enterrada en lo más profundo de mi ser, quiere creerle, pero entregarme al Dios de la Noche es lo único que lo salvará del tormento eterno. Blake ya me ha mentido antes, una vez detrás de otra. Finge, manipula, engaña.

Antes, esta misma tarde, ha intentado persuadirme para que quiebre el vínculo, lo que hace que caiga en la cuenta de que, si todo lo que ha dicho es verdad, dicho vínculo es lo único que le

impide entregarme a su amo. Cualquier cosa que me pase a mí le pasará también a él.

Se le deshincha el pecho, consciente de mis dudas.

—Sé que no te he dado muchas razones para que confíes en mí, pero creo que, si el Dios de la Noche o alguien de su ejército te pusieran las manos encima, te torturarían y asesinarían con la intención de hacerte liberar tanto poder como para romper los muros de su prisión. Así que, si no puedes creer que de verdad no quiera hacerte daño, al menos fíate de que no lo haré por mi propio bien, de que mis intereses me obligan a mantenerte alejada del dios al que sirvo. Pero necesito que te decantes por una de las dos alternativas cuanto antes, porque el alma de Alexander también pertenece al Dios de la Noche y ahora está muerto. Ha compartido con él tu paradero. Lo he visto ahora mismo, mientras soñaba.

Se me acelera la respiración. La sangre se me enfría. Una parte de mí sabía que habría más acólitos que vendrían a por mí, pero pensaba que tendría más tiempo para aclarar las cosas. Despacio, se quita de encima y se pone de pie junto a la cama. Yo me incorporo.

—Sé lo que deseas, pequeña liebre. Te he oído hablando con James. Deseas un ejército, un reino y una corona. Yo puedo darte esa venganza. Pondré la cabeza de tu padre a tus pies si me lo pides. Tienes que evitar al Dios de la Noche, y nadie en este reino lo conoce mejor que yo. Puedo ayudarte y lo haré, pero tenemos que irnos ya. —Echa un vistazo por la ventana azotada por el viento—. Los Acólitos del Dios de la Noche, su ejército incipiente y cualquier otro prisionero que haya conseguido escapar por el agujero que hay en el muro de la prisión… vienen hacia aquí.

Yo trago saliva para aplacar el miedo que me sube desde el estómago y me amparo en el resquicio de esperanza que me ofrece la idea de que aún nos queda tiempo. Tiene que quedarnos algo de tiempo.

—Hay que decírselo a Ryan y a los demás… —digo.

—No. Es *a por ti* a por quien vienen. Si quieres mantenerlos a salvo, lo suyo es que nos vayamos ahora. Haremos que se desvíen. Solo tú y yo. —Tiende la mano frente a mí para que se la tome.

—Callum…

—Que le den a Callum —corta con más acidez de la habitual en él.

Sacudo la cabeza, porque no tengo claro que sus jueguecitos hayan acabado.

—¿Qué quieres a cambio de tu ayuda, Blake?

Él ladea un poco la cabeza.

—Hay algo que quiero más que nada. Sabes lo que es, ¿no?

Su mirada me atraviesa con tanta intensidad que me deja sin aliento. El aire de la habitación se vuelve caliente y denso de repente. Un cosquilleo me recorre la piel a consecuencia de la vibración que padece nuestro vínculo.

Mi mente recompone uno de los sueños que presencié: yo en la cama, él ruborizado, la expresión de su rostro al empujarme contra el colchón. Parpadeo para desterrar esa imagen, ya que es demasiado arriesgado mirarla.

—Quieres… quieres tu libertad.

—Lo que deseas tú a cambio de lo que deseo yo —dice sin negar o confirmar mis palabras—. Un intercambio sencillo.

Le miro la mano que todavía me ofrece. No hay nada sencillo cuando Blake está de por medio. Tengo la impresión de estar cerrando un trato con el Dios de la Noche en sí, pero Blake ya está en posesión de mi alma. ¿Qué más puede quitarme?

Esos hoyuelos suyos tan peligrosos se acentúan en sus mejillas.

—Venga, pequeña liebre. Tenemos que irnos. Ahora. Ya vienen.

Y, que la diosa me ayude, tomo su mano.

Nota de la autora

Muchas gracias por seguir este viaje en compañía de Aurora, Callum y Blake. Me muero de ganas de que veáis lo que les tiene reservado el tercer libro, que será la última entrega de la trilogía de El Rey de los Lobos.

¡Aseguraos de seguirme en Instagram (@LaurenPalphreyman), Facebook (@LEPalphreyman) o TikTok (@LEPalphreyman) en caso de que queráis estar al día de novedades y contenido! También podéis visitar mi página web para saber más.

Y, por último, en caso de que te haya gustado este libro, te estaría eternamente agradecida si consideraras la posibilidad de puntuarlo o reseñarlo en Amazon o Goodreads.

¡Espero que volvamos a vernos en el tercero!

Con cariño,

Lauren

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a todos quienes leyeron *El príncipe de la noche* en sus primeras versiones.

Gracias, en especial, a mi increíble equipo de lectores alfa: Lauren F., Abigail Ballou, Caroline Reese, Ayu Chatterjee, Ida-Linn Möller, Yulia Shtanko, Keeley, Stephanie Basilius, Natalie Holmes, Maggie Drummond, Danielle Weston-Ford, Casey Hollingsworth, Lacey Spinks, Makenzie Staples, Kinsey Beyer, Jana Schuler, Charlotte Miller, Ashley E. Matters, Caitlin Connolly, Kristina Haira, Nikki Stier Justice, Lauren Rondou, Mariagiovanna Cacopardi, Danielle White, Valerie Cuellar, Rachel Graham y Daniella Draven. Vuestras impresiones, de un valor incalculable, ayudaron de verdad a perfilar la historia.

Gracias a Katt Phatt por la cubierta para la edición publicada de forma tradicional de *El príncipe de la noche*. Gracias a Damonza por la que hizo para la versión independiente.

Muchas gracias a Rachel Winterbottom y Kim Young por darle a la trilogía de El Rey de los Lobos un nuevo hogar en Transworld; a Sarah Day por su trabajo como correctora de estilo, y a Moran Dun-Campbell y a todos los profesionales de Penguin Random House que han trabajado para que este libro llegara a manos de más lectores.

Y, por último, gracias a ti. Gracias por continuar este viaje junto a Aurora, Callum y Blake. ¡Me muero de ganas de volver a verte para el desenlace de la trilogía de El Rey de los Lobos!

En un mundo cada vez más oscuro, aurora se ve dividida entre dos poderosos alfas que luchan tanto por el trono del rey de los lobos como por ganarse su amor.



Puede que Aurora haya escapado del rey de los lobos, pero ahora lleva su mordedura en la piel y, según la ley de los clanes, eso la convierte en su propiedad. Y él quiere recuperarla.

Para derrotarlo y arrebatarle el trono, la princesa y Callum deben aliarse con Blake, quien, a pesar de ser su adversario, ha entrelazado su vida con la de Aurora, lo que significa que no pueden hacerle daño.

Mientras Aurora descubre su propia naturaleza, los enemigos se le acercan cada vez más y los secretos salen a la luz. Tal vez ella sea la única capaz de impedir que un mal ancestral resurja, pero para ello deberá averiguar en quién confiar, dónde está su lugar… y a quién pertenece su corazón.

Lauren Palphreyman es autora de novelas románticas superventas. Le gusta escribir sobre hombres fuertes y complejos que respetan a las mujeres, protagonistas femeninas que pueden ser tanto dulces como feroces y elementos característicos del romantasy con giros inesperados. Es una orgullosa autora independiente y es conocida sobre todo por El Rey de los Lobos, una trilogía de fantasía romántica a menudo descrita como «hombres lobo al estilo *La forastera*». Aunque es nativa de Yorkshire, ahora vive en Surrey con su pareja y su travieso cockapoo, que la distrae demasiado (y le roba los calcetines) mientras intenta escribir.



Título original: *The Night Prince*

Primera edición: julio de 2026

© 2025, Lauren Palphreyman
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Gema Bonnín Sánchez, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Nicole Lecht / Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Nekro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03872-3

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

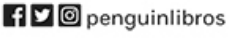
Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

ÍNDICE

El príncipe de la noche
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Lauren Palphreyman
Créditos